

AGUAS DEL TORMENTO

TESTIMONIOS DE LA REPRESIÓN Y TORTURA EN MOLINA

DIEGO MUÑOZ CAMPOS ☼ MARTÍN CONTRERAS CRUZ

MEMORIA HISTÓRICA 50 AÑOS

COLABORADORES

LULA NAVARRO FARÍAS

Gestión cultural, entrevistas y transcripciones

YOAQ MUÑOZ HERRERA

Grabación audiovisual, diseño imágenes

DIAN MUÑOZ HERRERA

Diseño imágenes

AUSPICIADORES

CORPORACIÓN MUNICIPAL DE CULTURA Y ARTES DE MOLINA

RODRIGO CONTRERAS LANDEROS

Christopher Ellis

Leif Grina

Luke Lara

Leo and Kathy Lara

Marilyn Lindstrom

Thais Muñoz Lintz

Richard Metcalf

Barbara Tilsen

Francis Yellow

Michelle Bean

M E M O R I A H I S T Ó R I C A 5 0 A Ñ O S

AGUAS DEL TORMENTO

TESTIMONIOS DE LA REPRESIÓN Y TORTURA EN MOLINA

DIEGO MUÑOZ CAMPOS † MARTÍN CONTRERAS CRUZ

E D I C I O N E S I N U B I C A L I S T A S

Í N D I C E

PRÓLOGO.....	9
SINDICALISMO Y PLAN YAKARTA Eduardo Calixto Contreras Contreras.....	19
LA POBREZA COMO MOTOR DE LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA Hugo Jorge Álvaro Novoa Hernández.....	38
UN VIEJO COMUNISTA: UNA VIDA ENTREGADA A LA LUCHA OBRERA Ignacio Peredo Ramírez.....	45
FE, IDEALISMO Y ACCIÓN POLÍTICA Ramón Rivas Muñoz.....	54
EJEMPLO FRATERO Y CAMINO INCIERTO Adolfo Poblete Calderón.....	68
CAMPESINADO Y TRES ÁLAMOS Ercilio Jesús Mondaca Verdugo.....	83
EL DEDO DEGOLLADOR Jorge Manuel Mejías Rojas.....	93
SOBREVIVENCIA: CAMPESINADO Y BARBARIE Hugo Reyes Oyarce.....	101
EXILIO: SECUELAS IMBORRABLES José Manuel Morán.....	134

FE Y RESISTENCIA A LA DICTADURA	
Manuel Jesús Calquín Fuentes.....	142
DOCENCIA, SALVAJISMO Y LUCHA INCLAUDICABLE	
María Avendaño Passi.....	166
MILITANCIA Y CUATRO ÁLAMOS	
Juan de la Cruz Salazar Sanhueza.....	182
MIS MEJORES TIEMPOS: MIS TIEMPOS DE LUCHA	
César Díaz Arriagada.....	195
COMPROMISO SOCIAL CRISTIANO	
Mario Salazar Sepúlveda.....	208
UN SER HUMANO MUERTO EN VIDA	
José Rosiel Segovia Aro.....	226
DERRUMBE DE SUEÑOS Y HUMANIDAD INESPERADA	
Manuel Bernardino Orellana Castro.....	240
CONTRIBUCIÓN A LA CONCIENCIA HISTÓRICA	
Diego Muñoz Campos.....	257
HISTORIA DE <i>CHINITO</i>	275
GALERÍA FOTOGRÁFICA.....	281

A todos quienes padecieron apremios, detención, tortura o exilio
bajo la dictadura cívico-militar en nuestro país, y en especial, en
la comuna de Molina.

A las esposas, compañeras y familiares de quienes sufrieron las
atrocidades cometidas por las fuerzas armadas y organismos de
represión política.

A la juventud actual, para el desarrollo de su conciencia política
y social.

PRÓLOGO

Dos grandes acontecimientos tuvieron lugar entre la década de los sesenta y la primera parte de los años setenta; por un lado, la chilenización y posterior nacionalización del cobre, y por otro, la Reforma Agraria; ambos se constituyen como hitos fundamentales en el desarrollo histórico de Chile. Siendo este último proceso trascendental para el acontecer de la zona central del país y, muy especialmente, para la comuna de Molina.

Las leyes de Reforma Agraria dictadas entre 1962 y 1967, que apuntaban a la redistribución de la tierra y la sindicalización de los trabajadores agrícolas, posibilitaron grandes cambios en la

propiedad agrícola y la organización campesina. En tal sentido, la comuna de Molina no estaba ajena a lo que sucedía en el resto del país, en relación con los cambios estructurales en ámbitos como el económico y social, promovidos y llevados a cabo por distintos gobiernos de esa época, muy por el contrario.

Este es un periodo en el cual se fortalece el sindicalismo agrícola e industrial, así como la organización social, a través de juntas gremiales y vecinales, centros de madres, colegios profesionales y centros de estudiantes. Se produce una profunda agitación social generalizada, en apoyo y, también, en contra de los cambios. En el ámbito agrícola, las expropiaciones amparadas por la ley y las tomas de predios ilegales contribuían a la generación de enfrentamientos y acciones violentas en áreas urbanas y rurales de las zonas donde se aplicaba la legislación que fomentaba dichos cambios sistémicos. Esas grandes transformaciones, que alentaron sueños de gran parte de la población local, y nacional, pusieron en jaque al poder económico, político y social vigente. Este reacciona y se produce el quiebre de la democracia, aquel 11 de septiembre de 1973; Molina, tal como ocurre en el resto del país, se convierte en un lugar donde el devenir de la historia cambia de rumbo drásticamente. El gobierno cívico-militar fascista impone un nuevo orden social a través de la fuerza y la represión masiva, prolongada e indiscriminada, contra quienes apoyaban o simpatizaban con el gobierno de la Unidad Popular,

y posteriormente, contra quienes intentan recuperar el sistema democrático.

No resulta fácil establecer un nexo directo, de causa y efecto, entre los cambios estructurales que se implementaron durante aquellos años y el nivel de represión que ocurrió en el país y, particularmente, en esta comuna. El grado de crueldad fue tal que nos lleva a preguntarnos: ¿Qué hace que agentes del Estado logren semejante nivel de enajenación y causen tanto daño? ¿Qué hace que los seres humanos se conviertan en bestias? Evidentemente, los intentos de romper con estructuras sociales y económicas injustas pueden provocar una reacción irracional en quienes detentan el poder; tratan de evitar los cambios, haciendo uso de las instituciones y mecanismos instalados en la sociedad por ellos mismos a lo largo de la historia.

Las acciones represivas significaron que muchas personas vivieran situaciones de barbarie y sufrimiento durante años, las que dejaron secuelas que persisten hasta nuestros días, tal como se evidencia en los testimonios incluidos en este libro.

Los 17 relatos testimoniales que contiene este libro reconstruyen solo una parte de la memoria histórica de la comuna de Molina, en lo referente a la represión ejercida contra la población local durante la dictadura. Consciente o inconscientemente, dicha memoria ha sido silenciada, escondida en las penumbras de la vida cotidiana, ya

sea por temor, o bien, por un instinto de sobrevivencia que busca evitar la honda tristeza y pesar que causa revivir tan dramáticas experiencias. Visibilizar esta traumática realidad ha sido el propósito fundamental de esta recopilación testimonial, de modo que los hechos narrados por las víctimas, o su núcleo familiar, pasen a formar parte de la conciencia colectiva de los habitantes de esta comuna en particular, y de la población del país en general.

Este libro no es el resultado del trabajo de un historiador, sociólogo o antropólogo, sino de dos educadores que también vivieron la experiencia de la represión, y que recibieron la colaboración desinteresada de otras personas.

Si bien, tradicionalmente la historiografía ha focalizado su escrutinio en hechos que refieren a un pasado, diríamos lejano o ya concluido; y a pesar de que la relación entre memoria e historia reciente es siempre compleja, podemos ver que, a partir de la segunda guerra mundial, se abrió a examinar los acontecimientos más próximos, a escudriñar en ese pasado que no pasa, ese pasado que nos enfrenta y que, irremediablemente, nos alcanza. Y en el que, en este esfuerzo de examinar y reflexionar sobre hechos más recientes e inconclusos, adquiere relevancia la figura del testigo, ese testigo-víctima que lucha por sobrevivir para dar cuenta del horror, como ocurre con los casos aquí considerados; de algún modo, ellos demandan ser incluidos en la historia, para que no se instale el olvido en la conciencia colectiva.

Desde una perspectiva convencional, el testimonio es una fuente relativa de información, tal vez cuestionable, más aún considerando la volatilidad de la memoria del sujeto que cuenta las experiencias vividas, y la distancia temporal desde que ocurrieron los hechos narrados. Sin embargo, los testimonios incluidos en este libro resultan absolutamente veraces; al contrastarlos entre sí es posible descubrir ciertos patrones de lenguaje, tipos de apremios y técnicas de tortura que se repiten y que apuntan claramente a la veracidad de lo narrado. Por otra parte, experiencias semejantes han sido contadas en diversos textos referidos a hechos similares acaecidos en otras partes del país y que se constituyen como elementos referenciales al ponderar lo aquí expuesto.

Descritos en un lenguaje absolutamente coloquial, las situaciones y hechos aquí expuestos por los testigos, develan realidades ocultas, conocidas, tal vez y de manera esencial, solo por el núcleo familiar de las víctimas y vecinos cercanos. Rememorar tales hechos implica para ellos volver a abrir profundas heridas, tocar cicatrices, reconstruir la memoria, guardar prolongados silencios con la mirada fija en el pasado, para ser capaces de verbalizar lo vivido nuevamente. En momentos así, aflora en ellos una profunda emoción, hasta las lágrimas, al reencontrarse mentalmente con sus torturadores y verse como objetos de la crueldad e injusticia de la que fueron víctimas, al rememorar los suplicios inhumanos a los que se les sometió.

Al internarse en los testimonios es posible identificar elementos recurrentes en muchos de ellos. En primer lugar, la *generación del miedo*, tanto en la víctima como en su núcleo familiar, mediante simulacros de fusilamiento, en la violencia ejercida al ingresar a un hogar en busca de un “enemigo interno”, en la denegación de información con respecto al lugar de detención de la persona, al hacer ver u oír los gritos que provoca el suplicio de otros detenidos, en la presencia permanente de agentes del Estado alrededor o en las cercanías de la casa habitación del detenido, en las humillaciones mediante el uso de lenguaje degradante, o en las diversas y crueles técnicas de tortura aplicadas durante la detención. Un segundo aspecto que se repite es el de la inquisición violenta y sistemática sobre la supuesta posesión y lugar de escondite de *las armas*, durante los interrogatorios. Se asume, de parte de los agentes del Estado, que todas las personas detenidas participan en grupos de resistencia armada o poseen información sobre dichos núcleos de resistencia a la dictadura. Se trata de forzar la delación mediante la tortura. Un tercer elemento recurrente en los relatos testimoniales, es lo referente al *agua*. Es normal que dicho elemento se asocie con la vida, con fuerza vital, con evolución, con renacer. En este caso, el agua es reducida a un elemento de muerte, de aniquilación, de tortura, de tormento, en prácticas de suplicio aplicadas a las víctimas como las siguientes: negación del agua para saciar la sed, forzar a la víctima a beber agua sucia, aguas servidas de la taza del

baño; no poder respirar porque la boca está taponada y la nariz bloqueada con agua a presión con una manguera; ahogamiento con la cabeza metida en un tiesto con aguas servidas; forzar a la víctima a meterse al río a punta de golpes y culatazos para quebrar su resistencia, para “ablandarlo”, para seguir golpeándolo y forzar su delación. Así, los agentes del Estado en dictadura convierten el agua en una herramienta más de sufrimiento, degradación, y tortura, en su afán deshumanizante de garantizar la “seguridad nacional”, aunque esto implique el exterminio del “enemigo interno”, o dejar a la víctima como *muerto en vida*, tal como ocurrió con uno de los casos incluidos en este libro.

Aunque, es en medio de estas dramáticas experiencias que surgen gestos de solidaridad y humanidad, evidenciados en acciones específicas: liberada a medianoche en la gran ciudad, sin tener donde ir, con las patrullas de militares vigilando el vecindario, las trabajadoras sexuales de un prostíbulo abren la puerta y dejan entrar a una mujer que busca refugio; la cuidan y la protegen el resto de la noche. El vecino de otra víctima, atemorizada después de haber sido golpeado en innumerables ocasiones de manera salvaje, le ayuda a esconderse en un tambor entre las zarzamoras. En otra situación, donde hay varios presos políticos muy golpeados y que no habían comido durante el día, tirados a la fuerza en una celda, un preso común se acerca trayendo un racimo de uvas, muy escondido, y le da 2 ó 3 granos de uva, en la boca, a cada preso

político que comparte la *carreta*. Son gestos humanos solidarios en medio de la represión.

Con respecto a cómo se llevó a cabo este trabajo investigativo, podemos señalar lo siguiente: se realizó una detección de personas que hubiesen sido víctimas de detención, encarcelamiento y torturas durante la dictadura. Esto se logró mediante la técnica de información del *boca a boca*, proporcionada por víctimas conocidas en distintos sectores de la comuna. Luego, contactamos a alrededor de 25 personas, de las cuales 17 cumplían los criterios básicos de selección, y manifestaron su interés en dar su testimonio de la experiencia vivida. Por diversas razones, algunas víctimas o parientes cercanos no estuvieron dispuestas a entregar su testimonio; entre ellas, para no revivir momentos traumáticos o, por la “inutilidad” de “volver sobre lo mismo”. La limitación de tiempo, esencialmente, no permitió ampliar el número de testigos, ni tampoco abarcar todos los sectores o áreas geográficas de la comuna. La recolección de testimonios se llevó a cabo mediante entrevistas semiestructuradas, de aproximadamente 1 hora, con preguntas referidas a cinco aspectos esenciales: contexto personal y laboral del entrevistado/a, circunstancias de su detención, situaciones de represión y tortura, daño físico o psicológico, y el impacto que dicha experiencia generó en la familia. Se privilegió el flujo normal de la conversación, de manera que el orden de los aspectos tratados

no siempre fue el mismo, pero en general la secuencia se repitió con todos los testigos. La mayoría de las entrevistas se realizó en sus domicilios, en un ambiente de plena tranquilidad; dos de ellas en una capilla, una en un lugar de trabajo, y una en casa de otro testigo. Todas las entrevistas fueron grabadas en audio y video, las cuales fueron posteriormente transcritas y muy levemente editadas, esencialmente por razones que tienen que ver con la claridad del relato y no así con la corrección lingüística. Es decir, se mantiene el habla de cada uno de los entrevistados.

Se incluye, al final del libro, la recreación de la historia de un personaje popular que, sin haber razones políticas involucradas, vivió la represión, tal como les ocurrió a muchas otras personas.

Finalmente, es importante señalar que las políticas neoliberales actualmente implementadas en el país, tienden a despolitizar la historia, a desdibujar a las víctimas en su condición de sujetos históricos, de sujetos políticos, que demandan ser parte de la memoria colectiva, pues es a través de sus relatos que nos llega el pasado, el que, de algún modo, debiera orientar el futuro.

Conocer nuestra historia es sumergirse en la tierra de esta zona agrícola maltratada, reprimida y torturada. Debemos renacer, como la cigarra, para beber aguas de justicia y colmarnos de humanidad.

SINDICALISMO Y PLAN YAKARTA

EDUARDO CALIXTO CONTRERAS CONTRERAS

MOLINA

Mi nombre es, Eduardo Calixto Contreras Contreras, más conocido por mi gente como don Lalo. Actualmente tengo 81 años cumplidos; ahora soy pensionado.

— ¿A qué se dedica ahora?

— Bueno, de partida, dentro de la familia, en la mañana temprano voy a dejar a mi hija al trabajo, trabaja en el Cesfam, la Bárbara; después voy a dejar a mis nietas al colegio; después hay que ir las a buscar. Más tarde voy a buscar a mi hija al trabajo, ahí me muevo hartito; pero fuera de eso, acá los viejos organizamos un Club de Newcom, que es un deporte del voleibol adaptado para adultos mayores; ahí tenemos entrenamiento los martes y los jueves en el gimnasio, y las señoras... a ver, tenemos nosotros... 40 socios, de los 40: somos 6 hombres, el resto son todas mujeres y ellas son las más entusiastas; entonces, si queda tiempo estrenamos aquí en la

plaza Maturana; yo tengo la mallas, la pelota. Tenemos esa organización con personalidad jurídica y todo el uniforme, partimos el año pasado no más.

– *Le vamos a consultar por las violaciones a los derechos humanos que pudo haber sufrido en el tiempo de la dictadura militar, comencemos por esto. ¿Qué edad tenía el año 73?*

Yo tenía 31 años, porque nací en el 41; sí, en el 73 tenía 31 años.

– *¿Y qué hacía en esa época?*

– Yo trabajaba en el fundo Quechereguas, era dirigente del sindicato campesino y del sindicato comunal campesino, que se formó por allá por el año 67.

– *¿Era dirigente del sindicato, militaba, además, en algún partido político?*

– Sí, yo era militante Partido Socialista y pa'l golpe era regidor del Partido Socialista,

– *¡Ah!, ¿era algo así como lo que es actualmente un concejal?*

– Claro, lo que ahora es concejal; yo salí elegido regidor, con los votos de los trabajadores campesinos; nunca había habido un campesino real, auténtico, yo trabajaba en el campo, en el huerto entonces.

– *¿Por cuánto tiempo desempeñó ese cargo?*

– Las elecciones fueron el 71; sí, el 71, no me acuerdo bien, bueno ahí salió el Polo... Polo era dirigente del Partido Socialista, era profesor, él fue elegido alcalde, que incluso, el alcalde en esa época no tenía un sueldo como ahora, menos lo iban a tener los regidores. Polo alcalde y yo regidor por el Partido Socialista; salió

elegido un caballero del Partido Radical, Don Tito Silva, una persona muy conocida; por el Partido Comunista: D. Ignacio Paredo, entonces teníamos la mayoría; y la mayoría elegía al alcalde. Además, el Polo había sido la primera mayoría en votos, entonces fue el alcalde.

– *Y cuando fue el golpe militar, ¿dónde estaba trabajando en ese momento?, ¿cómo lo sorprendió el golpe militar?*

– Yo, era el tesorero de sindicato comunal y, ocasionalmente, había dejado de trabajar en Quechereguas para poder atender las necesidades de los trabajadores; porque el sindicato abarcaba a toda la comuna. El Sindicato tenía 2000 socios, estaban la mayoría de los fundos de la comuna: chicos y grandes; entonces yo estaba en ese tiempo de tesorero, el presidente era Reinaldo Martínez de la Fortuna; pero eso era lo que yo concretamente estaba haciendo, además las cosas que uno hacía como regidor, eran otros tiempos igual.

– *Eduardo, ¿lo detuvieron inmediatamente después del golpe?*

No.

– *¿Cuándo?*

– Bueno, salían listas, que había que entregarse; hubo mucha confusión. Yo me acuerdo de que se hablaba de bandos, que el general Prats estaba en contra y que venía, y que estaba organizando una resistencia, entonces, nosotros... no nos entregamos con el Polo al tiro, nos quedamos en un lugar que nosotros sabíamos nomás. El Polo era conocido en muchas partes en el campo, así que no teníamos problema. En esa oportunidad, el hermano del Polo,

Pedro Espinoza, era Jefe, era detective en Santiago, tenía un puesto de mando alto, y llamó al Polo y le dijo: “mira están peligrando, esta huevá no tiene vuelta... tienes que entregarte”, esto fue como, como el 14 de septiembre, por ahí. En vista de eso, nosotros nos entregamos a la policía civil, a los Tiras. Sí, nos entregamos. Pasamos una noche ahí, después nos llevaron a la comisaría y de ahí nos llevaron a Talca, al Regimiento, ese fue el proceso

– *Los llevaron a Talca, pero, ¿y aquí sufrieron algunos golpes?*

– No, aquí no, pero en Talca sí, sobre todo en la Fiscalía; porque fuimos en una micro, ahí nos llevaron, todo el trayecto con las manos aquí detrás de la cabeza.

– *¿Usted sabía con quienes iba?*

– Sí, conocí a varios, eran la mayoría conocidos; de la gente que recuerdo: iba el Polo; iba Manuel Montero, que era un funcionario del Banco del Estado; la jefa del Seguro Social, doña Yolanda Echeñique, que era una señora ya bien viejita, que nunca fue de izquierda, menos militante de los partidos de la UP; también iba el jefe del Banco del Estado, el señor Lizama, Raúl parece que se llamaba, tengo entendido que él era del Partido Radical; el chico Díaz también iba, que era un compañero que trabajaba en la Escuela agrícola, un amigo de Casablanca también que era de la industria...

– *¿Y la Fiscalía, dónde quedaba?*

– En el regimiento, ahí nos tuvieron detenidos; nos bajaron a todos a culatazos, a patás. Yo recuerdo perfectamente a esta señora Yolanda... se bajó de la micro, la bajaron a tirones y decía... “¡ay Dios mío!”, como se quejaba... nunca fue de la UP esa viejita; don

Raúl Lizama fue el que lo pasó peor, porque nos tenían en cuclillas a todos, en cuclillas, y viene un pelao, sería un militar de carrera, y le pegó una patá por debajo; se quejaba tanto, y se tiró unos peos tan re' fuertes, hediondos, de la pura patá, estas cuestiones me quedaron bien grabadas. De ahí nos llevaron a la cárcel.

— *¿Y ahí les hicieron un proceso?*

— No, tomaron algunos nombres no más y después, a culatazos arriba de la micro, y a la cárcel.

— *¿Cuánto tiempo estuvieron?*

— En la cárcel estuve casi un mes; no recuerdo exactamente. Cuando salí, después yo me conseguí un certificado, para esta cuestión de la pensión Valech, fui a la cárcel de Talca y me entregaron un certificado por el tiempo que estuve detenido, pero yo cometí el error de no haber dejado ni siquiera una copia de eso. Los chiquillos Jiménez, ellos me hicieron los trámites; eran de la Confederación Nacional Campesina, ellos se movían en Santiago, como allá está la sede central de la Confederación, ellos me hicieron los trámites y me pidieron ese certificado no más, que fue lo único que yo hice.

— *¿Y su familia sabía dónde estaba?*

— No, no, aquí en Molina, mientras no nos entregábamos no sabían nada, pero, sí supieron que estábamos en la cárcel; porque mi padastro era el chofer de investigaciones acá en Molina, entonces, él también, junto con los milicos salían a patrullar; así es que estaban más o menos bien informados de lo que estaba pasando.

— *¿Tuvo visita? ¿Lo pudieron ver en esa época?*



<http://chile-iglesias-catolicas.blogspot.com/2019/10/iglesia-nuestra-senora-del-transito.html>

– No, pero sí nos llevaban cosas, por ejemplo, nos iban a dejar cosas de alimentos; para eso no había problema, a mí me llevaron; porque ya no me acuerdo casi... ¿no nos daban comida?; pero si nos daban, debe haber sido muy mala, muy poco, porque nosotros nos abastecíamos con las cosas que nos llevaban.

— *¿Estaban juntos los del grupo de Molina?*

— No, en la cárcel estábamos todos revueltos, los más conocidos tratábamos de estar en los camarotes de 3 pisos, sino juntos; por lo menos cerca, porque nos conocíamos y así podríamos, no sé, llevarnos mejor, estar más tranquilos, tener noticias, de cómo estaba la familia.

— *¿Les permitían verlos?*

— No, mi señora nunca pudo ir a verme; no, pero ahí sí había muchas amenazas. En los primeros días, no se dormía tranquilo, porque se corrían comentarios; de repente llegaban, por ejemplo, uno que era muy famoso, que era coronel del Ejército uno de apellido raro, medio ruso, Graffnof parece que era; claro, andaban los comentarios que en la noche iban a sacar gente de los que estábamos detenidos y a veces no volvía; entonces, los primeros días, esa era la preocupación que todos teníamos po, ¿a quién le va a tocar ahora?...

— *¿Y recuerdas a alguien que no haya aparecido?*

— No, porque no sabíamos; por ejemplo, después supimos lo del intendente; de Vladimir Vega, supimos al tiempo después que salimos, ¿información de dónde?; en ese tiempo no había cómo.

Pero llegaba gente muy machucada, un profesor, no me acuerdo el nombre; por ahí después, nunca falta el buen humor, aunque sea en las situaciones más difíciles, de modo que le decíamos *Morelia*, porque llegó tan machucado que no tenía una parte del cuerpo que no tuviera un moretón, de lo que le habían pegado. Era de una comuna de la costa, no me acuerdo del lugar exacto.

Y así, en los primeros días llegó uno que parecía un agitador; todos pensábamos que era un agitador, porque era muy aniñado,

se movía en la cuadra donde estábamos detenidos, si venía la patrulla, él la veía pasar, profiriendo amenazas; entonces, todos nos previnimos y alguien por ahí dijo: tratemos de organizarnos y hablar con la guardia, por lo menos los gendarmes; decirles que... “a ese tipo nadie lo conocía po”, “que nosotros pensábamos que era un agitador y que estaba con el pretexto para...”, bueno, se denunció y todo; y afortunadamente no pasó a mayores, era un loco medio rayado parece no más, pero igual nos hizo pasar algunas noches de insomnio.

Ah! y cuando nos llevaron a Talca, tuvimos un susto, porque en la noche, el bus paró en el puente del río Claro y un milico que iba en el bus le dijo al sargento: “mi sargento hace rato que viene un auto (eso lo tengo clarito, lo escuché muy bien) y parece que nos viene persiguiendo”, entonces, pararon en el puente del río Claro y muchos pensamos: “aquí estos hueones, aquí nos van a tirar al río”; ese puente es alto, siempre ha sido un puente alto; pero... tampoco pasó nada, seguimos el camino y llegamos a Talca.

– *¿Qué más sentía, además de ese miedo de estar allá adentro?, ¿cuál era el sentimiento suyo y el de sus compañeros?*

– El sentimiento mío era para mi familia; pa’ mis hijos; nosotros teníamos dos hijos: el hijo mayor un hombre y la hija que le sigue; un hombre y una mujer; después salió la tercera, después que salí libre. Entonces, la preocupación mayor era: ¿qué le van a decir a mis hijos?, ¿qué les van a contar?, ¿quién le van a contar la firme, la verdad de todo lo pasado?

– *¿Esa era la preocupación y la angustia?*

– Eso era lo peor... pa mí por lo menos, era lo peor; pero en lo personal yo no sentí miedo, porque pensé: a lo mejor estos hueones aquí nos van a matar y punto, yo... nunca me había enfrentado una situación así poh. Después quedé conforme porque, ¡puta! yo no me he quebré, ni pedí clemencia y nada; y dije... putas estará de Dios y hasta aquí llegamos..., será poh...

– *Eduardo, y cuando usted salió, cuando llegó a su casa, ¿qué sentía?, ¿qué pasó cuando le dieron la libertad? ¿Presentaron algún cargo?*

– No, en el regimiento no; por lo menos a nosotros, ¿a mí?, nada, ningún cargo; porque después cuando me entregaron el certificado por la detención no decía nada, ya no me acuerdo qué decía el certificado, pero nunca me hicieron un cargo concreto, ni dijeron por qué me habían tenido detenido, nada. Pero, salimos y después de ese tiempo, sería un mes después, entre octubre y noviembre, parado aquí... ya no tenía trabajo.

Nosotros en el sindicato teníamos una Citrola, y con esa nos movíamos; una Citroneta, que estaba en buenas condiciones; en el año 70 la Citroneta todavía era un vehículo que no cualquiera lo tenía; esa lo conseguimos a través de Guillermo Muñoz, él, siempre se preocupó y nos ayudó a prepararnos como dirigentes; que había que tener los recursos para poder atender a la gente Yo en ese tiempo me movía en pura bicicleta, salía del trabajo, por ejemplo, imagínate el calor en este tiempo, más en el verano.

Yo casi siempre en el fundo trabajaba así como a trato: haciendo cajones en el tiempo del verano, preparando la cosecha, en la cosecha embalando, después terminaba la cosecha, el feriado y a

podar los árboles, –todos esos trabajos–, el Fundo Quechereguas, daba mucho trabajo para la gente de acá, mucha gente de Molina iba a trabajar ahí; además que estaba tan cerca, en ese tiempo era bueno porque, la dueña era la Compañía Frutera Sudamericana.

Este fundo nunca estuvo cerca de la Reforma Agraria; porque una de las cosas que no se expropiaron fueron las empresas que se llamaban en ese tiempo: integradas, por ejemplo, San Pedro que producía vino, ellos los industrializaban y lo vendían afuera, todo; la compañía frutera era una compañía que se dedicaba a la fruta; de Centroamérica traían plátanos y de acá mandaban manzanas, peras; entonces Quechereguas nunca tuvo un riesgo de expropiación, porque no se podía repartir; era una empresa que tenía que trabajar como una unidad, así que nunca fue expropiada ni siquiera tomada por los trabajadores; por esas causas.

– *¿Y Ud. después de estar preso, perdió el trabajo?*

– Claro, sí poh, yo perdí el trabajo.

– *¿Vivía en el fundo Quechereguas en esa época?*

– No... no, mi suegro vivía allá, nosotros justo nos habíamos venido para acá, porque mi padrastro tenía una casa en la población Mis Llaves; entonces yo vivía con ellos; nosotros nos casamos el 70, entonces yo estaba viviendo acá en Molina, ahí vivía para el golpe.

Pero después que salimos y yo quedé sin trabajo; me preguntaba qué había pasado con los bienes del sindicato, ¿la Citroneta?, nunca se supo quien se quedó con ella, ¿las máquinas de escribir?, ¿se repartieron? Nunca se supo; hasta el día de hoy. Nunca supo

nadie, menos el dirigente, el que era presidente menos, que era un viejito que ya murió, no me acuerdo el nombre.

Ya, pero yo por ahí, hacía pololos con gente conocida, algunos amigos de Santa Adela me trajeron leña, me trajeron un chanchito..., no faltaba.

– *¿Pudo encontrar trabajo después?*

– No, y más encima, a final de año nos tuvieron detenidos en la cárcel, porque inventaron el famoso plan Yakarta

– *¿Otra vez?*

– Sí poh

– *¿Estuvo 2 veces detenido?*

– Sí poh, estuve una semana en la cárcel; acá en Molina.

– *¿Pero ahí lo fueron a tomar o Ud. se entregó?*

– No, no, ahí vinieron a buscarnos a varios, ahí estuvo don Ignacio Peredo también, me acuerdo... otros amigos de la industria de Casablanca.

– *¿Qué plan era?*

– El plan Yakarta, se llamaba el plan Yakarta, porque Yakarta tengo entendido, parece que es la capital de Indonesia. Hace muchos años que hubo un...a ver, bueno..., como Estados Unidos manejaba toda la cuestión de la política, en ese tiempo estaba el problema de la guerra fría; y lo que pasó en Yakarta Indonesia fue que..., yo leía mucho, entre paréntesis, la revista del Reader Digest, hace años que la leía, tenía unos 19 ó 18 años y cuando hice el servicio militar en Los Ángeles, yo estaba en el último camarote y no me faltaban las selecciones del Reader Digest; apa-

gaban la luz, pero siempre quedaba una luz encendida, entonces yo me ponía a leer y ahí el oficial de guardia no se daba cuenta.

Entonces nos detuvieron porque nos acusaban de ese plan Yakarta, consistía en que: en Indonesia, acusaron al Partido Comunista de querer dar un golpe de Estado y fue el pretexto para encarcelar a mucha gente; dirigentes de Izquierda y del Partido Comunista, a muchos los eliminaron; a eso se debía que estos le pusieron el plan Yacarta; ¿Por qué, que era?, lo que ellos inventaron: de que había un plan para detener a los empresarios grandes, grandes oficiales del Ejército, para eliminarlos po, que supuestamente el Partido Comunista y la gente de Izquierda estaban haciendo ese plan; entonces, para su seguridad, a todos los que ya habíamos estado presos nos llevaron y nos tomaron presos de nuevo y ahí estuvimos una semana en la cárcel.

— *¿Y ahí le aplicaron castigo?*

— No, no, ahí no, porque había gendarmes conocidos; no nos trataron mal.

— *¿Y salieron libres? ¿Sin cargos otra vez?*

— Sí, salimos libres y sin cargo. Y después, como aquí no había trabajo, yo me fui a trabajar a Santiago; pero tenía que venir a firmar todas las semanas; durante 6 meses firmando.

Yo tenía unos tíos que trabajaban en la construcción, eran capataces de la construcción y ellos me llevaron pa allá, a trabajar; así que estuve de carpintero en obra gruesa, trabajando en Santiago.

— *¿Después de ser campesino?*

– Sí, claro, yo había estado en la Industrial, alcancé a estudiar un año en la industrial de Los Ángeles; tenía nociones de carpintería, porque pasábamos tres talleres en el año: electricidad, mecánica, forja y carpintería; bueno, yo sabía manejar una herramienta, un serrucho, un martillo, esas cosas, así es que no fue problema.

– *Cuando Ud. salió, ¿cómo era en la reacción de la gente que lo veía, sus vecinos, su familia? ¿Era acogedora o más bien...?*

– Los vecinos que vivían al lado de nosotros siempre se portaron muy bien, era gente de la DC; siempre tuvimos buenas relaciones y con ellos en la noche nos poníamos a conversar; nos invitaban a un asadito, por último, saltábamos por la pandereta por dentro del sitio, porque igual era riesgoso salir en el toque de queda. Pero... ¿gente de afuera? Sí, yo vi la discriminación y las tallas pesás, por ejemplo, en un partido de fútbol unos que decían... no me acuerdo, pero claro, eran dichos ofensivos, ofensivos no directamente a uno, pero lo decían; personas que uno consideraba más cercanas, prácticamente como amigos, no sé si era por ignorancia o por maldad que lo hacían, pero la verdad es que lo hacía sentirse a uno muy mal.

– *Y su esposa con sus hijos, ¿cómo los encontró cuando llegó?*

– Bueno, eran chiquititos, eran guagüitas. Mis suegros, ellos eran gente de izquierda también, pero nunca fueron se metieron en nada, así que ellos no tuvieron problema, mi señora pasaba mucho tiempo allá en Quechereguas. Mi suegro vivía allá adentro del campo, en el huerto, entonces se iban para allá; nosotros vivíamos con mi mamá ahí en la población; y mi padrastro era bueno pal

copete y llegaba en la noche, y más encima, en ese tiempo como las tenían todas, adonde llegaban; putas... la gente en los restaurantes o en los negocios los atendían bien po, claro... todos caficheaban.

– *No sé si quisiera relatar, o decir algo más íntimo o significativo. ¿Cómo vivió Ud. el tiempo de la dictadura? ¿Cómo está ahora?*

– Claro, fue muy duro, pero yo mismo me admiro; porque, yo no sé... siempre esas ansias, uno las mantiene, de justicia. Pero, como en lo personal, digamos, del punto de vista psicológico no quedé mal; no, no quedé mal, he podido dormir tranquilo; pero cuando veo noticias, bueno, ahora mismo cuando dicen tantas cosas de la guerra de Ucrania, que uno sabe que todas esas cuestiones tienen tanta propaganda, tergiversada; que de todo lo que se dice no sé cuánto puede ser verdad, de uno o de otro lado. En cualquier conflicto la propaganda juega un papel bien importante, siempre ha sido así y seguramente siempre va a seguir siendo así; eso me da rabia interna, me quema... porque uno se da cuenta, que en eso hay mucha mentira, la gente se aprovecha.

Entonces, en el fondo, yo encuentro que quedé bien. Sí, quedé bien psicológicamente, no sé de dónde saqué fuerzas, pero no me dejó tan mal como a otros compañeros; sí, porque hay gente que conozco yo, que quedó muy mal, hasta el día de hoy.

Bueno, en esos años, nosotros éramos 1800 los socios del sindicato. Había en el fundo El Trapiche, un solo compañero que tenía un hijo en la universidad, el resto, de toda la gente, de todos los fundos de la comuna, no había nadie que tuviera ni siquiera, en Enseñanza Media a un hijo. Yo tuve la suerte de mi familia,

no sé por qué, tenía mucho más educación que todo el resto de la gente con la que compartíamos; con los trabajadores del campo; porque yo pude ser un profesional, pero me la perdí, ¿por qué?, yo no sé po... hacía siempre lo que quería; no las cosas al lote, pero, porque yo no conocí papá; y mi mamá siempre me decía: “cómo usted quiera pues hijo”.

Yo me crié con mi abuelita hasta los 10 años; después mi mamá se casó y me vine a vivir con ella. Logré estudiar, me gané una beca en Los Ángeles para llegar a la industrial; cuando yo era alumno del sexto año fui elegido el mejor compañero de la escuela, de 1500 alumnos; bueno, por ahí tengo el certificado del Rotary Club; entonces... no es por, cómo se dice, por mandarme los kilos, pero prácticamente no había nadie que tuviera más estudios que yo, donde trabajaba, en el campo, en el huerto; y después en los sindicatos, tanta gente que conocí; y siempre tuve mucho sentido del humor, siempre con la talla, sobrenombres.

Bueno, todo eso siguió igual después; pero claro ahora cuando escucho los comentarios políticos, me da no sé qué escuchar porque..., es todo tan negativo, y los canales de televisión llevan pura propaganda, no hay un académico, un técnico, que lleven, muestran a puros políticos, que alcaldes, que parlamentarios; que lo único que hacen es enredar y crear odiosidades, como en las redes sociales también, es lo mismo.

— *¿Valió la pena lo que sufrió?*

— Sí, los sustos que pasé, yo creo que sí; al final lo tomo como experiencia personal; porque tuve la suerte de sobrevivir.

Después, cuando estuve en Santiago trabajando, nos juntábamos con otros compañeros; una vez estábamos en San Diego, en un restorán y llegó una patrulla de milicos, ¡chutas!, dijimos, pero andábamos con los documentos, por suerte. Estaban en Santiago también, unos que habían sido dirigentes nacionales de los sindicatos, y así, con otros amigos; nos juntábamos, para comentar algo, para conversar.

– *Me gustaría tocar dos temas: por un lado, si puede hacer algún comentario respecto del proyecto político del gobierno de la Unidad Popular; ¿qué recuerda de aquello?, ¿cómo lo vivió acá en la comuna como dirigente sindical campesino?; y lo otro, ¿supo algo del caso del compañero socialista de Casablanca, Rosiel Segovia?*

– Ah, sí poh, Segovia trabajó con nosotros en Quechereguas; él trabajaba en la bodega del vino. Rosiel, él fue uno de los que lo pasó mal; a los que agarraban así, después, en solitario.

A los que no agarraban en grupo, a los que nos entregamos en grupo, tuvimos suerte, pero a los que tomaron, a los que no se entregaron a tiempo o andaban despistados por algún motivo; ellos sí lo pasaron muy mal, hay varios compañeros que tuvieron esa situación; los amigos por ejemplo de la hacienda Agua Fría, Sabino Romero que lo pasó tan mal. ¡Qué no hicieron con él! Y Rosiel claro, también.

– *¿Cómo vio el proyecto político del Gobierno de Allende, desde la perspectiva campesina en la cual Ud. se desenvolvía?*

– Bueno, ahí fue muy complicado, mucho sectarismo entre el Partido Socialista y el Partido Comunista; pero no tanto a nivel de cúpula como a nivel de base, de gente, por ejemplo, aquí en Agua

Fría: en Agua Fría se introdujo gente que era de ultra izquierda, entonces, para plantear otras cosas que no estaban dentro del programa de gobierno de Allende. Por ejemplo, hubieron tomas de fundo que no estaban consideradas, hubo gente que se arrancó con los tarros; llegaron, por ejemplo, muchos jóvenes de Santiago; y no sé si eran de izquierda o camuflados, entonces, predicando la revolución. En ese tiempo estaba fresca todavía la revolución cubana, entonces en esa onda también, llegó mucha gente y claro, en los sindicatos nos complicó hartito, porque se produce sectarismos y choques entre los mismos trabajadores; porque unos eran comunistas, otros socialistas; sí, ahí fue bien complicado eso.

Por eso, hubo tomas de fundo que no fueron patrocinadas o dirigidas por la directiva sindical; sino que, por los grupos políticos, grupos más extremos que llegaron y nos complicaban. Eso pasó mucho, eso sucedió concretamente en el fundo Agua Fría; y Sabino fue uno de los que pagó los platos rotos igual que este cabro, que vive en la Florida; el hermano menor de él estuvo en 3 Álamos también; ellos cayeron en ese grupo.

Del fundo Corcolén también, hubo otros que estuvieron en 3 Álamos, que eran dirigentes del sindicato también; pero ellos no estuvieron tan alejados de la dirección del sindicato, pero cayeron también, también fueron a dar 3 Álamos; ellos estuvieron varios meses allá y los familiares sin saber, maltratados. No sé si es a eso lo que se refiere... fue muy complicado.

— *Cuando usted dice que lo pasaron mal, ¿qué tipo de tortura o vejaciones sufrieron?*

– Bueno, a ellos lo sacaron, los llevaron de su casa sin dar una explicación; pasando por encima de la familia, de sus hijos; los maltrataron allá. Pasó mucho tiempo que sus familiares no sabían dónde estaban, ni para dónde los habían llevado; así fue, sí, para la familia fue lo peor; porque uno que era adulto, uno estaba consciente de los riesgos que se corrían, al asumir una lucha; pero la familia, sobre todo los niños, la esposa. Sí, eso fue lo peor.

Ah bueno, yo era democratacristiano, no era socialista. Yo partí en los sindicatos, el año 64, cuando salió elegido Frei Montalva; en el año 65 se dictó la Ley que reconocía el horario del trabajo campesino, de las 8:00 hrs., porque antes el campesino no tenía horario. Y también se dictó la ley de sindicalización campesina y empezamos a formar sindicatos. Con los De la Fuente éramos de la misma edad y teníamos la misma inquietud; teníamos diferentes puntos de vista políticos, pero en buena onda; siempre conversamos harto, también a ellos les gustaba la lectura, igual que yo y nos fuimos haciendo amigos. Empieza la cuestión que se pueden hacer sindicatos, y empezamos a averiguar cómo formar un sindicato. Yo llegaba acá, por ejemplo, al partido democratacristiano buscando información, cómo formar un sindicato; nadie sabía, y me di cuenta de que era otra gente acá, bueno, yo era campesino y ellos eran empleados, entonces, na que ver; no era donde yo me sentía bien, no era el lugar. Igual yo conocí a gente que siempre en buena onda, estaba con nosotros, que ya falleció, don Luis Fernández que fue regidor por la D.C., que yo lo acompañé en una campaña para regidor, además, yo era bombero en Casablanca, ahí nos hicimos

conocidos. Comenzamos a formar el sindicato, con De la Fuente, y por ahí apareció el Polo y Guillermo Muñoz. Claro, ahí caí bien po, claro, ahí caí bien, entonces yo renuncié a la D.C., y me inscribí en el Partido Socialista y empezamos a darle por los sindicatos.

– *Disculpe, quisiéramos insistir en la pregunta anterior, sentimos que se necesita saber o dar a conocer a la gente que va leer el texto, los tipos de apremio o tortura que usted vivió, que vio o supo que les hicieron a las demás personas que estaban ahí.*

– Bueno, eh..., bueno esas cuestiones, yo nunca he querido ni tocarlas, en algunos casos...

– *¿Es demasiado fuerte para usted hablar de eso?*

– Sí poh... *(silencio prolongado, mucha emoción)* disculpe.

– *Discúlpenos Ud. en todo caso, porque sabemos que este asunto fue terrible.*

(Breve silencio, lágrimas)

– Pero de todo va sanando uno. Sí, yo por mi familia, mis hijos; “lo que yo sé, yo lo sé no más”.

– *Está bien, lo entendemos.*

– Sí, lo bueno, es que yo no siento odio; no siento odio, pero siempre uno, con las ansias y la sed de Justicia, no puede abandonarla uno, son valores que me dan fuerza pa’ vivir poh; sí, yo de esas cosas, lo que me han contado algunos compañeros, lo dejamos ahí nomás.

– *Gracias Eduardo, de nuevo agradecemos su confianza, su generosidad también para compartir este relato.*

– Gracias a ustedes.

LA POBREZA COMO MOTOR DE LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA

HUGO JORGE ÁLVARO NOVOA HERNÁNDEZ

MOLINA

Mi nombre es Hugo Jorge Álvaro Novoa Hernández, tengo 61 años y nací el 19 de abril del 62. Yo soy supervisor en obras, en faenas mineras, de hace unos 20 años más o menos, estudié en la Universidad de Chile, Supervisión de Obras Civiles.

– ¿Qué edad tenía usted cuando fue el golpe militar?

– Para el Golpe Militar tenía 11 años, yo soy oriundo de Talca, llegué a Molina en el año 77 más o menos, a vivir a la población Servicio Seguro Social. En ese tiempo, en plena dictadura, los jóvenes nos juntábamos y nos cobijamos bajo el alero de la Iglesia Católica, de la parroquia en Molina, por ahí salió alguien que nos invitó a participar en lo que era la Comisión de Derechos Juveniles en ese minuto, y como éramos hartos jóvenes los que nos juntábamos en la Iglesia, hicimos la Comisión de Derechos Juveniles de Molina, y fui su presidente.

– ¿Cuándo y por qué lo detuvieron a Ud.?

– En el año 1985, participamos de un Simposio de Derechos Juveniles que se realizó por un par de días en el Sindicato de Panificadores de Curicó, en el cual participamos varios jóvenes de Molina y mucha gente de la comuna de Curicó. Yo era presidente y representante de esa entidad. Íbamos y veníamos de Curicó a Molina por 3 días; el último día se iba a hacer una recepción en el Hotel Comercio de Curicó, no sé si existe hoy. Bueno, y salimos por una de las calles de Curicó, íbamos hacia Yungay, donde estaba el hotel y nos atraparon, unos tipos así... muy de uniforme, pero no de militares, andaban con chaquetas azules, yo los vi muy grandes, nosotros éramos tres, contra cuatro. Yo iba al lado de la calle y me puse al lado del muro de la casa, como para protegerme un poco y no quedar tan rodeado, pero ya..., sospechamos al tiro. Eran como las 10 y media de la noche, en agosto del año 85, nos pidieron que no identificáramos, yo no me identifiqué, no saqué mi carné, ni les dije cómo me llamaba, nos dejaron ahí retenidos, llamaron, que... no era patrulla, no era nada, era un vehículo particular, nos echaron arriba y nos llevaron a un recinto que no era comisaría. Ahí nos empezaron a hacer una serie de preguntas, que ¿quiénes éramos?, ¿quién era nuestro papá?, ¿dónde vivíamos?, ¿porque participábamos?; yo no hablé, no me interesaba darle muchos datos.

Por ahí después me llevaron a otro recinto y cuando iba caminando me pegaron una patá por la espalda, en los riñones, después me pegaron varias patadas más, porque como yo no quería hablar. Pasamos esa noche ahí, en ese recinto, que no sé la verdad, ni dónde

era, pero era en Curicó. Al otro día, lo mismo. Más preguntas, me pasaron a una pieza chica, me pasaron agua, yo lo único que decía... es que era de Molina, yo no le podía decir que mi papá era carabinero. Nosotros sabíamos que si a mí me tomaban, a mi papá le iban a cortar el sueldo, y ahí lo vamos a pasar súper mal po, lo iban a dar de baja de la institución, no podía haber gente directamente familiar, menos yo como hijo de él. Fue a ese lugar, Carmen Gloria, que era la presidenta de la comisión de Derechos Humanos en Curicó, nos logró sacar de la situación, cosa que yo nunca dije de dónde venía. Yo me acuerdo específicamente que, cuando llegué a Molina fui al médico, porque ya orinaba sangre, entonces fue recomplicado pa' mí, porque nunca pude decir en la casa que quién me había pegado, el único que sabía en ese tiempo era el Pedro Navarro, él me ayudó bastante y era quien me iba a ver a la casa. Yo en mi casa, les dije que andaba jugando a la pelota.

Igual nosotros quedamos un tanto resentidos, porque nadie de la gente me fue a ver, a mí por lo menos. A los chiquillos parece que no les pegaron mucho, porque ellos hablaron, dijeron de dónde venían; yo iba con uno de Linares y otro de Parral, el que iba conmigo de Molina, a ese Simposio de Derechos Juveniles, era Guido Concha, que en paz descansa, ya no está con nosotros. Fue bien complejo el minuto, a mí no se me olvidó muy fácil, yo tenía 25 ó 26 años en ese momento.

— *¿Le dijeron por qué lo habían detenido o solamente preguntaban?*

— No poh, ellos decían que el gobierno como tal, no permitía que nosotros nos reuniéramos, que estaba prohibido hacer reunio-

nes, por tanto, no debíamos participar, entonces... era un Chile como para unos pocos no más, y eso era en el año 85, sí poh...

Y como les digo, dentro de la comunidad, fui una persona que estuvo bien activa, yo empecé en la población, veíamos mucha injusticia, yo veía que en mi casa había mucho y al lado no había nada, entonces era extraño poh, o sea, porque con la poca información que había, comenzamos a saber de qué se trataba. En la televisión mostraban lo lindo, pero no lo feo. De hecho, yo después tuve muchos problemas, porque en ese tiempo, empezaron a colocar neumáticos en las poblaciones, para que los niños jugaran y yo los quemé todos, yo quemé 60 neumáticos de una. Fue una catástrofe ahí en la población, y fue porque no me parecía justo poh; fuera de la pobreza que había, llamaban más pobreza todavía, unos neumáticos negros. Igual me buscaron mucho por eso, pero yo me fui a Santiago. Me fui al pensionado Cardenal Caro, creo que fue un año después de lo que les comenté, y viví ahí. Era una pobreza tremenda, los chiquillos, no se podía estudiar en esas condiciones, era muy terrible, no sé si lograron sacar una carrera en ese minuto. Ahí conocí yo, a un joven, Juan Carlos Aros que trabajaba en la Vicaría en Talca, hace muchísimos años que no lo veo.

Siempre hubo ese Chile para unos y otro Chile para otros, no me parecía justo, y como te digo a nosotros... no nos faltaba nada. Aunque yo en ese tiempo era un cesante más no más, salí en el año 80 de la Enseñanza Media y no estudié hasta el 91, así es que anduve como 10 años, así como en la calle, sí...

— *¿Cuánto tiempo estuvo detenido?*

– Fueron tres días, mi familia nunca supo qué es lo que había pasado conmigo en esos días; yo lo oculté. Supieron solo algunos muchachos que pertenecían a la Comisión de Derechos Juveniles, y como adulto: Pedro no más, él me conocía bastante.

Lo mío fue siempre, pa' fuera de la casa De hecho nosotros cuando participamos como apoderados para el SÍ y el NO, nosotros sabíamos que si perdíamos... nos íbamos a tener que ir del país prácticamente. Esperamos el resultado final, yo ni siquiera estaba en mi casa, porque sabía que si perdíamos, me iban a ir a buscar, yo lo pasé en la avenida Sur en una casa que teníamos por ahí, que era de mi hermano. Ahí esperamos el resultado, porque sabíamos lo que venía, venía fuerte para nosotros, porque éramos poquitos.

Pero siempre ligado a la izquierda, siempre participando. Además, fui el encargado de finanzas de la Concertación, eran súper paupérrimas las lucas que nos llegaban, pero con eso, algo podíamos hacer, por lo menos salíamos a pintar, lo poco y nada que podíamos pintar, porque los otros pintaban con carabineros y caballos, nosotros pintábamos en una Citroneta.

– *¿Tuvo consecuencias físicas por los apremios recibidos?*

– Con respecto de los castigos, sí... me pegaron más patadas, pero ellos las pegaban donde tenían que pegarlas nomás poh, bueno yo después me operé de los riñones, por lo mismo; no me acuerdo cuántos años después, pero deben hacer unos 20 años atrás, que fue producto de los golpes que recibí. Tuve suerte, tal vez ellos no pretendían que desapareciera, porque éramos jóvenes,

era como un escarmiento que nos hacían para que no siguiéramos en esas situaciones que, a ellos, no les convenían.

– *¿Supo usted donde estuvo detenido?*

– No, no, nunca supe, porque cuando íbamos en el auto nos taparon, así como con una pañoleta, no era capucha, pero era algo que nos tapó la vista, yo nunca supe donde estuvimos, yo traté de averiguar en esa oportunidad preguntándole a la Carmen Gloria, que era la presidenta de la Comisión de Derechos Humanos, pero nunca supimos, podría haber sido en un cuartel de la PDI tal vez.

– *¿Qué otras consecuencias podría haber generado esta detención para usted?*

– Bueno tal vez algunas psicológicas, pero uno luchaba con más fuerza después, por la situación país que había en ese tiempo, uno no podía dejar de luchar, era todo injusto. Eran dos Chile: para los pobres no había nada, yo lo vi en carne propia en la población, imagínate... a mi papá le llegaba mercadería y a los del lado nada, no era justo. Ni siquiera había trabajo, entonces era súper chocante. La consecuencia más negativa para mí fue haber visto tanta injusticia, pero eso también dan las ganas de salir a luchar

En esos años, había muchas personas jóvenes que no trabajábamos, pasábamos ahí, al alero de la Iglesia prácticamente, vivíamos no más. Yo no tenía problema porque en mi casa había, de alguna forma a los carabineros les llegaba, pero no a todos, entonces era muy complicado.

Después de participar en esta Comisión de Derechos Juveniles nosotros ya nos pusimos adultos, y pertenecíamos a un partido

político, no pusimos a trabajar en otras cosas, participábamos en la Izquierda Cristiana. De hecho, nosotros fuimos los que hicimos el Pato Gigante cuando volvió la democracia, cuando vino Aylwin a Molina y nos sentíamos ganadores de la fiesta en ese minuto.

– *¿Qué aspecto podría relevar de esa época, como mensaje?*

– El mensaje sería: no decaer ante situaciones tan adversas que se nos presentan, tanto políticas como en la vida cotidiana, porque hoy día sigue siendo igual, con otros aspectos, pero, yo creo que la juventud primero se tiene que informar. Los medios de comunicación masivos mienten todo el rato; y si uno se queda pegado en la tele, no va a entender nunca nada. Muestran otra realidad, cuando la situación es diferente.

Yo invito a no decaer, siempre a escudriñar, ¿el por qué ocurren las cosas? Ahí uno, de alguna forma va entendiendo, cómo es la situación de vida. La vida no es fácil, pero en el fondo se puede lograr salir adelante, siendo perseverante; y creo que esa la enseñanza que nos quedó a los que pudimos pasar ese gran temporal, de años de dictadura; al menos yo, viví toda mi juventud en dictadura y que hoy día sea un poco más liberal entre comillas, pero la lucha debe seguir. Los jóvenes deben informarse y no comerse todo lo que la televisión le muestra todos los días.

– *Hugo, agradecemos mucho su relato.*

– Yo les agradezco a Uds.

UN VIEJO COMUNISTA: UNA VIDA ENTREGADA A LA LUCHA OBRERA

IGNACIO PEREDO RAMÍREZ

LONTUÉ

*Yo me llamo Ignacio Peredo Ramírez, nacido en El Queñe, en la
Comuna de Curepto.*

*(Edad: 99 años; fecha de nacimiento: 10 de septiembre de 1923;
militante histórico del Partido Comunista)*

– Yo me crié junto a mis padres y seguí con ellos hasta la edad de 18. Me crié con ellos trabajando; de ahí a los 18 años, como había escasez de trabajo allá, salimos en busca de trabajo, con dos primos hermanos, y llegamos al pueblo de Sagrada Familia. De ahí avanzamos a Requingua, que era adonde veníamos en dirección al trabajo. De ahí nos fue mal y nos volvimos. Trabajamos en el fundo La Esperanza una semana. A la semana yo salí en busca de un tío que vivía en La Isla, y lo encontré adonde vivía; llegué a la casa y ahí mi tío no me dejó volver adonde estaba. Y me buscó trabajo en el fundo Trapiche Abajo. Trabajé dos años; a los dos años yo me hice conocido de los trabajadores y empecé con la idea de organi-

zarlos. Era bueno pa'l trabajo, me quería mucho el administrador, pero el hecho que yo me juntara con los trabajadores y quisiera organizarlos no le gustó, y me dijo que no quería revoltosos en la empresa. Y yo me tuve que salir de ahí y volver donde estaba mi tío. De ahí, entré a trabajar en un fundo de un señor, Rosalindo Enero; entré a trabajar a una vendimia y ahí pagaban muy mal el trabajo de la corta de uva. Yo empecé a organizar a los trabajadores; el administrador se impuso y tuve la suerte de que me despidieran por estar organizando a los campesinos. Se les mejoró el sueldo a los campesinos y a mí me cortaron. Entonces, tengo esa historia del trabajo.

De ahí, yo me hice conocido de un zapatero remendón que le llamaban, que era comunista. Dentré a trabajar a la industria de Vínicas Patria, se llamaba en ese tiempo. Tuve la suerte de trabajar 3 meses; el administrador que había en ese tiempo, yo trabajaba con un maestro, pero al administrador no le gustó que trabajara ahí porque yo tenía muy bonito cuerpo, y me sacó a trabajar con unos camiones, para recolectar maravillas, orujo y todas esas cosas. Tiempo de invierno; llovía poh oiga, nos mojábamos, quedábamos como tripas. Yo vine un día y le dije: por qué no me devolvía a la planta; dijo que no. Y yo le dije que en la lluvia uno se moja, trae problemas de enfermedades; pero... yo te quiero ahí. Yo le dije: por qué no me guarda la pega. "No. Si querís no más, y si no, busco a otro".

— *Don Ignacio, cuando ocurrió el golpe militar, ¿por qué lo detuvieron a usted? ¿puede contarnos las circunstancias de su detención? ¿dónde lo llevaron?*

– Para el golpe militar yo trabajaba en el sur y cuando pasó esto yo me arranqué, me fugué, me escondí. Tengo un poco de historia que yo, me buscaban por un lado y otro y yo me fui pa’l campo donde había un primo hermano que vivía allá, y uno de los primos hermanos me delató que yo estaba escondido ahí. Y yo tuve que buscar para fugarme de ahí. El chofer que yo tenía, tenía una casa en Curicó; se le había ido la señora, estaba sola y me dijo: por qué no te vai pa’ mi casa Me llevó, en el mismo camión, pa’ la casa de él. La casa de él quedaba al lado del regimiento y yo me encerré ahí; estaba cómodamente en la casa, pero los milicos andaban en la noche pa’ llá y pa’ cá por todo el entorno. Yo ahí estaba incómodo, pero ocurrió que yo le había hecho un servicio a un carabinero que tenía un problema económico, y yo en ese tiempo tenía unos pesitos, y me dijo si yo le prestaba la plata pa’ saldar la deuda que tenía. Este carabinero poh oiga, se interesó en tener contacto conmigo; buscó todas las formas poh oiga, de contactarse por intermedio de mi chofer, y que él tenía derecho a pedir garantías por una persona. Y se interesó porque yo lo acompañara a hablar con el gobernador pa’ que volviera a la casa; yo muy desconfiado, poh oiga, no quería, pero por último, le acepté. Me llevó a Molina, a la comisaría, porque no estaba en la gobernación el gobernador. Y el gobernador, ahí, que era un milico boina negra, me dijo que me fuera pa’ mi casa y que él me iba a llamar cuando me necesitara. Y así fue la forma de llegar a mi casa.

A los 2 ó 3 días me mandó a buscar y seguimos la conversación, 3 entre 6 entrevistas; la primera muy amable, conversamos muy

amigos, y me pidió que le cooperara yo entregando los nombres de los compañeros del Partido. Conversamos muy amable la primera conversación y me mandó pa'la casa. A los 2 ó 3 días más, me vuelve a llamar y ahí ya cambió la cosa. Ahí se puso pesado, que yo sabía mucho de todos los compañeros y tenía que decírselos; el nombre de los compañeros, en donde se reunían, con quién, y yo no le di ninguna razón; y de ahí me contestó mal, que yo no le quería cooperar y me volvió a mandar pa'la casa. A los 2 días después, me vuelve a llamar y siguió en la misma conversación de que yo tenía que darle datos de toda la gente, y yo no le di datos de nadie. Y ahí me amenazó de pegarme.

A todo esto, poh oiga, mi compañera había hablado con los de la industria, y ellos fueron a hablar con él y le pidieron que a mí no me no me pegaran, que no me hicieran nada, porque yo era una persona muy buena, muy responsable en la industria. Bueno, pero de esta conversación, poh oiga, me decían después, el que trabajaba en la gobernación, el joven, que ellos escucharon toda la conversa, y decían que le habían pedido que no se me tocara un pelo; y él había arrastrado la respuesta que había. Que después de las conversas cambió. Como yo no le pude dar ninguna respuesta poh oiga, de entreguismo, me amenazó poh oiga, de pegarme. Y vine, en una conversación, poh oiga, me dijo el milico que tenía, ahí con carabina en mano, que tenía que darle respuesta y si no me cortaba los... Y yo no le di ninguna respuesta. Me mandó pa'la casa de nuevo, y a la otra entrevista me puso ya condiciones más serias y le dijo al milico: "¡Prepárate porque

a este le vamos a dar una buena!” Lo tuvo listo, con la carabina con balita pasá pa’ disparar; yo no le di ninguna respuesta. Me volvió a mandar pa’ la casa; a la otra entrevista, volvió a la carga de que yo tenía que decirle, por la buenas o por las malas. Y ahí me amenazó poh oiga de pegarme, y le dio orden al milico que me pegara con la culata de la carabina; me pegó un golpe con la culata en toda la toda la boca del estómago. Caí como pollo al suelo; me paré y me dijo: Bueno... “¡Vai a cantar o no vai a cantar!... ¡Ya! No querí cantar. Andate pa’ tu casa”. Me mandó pa’ la casa y al día siguiente me vuelve a llamar. Y ahí me dijo: “¡Cantai o no cantai! –Y le dijo al milico: “Este no quiere hablar; le vai a repetir. Ahora, empuñai la mano y le vai a dar un combo en toda la boca del estómago”. Me pegó el golpe en el estómago, volví a caer al suelo. Ahí me paré, me dijo: “¡Voh no querí hablar! ¡Té vai pa’ la casa!” Volví otra vez; y en esa entrevista ya no dio pa’ más, echándome una de garabatos poh oiga, que yo no he visto en mi vida una persona más cochina pa’ hablar. Se llegaba a enpinar echándome garabatos. Entonces, como no podía hacer nada, me echó una de garabatos, sin límites poh oiga, y me mandó pa’ la casa. Un año encerrado, que no podía salir. Esa fue la detención que yo tuve.

– *¿Usted estuvo detenido en Molina después?*

– En una Pascua Negra que inventaron, me detuvieron ahí de nuevo, junto con varios más compañeros. De ahí fui a parar a la cárcel. Estuve detenido en la cárcel 12 días; en esa detención, poh oiga, cuando me detuvo en la cárcel, me volvió a investigar

con el mismo milico, y me amenazó ahí, con bala pasá, de dispararme. Yo no le di ni una respuesta más. Seguí mi camino. De ahí nos pasaron pa'la celda. Ahí estuve 12 días; a los doce días, poh oiga, estaban sacando a todos, de una celda por noche, y los llevaban al Río Claro. Los desvestían, los metían al agua, les pegaban hasta cuando se cansaban; eso contaban los que llevaban al río. Faltaban dos, o una celda para llegar a la nuestra. ¿Usted conoció a Segovia? Llevaron a Segovia, poh oiga, pa'l río; le pegaron tanto a ese hombre, oiga, que cuando volvió, en la puerta habían unos hoyitos, así chicos, y lo subieron pa'l segundo piso. Y mirábamos por los oyitos, y lo subieron como un trapo, oiga. Y arriba, este hombre quizá de dónde sacó un elemento cortante y se cortó las venas. Y empezó a sangrar, y los otros que estaban detenidos empezaron a gritar que había uno que estaba sangrando, y subieron a verlo. Como estaba sangrando lo agarraron y lo bajaron pa'abajo, pero al bajarlo se veía como una persona como muerta, así. En esa tragedia adentro, corrían como unos caballos, y lo llevaron pa'l hospital. El doctor que había allí, de apellido Flores, lo tomó, le curó las venas y le repuso la sangre, y volvió. En esto, en esto pararon la sacá pa'l río y nos dieron la libertad a todos. Nos salvamos de... gracias al sacrificio del amigo Segovia. Entonces, esa fue la detención que yo tuve. No tuve más. Nada más que detenerme un año, encerrado en la casa. Esa es la vida mía de la detención. No sé qué más le puedo decir.

— *Usted vio el maltrato a otras personas. Entonces, lo que usted sentía era mucho miedo.*

– Claro, si nos contaban la historia de lo que hacían en el río, cómo no íbamos a estar intranquilos, nerviosos, desesperados, poh oiga.

– *¿Cómo se sentía usted como resultado de la represión? ¿tuvo alguna consecuencia física o sicológica?*

– Mal, porque no tenía trabajo y había que comer. Entonces, yo tenía el camión, Fiat que tenía, y tuve que buscar la forma de buscar trabajo con el camión afuera, porque en la industria ya no me daban pega. Y resulta que, anduve poh oiga, buscando pega en los fundos; estuve en La Fortuna pa’acarrear manzanas. Después de tener media carga de cajas, llegó un dueño del fundo y vio que era el camión de Peredo y me dijeron: “No, no hay pega y pa’abajo las cajas. No hay pega”. De ahí me cambié pa’ Requingua; allá en Requingua me conocieron el camión, y dijeron: “el camión de Peredo, no hay trabajo”. O sea, que yo adonde me paraba: no hay pega. Cambié el camión por otro. Inicie la pega, buscando pega. Lo conocieron que era mío, tampoco trabajo. Así que quedé sin pega, pero tuve la suerte... en Casablanca había un niño que tenía un taller de carpintería, y lo vendía, y me vendió todo el taller, con torno, con todo. Y me dijo que él me ayudaba a que aprendiéramos a tornear, me ayudó a tornear y yo seguí con mi hijo trabajando en mueblería.

– *¿Usted recuerda quién era la persona que le vendió el taller?*

– Mire, no me recuerdo. Lo tengo el nombre; tengo la factura.

De ahí me fui, era conocido con el martillero de la casa de remate en Curicó y él me dio trabajo de reparación, por ahí partí,

arreglando muebles, y ahí aprendí a trabajar en carpintería junto con mi hijo; aprendí a tornear y empezamos a hacer muebles por nuestra cuenta. Ahí empecé a ganar plata, y con eso nos mantuvimos. Esa fue mi vida laboral para estar durante el año encerrado; los muebles, todas las cosas las movía mi hijo, y yo encerrado. Pasó el año y quedé libre; ahí seguí mi vida normal.

— *¿Perdió la libertad de movimiento, ¿cómo se sentía usted estando acá encerrado, sin poder salir?*

— Muy mal, muy mal. Le voy a decir que era una manera de torturarme. Y lo bien que lo cuidaban, oiga. Si este bruto cumplió con su deber poh oiga, de poner un carabinero que me cuidara aquí; más los otros vivarachos que tenía por fuera, que pasaban todos los días por aquí, todos los días. Era muy amargo; disfrazados. Y el carabinero era amigo mío, oiga, de suerte. Un día me llamó y me dijo: “mira Peredo, yo te estoy cuidando. Tiene mucho cuidado en que lleguen tus compañeros de partido, porque merecen saber que están llegando aquí... me van a obligar a que yo tome medidas. Así que, ¡Cúidate! Yo no te voy a hacer nada”. Y este paco cumplió con su cometido, oiga. Me cuidó, me cuidó, hasta que salí en libertad del encierro.

— *¿Usted puede o quiere dar el nombre del carabinero? ¿Lo recuerda?*

— Luis Arriagada, ese es el carabinero; fallecido hoy día. Se portó muy bien. Muy honrado pa' sus cosas. Y ahí salí del sacrificio.

— *Don Ignacio, ¿cuál es el significado que usted le da a la libertad, como hombre, como ser humano, en estas circunstancias de represión?*

– Mire, yo le diría que al asunto de la falta de libertad, es lo más inhumano que pueda haber, porque uno no puede desarrollar lo que quiere y lo que tiene. Entonces, es muy lamentable el sistema dictatorial, represivo, de una injusticia que no tiene nombre.

– *¿Alguna vez vinieron a registrar su casa?*

– No.

– *¿Otro familiar que haya sufrido alguna detención?*

– No.

– *¿Hay algo más que le gustaría agregar a esta conversación? Algún detalle, algo que usted considere importante.*

– Mire, la verdad es que esto de comentar lo que es la dictadura, la represión, es muy lamentable, porque la gente entra a mantener miedo, y una desesperación, porque puede ocurrirle en cualquier momento. Y vienen los castigos, entonces la gente se siente toda oprimida, atemorizada; la gente no tiene libertad, entonces, es muy lamentable lo que es un golpe de Estado.

– *Muchas gracias, don Ignacio, por su testimonio.*

FE, IDEALISMO Y ACCIÓN POLÍTICA

RAMÓN RIVAS MUÑOZ

LONTUÉ

Mi nombre es Ramón Rivas Muñoz, tengo 66, ahora 22 de abril; trabajo como temporero, siempre lo he sido, por lo tanto, durante todo este tiempo y por años he sido como dependiente de los lugares de trabajo donde se me acoja; no tengo ningún lugar seguro. Esa es mi situación actual, soy trabajador de packing.

– ¿Qué edad tenía usted cuando ocurrió el golpe militar?

– Estaba recién saliendo de los 16 años. Yo nací en 1957; al 73 son 16 años. Iba a terminar Enseñanza Media, saliendo el 74. Entonces, digamos de ahí, digamos, saliendo del colegio, me integré de lleno a las actividades pastorales juveniles, movimiento juvenil de la Iglesia, y eso digamos, me llevó a otras situaciones; siempre en Lontué. Mi padre era trabajador agrícola en el fundo San Ignacio; llegó a los 9 años. Por lo tanto, yo me crié dentro de un sector agrícola, de un fundo.

– ¿Su papá participaba en algún sindicato?

– No. En San Ignacio sí hubieron levantamientos en el aspecto de las tomas, cuando era asentamiento; allí se manifestaron el 90%

de los trabajadores buscando la forma de mejorar las condiciones, mal trabajada la tierra, maltratados, los trataban muy mal. Por lo tanto, esto concluyó en una toma del fundo y se expropió, y se transformó en asentamiento.

– *¿Puede describir su experiencia en el trabajo pastoral?*

– Principalmente, se adhiere a la Iglesia a través de los sacramentos, de la confirmación en una primera instancia; de ahí empecé a integrarme más y, posteriormente, con la relación con sacerdotes, religiosas, en la zona, me invitaron a participar en lo que eran los movimientos de asesores, asesores juveniles. Entonces, en ese aspecto yo tenía trabajo, de ir a acompañar a los grupos juveniles; por ejemplo, en El Yacal, Alupenhue, Buena Paz, San Jorge de Romeral; me tocaba todo ese sector. Habíamos varios más; teníamos Lontué y Molina para la actividad pastoral que hacíamos. Eso fue hasta el 79, 80. Poco antes que me detuvieran era una actividad muy fuerte aquí en Lontué; principalmente hacíamos campamentos juveniles, en la cordillera de Santa Brígida y también hacíamos actividades culturales, como el festival que teníamos, el festival *Cristo un Mensaje*, que era bastante, digamos, para el momento; muy demasiado “puntudo” porque nos dábamos el trabajo de invitar a jóvenes con canciones inéditas frente a la situación actual que ellos vivían y traían ellos canciones. Nos preocupábamos también de traer material de Santiago, de la Vicaría de la Solidaridad, traíamos material para mostrar y quizá vender, que era “¿dónde están?”, de los desaparecidos.

– *¿La actividad que hacían tenía directa relación con la situación socioeconómica, política del momento?*

– De todas maneras, de todas maneras. Igual nosotros hacíamos muchas actividades creando conciencia en la gente y los rayados; hacíamos distintas actividades aquí en la zona, mítines, hacíamos en Molina, por ejemplo. Nos movíamos en este aspecto también, aparte del espacio que nos dio la Iglesia; pero también hacíamos actividades populares. El primero de mayo era obvio que lo celebrábamos en Lontué con algunos actos, aquí en pleno centro. Y las marchas que hacíamos eran también actividades motivadas como organización. Yo pertenecí..., uno de los chiquillos que llegaba en la pastoral juvenil, era del MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria) y eso nos involucró un poco para tener una relación como partido. No éramos militantes de lleno porque éramos demasiado cabros también, pero sí adheríamos a algunas motivaciones que él nos traía, y él un poco conducía y nos orientaba en el aspecto social.

– *¿El planteamiento pastoral tenía algo que ver con la Teología de la Liberación?*

– Sí. De todas maneras. De todas maneras. Y eso se manifestaba, bueno..., uno de los curas que se manifestó plenamente era Teodoro, que era totalmente de la Teología de la Liberación, y todos los sacerdotes que llegaron a esta zona de Molina fueron así. En Buena Unión había una casa donde pernoctaban los sacerdotes que eran italianos, franceses, y todos venían con una forma de ayudarnos y conducir un poco el compromiso social.

Entonces eso fue, digamos, algo positivo en el aspecto de relacionarnos con otras culturas, pero también que nos orientaran y nos capacitaran frente a lo que estábamos viviendo como jóvenes también, que éramos muy impulsivos. Pero la educación que se nos implementó en ese aspecto, de interpretar lo que es la fe con la vivencia, fue fundamental para nosotros entender un poco y buscar un camino a nuestras actividades. Pero fue una rica experiencia de todas maneras; un tiempo en que crecimos mucho como personas y como seres humanos, para poder entender y empatizar con los dolores de nuestros padres y de toda la comunidad adulta, que en ese momento estaba viviendo situaciones muy complicadas. Nosotros éramos jóvenes, todavía éramos dependientes, en cierta medida, de los papás. No así en el 80, ya que éramos trabajadores mucho de nosotros, pero gran parte de quienes fuimos detenidos éramos estudiantes, chiquillos estudiantes. Estábamos recién, cuánto, del 73 al 80, 7 años, 7 años en los cuales nosotros recibimos bastante acompañamiento en ese aspecto.

— *¿Recuerda algunos nombres de los sacerdotes que participaban?*

— Sí. Estaba Graciano Masoni, Teodoro, se me olvida... Klomberg; pero habían otros sacerdotes. Hace poco me llegó la foto de un sacerdote francés, Marcelo. Pero hay varios, dos más que eran franceses también, se fueron a Ecuador después, expulsados en cierta manera.

— *¿Cómo se dio la situación con esos sacerdotes?*

— Fue más bien a nivel de conversación, principalmente don Carlos, el obispo de Talca en ese momento, que se expresó bastante

en ese aspecto, pidió que un poco abandonaran la actividad que era... masiva; nosotros recurríamos a su casa para retiros, para encuentros y aquí nos encontrábamos con mucha gente. Mucha gente que venía a buscar un poco de acompañamiento, de orientación, a lo que estaban viviendo, principalmente dirigentes.



Antiguo Centro de Lontué. Archivo Eduardo Molina C.

– *En el tema de los rayados, ¿qué frases usaban?*

– Sí, principalmente el NO. Nosotros participábamos hartos, fuimos a hacer rayados hasta Curicó porque teníamos rapidez de: NO a la dictadura. Principalmente, no llamando a combatir, ni a las armas, ni nada; NO a la dictadura, principalmente, y a poder decir yo estoy en contra, y a manifestarse. Ese era el fundamento de los rayados, por lo tanto, eran muy cortos y rápidos por el

tiempo que uno requiere de hacerlo. Pero lo hacíamos aquí en la zona; los mítines que hacíamos eran principalmente a motivar a la gente, a que no tuviera... a que se manifestaran de una otra forma en su trabajo, los lugares donde ellos, digamos, se desarrollaban diariamente. Eso era el fundamento de los mítines.

— *¿Y en qué circunstancias ocurre su detención? ¿En qué año?*

— Fue en el 80. Estábamos preparándonos para celebrar el primero de mayo. Pero nosotros jamás pensamos que éramos observados, que éramos seguidos. El día primero de mayo tuvimos la detención de uno de los dirigentes de aquí de la zona, Mario Salazar, junto con el padre Teodoro. Y a nosotros no nos entró en la mente de que “escapémonos porque esta cuestión viene fuerte”. Seguimos nuestra actividad normal; yo trabajando en la Aceitera Alcoholes Patria aquí en Lontué, que estaba allá en el cruce; ahí trabajaba desde hace tiempo. Y nosotros seguimos nuestra actividad, siempre trabajando, y los chiquillos estaban por ahí y por allá y así fuimos... posteriormente a eso fui detenido en el lugar de trabajo, y en las casas. Jamás pensamos en escaparnos, en buscar ayuda ni escaparnos. Pero fui detenido en mi lugar de trabajo. De inmediato fui trasladado a Talca; pero dedujimos que era Talca en principio por una cuestión muy técnica en el aspecto que cuando uno va a Talca hay un bache en alguna parte y todos supimos de esta movida. Y así supimos, esta cuestión es Talca. Después lo confirmamos con la Alameda, unas carretas de caballo que iban a la feria; “no, aquí estamos en Talca”; en algún lugar específico cerca de la Alameda y como detenidos, digamos en la camioneta, iban varios más, 4

más, acostados, nos taparon con una frazada y así llegamos allá. Nos llevaron a esa casa de tortura que tienen en Talca, que tenían, a una cuadra de la Alameda; es lo único que yo sé. Pero que era medio como colegio, una cuestión muy chica porque había mucho de biblioteca, de documentación, cuando logramos ver el entorno en que estábamos. Pero nunca nos quitaron la venda. Siempre nos mantuvieron vendados, nos daban comida una vez a lo lejos, nos torturaban a cada momento buscando formas de que..., algo de que jamás nosotros mostramos un armamento, ni nada. Se toparon con una pistola que no tenía ni señas de pistola, pero tenía una figura. Era una escopeta recortada que en ese momento estaba, pero no era un armamento como para crear toda una... un movimiento, digamos... guerrillero como ellos lo andaban buscando. Entonces, las torturas y la conversa eran en a torno eso: qué era lo que hacías y con quién y por qué. Hicieron toda una parafernalia para poder darle forma a la detención, porque no tenía sentido una detención a un grupo de jóvenes que simplemente se manifestaban como en todas partes del país.

— *Con respecto a las torturas, ¿puede entregar algún detalle?*

Principalmente, yo participé, porque no veía a nadie más, oyendo a mi otro compañero que estaban torturando en una ducha, le estaban aplicando corriente; pero yo, digamos, viví más bien principalmente los golpes, con la vista vendada y te golpean... golpeándome el estómago, principalmente, la cabeza; solo golpes, digamos, fuertes. Deduciendo que yo estaba integrado en esto y lo otro. Yo les dije: ahí está toda la literatura, ustedes la trajeron;

me llevaron todo lo que yo tenía. Y en eso yo estoy metido; no sé qué más podría decir. Entonces, felizmente no picaron mucho en buscar más subterfugios en que lo que estaba sucediendo o querrían buscar, porque se le vino abajo un poco todo lo que ellos pensaron que nosotros habíamos armado.

– *¿Cuántos días estuvieron detenidos? ¿Cuántas semanas?*

– Estuvimos cinco días, porque me acuerdo que esa vez redujeron el tiempo de detención de lugares no habilitados que ellos tenían; eran 8 días y justamente coincidió que se redujo a cinco y después nos trasladaron a la cárcel de Curicó, de Talca a Curicó. Y ahí nos hicieron examen médico, internamente, nos acogieron y nos recibieron, y de ahí pasamos siete días de incomunicados mientras se hacía toda la declaración; porque a nosotros nos hicieron declaración, armaron todo, firmamos, listo; pero acá en la Fiscalía militar, felizmente, alguien nos alertó: digan lo que tienen que decir y punto. Nadie los está obligando a ninguna cosa. Y dijimos lo que nosotros hacíamos. Las informaciones que venían de Talca no eran realmente fidedignas.

– *En algunos de los lugares donde estuvieron detenidos, incomunicados, ¿implicaba, por ejemplo, no dejarlos dormir?*

– No. Felizmente Curicó se hizo cargo y por eso nos pusieron médico para confirmar que no veníamos en malas condiciones; varios de nosotros, por supuesto, venían con todas las señales de la tortura, pero no mayoritariamente, y ellos se aseguraron de eso, y lo dijeron. Nosotros vamos a recibir estos detenidos, pero con nuestro criterio, y se hacen responsables ellos. Aún cuando a uno

de nuestros compañeros lo sacaron a los días después de salir de la incomunicación, lo sacaron, la CNI, y se lo llevó pal' campo. Querían armar todo un cuento de paramilitares.

– *Si piensa en ese periodo, ¿qué sentimientos tenía usted, con respecto a sí mismo, a sus compañeros?*

– Gracias a Dios por haber sido bien como maduros a pesar de la edad, de enfrentar la situación que estábamos viviendo, estábamos tan tranquilos; por supuesto, reaccionando a la injusticia que estaba ocurriendo. Que no entendíamos cuál era el motivo central de buscar a un grupo de jóvenes que simplemente hacían actividades propias de lo que hacían en todas partes. Por lo tanto, el respaldo de la nuestra Iglesia, del obispo en este caso, fue fundamental para nuestra tranquilidad, y una vez que ya estuvimos en la cárcel y fuimos liberados de la incomunicación, fue todo un ejercicio de integración, de acogida. Y eso nos permitió sobrellevar los tres años que estuvimos detenidos; no fueron en vano. Hicimos una buena comunidad, crecimos personalmente cada uno de nosotros y nos dimos con todo a la vocación de servicio a que estábamos llamados; y siempre lo hicimos. No todos eran activos participantes de la Iglesia, pero sí se acoplaron a todo lo que es el ejercicio de mantener una comunidad, y que no nos convenía distanciarnos, ni pelearnos, ni discutir por cualquier cosa; íbamos creciendo en la medida que todos participaban. Fue una rica experiencia, aunque suene extraño. Pero fue una experiencia muy... digamos, que hizo crecer a cada uno de nosotros como personas.

– *¿Hubo consecuencias, por ejemplo, en el tema laboral?*

– Sí. De todas maneras. Lontué es un pueblo muy pequeño. Nosotros llegamos un día sábado en la mañana; nos dejaron en libertad un día viernes en la noche, y de inmediato se corrió la voz que habíamos salido. Al otro día, andábamos perseguidos por la gente.

Se nos cerraron las fuentes de trabajo, pero frente a esa situación nosotros ya estábamos pensando en enfrentar esa disyuntiva que había, y nos organizamos para crear nuestra fuente de trabajo. Y confiamos en que mucha gente nos conocía, y quienes habían participado con nosotros, nos habían acompañado en todas estas actividades. Ellos se manifestaron plenamente, dando trabajo, mandando a hacer..., porque hicimos un taller de mueblería. Nos armamos como sea al principio, con la nada misma, pero poco a poco gracias a Dios; allí caímos Manuel, dos Manueles, Calquín, Orellana, yo, estuvo el Oscar Salas también. Estuvimos varios en el taller; era un lugar de encuentro nuestro y eso nos permitió enfrentar una situación grave que había en ese momento, también de cesantía que había en la zona; nuestra zona tiene pocas fuentes de trabajo, entonces en ese momento felizmente enfrentamos eso.

Consecuencias físicas principalmente, en mi persona no. Hubo harta persecución; yo me sentí perseguido en un momento; salimos en agosto y por allá en noviembre, octubre, supimos que nos iban a detener de nuevo y obligados a pedir ayuda y la Iglesia me acogió y me llevó para otra parte. Me escondió por meses, pero estaba muy... vivíamos pendientes de que en algún momento nos iban

a venir a buscar. Porque no entendíamos que no hubo proceso, no hubo condena; por lo tanto, el tiempo que estuvimos se dio como procesado y condenado por los 3 años 3 meses, en Curicó. Entonces, eso lo dieron porque no pudieron armar todo un juicio y condenarnos por 13 ó 15 años.

– *En ese periodo, ¿cómo subsistía su familia?*

– Felizmente no dependían de mí. Mi papi siempre fue trabajador del fundo ahí, pero después ya empezó a trabajar independiente porque se terminó; pero felizmente ellos hacían todo un sacrificio por ir a verme, en la semana y fin de semana. Pero nosotros también asumimos esa tarea y hacíamos trabajos, y una integrante de la familia los llevaba a la Vicaría a vender los trabajos que hacíamos, y así un poco apoyábamos a nuestra familia y por la alimentación también, principalmente. Aunque daban en la cárcel la alimentación, pero nosotros ayudábamos para que la familia no llevara ninguna cosa; solamente la presencia, los pasajes. Entonces, de esa manera apoyábamos también, nos preocupamos y teníamos la forma de empatizar con nuestras familias. Sufrieron harto los viejos, sobre todo cuando estuvimos desaparecidos, en Talca y en Curicó, in-comunicados. Entonces, ellos se imaginaban cualquier cosa que nos había pasado. Y nosotros, por supuesto, jamás pensamos que íbamos a salir libres de esta situación, porque estaba todo en sus manos hacernos desaparecer o hacer cualquier cosa, aun cuando considerábamos que no era... que era injusto nuestra detención.

– *Usted dice no tener secuelas físicas, ¿ha advertido alguna secuela psicológica?*

– Estuve mucho tiempo con el temor de los miedos; lo que me ayudó mucho... don Carlos me pedía que escribiera todo lo que me pasara, a la hora que sea yo escribía la situación que estaba viviendo en ese momento. Después conversábamos, de acuerdo a esa realidad; el miedo no se quita, digamos, siempre está pendiente, y una de las cuestiones que yo he descubierto, quizá puede que sea la edad o no, pero son consecuencia también de golpes y todo, el perder; perdí la imagen de mucha gente. Yo tenía una polola en ese momento, llevábamos más de 2 años, yo no recuerdo su rostro. Si en este momento usted me dice: aquí está, no tengo idea quien es. Yo siento; esa parte la he notado como muy presente; yo, hacia atrás, perdí toda la imagen de muchas personas, entonces eso lo atribuyo a algo debe haber dañado todo lo que significó las torturas y el choque; el choque del miedo a perder la vida también es fuerte. Hoy día uno lo mira desde otro aspecto, lo aborda, lo mira como... pero en ese momento nosotros éramos muy jóvenes y nos chocó, nos golpeó y nos noqueó toda esa situación de sentirse vulnerado, que te estaban deteniendo, te estaban torturando, no sabías si ibas a seguir vivo al otro día. Entonces, en el 80 estaba en plena actividad toda esta cuestión.

– *¿Recuerda cómo reaccionaron sus vecinos cuando salieron en libertad?*

– Sí, es cierta medida; no habían muchos porque nos integramos en una actividad en el estadio, por ejemplo, masivamente, había mucha gente, entonces..., nos miraban de todas maneras, se recordaban porque ya habían pasado 3 años. Se recordaban de

nosotros y se acercaban a saludarnos, no mayoritariamente, una recepción bastante bonita, muy buena. Nos integramos a la Iglesia en Lontué, y abrió todo un campo de armonía en el aspecto de no sentirse rechazado. El sacerdote local en ese momento, el padre Eugenio, nos fue a buscar a la cárcel, todas las cosas que nosotros teníamos, nos apoyó, nos acompañó y eso fue fundamental.

– *¿Hay algo que usted quisiera decir sobre todo lo que vivió, o con respecto a su familia?*

– Bueno, principalmente, lo vivido fue un momento de crecimiento bastante importante en mi vida; espero que nadie más lo pase, hay otras formas de crecer. Principalmente porque fue algo que nunca se olvida; nunca se olvida y cada cosa, cada gesto, un sonido siempre te hace recordar. Yo me siento muy orgulloso de lo que viví, cómo enfrentamos en conjunto la situación; ojalá que nadie más pase por esa realidad que nos tocó vivir con las dictaduras represivas que hubo en ese momento y que nosotros estamos contando la historia; muchos no lo pudieron hacer. Ojalá nunca pase, pero tampoco se olvida lo que hemos vivido nosotros, en nuestra comunidad aquí en Lontué. Ojalá que nunca se olvide y no queremos homenajes, sino que más bien que se enfrente, que es parte de nuestra historia, parte de un pasado, que en la medida en que nosotros trabajemos en comunidad, vamos a impedir que todo vuelva a suceder, porque está a la vuelta de la esquina. Entonces, yo me siento una persona... doy gracias a Dios por estar vivo; por eso cada vez que recordamos a don Carlos todos los años, le damos gracias porque nos devolvió la vida a pesar de todas las

problemáticas que había en ese tiempo, él se matriculó, y él se comprometió, y él nos protegió y nos cuidó y gracias a eso estamos hoy día... en agradecimiento de todo lo vivido, estamos activos con un compromiso cristiano bastante maduro, y lo hacemos, digamos, en nuestras comunidades de una otra forma.

– Muchas gracias por su disposición a entregarnos su testimonio.

EJEMPLO FRATERO Y CAMINO INCIERTO

ADOLFO POBLETE CALDERÓN

CASABLANCA, MOLINA

Me llamo Gustavo Adolfo Poblete Calderón, tengo 66 años; ya estoy jubilado. No tengo ningún oficio ni una profesión.

– *¿En que trabajaba hasta hace poco?*

– Tenía varias actividades. Hasta me dediqué a empastar libros en la notaría, mucho tiempo, en Pichilemu. Viajaba continuamente y hacía libros en la librería de Pichilemu. San Fernando también. Bueno, una persona a quien empecé ayudando me enseñó cómo empastar libros; cómo desarmar los libros y armarlos. Después me dediqué solito a hacer eso. Estuve un tiempo en eso hasta que llegó a quitarme la pega otra vecina. Pero ahí, haciendo cositas.

– *¿Qué edad tenía usted para el golpe militar del 73?*

– Para el golpe yo tenía 17 años. Estaba estudiando. Recuerdo que estaba en segundo medio. Por lógica, ese año fue perdido.

Estudiaba en el Instituto Comercial de Angol y estaba viviendo con mi hermano en Angol; mi hermano ya tenía 2 años más que yo. Él tenía 19 años. Estaba estudiando, era más superior que yo, bueno, él había salido de cuarto medio. Yo estudiaba en el Instituto Comercial de Angol. A él le tocó más fuerte que yo; yo perdí el segundo medio por el golpe de Estado.

– *Durante ese periodo del 73, ¿su familia también vivió alguna situación de represión?*

– No. No creo. Por ejemplo, ellos se vinieron a vivir a este lugar, en Casablanca, donde los papás de mi mamá. Se vinieron más menos el año setenta o setenta y uno. Se vinieron para acá y yo con mi hermano nos quedamos allá estudiando. Nosotros estábamos metido en la política. Ellos no sabían. Además, que mis otros hermanos eran menores que nosotros. Eran más chicos. Entonces no, no captaban eso todavía. Ellos no sufrieron lo que nosotros sufrimos allá en el sur.

– *¿En qué situación lo detuvieron a usted?*

– A mí en el golpe de Estado no me detuvieron porque en ese tiempo yo solo era simpatizante del Partido Socialista; mi hermano era militante. Como era más joven, y estábamos formando los núcleos solamente. Y ahí tuve que ... a mí me escondieron. Estuve en varias casas de seguridad que tenía el Partido para que no me detuvieran y solamente a mi hermano lo detuvieron. Él tuvo que entregarse porque si no, lo pillaban y lo mataban. Así de simple. *Entonces, ¿su hermano pasó por una situación de represión?* Eso fue lo más terrible, porque lo detuvieron el 73 tiene que

haber sido. Estuvo detenido 5 años aquí en Chile y después ya tuvo que pedir asilo político. Y ahí lo enviaron a Bélgica; la Cruz Roja Internacional lo sacó, o si no eran muchos años que tenía de condena y ahí era para sécula.

– *Y el caso personal suyo, ¿en qué periodo se dio la detención?*

– Después de 73. Bueno, yo terminé de estudiar; tuve que repetir el segundo. El 78 y 79 aparecí por estos lugares. Yo tuve que regresar del sur, venirme donde mis papás. Aquí empecé a contactarme con gente. Siempre con temor, siempre con miedo. Yo me integré a una organización que era la Ranquil, relacionada con los sindicatos campesinos. Y ahí empecé a trabajar yo, pero en los actos deportivos, pero simulando algo político. Pero era por el Partido que yo estaba trabajando ahí. Hice unos cursos en Santiago; también Carlos Pino. En el año 80 ya me detuvieron, aquí en Casablanca. Después me empezaron a seguir; no me di cuenta.

– *¿Recuerda quién lo detuvo, carabineros, la PDI?*

– La CNI. Seguro que fue la CNI, por los tratos. Por la forma que lo hicieron y el recinto que estuvimos. Tiene que haber sido la CNI; después uno sabe que fue la CNI.

– *¿Y adónde lo llevaron? ¿A Curicó?*

– A Molina. A ver, yo salí de la casa tipo 6 ó 7 de la tarde. Y los dos tipos que fueron me fueron a buscar a la casa. Muy caballeros, sin esposas, sin maltrato y sin orden. ¡Qué! No había ninguna orden de llevarme preso; simplemente era para conversar conmigo. Y me llevaron en vehículo. Me echaron al vehículo bien caballeros. Estaba mi mamá, estaba mi papá. En ese tiempo estaban en la casa; Estaban

viendo cómo me iban a tratar, porque yo les dije que si alguna vez me iban a buscar, tenían que decir cómo me habían tratado a mí. Y desgraciadamente ellos me trataron bien. Y en ese momento me subieron atrás de un vehículo, de una camioneta, estaba cerrada. Me tiraron atrás y me dieron unas vueltas; y recuerdo que me llevaron a Lontué, en el camino de Los Canales hacia adentro. Ahí ya estaba oscuro. Ahí se bajaron dos tipos, me pescaron, me agarraron, me arrastraron y me pegaron unos puñetes, unas patadas. Me esposaron, me pusieron scotch en los ojos y una venda. Y ahí yo no supe nada más. Ahí me dieron varias vueltas, no sé cuántas vueltas; no sé cuánto tiempo estuvimos, pero fue harto rato, hasta que llegué a un lugar que tampoco sé dónde fue. Después con el tiempo supimos. Parece que era la cuatro Oriente con la 1 Norte por ahí, en Talca. Ahí estaba el cuartel de la CNI.

— *¿Lo trasladaron solo o con otros detenidos?*

— Yo iba solo. Ellos me preguntaban por nombres de otras personas, y la dirección donde vivían. Pero yo no los conocía; no me sonaban los nombres, nada. Ahí empiezan los primeros golpes, preguntándome donde vivía tal tipo. “¿Bobby, dónde está?” No de esa forma, con groserías y bruscamente. Yo no los conocía. Me acuerdo que llegué solo. Había una sala, una pieza grande; habían sillas y ahí me sientan, siempre vendado, siempre esposado. Y se sentía más gente que pasaba por ahí. Yo empecé a relacionar con quién estaba, por los nombres. Entonces ahí supe yo que toda la organización estaba ahí; todos estaban detenidos ahí. Éramos varios, me acuerdo que tuvimos que haber sido unos 19 ó 20. Todos

estaban ahí, yo era el último que no llegaba. Llegue yo ahí y después empezaron a golpearme para saber si había otro tipo más que estaba metido. Yo ahí ya no sabía más. No los conocía realmente. Y ahí ya empezaron a torturarlos a todos. Ahora ¿cuánto tiempo estuvimos ahí? No sé, ahí se me perdió la noción del tiempo. Era de noche, estábamos vendados, no teníamos horario. Ni siquiera comida porque no nos daban de comer. Día y noche estábamos sentados no teníamos horario. Sí sé que fueron más de 10 días.

— *¿Les daban agua?*

— A veces; cuando tú pedías. Y un pedazo de pan. Ahí sí que fue terrible. Yo bajé kilos, pero montones.

— *¿En los interrogatorios les preguntaban por armas?*

— Sí, siempre. Dónde estaban las armas y dónde estaban los explosivos. Eso siempre te preguntaban. Incluso a mi hermano también, después cuando conversábamos, cuando nos juntábamos, dice que siempre le preguntaban por explosivos, por dinamita; siempre preguntaban eso. Cuál era el arma que usabas tú, cuántas municiones tenías, de dónde, de cuándo, pero siempre se basaban en eso.

— *¿Los dejaban dormir tranquilos?*

— No. Nunca te dejaban dormir, y en el suelo. Ahí uno empieza a relacionar las cosas porque llega la noche y te tomaban y te tiraban al suelo y ahí quedabais en el suelo, como enrollado, frío, y se notaba que había que dormir. ¿A qué hora? No sé. Después llegaba el cambio de guardia que ellos mismos tenían, y te sacaban; y había tipos y tipos. Yo me acuerdo que había uno que siempre

llegaba en la noche y siempre me ofrecía un cigarro; me decía: “tú fumái”. Sí. “¿Querís fumar?” Ya poh! Me pasaba un cigarro, me lo encendía, yo vendado fumaba como podía y de ahí nunca más fumé Advance porque el tipo fumaba Advance; en esos tiempos existían esos cigarros. Me acuerdo que ese tipo era bien amable; no te trataba mal, pero sí habían otros que sí te trataban mal.

– *¿Esto era dentro de la CNI?*

– Claro. Dentro donde estábamos nosotros, sería el cuartel de la CNI o en otra casa que tendrían de tortura, por ejemplo, que podría haber sido. Y siempre recuerdo un tipo que llegaba y te apuntaba con la pistola en la cabeza. Te hacía... te gatillaba la pistola, sin balas, por supuesto, pero tú sentías que la tenías en la cabeza. La percutaba; eso era terrible porque tú no sabías si la próxima era una bala o no. Tiene que haber sido tortura psicológica.

– *¿Qué otro tipo de torturas recuerda?*

– Había... mucha corriente. Porque cuando los tipos torturaban a los demás... porque a mí fue muy poca la corriente que me pusieron y a lo mejor muy leve. Claro que yo igual le tengo miedo a los cables; yo no te hago instalación eléctrica. Los cables no los tomo porque sé que la corriente es fuerte y te da... y te duele. Cuando ellos usaban el método terrible de corriente a los demás compañeros que habían ahí, ponían música fuerte. Tenían tremendos equipos, unos parlantes. ¿Por qué? Porque la gente gritaba, por lógica. Yo sentí golpes de corriente, pero no en extremo, no terribles. Pero sí lo otro que usaban era sacarle las uñas de los pies; había uno que le sacaron todas las uñas de los pies. Porque

ese no gritaba, bramaba, y ahí es donde ponían música; después supe a quién de los compañeros que había le habían sacado las uñas de los pies. A mí no me lo hicieron pero sí usaron golpes de puño, patadas, corriente muy poca. Y lo otro que trataban de hacer era tratar de hipnotizarte. Claro, querían hipnotizarte para que tú respondiérai... No sé. Querían hipnotizarte, pero si tú no quieres, no te hipnotizan. Porque yo recuerdo que cuando yo estudiaba nosotros hacíamos eso; a mí me gustaba eso de hipnotizarme, que me hipnotizaran; siempre tratábamos de hacerlo, pero había un profesor que nos decía que si uno no quiere no te pueden hipnotizar; porque eso que sale en la televisión que te hacen con los dedos, esa cuestión es mentira. No creo que exista, lo encuentro... para mí no; para mí no es verdad. Trataron de hipnotizarme, pero no pudieron. Había un tipo que lo hacía, pero conmigo no pudo.

— *¿Recuerda haber sabido de torturas que tienen que ver con sumergir a la persona en el agua, o taparle la boca con paños húmedos?*

— No lo vi. No supe. No se dio. Lo otro que también recuerdo... es una piscina. Sé que esa casa debe haber sido muy grande, que tenía una piscina. A nosotros nos sacaban y nos hacían bajar a esa piscina y nos podían tener... no sé poh, podíamos haber estado toda una mañana parados ahí; se notaba que era una piscina porque tú, vendado, tratabai de moverte... y era en bajada. Se notaba que había agua. Donde nosotros estábamos parados no había agua. Tratábamos de no movernos; yo trataba, por lo menos, de no moverme porque sabía que... nos hacían bajar a un hoyo, por último. Pero después, pensando, era una piscina. Si tú te movías,

te podías resbalar y caerte al agua, y esposado y vendado no creo que pudieras pararte fácilmente. Había que estar ahí tranquilo nomás; sin hacer nada. Recuerdo también eso.

– *En ese periodo en que estaba viviendo esa experiencia, ¿recuerda cuáles eran sus sentimientos, respecto a usted mismo, su familia? ¿Qué pensaba?*

– No sé. En esos momentos tú pensai montones de cosas que a lo mejor..., de aquí no salgo, nos van a matar, algo va a pasar aquí, que no vas a volver, y pensando... no sé..., mi mamá, además, ya había vivido una experiencia con mi hermano, ella ya sabía lo que tenía que hacer; lo que tenía que hacer, si yo no llegaba en 2 ó 24 horas a la casa, lo único que tenía que hacer era irse a la Vicaría y poner recurso de amparo. Porque eso es lo que hizo con mi hermano; tú tienes que tener una evidencia. Si desapareces tienes que tener un recurso de amparo y ver en la Vicaría, ver un abogado, o verlo con la Iglesia, o que un cura se haga cargo. Me acuerdo que había un cura que era el obispo de Talca, que era don Carlos González; él me acuerdo que nos fue a visitar a la cárcel cuando nosotros estábamos, y él a lo mejor movió algo para que nos sacaran de ahí de la CNI porque fue mucho tiempo lo que estuvimos.

– *¿Recuerda cuánto tiempo estuvieron en la CNI, aproximadamente?*

– Para mí que fueron 2 semanas que estuvimos en la CNI. Fue mucho tiempo porque la CNI no nos sacó a declarar, ninguna cosa, no. En la cárcel nos sacaron a declarar, a constatar lesiones, a lo mejor. Ahora, después uno piensa por qué te tienen tanto tiempo, pa' que se te pasen los machucones, a lo mejor; pa' que

se te pasen los dolores, pa' que te mejoré un poco. Porque pasó un tiempo que te golpeaban... a todos nos golpeaban todos los días y después pasó... no sé... 3, 4 días y a nadie después lo tocaron. Y tiene que haber sido eso, pa' recuperarte y poder llevarte a la cárcel, porque después del cuartel de la CNI pasamos a la cárcel. Me acuerdo que fue en la noche, ya estaba oscuro.

– *¿A la cárcel de Talca?*

– Sí. A la cárcel de Talca.

– *¿Recuerda cuánto tiempo estuvo en la cárcel?*

– Bueno después del tiempo en la CNI, nos pasaron a la cárcel, en la noche, y nos tuvieron 5 días incomunicados..., yo estuve ahí mayo, junio, julio, agosto, septiembre, octubre, noviembre y... parece que fue en diciembre cuando llegó la condena, que fueron 541 días. Y después de eso, pudimos salir en libertad bajo fianza; y quedamos firmando todos los días viernes; el último viernes de cada mes teníamos que ir a firmar a Talca.

– *¿Esto fue el año ochenta?*

– El año ochenta, ochenta y uno; no sé hasta cuando estuve firmando, hasta que después el presidente Aylwin que nos indultó a la mayoría; a todos parece. A todos tiene que haber sido.

– *¿Usted tiene algún daño físico producto de esto? ¿O daño psicológico?*

– Físico no. No quedé como que me hubieran quebrado algo. Nada. Psicológico sí. A la corriente yo le tengo terror. Al agua helada. Si me baño en una piscina es poquito; tiene que ser mucho que esté un minuto en el agua en un río o en la ducha con agua helada, no nunca. En mayo hacía frío, bueno años atrás hacía frío, y nosotros

teníamos que bañarnos, nos hacían bañar cada 3 días. Había agua que caía no sé... de una manguera; ahí en pelota te tiraban agua helada a la intemperie, y después te pasaban... no era una toalla sino que parece que era una sábana y todos nos secábamos con la misma cuestión que estaba mojada y tú quedabai con el cuerpo mojado y después teníai que ponerte la misma ropa y quedabai tiritando de frío. Así que al agua le tengo terror y a la corriente, terror.

– *¿Cuál fue la reacción de sus vecinos al salir de la cárcel y volver al barrio?*

– A ver. Bueno... comentarios... no creo que fueran tantos comentarios porque yo tenía pocos vecinos. Porque mi mamá como vivía en Bajo de las Ánimas, hacia adentro, habían muy pocas familias. Contaditas; una, dos, tres, cuatro o cinco; más no creo. Vecinos habían muy pocos de mi edad, por ejemplo, que se pudieran comunicar. Como que yo pasé piola. Como que no se dieron cuenta porque quedaron muy pocos vecinos; los que más se dieron cuenta que yo estaba preso fueron... no sé... los familiares y tampoco tenía tantos familiares aquí, y tenía pocos amigos porque el trabajo político mío cuando estuve en el sindicato no era tan solo en esta zona; eran contaditos los que me conocían. Bueno, sabían que yo era de izquierda, pero más estaba en movimiento en Talca porque yo viajaba constantemente.

– *¿Cuándo estuvo en la cárcel estaba casado?*

– No, estaba soltero. El ochenta tendría unos 24 años. Sí, 24 años tenía. Yo era el más joven del grupo; todos me cuidaban, como que me protegían.

– *¿De qué manera esa experiencia suya afectó a su familia? ¿A su mamá, a su papá?*

– Lógico. Les afectó porque vivir por segunda vez lo mismo que ya habían vivido... bueno en el primer caso, de mi hermano, no lo vivieron a fondo como ellos estaban acá, pero ellos sabían que él estaba preso; a mi mamá le costaba mucho viajar de aquí de Curicó hacia Angol, o hacia Renaico, o hacia Collipuye, o hacia Los Sauces también; mi hermano estaba en la cárcel y lo cambiaban de lugar. Ella tenía que andarlo buscando dónde estaba para poderlo ir a ver, de vez en cuando entonces...; no todo el tiempo podía ir a verlo. A ella tiene que haberla afectado mucho y después tener a otro hijo que estaba en las mismas condiciones..., estaba más cerca pero igual estaba preso.

– *¿Ella fue a verlo a Talca?*

– Sí. Mi papá también. Yo pedí que mis hermanos no fueran porque mis hermanos eran menores que yo y estudiaban; yo no quise que ellos fueran. Mi papá fue y mi mamá también iba a verme; ya después conocí a Isabel, ella también iba. No quería tener tantas visitas porque ir a la cárcel no es muy agradable.

– *¿Esta experiencia tuvo algún otro tipo de consecuencia en usted?*

– Bueno..., yo fui terrible. Después de estar preso perdí oportunidades de trabajo, las pierdes... tú pierdes montones de cosas; llegó el momento que yo después me puse a tomar. Yo fui un tomador empedernido; yo estuve 15 años más o menos tomando, estando casado, claro. Yo no trabajaba, pero igual tomaba. Tomé mucho hasta que ¡ya!... ahora ya hacen como 15 años que ya no

tomo. No sé si..., tiene que haberme afectado eso, no tener la oportunidad de trabajar y trabajar bien.

– *¿Usted tiene hijos, verdad?*

– Sí. Una hija.

– *¿Y en la crianza de su hija?*

– No. No creo. Yo como que me perdí esa etapa.

– *¿Nunca le contó a ella, o a su esposa?*

– Bueno, mi señora sabía; prefería que no supiera mi hija todas esas cosas que había pasado yo.

– *Originalmente, ¿qué fue lo que lo motivó a involucrarse en la lucha social, política, a través del Partido Socialista? ¿Qué hechos puntuales lo motivaron a adquirir ese compromiso?*

– Sí, es que uno vive... mi hermano fue un dirigente político, muy bueno, y todavía está metido ahí; le gusta y no creo que vaya a dejarlo. Entonces, yo viví en ese ambiente. En la casa donde nosotros vivíamos se hacían reuniones. En ese tiempo yo era menor de edad, pero sí me metía ahí, participaba con ellos; me hicieron formar núcleo de 5 personas y esos 5 formaban otro núcleo, y esos otros 5 formaban otro núcleo, entonces... cuando tú ves que tu hermano hace eso, por qué yo no lo puedo hacer, y participaba también junto a él. Antes se usaba salir a las concentraciones, encontrarse con Patria y Libertad y sacarle la cresta a palos; era como común eso. Siempre al Partido Nacional había que buscarlo y buscar a Patria y Libertad. A esos había que sacarles la cresta. Eso me hizo meterme en el Partido Socialista, meterme en la política. Pero después, después que te pasa algo como que te alejá un poco, como que te da miedo;

como que te dices: si estoy haciendo algo para qué, si después no tienes el apoyo, porque a veces te encontrái solo y te dices: bueno y el Partido ¿qué hizo por mí cuando yo estuve preso? ¡Putal! ¿Ayudó a mi mamá para decirle: señora, aquí tiene plata para que vaya a ver a su hijo? No lo vi. Entonces después tú dices: ¡Chuchas! Pa' qué me meto en huevás si no tengo ningún apoyo. Lo mismo que pasa con mi hermano ahora; mi hermano quiere hacer algo, pero el Partido no lo apoya; no le da financiamiento. Tiene que buscárselas solo. El financiamiento es lo más difícil conseguirlo.

– *¿Tu hermano menor?*

– Mi hermano mayor.

– *¿Él está afuera?*

– Él está afuera. Él quiere hacer montones de cosas. Tiene un lugar donde hacerlo en la cordillera, pero no lo apoyaron. El intentó, el año pasado intentó, este año también intentó, tampoco lo apoyaron. Porque él estaba pidiendo; lógico, si tú, por ejemplo, vas a formar un grupo de cabros, por último, para enseñarles los principios del Partido o cualquier cosa, tienes que alimentarlos, tienes que llevarlos, por ejemplo, de aquí de Molina a la cordillera, tú no puedes estarles pagándolos pasajes, no puedes estar llevándolos, son 5, 10 ó 15 cabros, tienes que tener locomoción para llevarlos. Pidió financiamiento para eso y no se lo dieron. Se fue defraudado porque no pudo hacer nada; a lo mejor le dijeron: rasgúñatelas solito nomás.

– *¿Hay algo que quisiera agregar, en relación a esta experiencia de la represión?*

– A ver, es que después... cuando tú caes preso, como que la gente se te aleja, como que no se quieren juntar contigo; si él cayó preso para qué nos metimos nosotros a participar en algo si vamos a caer preso y nos van a pegar. Y agregar algo, ¿qué gané yo con esto?, todavía no lo sé. Si gané algo, a lo mejor perdí.

– *¿Es un arrepentimiento?*

– No me arrepiento. No me arrepiento, pero, porque fue una experiencia que a lo mejor uno tenía que pasar para madurar; a lo mejor para seguir luchando de otra forma, pero es difícil. Porque después la gente se te aleja, es complicado.

– *¿Usted está con el espíritu en alto o en bajada, en el contexto local, nacional?*

– No. Igual uno sigue con eso, lo que tiene. Mi hermano lo ha dicho..., yo lo veo a él y yo lo veo igual que en el 73. El no bajó la guardia; no sé si él... pero él algo tiene. Todavía sigue pensando que puede arreglar el país; me he dado cuenta, por ejemplo, cuando viene pa' acá, va a ver a los mapuche al sur, porque sabe que tienen problemas, tienen problemas de agua. Lo que hizo este año, puchas, nos mandó con mi hermano a comprar un estanque de agua, él pescó su camioneta, echó el estanque de agua de 1200 litros y se lo llevó pa' allá a los mapuche donde una persona que no tenía cómo tener agua y le llevó el estanque; siempre está tratando de ayudar a la gente, de hacer algo bonito, algo bueno, que el mapuche pueda surgir, pueda hacer algo bueno, y es difícil. Carlos, le digo, pero es que solo no podís, poh. No podís luchar solo contra el mundo. Si no tenís apoyo, no podís poh. Pero él lo hace; vive su lucha.

— *¿Usted ya no milita?*

— No. Ahora ya no. No por miedo, no por miedo, sino porque..., ¡Putas! nadie me dijo: ¡Putas, te felicito, hueón! Estuviste preso por una causa. Nadie me lo dijo, ni el Partido, ni nadie. Entonces, a veces tú como que bajái la guardia y decís: ¡Chucha! ¿Pá qué lo hice? Es difícil, pero, hay otros que lo hacen. A lo mejor, más fuertes que yo. A lo mejor, digo yo, ahora sigo, estoy casado y mi señora ya tuvo la experiencia y volver a repetirla no sé si será bueno para ella o no; no estábamos casados, pero estábamos recién pololeando. Y darle otro golpe a mi mamá, por ejemplo, ya que está tan vieja, tiene 87 años; ahora, sé que a lo mejor no va a pasar lo mismo. Si pasara, no me gustaría que siguieran sufriendo; tiene que haber sufrido la vieja.

— *Muchas gracias por su disposición a dar su testimonio y compartir su experiencia.*

CAMPESINADO Y TRES ÁLAMOS

ERCILIO JESÚS MONDACA VERDUGO

SAN JORGE DE ROMERAL, MOLINA

Mi nombre es Ercilio Jesús Mondaca Verdugo, 79 años

— *¿En qué trabaja actualmente?*

— En los quehaceres de la casa aquí nomás. Riego las plantitas y abono también cuando hay que echarles abono..., planto unos tomatitos. Eso es más o menos lo que hago. Ya no trabajo mucho porque no puedo.

— *¿Está jubilado?*

— Sí.

— *Don Ercilio, ¿usted recuerda qué edad tenía cuando ocurrió el golpe militar?*

— Treinta años más o menos.

— *Y en ese momento, ¿qué hacía? ¿En qué trabajaba?*

– Yo trabajaba en el fundo Corcolén. Era asentamiento en ese momento. Ahí trabajaba yo.

– *¿Y participaba en la organización campesina?*

– Sí.

– *¿Nos puede contar un poco de eso?*

– La organización campesina era como que... lo que nos podría pasar cuando estábamos esperando el golpe, porque el golpe, digamos, que lo estábamos esperando; sabíamos que venía. Eso era más o menos lo que nos informaban.

– *¿Cómo fue su experiencia, en esta localidad, del gobierno de la Unidad Popular? ¿Qué recuerda?*

– Fue mala... porque no teníamos nada para comer, las cosas estaban escasas, había que hacer colas para comprar comida; el azúcar, por ejemplo. Sí, poh, pero eso no era culpa del gobierno; era culpa de la derecha que escondieron todas las cosas. Y al día siguiente del golpe aparecieron todas. De eso me acuerdo.

– *¿Y cómo vivió usted el tema de la Reforma Agraria?*

– Sí, bien.

– *¿Cómo les afectó?*

– Ahí nos afectó totalmente pa' adelante. Desde el golpe pa' adelante nos afectó al tiro.

– *¿Pero antes y durante el gobierno de Salvador Allende?*

– Estábamos bien nosotros. Estábamos bien. Trabajábamos bien.

– *¿Tenían apoyo del gobierno para trabajar la tierra?*

– Sí, para empezar a trabajar, sí poh. Pero después nosotros tratamos de capitalizarnos y con lo que producíamos en el año daba para seguir trabajando al otro año.

– *¿Recuerda más o menos cuánta gente participaba en su asentamiento?*

– No me acuerdo. Pero debe haber sido 25 a 30 personas, más menos.

– *¿Eso tenía que ver con lo que se llamaba los CERA, los Centros de Reforma Agraria?*

– Sí.

– *¿Y en qué circunstancias, en qué situación, lo detuvieron a usted?*

– A mí me detuvieron el año 75. Me fueron a buscar a mi casa; que yo era activista y me llevaron. Vino carabineros me sacó de mi casa y me llevó a Molina. Ahí me vendaron la vista y no vi más hasta que llegué a Santiago.

– *¿Usted era dirigente del sindicato?*

– Sí, fui dirigente; después ya no. Cuando recién nos entregaron el fundo fui presidente. Estuve como un año, pero después me cambiaron porque uno no puede ser toda la vida, pero de esa forma fui.

– *¿Usted en ese momento militaba en algún partido?*

– No. Amigo no más; siempre he sido amigo del Partido Socialista. No milité porque..., igual me pasaron por socialista, pero no era así. ¡Y ahí quien les va a decir que no! Son ellos los que mandan.

– *O sea, lo detuvieron en su casa, el año 75.*

– El 75 en mi casa, ahí en el fundo Corcolén, Ahí me llevaron a la comisaría de Molina y me esposaron; o sea, me sacaron esposado de acá.

– *¿Qué más recuerda que le pasó en la Comisaría de Molina?*

– Lo más que me recuerdo es que me subieron a puras patadas pa' arriba a un segundo piso. Ahí me tuvieron una noche y todo el otro día; bien amenazado. Me ponían el fusil aquí (*indicando la boca; demuestra mucha emoción, largo silencio, lágrimas*). Después me llevaron a la parrilla, como se llama.

– *¿Qué recuerda de esa tortura de la parrilla?*

– Me ponían (la corriente) en la boca, en el ojo, en los genitales, todo eso.

– *¿Qué le preguntaban? ¿Qué le decían?*

– Que dónde tenía las armas. “¿Dónde tenís las armas? ¡entregá-las!” ¡Qué armas le iba a entregar! ¿De dónde? Y de ahí me pasaron a Talca. Supongo yo que era Talca porque, por el trayecto más o menos. Pero yo no veía nada. Parece que estuve en el regimiento, pero en una parte aparte del regimiento. Y ahí nos intimidaron todo el día también, con un perro que pasaba tirándole las babas por la espalda a uno, encima de nosotros. Era un tal Pájaro Loco, le decían, era el gallo que andaba con el perro. Yo no lo vi. Estuve todo el tiempo con la vista vendada adentro.

– *¿Cuánto tiempo estuvo en la cárcel?*

– En la cárcel de Molina no estuve; estuve en la comisaría. Estuve como 2 días. Y en Talca estuve como un día en la tarde y el otro día todo el día, y en la noche nos trasladaron a Santiago, a Tres Álamos.

Supongo que era del regimiento porque yo no veía nada. Pero esa fue más o menos mi impresión y de todos los que íbamos juntos, porque iban unos gallos de Talca que también los llevaron junto con nosotros a Santiago.

— *¿Iba más gente del sector junto con usted?*

— Sí, dos más.

— *¿Y cómo fue el trayecto a Santiago y la llegada a Tres Álamos?*
Nos dejaron que bajáramos a desaguar y luego nos dijeron: “¡arranquen! ¡arranquen! ¡váyanse! ¡váyanse!” Nadie hizo eso porque sabíamos que nos iban a correr bala, seguro. O la muerte. Nadie. Iban 8 de Talca y como cuatro de acá. Nadie dijo nada. Nadie bajó. “¡Bajen cabros! ¡Arranquen! —dijo—, están libres”. Era para dispararnos si arrancábamos. Pero no fue así. No quisimos.

— *¿Qué recuerda de la estadía en Tres Álamos?*

— Mala fue, poh. Porque nos tuvieron como una semana incomunicados, cuatro juntos ahí; y además llegó un gallo, que era un buen amigo. Dijo: Cabros, si necesitan algo aquí, por ejemplo, una hoja de afeitar, pasta de dientes, si no tienen yo les traigo. Las pocas monedas que andábamos trayendo se las pasamos. No lo vimos nunca más. Además, yo caí con 100 mil pesos. Cien pesos eran en ese tiempo, yo creo. El pago de un mes. A la entrada me los quitaron ahí donde deja las pertenencias uno. No los vi nunca más. Después le dije: Bueno, ¿y los cien mil pesos? ¿Qué querís?, me dijo, ¿qué te lleve pal río otra vez, pal mar? Eso fue en Santiago, cuando llegamos allá. Una semana incomunicado. ¿Quién les iba a decir nada ahí!



Archivo, Yoao Muñoz H.

– *¿Le aplicaron algún tipo de tortura y maltrato?*

– En Santiago no. Allá no. Íbamos listos de acá. Pero como le digo estuvimos una semana incomunicados; después nos pasaron

a una pieza grande, donde habíamos como 40. Ahí dormíamos tirados en el suelo, no más. Ahí estuvimos varios días. Después nos sacaron a libre plática.

– *¿Y en total cuánto tiempo estuvo en Tres Álamos?*

– Estuve un año..., poquito más de un año.

– *¿En el mismo lugar?*

– No. Estuve en Tres Álamos, después nos llevaron a Puchuncaví.

– *¿Estuvo en una cárcel?*

– No, en el campamento militar. Antes eran las cabañas que había hecho la Unidad Popular y usaban los profes antes. Un campo de concentración. Ahí estuve hasta... septiembre. Ahí pedimos traslado nosotros y nos resultó, y nos trajeron nuevamente a Tres Álamos. Ahí estuve septiembre, octubre, noviembre, y ahí fue la amnistía que dio el gobierno de ese tiempo. Cuando salieron todos los presos políticos que no tenían cargos; ahí salimos nosotros.

– *¿A usted le quedó algún daño en su cuerpo producto de las torturas?*

– En el momento no. No sé, ahora me estará repercutiendo porque tengo todas las enfermedades. Pero en ese momento yo no note nada.

– *¿Y alguna consecuencia psicológica? ¿temor, miedo?, por ejemplo*

– No. El miedo ya se me pasó.

– *¿Qué pasó con su familia mientras estuvo detenido? ¿cómo sobrevivía? ¿usted estaba casado?*

– Sí. Mi familia era la que le daba a mi esposa; mis padres, y por el lado de ella también. De alguna manera pasaron. Después ya empezamos a hacer trabajos y esos la Vicaría los llevaba pa' los

Estados Unidos y nos llegaba algún dinerito. Pero era poquito. Pero eso había que mandarlo pa' acá.

– *¿Hacían artesanías?*

– Sí.

– *¿Qué tipo de artesanía?*

– Hacíamos medallas, monedas, unas manos así empuñadas de madera. Esos la Vicaría los llevaba y nos traía el dinero cuando llegaba. Pero no era tanto; para mandar algo pa' la casa, nomás. O cuando lo iban a ver a uno, ahí les pasaba esas moneditas.

– *¿Después, al quedar libre, le costó mucho encontrar trabajo?*

– Un poco nomás. Tuve que ayudar por ahí y después ya me salió un trabajito; con ese trabajito tenía para parar la olla. Y ahí me fui ambientando donde mismo porque cuando yo me fui no habían parcelado el asentamiento todavía. Cuando volví, después de un año, ya estaba todo parcelado. Entonces el mismo gallo que sacó la parcela donde yo vivía, que pertenecía a la casa, ese me dio trabajo; estuve varios años con ellos. Después él vendió; le vendió a un hermano de él, que eran los futres de ahí, y ellos me siguieron dando trabajo. Así que no anduve tan mal en esa parte. Por lo menos trabajando, uno está bien. Y con ellos terminé hasta que jubilé y me salí. *La gente que lo conocía, ¿qué actitud tenía cuando usted volvió?* No igual, normal; una sola persona la hallé diferente. El resto todos iguales; sí, amigables. Nunca me discriminaron. Este estuvo preso, nada.

– *¿Usted nunca militó en algún partido?*

– No. Era amigo del Partido Socialista; compartía con ellos. Era como simpatizante. “¡Qué simpatizante!, –me dijo un milico–, todos igual nomás”.

– *¿Hay algo que quisiera agregar a esta conversación?*

– No. ¡Qué podría agregar! Eso es todo. No tendría más que agregar.

– *Gracias, don Ercilio, por su disposición a compartir su experiencia.*

E L D E D O D E G O L L A D O R

JORGE MANUEL MEJÍAS ROJAS

MOLINA

Mi nombre es Jorge Manuel Mejías Rojas, tengo 53 años y de profesión soy cocinero.

– En el momento en que ocurrió el golpe militar, ¿qué edad tenía usted?

– Era niño, pequeño, tenía 5 años, vivía con mis padres en Molina. Específicamente, en esos años se llamaba población El Cerrillano, ahora Diego Portales.

– ¿Y dónde estudió?

– Aquí en Molina. Escuela 1 y después en el Liceo.

– ¿En qué año ocurrió su detención? ¿en qué circunstancias?

– La detención mía ocurrió en el año 86, en octubre del 86, teniendo yo 16 años. Me toma detenido Manuel Agustín Muñoz Gamboa, el Lolo Muñoz, siendo comisario de Molina; bajo las

órdenes de él, Carabineros nos toma detenidos. Éramos alrededor de 6 personas; estábamos en la plaza. Era una protesta nacional que se había convocado y habían llegado de Santiago unos panfletos con dos imágenes; eso lo tengo muy claro. Una imagen, en una hoja estaba la cara del dictador, y en la otra estaba un actor de cine que era Stallone, Rambo, y decía: Aquí hay 2 asesinos, uno de ficción y uno verdadero. Y esos panfletos los estábamos tirando en la plaza, alrededor de las 9 de la noche, y en ese momento llega carabineros por ambos lados de la plaza, nos rodea y nos toman detenidos.

– *En ese momento, ¿usted era activo políticamente?*

– Simpatizaba, porque por la edad no podía militar. Era menor de edad; acuérdate que en esos años la mayoría de edad estaba todavía a los 21. Después del 88, se logra bajar a los 18 años. Entonces, era super chico, era simpatizante de la Izquierda Cristiana, en ese momento.

– *¿Qué otras actividades hacían ustedes?*

– Hacíamos muchas; dentro de Molina, principalmente hacíamos peñas, que eran clandestinas; o en el salón de la parroquia o en alguna casa que nos facilitaba alguien nos juntábamos a canturrear. También juntamos algún dinero, esa fue como una adhesión, para después mandar a Santiago los dineros para la recuperación de la Carmen Gloria Quintana, después que la patrulla militar la quema, junto con Rodrigo Rojas. Bueno, lo que más podíamos hacer en Molina, como era un pueblo más pequeño, poca información, la gente era más pasiva, era rayar, salir a rayar los muros, hacer panfletos, conversar con chiquillos de la edad de nosotros.

– *Entonces, ¿la causa fundamental de su detención era porque ustedes estaban en la plaza?*

– Claro. Estábamos en la plaza haciendo manifestaciones, según ellos, que no estaban acorde con el régimen y aparte que había toque de queda. Ya a las 9 de la noche no se podía estar afuera.

– *¿Recuerda que fue lo que lo llevó a involucrarse en actividades sociopolíticas de la época? ¿Qué hecho, qué experiencias o qué situaciones?*

– Claro. El hecho de empezar a ver de tener un poquito más de conciencia siendo adolescente todavía. Específicamente, creo que fue en primero medio, en que estábamos leyendo *Cien años de soledad*, y que de un día para otro dijeron que el libro no se leía más. ¿Y por qué no? No, porque no es contenido que se requiera. Y un profe, profesor de historia, Raúl Olea, que falleció hace muy poco, empezó a conversar con nosotros dijo que no se podía porque el régimen, ¿cuál régimen, profe? Es que estamos en dictadura, y ahí fue como que recién empezamos a escuchar la palabra *dictadura*, y que no se podían leer ni conversar ciertas cosas. Eso fue en el año 83.

– *¿Usted estuvo detenido en Molina?*

– Claro, Estuve detenido 2 días en la comisaría de Molina.

– *¿Y cuál fue la experiencia ahí? ¿El trato?*

– Al principio, susto, incertidumbre de qué iba a pasar. Porque cuando entramos a la comisaría, nos tenían parados afuera; en ese tiempo era muy diferente a como es la comisaría ahora, la comisaría antigua. Ya veníamos medio apaleados, dentro del carro, cuando nos bajan, otros palos más con las lumas que usaba carabineros en esos

años. Y Estábamos parados en la guardia, cuando aparece un personaje que era Manuel Agustín Muñoz Gamboa, el Lolo Muñoz, que era comisario. Él venía ascendido, después del Caso Degollados, y está implicado en el Caso Degollados de Nattino, Parada y Guerrero. Y cuando se para frente a mí, me pregunta qué estábamos haciendo en la calle. Tirando panfletos porque no estamos de acuerdo con lo que está pasando, y me dice: ¿Sabes quién soy yo? Nosotros sabíamos quién era, pero yo le digo: No, no tengo idea quien es usted. Entonces, él pasa su dedo por el cuello mío y me dice: Yo soy el Lolo Muñoz. Entonces, ahí como que cambia la figura de tener incertidumbre al miedo. No nos dejaron dormir durante 2 días. Nos sacaban al patio, se venía la noche, que la noche iba a ser más cruel, nos pegaron.

— *¿Hubo militares involucrados en esto?*

— Solamente carabineros.

— *¿Algún otro detalle que recuerde de los apremios, de este personaje?*

— Cuando nos sacaban de la celda en que estábamos, porque nos decían que nos iban a trasladar, la verdad es que nunca supimos si te ponían una toalla, una chomba en la cabeza, en la cara para taparte la vista completamente. Y nos sacaban, que nosotros pensábamos que era por el patio, nos daban un par de vueltas..., no, no; hoy día no va a ser el traslado y nos volvían a meter de nuevo..., aparte de pegarnos patadas, combos, o con las lumas, antes de entrar de nuevo a la celda.

— *¿Ustedes veían a las personas que los golpeaban?*

— No. Más que una venda, era algo que te ponían en la cabeza; no sé si era una toalla o una chomba que no te dejaba ver bien.

Golpes de puños, de pies, con las lumas y cuando me va a buscar mi mamá, con mi abuelo, porque mi abuelo era exfuncionario de Carabineros, era Suboficial mayor, logran que me suelten, y se firma un documento, que yo le digo a la mamá: Pero no firmes antes de leer. Logro ver que el documento decía que se entregaba al menor, Jorge Mejías, sin lesiones visibles; claro, a lo mejor no estaban visibles, pero sí me pegaron, y me pegaron mucho. Y mi mami: ¡cállate! ¡cállate! Para poder sacarme. Son días que fueron de incertidumbre. Como decía, cabro chico, de dieciséis, te pasabas rollos por lo que uno sabía.

– *¿Qué sentimientos personales recuerda de esos 2 días de detención?*

– Era el miedo, el miedo; aquí va a pasar, o lo que nos iba a pasar. Lográbamos conversar entre nosotros: ¿Estai bien? Sí, me pegaron un par de combos. ¿Estai bien? Sí, estoy bien. Eso te alentaba; el poder tocar a tu compañero. Esa compañía de saber que alguien estaba a tu lado te hacía tener un poco más de fuerza.

– *¿Recuerda la actitud que tenían los carabineros con ustedes?*

– Eran muy déspotas, muy déspotas con nosotros. Nos trataban de comunistas a todos, vendepatria. Más que preguntar, nos decían por qué nos metíamos en esto, si éramos tan jóvenes. Con los que medianamente podíamos conversar, les decíamos que no estábamos de acuerdo con lo que, con esto mismo, con lo que usted me está haciendo; nunca los tratábamos de *tú*. Con lo que usted me está haciendo a mí, yo no estoy de acuerdo. Porque yo pienso, a lo mejor diferente, usted me está pegando, me venda, estoy detenido.

– *¿Los relacionaban a ustedes con el uso de armas?*

– No. En ningún momento nos preguntaron eso.

– *¿Esta experiencia le dejó secuelas físicas o psicológicas?*

– Yo creo que, muchas veces me ha pasado, que mi hija, mi nieta, me tapa los ojos (*prolongado silencio emocionado*), y me acuerdo de, cuando me pasaba, me van a matar, no voy a ver más a la familia. De repente, no es siempre, pero el hecho que me tapen los ojos me viene esa reacción de sentir miedo, de nuevo.

– *¿Cómo reaccionó su familia frente a lo que usted estaba viviendo?*

– Muy enojados porque, paradójicamente, mi familia es de derecha. No sé si tuvieron miedo de lo que me podría haber pasado, pero sí muy enojados conmigo, en lo que estaba metido. Pero no así mis sobrinos, que son posteriores a mí, dieron con una cultura muy similar a la mía, y sin yo nunca haber conversado sobre esto con ellos. Mis dos sobrinos, mi hijo; a lo mejor, mi hijo por lo que yo les converso de chico, o por la música que se escuchaba en mi casa. Pero fue esa la sensación de la familia; nunca lo he tenido claro si estaban enojados por lo que estaba metido o por lo que había pasado. Pero yo creo que es más que nada el hecho que estaban enojados por en lo que estaba yo, y siempre estuve y que nunca claudiqué yo. Tengo las ideas muy claras y no voy a dejar de hacerlo.

– *Esa experiencia negativa, ¿tuvo algún efecto en sus años de estudio?*

– No, no; siempre quise superarme, por lo mismo, para poder ayudar a los demás en la medida que se podía. Y contando

un poco también mi historia, los que me rodeaban, que no me volviera a pasar; en ese sentido no me perjudicó.

– *¿Cuál fue la reacción de los vecinos después de haber sido detenido?*

– Los vecinos yo creo que fueron un poco más solidarios, en ese sentido, donde vivíamos. Los chiquillos de mi edad con que me juntaba sí estaban más preocupados que no estaba, qué había pasado; cuando llego a la casa fueron un par de amigos a vernos, que cómo estaba, si estaba bien, si necesitábamos algo. Pero lo que sí nunca un mal entendido, que te apuntaran con el dedo, no; al contrario, muy buenos vecinos.

– *¿Hay algún aspecto que quisiera agregar, relacionado con su experiencia?*

– Yo creo que no me gustaría que nadie más pasara lo que yo pasé; a lo mejor es muy poco por lo que pasaron otros compañeros, aparte de recibir combos, patadas, palos. Compañeros que ya no están, compañeros que sí tienen secuelas físicas, mentales por lo que les pasó, y espero que esto no vuelva a pasar nunca más, y que nadie, en este caso, ahora mi hijo, mi nieta, que es lo más querido que tengo, no les suceda que por pensar diferente, sea el sistema que sea, caigan detenidos o los golpeen.

– *¿Algún mensaje que pudiera darle a los jóvenes?*

– Sí, completamente, que no pierdan nunca su norte, que hagan lo que ellos quieran hacer; que lo hagan con amor, que hagan cosas, de su libertad, que lo puedan hacer tranquilos, que puedan ayudar a los demás, como lo hicimos nosotros cuando éramos jóvenes y lo seguimos haciendo; que haya un compro-

miso social hacia nuestro país, que lo puedan hacer valer, que se hagan escuchar.

– Muchas gracias por su testimonio, don Jorge.

SOBREVIVENCIA: CAMPESINADO Y BARBARIE

HUGO REYES OYARCE

MOLINA

Mi nombre es Hugo Reyes Oyarce, soy Técnico Agrícola, tengo 72 años, trabajé en la CORA (Corporación de la Reforma Agraria) en Molina; actualmente no estoy trabajando por problemas de salud y hace unos meses atrás mi última pega fue en el SAG, estuve como 4 años trabajando ahí. He sido un Técnico Agrícola que ha caminado: SAG, INDAP, FOSIS, SENCE, haciendo lo que más me gusta, que es trabajar con los campesinos.

– Y en esa línea me gustaría que nos contara el trabajo que hacía en la comuna de Molina durante el gobierno de Allende, previo el golpe militar.

– Mira, yo soy un afortunado, yo egresé de la Escuela Agrícola de Molina el 69, hice la práctica, terminé la práctica el 70, y sale Allende, y tengo la fortuna que el Partido me presenta, en esas cosas de cuoteo que habían, me colocan la posibilidad de trabajar en CORA, y yo entro a CORA por el cupo que tenía el Partido Comunista. Estuve en un aprendizaje súper rápido aquí en Talca y de ahí me trasladan a Curicó; en Curicó, que siempre ha sido una comuna de derecha y un funcionario que era del MAPU se juntó

en aquel entonces con la asociación, que era de derecha de Curicó, y crearon un problema de trabajadores, y el Partido como no estaba para enfrentar esas cosas me dijo: “Bueno Hugo, en Molina vamos a tomar el área y te venís acá”, y yo llegué a Molina. Estaba como jefe de área, Perico Pérez, un cabro del MAPU me parece, que era súper choro, súper buen amigo; pero como funcionario malo, malo digo yo, porque era muy bohemio, entonces las noches las hacía día y se levantaba tarde, y los campesinos de los cuales yo soy parte, muchos nos toman por tontos; el campesino es muy ladino. Al poco tiempo le tomaron el pulso al jefe de área y quienes mandaban en Molina eran los campesinos, los dirigentes, porque el loco por conservar su pega, entró de a poquito a someterse. Hasta que llegamos nosotros, y le cambiamos el rostro a Molina.

Es bueno tal vez explicar que, en aquellos años, estoy hablando de los años setenta al 73, en la época de Allende, eran muy pocos los profesionales que tenían los partidos de izquierda, pero muy pocos, entonces los partidos tenían que hacer algunos malabares para poder ocupar los cargos técnicos; me acuerdo que un día de esos, soy llamado al Regional de Talca y allá me encuentro con un amigo mío que era Hernán Yáñez. Él estaba estudiando todavía, en la Universidad de Chile, la que ahora es la Universidad de Talca. Y hace un injerto en el Partido: nos coloca a cargo del área de Molina. El Hernán tenía entonces, como 3 años más que yo, y él quedó como número uno, y yo quedé como número dos, pero las decisiones las tomábamos en conjunto, o sea, en otras palabras, el Partido de dos personas hizo una. Y nos entregó el área de Molina.

Yo empecé a trabajar el 71, prácticamente trabajé los 1000 días de Allende en Molina y tuve la oportunidad y la suerte de estar dos veces con Allende; ahí empecé la historia en Molina, con la salvedad que yo estudié en Molina y me quedé trabajando en Molina, yo soy oriundo de la comuna de Río Claro.

– *¿En qué consistía precisamente el trabajo que hacían con los campesinos?*

– El trabajo, yo asumo la jefatura de Desarrollo Campesino, que es el área de organización del campesinado. El Estado expropiaba los fundos, y yo, una vez expropiados, me hacía cargo de los fundos para organizarlos: en su estructura, cómo debían conformarse, como debían trabajar los campesinos, viste, entonces, estaba a cargo del desarrollo campesino, nosotros atendíamos a Molina, Sagrada Familia y Río Claro, alrededor de 5000 campesinos más o menos, entre titulares y no titulares, eran campesinos que trabajaban en los fundos, después Centro de Reforma Agraria, (CERA), yo tenía esa responsabilidad, y a la vez como subjefe de área, cosa que yo nunca ejercí, ni me interesó mucho, porque yo trabajé fuerte en organizar a los campesinos.

– *¿Llega el golpe militar lo detienen, puede relatar las circunstancias, la razón?*

– Bueno a mí me detienen el mismo 73, soy detenido en octubre creo que fue; mi detención es por militancia comunista, yo en ese entonces militaba en la Jota (Juventudes Comunistas), era Jotoso. El Partido quiso rescatarme y colocarme dentro del Partido por la responsabilidad que tenía, pero la Jota nunca me

dio el pase; así es que yo terminé de trabajar, cayendo detenido, y con todas las secuelas como Jotoso; y después me voy al exilio, como Jotoso también.

Me recuerdo siempre que mi detención, yo creo, obedece al trabajo que los Comunistas hicimos en el agro y en Molina. Los dueños de los fundos, esos empezaron a mandar, porque cuando se dio el golpe de Estado el área de Molina quedó a cargo de Correa, el Correa; el mismo que había laceado la estatua de Luis Cruz Martínez en Curicó y la había tirado con el auto, ese caballero fue el que se hizo cargo en Molina, entonces llegó Patria y Libertad en el fondo a hacerse cargo de CORA.

Cuando vino el golpe de Estado yo me fui, estuve unos días desaparecido, escondido mejor dicho, y el Partido me da la orden que debo presentarme a trabajar en CORA, porque aparentemente yo no estaba en los listados que se corrían, y nosotros teníamos ese conocimiento por el Secretario de Morán (el gobernador) que siguió trabajando, y él nos pasó la información. El golpe de Estado fue el día martes y me dicen que tengo que aparecer el lunes de la semana siguiente. Lo que fue toda una odisea, porque yo para Río Claro me fui caminando; atravesé de Molina a Río Claro caminando, en la noche, y después el problema era cómo llegaba a Molina. Bueno, había locomoción indudablemente que sí, pero el temor mío era que alguien, porque tenía que pasar por el retén de Porvenir, y no podía faltar cualquiera que me señalara y empezara a hacer un show arriba del micro y caer detenido; y yo lo que más agradezco no haber caído detenido en Cumpeo, porque ahí habían

unos paquitos que se ensañaron con los que cayeron ahí, y claro, habría sido el punto para los ricos, de embromar a mi familia, cosa que igual lo hicieron, pero por suerte no les di ese placer.

El dueño del micro era un amigo mío, le conté que yo quería llegar a Molina y como creía él que podía hacer mi trayecto, me dijo: “Bien poh, te vai conmigo”, sí, pero, —pero a los pasajeros no los mandas tú—, “¡Nooooo, me dijo! ¡Ándate conmigo no más, yo respondo!” Yo le hice caso a mi amigo y me subí al micro, con mucho miedo, con mucho temor y antes de llegar a Porvenir empezó un pasajero a hablar mal de mí, y era una persona que yo estaba ayudando para que entrara a trabajar al fundo, “ahí va el comunista”, “ahí va calladito”, entonces yo miré al chofer, al dueño del micro y tengo que haber tenido cara de asustado, creo yo, y paró el micro y encaró a esta persona, le dijo: “¿Qué te pasa a vos con el Hugo?, ¿hay alguna persona acá que tenga algún problema con Hugo? Yo lo conozco de siempre a Hugo, independiente de lo que él piense nunca le ha hecho mal a nadie, ¿a quién le ha hecho mal de aquí?” Todos se quedaron callados, y al tipo le dijo: “mira, yo soy el dueño de este micro y por lo tanto yo sé a quién autorizo a ir arriba de mi micro, así que te bajaste; toma ahí está tu plata y te bajai inmediatamente.” Y al tipo se le aconcharon, por decirlo, y me pidió disculpas; me dijo que no iba a hacer nada, y el Pedro le dijo: “Mira si yo, si ahí en el retén gritái mucho el tema de Hugo, te las vai a arreglar conmigo y yo te voy a sacar la que nunca te han sacado hueón, te voy a enseñar a ser persona.”



Archivo, Dian Muñoz H.

Bueno, la cosa es que llegué a Molina y me tuve que presentar al jefe, que era el Correa, y yo había cometido, en los ímpetus de joven, la osadía de haberme sacado dos jeep, haber hecho desaparecer dos jeep, y esos jeep iban llenos de resmas de papel, de máquinas de escribir, todo lo que yo pensaba que en la resistencia se podía necesitar; y en el Cóndor fondí los jeeps, en complicidad con los campesinos, lo taparon con paja que tenían ahí, me acuerdo que vinieron a ayudarme dos amigos míos, que ahora uno es súper momio en Molina, y un amigo mío que está medio enfermo, que he dicho todos los días que lo voy a ir a ver a Curicó y no he ido. Eran compañeros del área de Molina, trabajábamos los 3 juntos, éramos *Hugo Paco y Luis*; en ese entonces las hacíamos todas entre los 3; y yo no sé si lo vi en alguna película, ahí lo tengo que haber visto yo, en un papelito coloque una frase, no me acuerdo qué frase, y la partí por la mitad. Entonces hice dos frases, dos papeles y se los entregué al dirigente: “al que venga con la otra mitad, usted le entrega el jeep”, los viejos aceptaron, y fueron “los amigos” a buscar los jeep, ¿y el papelito? Ah no, aquí no hay ningún jeep, y no se los quisieron entregar. Entonces yo, lo primero que tenía que saber, cómo resolvía ese problema, porque me iba a traer un problema administrativo viste, un sumario, todas esas cosas, entonces fui a un taller de un amigo de Molina, que no me acuerdo quién era, fuimos allá con otro amigo y le dijimos, le contamos la firme, le dije: “ hueón, aquí tenís la posibilidad de ganarte unos pesos sin hacer nada, lo único que tenís que decir es, que los vehículos están en el taller y que ya están buenos, que están arreglados

y tú cobras”. Lo hizo, así aparecieron los jeeps y yo quedé como blanca paloma, porque no se comprobó que yo había escondido, ni sacado los jeeps. Entonces, son cuestiones que hoy día son una anécdota, pero en el momento mismo, era complicado porque si me pillan que yo saqué los jeeps no solo de sumario me voy, voy preso viste, y todo el cuento.

Así que me presenté al área, el tipo este, me entregó una máquina de escribir y me colocó..., quienes conocen Santa Adela, saben que es una casa patronal con muchas piezas, entonces nosotros ocupábamos como oficinas las piezas que están más hacia afuera, hacia el patio, hacia el parque, me colocó como dos piezas más al fondo, con una máquina de escribir a hacer el informe, de todas las expropiaciones que habíamos hecho. Por suerte yo había estado en casi todas, así que sabía el dato. Hernán, que era el jefe de área ya estaba preso, por lo tanto, si yo me corría una coma, podría crearle problemas a mi amigo, viste. Hernán Yáñez, cuando cae preso en la comisaría de Molina me dijo: “toma hueón” y me entrega las llaves del auto, él tenía un Austin Mini, de esos chiquititos y yo me pegué como 3 viajes a la casa de él, porque él vivía en San Clemente, a buscar documentación que el jefe de Área se llevaba para la casa, por cualquier cosa viste. Hice todos los informes que me pidió el tipo y cuando terminé, me presenté y le dije: Ya, estoy listo jefe, ¿qué hay que hacer ahora? ¡No! me dice, se te acabó la pega, y me despidió. Eso tiene que haber sido a fines de septiembre, el mismo año del golpe. Y yo tuve la estupidez, que tenemos los jóvenes, que creemos que el mundo lo

podemos llevar por delante, ir a alegar por el sueldo, porque no me quisieron pagar y vine al Regional a alegar por mi sueldo, les dije que era un derecho, que yo me lo gané; y me agarraron acá, en el Regional, gente del Partido, compañeros socialistas, no sé, gente de izquierda, me llevaron a una oficina y me dijeron: ¡No séai hueón! ¡Ándate hueón! Qué estái alegando tonteras, vai a caer preso; es lo único que vai a ganar. Entendí y me fui.

Me acuerdo que yo vivía en Molina, un día salí a la plaza, todo esto en septiembre, y de repente siento unos golpes... de pies, pasos..., que iban haciendo mucho ruido, miro... y era un grupo de empresarios, dueños de fundo, que iban corriendo donde estaba yo, y claro yo tenía 23 años, deportista, les gané, los despisté. Yo ahí, es como que empecé a entender. Porque el problema más serio que tuve yo y creo que lo tuvieron muchos, pero muchos de los presos políticos, el no haber entendido, qué es lo que era un golpe de Estado.

Yo me acuerdo en Molina, el Partido Comunista, cuando yo aparecí el día lunes nos juntamos en la casa de un compañero, Pedro Antezana, un amigo mío, un hermano, un partner, me tuvo como 5 meses en su casa escondido en Santiago, hasta que la Vicaría me sacó para afuera; y estábamos ahí poh, llegamos como 10 ó 12 militantes, toda la dirección del Partido Comunista de Molina, estábamos ahí. Como a las tres horas se para una camioneta afuera de la casa de Pedro, con una bocina y empieza a decir: Se les comunica a los siguientes ciudadanos, y nos van nombrando uno por uno a todos los que estábamos adentro, menos a mí; y

ahí el doctor Juan López, quien era secretario político del Partido en ese minuto, porque el secretario político, el titular andaba en la Unión Soviética y dice: “yo voy a ir a preguntar qué es lo que pasa”, todos estábamos ahí con duda, si lo dejábamos ir o no, porque ya, como que estábamos entendiendo un poco, pero todavía no entendíamos del todo, y fue el compañero López y habló con el jefe de tenencia y le dijo: “Mire soy el secretario político del Partido Comunista y quiero saber qué pasa con nosotros, que hay un bando y nos llamaron, que tenemos que presentarnos a las 3, creo que era, aquí en el retén”. Y el jefe, que nos conocía a todos, igual hizo cuestiones, nos ayudó, le dijo: “¡Noooooo! Si es para saber dónde están, para saber que no están haciendo nada malo.” Volvió y nos contó eso; ya, dijeron, entonces vamos a presentarnos; todos partieron y allá quedaron todos presos.

— *¿En qué tenencia?*

— En Molina, en la comisaría.

Eso, para mí, en un libro que tengo, lo relato, habla de la poca conciencia que teníamos de lo que era un golpe de Estado, o sea, como la democracia chilena no tenía la secuela de un golpe de Estado reciente, no sabíamos poh, y si no, no dejamos ir al doctor y menos nos presentamos y como te digo: yo no fui; se presentaron todos los otros, 10 ó 12 que habían, y todos quedaron presos, todos, todos, todos, sin haber movido un dedo los pacos, nos apresaron a toda la dirección del Partido Comunista de Molina

— *En el caso de su detención, ¿cómo, dónde y cuánto tiempo estuvo detenido?*

— Eh.... yo un día estaba en la casa, mis cuñados estaban chiquitos y de repente viste, un golpe en la puerta, como que la echan abajo la puerta de la casa, yo estaba con mi suegra y los cabros chicos, mis cuñados, estaba haciendo una sillita me acuerdo, y dicen: ¡Hugo Reyes! y yo inmediatamente me identifico, para que no le hicieran nada a mi suegra ni a los niños, y los locos ahí, delante de mi suegra, delante de los cabros empezaron a pegarme, el mismo 73, sí, yo caí a fines de Octubre, y empezaron ahí... a culatazos: a pegarme, comunista, hueón comunista para allá, comunista para acá, y mi suegra quiso meterse y le pegaron un empujón y saltó lejos la pobre vieja; y yo entendí que no podía hacer nada, hacer ni decir mucho, porque ahí empecé a entender rápidamente, a madurar como militante que la cosa era más seria de lo que suponíamos. Me sacaron para afuera de la casa y afuera me dieron una paliza, pero, (*silencio*) para que todos vieran quien tenía el poder; me hicieron bosta, viste; me subieron arriba de un jeep, una camioneta sin patente de esas que tenían ellos, que requisaban, me imagino, y yo no sabía para dónde me llevaban, no tenía idea para dónde me llevaban.

— ¿Lo vendaron?

— No, no, me llevaron así no más, pero me llevaban con: dos punto 30 enfocado, apuntándome, y yo trataba, viste, mentalmente de estar relajado, de no demostrar miedo, por dentro estaba hecho mierda, cagao de miedo; pero yo trataba de tener una paz, mostrar para fuera una paz, y una persona que estaba viendo toda la paliza que me dieron ahí afuera, conoció a uno de los que andaban: eran

los pacos de la primera comisaría de Curicó. Mi compañera cuando llegó ahí a la casa que, por suerte, se demoró como 10 minutos en llegar, si no, seguramente también la toman ahí, a la Rosa, y ahí la señora le dijo: lo llevan a la primera comisaría de Curicó, pa' allá vaya a verlo.

Ahí llego a la comisaría de Curicó, pero sin precalentamiento, sin ninguna cosa, me bajaron del jeep y empezaron a darme, a darme, a darme, fuerte, fuerte, fuerte. Ahí ellos tienen..., mira, hay pocas cosas que me faltan que hacer para cerrar el círculo, ir a visitar la comisaría y quiero ir un día con mi hijo, que me acompañe, ir a verla. Curicó siempre ha tenido caballos, que salen a hacer ronda, parece que todavía salen los pacos a hacer ronda a caballo, entonces tenían ahí donde le dan agua a los caballos, una pileta pegada a la muralla, ahí esa pileta estaba llena de orina, de caca, de todo, humana, de los animales toda esa huevía, y ahí empezaron a meterme viste, a hacerme la chinita, a meterme la cabeza y sacarme casi ahogado, y pegar y pegar y dele, dele y dele, no sé cuánto rato estaría, viste. Me acuerdo que, en una de esas, yo estaba cuidando que no me pegaran en los testículos, porque era jugarreta fácil para ellos, entonces me dieron, estaba mal parado seguramente, me pegan una patada en el pie de apoyo, y salto para arriba y caigo de bruces y me rompo aquí la cabeza, tenía la ropa llena de pichi, de caca, de sangre. Como a las 2 horas después que me castigaron, ¿o una hora sería? No sé, la verdad, uno sale perdiendo la noción del tiempo, llegan a verme y el guardia me dice: “Hugo Reyes –yo, señor– viene tu mujer a verte, con tu hermana”, y yo le

digo: Dígale que no; dígale que estoy bien no más señor. ¡Noooo!, no quería que me vieran en el estado que estaba y el paco me dice: “Hugo, un consejo, velas, porque va a pasar mucho tiempo más que no vas a poder verlas”; y yo inmediatamente procesé. Pasaron, me vieron, fue una cuestión dramática total, por las condiciones que yo estaba, si yo llevaba una hora, dos horas y ya me tenían hecho mierda; me acuerdo siempre que lo único que le alcancé a decir a mi hermana y a mi compañera, de que fueran a la casa del Chico López, mandé un mensaje para fuera y estaban todos presos, ya estaban presos los tomaron un poquito antes que yo, después lo supe yo.

En un momento, cuando ya estábamos más habituados a la tortura, en una conversación con algunos compañeros, yo les dije que no entendía por qué mierda nos pegaban tanto, y me recuerdo siempre de una respuesta: “compañero, es el fascismo que te está pegando hueón, no el pueblo. ¿Qué querís, que te den un premio?” Son cuestiones que te hacen procesar y ahí vas entendiendo el momento que vives y vas madurando físicamente.

— *¿Y le preguntaban algo?*

— Primero me pegaban por pegar no más, en la primera hora no sé, no sé cuánto, ahí me dieron, me dieron, me dieron; la verdad es que no sé cuánto tiempo, no me preguntaban nada, nada, nada absolutamente nada.

— *¿Era de noche? ¿Estaba oscuro, claro?*

— A mí me tienen que haber detenido como a las 4 ó 5 de la tarde, en septiembre todavía hay luz. Se fue Rosy con mi hermana y

por suerte, porque venía el toque de queda y ahí era peligroso para dos cabras jóvenes y más o menos encachaditas, que las tomaran los milicos, así que alcanzaron a llegar y yo quedé ahí.

De ahí fue un calvario, un tormento todos, todos los días, todos los días, a mí me llevaron al Río Claro, donde está el puente, ahí en el límite de Río Claro con Molina, yo veía pasar la micro de Cumpeo, llena de gente que me conocía y me estaban torturando abajo, en el río, a mí con el Chico López, que era evangélico, que vivía al frente del hospital. Tenía un camioncito, con ese hermano mío yo pasé todas las peripecias, todas, todas, todas, y nos sacaban todos los días a torturarnos al río, el río era la casa nuestra. Ahí empezamos a entender qué pasaba, viste; a mí me pegaron mucho, porque me preguntaban si yo conocía al Potoco. ¿El Potoco? yo le decía, le explicaba: entienda señor que nosotros atendíamos 5000 campesinos, si me pregunta nombre de algunos tampoco voy a saber porque, cómo me voy a memorizar todos los nombres y menos de un sobrenombre, tráigalo para acá y yo le digo si lo conozco o no. No y no, ahí me pegaban, me pegaban y me pegaban. Por lo que me preguntaban, supuestamente, era que nosotros con el Chico López habíamos sacado sacos, sacos de armas del local, y me acuerdo que un día se metieron los hueones de Patria y Libertad y les sacaron la cresta a los cabros que estaban ahí, porque no teníamos ni un linchaco siquiera; pero que habíamos sacado sacos, sacos de armas y la habíamos tirado al río, aquí las tiraron, y ustedes se acuerdan, y ahí dejó el jeep usted, y yo, con el compañero López sacamos las armas y las tiramos aquí al río.

¿Qué pasaba? Era que había una persona que nos acusaba, viste, y esa persona era el Potoco; el Potoco era un dirigente sindical del Partido Comunista, que vive ahí en Santa Rosa, frente a Lontué y yo lo conocía, sí pues, si el Chico López también lo conocía, si era militante, era una persona que se destacaba por lo que hacía.

Un día, no sé cuánto tiempo transcurrió, porque ya estábamos amarrados, los ojos, las manos, ya no veíamos ninguna cosa, éramos, andábamos sonámbulos, ehh... llegamos y nos llevaban en calidad de bulto, viste, porque ya era tanto lo que nos pegaban, que nosotros no éramos capaces de subir al camión, nos tiraban en calidad de bulto arriba, y de ahí nos llevaron a la Primera Comisaría. Un día con su qué, los carajos, meten al Potoco en la misma celda que estaba yo, con el Chico López, en la misma celda, una provocación, y yo, me salió otra vez el ímpetu juvenil, viste, y agarré al Potoco con las pocas fuerzas que tenía y empecé a pegarle poh, y el Potoco lo único que me decía era: “compañero Reyes, escúcheme primero después si quiere me pega”. ¡Qué compañero tuyo! le decía yo; ¡Cómo voy a ser compañero tuyo, hueón! El Potoco nos acompañaba cuando nos estaban torturando; él estaba ahí, él iba relatando la historia a los pacos que estaban ahí. Yo no los culpo; te juro que no los culpo. Yo no tengo odio, ese odio mal parido con ellos, porque, si hay un comunista que te estaba acusando, que sacaste las armas que las tiraste ahí... ¡Putas!, es creíble poh hueón. Los jefes sabían toda la historia, pero no el perraje, el paco raso. Yo le dije: Mira, bueno di; ahí nos contó: “mire amigo Reyes, un día llegaron los pacos en una camioneta, usted sabe que

hay un bosque antes de mi casa, sí, ¡ya! Ahí me trajeron a mí y a mi hija, mi hija de 4 años y llegamos al bosque y le pusieron la metralleta en la boca a mi hija, y me dijeron que si no firmaba un documento, mataban a mi hija. ¿Qué habría hecho usted?”, me dijo. Entonces, yo le dije: ¿Te pido un favor? Pide que te saquen de aquí hueón, por favor; no podís estar con nosotros, no podís, hueón. Y él dijo: “Ya. ¡Mi cabo, mi sargento, sáquenme de aquí!” Y partieron corriendo a pegarme, otra vez. ¿Qué te están haciendo algo esos hueones?, le dijeron. ¡No, no, no! les decía, es que yo me siento mal, no puedo estar con ellos, y lo sacaron; y ahí como que empezamos a comprender por qué nos pegaban tanto. Pero, en el río, ahí fueron salvajes las torturas que nos hicieron.

– *¿En algún momento del maltrato le aplicaron corriente?*

– Sí poh. Si mira, la corriente y el agua, yo creo, más que los golpes, son las cuestiones que más secuelas te dejan. Ellos tenían, yo no sé si alguno de ustedes, alguna vez, fue en visita social, ¿saben cómo es la comisaría de Curicó, o cómo era?, no sé cómo está ahora. Mira, tú entras por el portón y llegai ahí donde me torturaron, donde me metieron al agua y todas las cuestiones, y los calabozos están de ahí para arriba, entonces yo estaba acá y el patio estaba allá; entonces, yo creo que nosotros, la fortaleza más grande del ser humano en momentos de apremios es no saber qué va a pasar, eso te hace fuerte, porque tú sabís que tenís que poner el cuero duro, resistir, sobrevivir porque te están torturando y punto.

Porque, después yo caí preso en Talca otra vez, pero nosotros ya en los últimos días que estuvimos presos, sabíamos que cuando

hablaban de Juan, después venía Pedro, después venía Hugo, después venía José, entonces cuando hablaban del que estaba antes que yo, ya sabías que venías después, y esa huevá es la que te caga, eso es lo que te va haciendo pedazos la siquis, el pensamiento. Entonces, yo, mira, la corriente, como estábamos vendados, nunca vi como la manejaban, pero yo siempre que veo un soldador, digo “este es el aparato que usaban los hueones”, yo creo que era como la máquina de soldar, viste, que bajai un poquito, la metís en la rendijita que cae y suben los voltajes, después otro más y otro más y otro más.

Yo tuve un resentimiento muy fuerte con los dirigentes de mi Partido, por años, con Corvalán, la Gladys, todos los viejos del Partido, porque no nos hablaron de lo que era el fascismo, nunca fueron capaz de ir a hacer una clase, una charla, contarnos de lo que era fascismo, y puta madre que se hubieran salvado vidas, estoy seguro que se hubieran salvado vidas si eso hubiese pasado; porque, por ejemplo, la corriente, la primera, la primera bajadita, bueno, sentís la corriente, no tanto, es soportable; la segunda, la segunda también la aguantái, en la tercera también lo aguantái, yo empecé a gritar cuando ya realmente la corriente era muy fuerte, hueón, cuando yo tendría que haber empezado a gritar al segundo, o tercer; ahí tenía que haber gritado y haber echado abajo la comisaría, hueón. Yo empecé a gritar cuando realmente me dolió y eso está a un paso de la muerte poh; la corriente te extrae toda el agua que tiene tu cuerpo y lo único que tú querís después de que te torturan con corriente, es agua, tomar agua, y si tú tomas agua inmediatamente te morís. Entonces son cuestiones que se van

aprendiendo; a mí un milico me lo enseñó, en el momento que me torturaban, me lo enseñó el milico. Tiene que haber sido un milico de izquierda, por supuesto. ¡No tome ni cagando agua! me dijo; porque yo fui desesperadamente a una llave me dijo: ¡No, no! Y me detuvo y me explico. Yo por eso digo que se habrían salvado muchas vidas si hubiésemos sabido. Yo hoy día, a las Juventudes Comunistas, nunca he podido lograr, juntarlos para contarle mi historia, se la he contado sí, a algunos, pero yo digo que debe ser una clase, de todos los meses, porque como la Cantata dice: “Chile es un país muy largo, mil cosas pueden pasar”, entonces, si viniera mañana, es bueno que se sepa este tipo de cosas como las que estoy planteando. Entonces, la corriente es muy traicionera.

Mira, yo actualmente tengo 72 años, y yo digo que lo que me está pasando en mi salud está totalmente relacionado con ese tiempo; a mí me duele mucho la cabeza, me han dado varios accidentes vasculares, pero, yo digo que, yo puedo demostrar por qué me pasa eso.

Me recuerdo un día, ahí en la comisaría, los primeros días incluso, me pegaron hartos ahí en el patio, me dejaron tirado y de repente siento que me empiezan a empujar los hueones. Yo estaba tirado en el suelo con las manos amarradas acá, vendado, y empieza a rodar el cuerpo mío y me empujaban, y de repente siento una madera, como que estoy arriba de la madera y los hueones me acomodaron la madera y empezaron a levantarla por el lado de los pies y ahí me envolvieron, viste, para que no me corriera y yo quedé en esa posición, de punta; era un tablón grande, y los

tipos se fueron y me dejaron ahí, no sé cuánto tiempo, una hora, media hora no sé cuánto, media, una hora colócale tú, yo quedé solo viste, y uno, como ya sabíai en lo que estabai, carburai, viste, ¿qué es lo que viene ahora?, ¿qué es lo que van a hacer ahora? Esta huevá es nueva, esto no me la han hecho otras veces; esos son los pensamientos que te vienen y no hay más. Y de repente siento los pasos de los milicos que llegan. “¡Ya sigamos!” dijo uno, y siguieron; y yo no entendí nunca por qué, hasta después, por qué me dejaron solo, se fueron; de repente siguieron, “¿las armas?, ¿dónde están? ¿dónde está Pedro?, ¿dónde está Juan?, ¿dónde está María?”; y de repente siento que me colocan una manguera de agua en la boca, con harta presión, con mucha presión y yo ¡Putas! hueví un poco, uno trataba de ir un paso adelante porque eso te podía salvar el cuento, pero yo dije, ¡Putas que son hueones! Si yo puedo, si por la nariz respiro poh, ya, hacía más chamullo, ya iba aprendiendo, te desesperai más de lo que correspondía y de repente: hueón, ¡sujétenlo!, dicen, y me sujetan la cabeza, y de esas mangueras transparentes que usan los albañiles en la contru, siento una que me cae en la nariz, boca-nariz, y de repente, paf, la otra, eran miles, miles y no exagero, miles de agujas que yo sentí en la cabeza acá; miles de agujas, hueón, que me estaban clavando con esa huevá. Y ahí entendí, por qué me habían dejado tanto tiempo con la cabeza hacia abajo. Entonces, yo digo: Todo lo que me pasa hoy día, indudablemente que hay enfermedades que vienen por la descendencia, todo lo que tú quieras, en mi familia todos son de presión alta, todo lo que tú quieras, pero yo digo que esa huevá,

esas clavás, esas medidas de manguera, tienen que haber dejado secuelas en mi cerebro; tienen que haber dejado una huevá en mi cabeza; entonces, hoy día cuando he sido tan propenso a los accidentes vasculares, tiene que haber sido esa huevá.

Entonces, indudablemente que uno es agradecido de quedar vivo y duele, cada vez que yo recuerdo o nos toca hacer un acto cultural, igual que tú, ese es mi fuerte, es lo que más me gusta, es lo que más me encanta, y hacemos un homenaje a algún detenido desaparecido, a los compañeros ejecutados, te lleva a todas estas cuestiones, viste. Pero el agua y la electricidad para mí son las cosas más horrendas que me tocó vivir, porque los golpes, yo siempre he sostenido, te duele el último y después te duelen todos juntos, pero en el momento, te duele el último golpe y los otros como que se absorben mentalmente.

Pero a mí la corriente, compañeros, y el agua fueron duros, duros para mí, muy duros (*silencio prolongado*), pero no les tengo rencor a los milicos. Yo me había jurado y re jurado que en mi casa nunca iba a entrar un hueón uniformado, nunca, pero nunca, nunca, y hasta aquí casi lo he cumplido; porque un día, mi compañera hacía clases en un colegio y la mejor amiga de ella, era Juanita, y un día yo, el muy hueón, estando la Juanita ahí en la casa, le digo: ¿Por qué no venís un día para acá con tu marido a tomar tecito? “No, no Hugo, es que me da no sé qué venir” y yo insistí hasta que me dijo que sí; bueno, un día suena la puerta, voy a abrir: un milico y la chica al lado de él. Pensé, hago una rotería y los saco cagando y ¿dejo mal a Rosi? Y tuve que bancarme la huevá, y tuve que tomar té con el hueón y después hablé

con la profe y le dije: Sabes que más, esto lo hice por ser un caballero nomás; yo nunca más entro un milico a mi casa y le conté la huevá. Me dijo: “Yo por eso te dije que no, poh Hugo, porque Rosita me había contado algo”. Son cuestiones que la vida te va dando.

Pero indudablemente que soy un sobreviviente, y como que yo me estoy cansando de ser un sobreviviente; y ahora que he tenido las operaciones, todos me dicen sobreviviente. ¡Hueón! ¡Cómo aguantaste esos accidentes vasculares y el corazón! Y ahora me colocan esta huevá, oh! El sobreviviente, ¡Chutas!, me dan deseos de decir: ¡Colóquenme otro nombre, hueón, pero no esa cuestión!, porque ya esa cuestión, no sé...

Yo he sido un afortunado, por supuesto. Yo creo que he tenido mucha suerte; creo que mi fortaleza fue haber tenido 23 años, en desmedro de otros que eran más viejos y aguantaron menos. Creo que mi fortaleza fue haber sido un hombre sano, un deportista y eso me ayudó mucho, y aguanté el chaparrón nomás. Yo digo que, si la maquinita se pasa un poquito más abajo, muero; a lo mejor si el hueón me saca de la piscina, eh, con el plástico en la cabeza cuando ya no podís más, y te saca un segundo después, te morís, poh. Entonces, son cuestiones, la vida es tan frágil, y me lo enseña ahora la compañera fallecida ayer, que hoy día estamos conversando acá y mañana no sé, poh, fue duro, compañeros, esa parte.

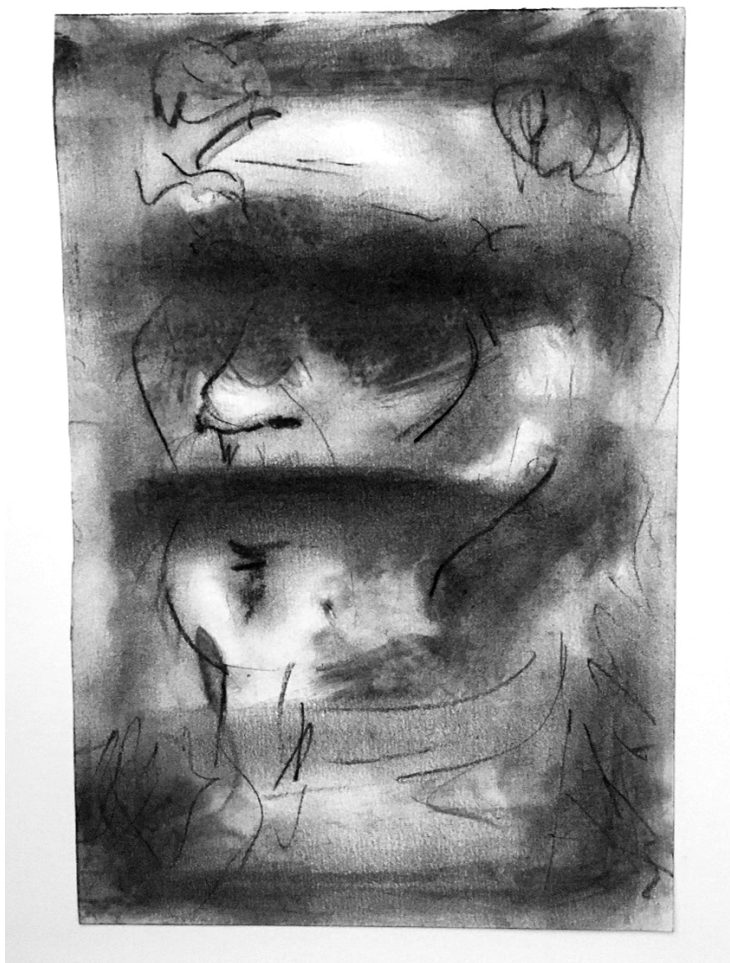
— Hugo, algo que me gustaría que comentara, ¿cómo manejó su familia la situación cuando Ud. estaba sufriendo la represión? Y en otro ámbito, ¿cuál fue la reacción de sus vecinos cuando Ud. volvió a la normalidad, entre comillas?

– Mira, voy a tomar un poco antes de eso. Mira, cuando salí la primera vez de detención, incluso antes de caer preso, en Molina yo ya empecé a sentir esa marginación social, yo iba por una vereda y se me cruzaban para la otra; en un momento a “mis amigos”, compañeros de trabajo, y a otros más, en un momento les pedí plata, y no, no hubo respuesta, y, pero yo ahí todavía no entendía mucho, y decía, ah ya; pero mira, gente de Sagrada Familia, campesinos de Sagrada Familia, llegaron a Cumpeo a dejar papas, porotos, todas esas cuestiones, ¿quiénes fueron? Yo nunca supe quién fue, pero esos compañeros estuvieron allá.

Saben que, yo creo que mi familia sufrió, sufrió más que yo, la discriminación social.

Yo creo, que socialmente la sociedad chilena está hecha mierda, somos de memoria corta, a los campesinos de Río Claro los conozco a todos; sí poh, si yo nací y me crié ahí, las expropiaciones que hicimos, hubo expropiaciones en las que yo me jugué la vida por esas cuestiones y los viejos, viste, ahora, nada poh. Una vez fui candidato a concejal y yo dije: ¡Putas!, estos viejos van a votar por mí poh, cero.

Entonces, yo creo que lo que está pasando hoy día en Chile es algo que la dictadura, los ideólogos, previnieron; y fueron dando pasos, pasos, pasos y como estuvieron tanto tiempo en el poder pudieron hacerlo y dejar sembrado para después, para ahora. Entonces, yo creo que eso llevó a la odiosidad de la derecha hacia nosotros. Yo me sentí solo en ese sentido; No encontré aliados, todos tenían miedo, y a lo mejor era legítimo, sobre todo con los que éramos cuadros políticos conocidos.



Archivo, Yoao Muñoz H.

Yo siempre me acuerdo de que una vez llegaron 3 tipos de abrigo, sombrero, unos grandotes así, yo los miré, y dije: ¿Estos

hueones, quiénes son? Y me hizo pensar inmediatamente en que eran personas que representaban a los dueños de fundos, no podía ser de otra manera, y pidieron hablar conmigo. Cuando yo caché la huevá, habían dos campesinos conmigo, y los encerré en una pieza y les dije: Ustedes con el oído pegadito ahí, pero ustedes no hablan, si yo no los saco para afuera ustedes no aparecen. Y eran justamente los representantes de los patrones que querían hablar conmigo y me ofrecieron una cifra, pero que yo, salgo paraíto pa'l golpe. Porque cuando se expropiaba la tierra, se pagaba una cantidad de plata por la tierra, pero se pagaba otra cantidad de plata por los animales, se pagaba otra cantidad por la maquinaria, o sea eran varios ítems que habían. Entonces, los tipos venían a ofrecerme que subiéramos algunos ítems, la mitad era para mí y la mitad para ellos. Entonces, por ejemplo, si junto con la expropiación se expropiaban 50 novillos, 50 vacas, 30 caballos, entonces, la suma de eso, imagínate, la suma de toda, de toda la región, era mucha plata, de las tres comunas, la suma de todas las comunas era mucha plata; y claro, terminaron, los tipos me doraron la píldora y yo era un cabro. Yo te juro que, veía a los hueones y como que el asiento se me iba hundiendo, eran imponentes como te digo; de unos abrigos largos, con el sombrero, se imponían por presencia los carajos. Y yo con mis 23 años ahí haciéndoles frente y les dije: Es que saben lo que pasa señores, es que yo tendría que consultarlo con unos asesores que tengo, que me ayudan a aclarar las cosas. “Señor Reyes, tome usted el tiempo que quiera”. ¡No!, les dije, si los asesores están acá, y ahí hice pasar a los campesinos,

les pregunté: ¿Escucharon? “Sí, sí escuchamos”, y ahí se asustaron los hueones. Ya, ahora respondan lo que yo les pregunto: ¿Acepto o no acepto lo que dicen los caballeros? “Cómo se le ocurre, don Hugo, que va a aceptar. Estos hueones creen que todo el mundo se compra y”... ¡Ya! Está bueno, calladitos ustedes; los asesores me dicen que no, así es que no puedo aceptar. Cuestiones como esas, viste. algunos colegas aceptaron, tenían la papa, los chiquillos que aceptaron colocaron negocio y hoy día son empresarios o fueron empresarios grandes algunos, ¿con quién?, con los mismos campesinos poh; si al final, era fácil comprar abonos, semillas y vendérselas a los campesinos y no había ningún entuerto; lo único que era, es que ellos se aprovecharon de una situación para beneficiarse ellos mismos; entonces, hubieron todas esas cuestiones.

Yo cuando llegué, porque yo tengo poca vida de resistencia, porque yo salgo de la cárcel, mira yo salgo en enero, yo pasé Pascua y Año Nuevo preso ahí en Curicó. A fines de enero del 74, salgo. Salimos por una jugada que hicimos con el Chico López, porque nos coordinamos con mi socio, nosotros lo único que pretendíamos, que queríamos, que soñábamos, era llegar vivos al regimiento, eso es lo que queríamos nosotros porque sabíamos que ahí estaba el Tribunal Militar, la Fiscalía; queríamos llegar vivos hasta la Fiscalía, viste, y ahí ver la posibilidad de que... pero, por las acusaciones de que había sacado sacos de armas, que ahí en Santa Rosa, donde estaban los circulitos para tirar la bala, tiro el blanco, que yo este, era instructor, y yo no hice ni el servicio militar, yo nunca he tenido un rifle en mis manos; entonces, con los cargos que teníamos con

el Chico López nosotros suponíamos unos 30 años, pero vivos... nosotros sabíamos que si nos remataban con 30 años íbamos a la cárcel, y cruzábamos los dedos y pensábamos que jamás la dictadura iba a durar 30 años; esos ejercicios eran los que hacíamos adentro.

Y con el chico López, cuando ya nos dijeron que nos iban a llevar al regimiento, dijimos: Ya Chico, nos vamos a parar en un punto; tú te vai vuelto pa' un lado y yo pa'l otro, y vamos ver entrar a los milicos. Cuando íbamos a almorzar o comer en la noche, si veís a un cabro de la Jota, conocido, un guiño; Ya, estábamos los dos ahí, y de repente el Chico López empieza a hacerme muchos guiños; entonces, yo me volví para otro lado. Ya seguro que habían, y eso era lo que importaba; si pillaban al otro huecón haciéndome guiños, ¿por qué está haciendo tantos guiños? Habían cabros de la Jota ahí, de Molina.

Los cabros, como a los 10 días recién llegaron ante nosotros, los llevaban a hacer guardia y ahí entre pitos y flautas haciéndose los tontos, hola compañero, ¿cómo está compañero?, ¿por qué está aquí?, ¿qué le pasó?, y ahí nosotros le contamos que estábamos ahí porque el Potoco nos acusaba. ¿El Potoco? pero si es del Partido, sí poh, dijo que le iban a matar a una hija. Le contamos un poco la historia y dijeron: ¡Ya!, tranquilos ustedes; bueno, tranquilos hasta que no nos sacaran.

Nos sacaron igual del regimiento varias veces, y nos dieron..., bueno, pero no todos los días como acá; y una noche vienen los cabros y sacan al Potoco; le sacaron la cresta. Yo nunca y es algo que no he hecho, como se me murió mi yunta el Chico López,

nunca pude saber cómo se llamaban los cabros de la Jota. Nunca pude saber quiénes eran, para darle las gracias. Sí, poh; los hueones se la jugaron. Después vinieron, como a la semana después y lo sacaron otra vez, y le sacaron la cresta otra vez, llegó todo machucado el Potoco.

— *¿Él estaba preso también?*

— Preso también poh..., pero él estaba preso para que nos acusara a nosotros. El Potoco, se para un día ante nosotros, y dice: “Compañeros, díganle a los cabros que ya no me peguen más, ya poh”; ¡Qué más van a hacer! Terminó de hablar, y yo levanté la mano mierda, y llamé al sargento que nos cuidaba, que era el sargento que estaba a cargo del Orfeón de músicos; él era quien nos cuidaba. Era un tipo súper choro, muy humano, músico, tenía esa cosa linda que tienen los artistas; y yo paré la mano y le dije: Sargento, ¿puedo hablar con usted? Sí; y le dije: ¡Putas, párele el carro a ese hueón! Mire cómo estamos nosotros; usted sabe que estamos aquí porque este hueón nos acusa de algo que no hemos hecho. Porque él mismo había dicho: no, si ustedes son gente buena. Siempre nos decía eso. ¿Y ahora sabe lo que se le ocurrió al hueón?, le dije. Que nosotros mandamos a que lo torturaran a él. ¿Se imagina si esa huevá llega a oído de un Mayor? ¡Putas!, van a agarrar con nosotros otra vez, por culpa de este mismo hueón. Y lo agarró mi socio, y le dio una parada de carro. Le dijo: “Mira, a la próxima hueón, soy yo el que te va a sacar si inventái huevás así como ésta”. Y se cagó entero el Potoco y nos dijo: “Compañeros, yo, cuando me llame la Fiscalía yo voy a decir la verdad”, y

nosotros: ¡Ya!, bueno, y nada más, porque no sabíamos si todavía jugaba a dos bandos.

Y nos llamaron, y el Potoco contó la verdad, que lo habían sacado al bosque, que le habían colocado una metralleta en la boca a la hija, que si no firmaba un documento, y ese documento decía todo lo que él hablaba, se le dijo al fiscal. Después llamaron al Chico López, eso fue a fines de enero, después me llamaron a mí y nos cruzamos con el Chico López a la mitad del camino, y la cara del Chico López era otra, no era la misma cara, era otra, entonces dije: alguna noticia buena le dieron, porque, dentro de todos los machucones, con todas las cuestiones traía otra cara, otra expresión. Llego yo allá ante el fiscal y el fiscal empieza, con todo lo que ellos plantean, me dijo: “Yo no entiendo a mi general Pinochet cómo a hueones como ustedes les va a dar la libertad, si a ustedes hay que apretarlos más, y van a tener que decir la verdad no más, si ustedes son de los duros. —¡Putas!, se pegó un despiche, y terminó diciendo: — pero mi general ordenó, así que están en libertad”. Ahí dije: Esa era la noticia que el Chico sabía.

Con el Chico nos juntamos y le dije: ¡Hueón!, nosotros igual tenemos que tomar algunas medidas, porque ¿quién te dice que vamos a llegar vivos a la casa, hueón. ¿Quién te dice que estos hueones no nos sueltan para hacernos mierda? “¡Chucha! —me dice—, y ¿qué podemos hacer?” Bueno, si es que nos sueltan, meternos en un grupo de gente, meternos donde haya harta gente. El Chico me dice “¿y adónde tomamos la micro?” ¡Qué vamos a tomar micro, hueón! ¿Tú creí que no se van a dar cuenta? Los dos barbones, de

pelo largo, la frazada, van a estar todos mirándonos así, nos van a cachar al tiro que vamos de la capacha, ¿y en qué nos vamos a ir entonces? En taxi nomás, poh hueón. “¿Y de dónde vai a sacar plata, hueón, para pagar esa huevá?” ¡Ah! no sé nada yo, le dije. Rosi sabrá de donde la saca, pero yo no me voy ni cagando en la micro. Y el Chico López me dice: “¡Ya! Vámonos, entonces, si tú lo vai a pagar”. Y nos subimos a un taxi, lo pasé a dejar a su casa y yo llegué allá, de donde me habían sacado.

Nadie nos esperaba, porque nadie pensaba que podíamos estar libres y estaba el Nelson, mi cuñado, él fue socialista. Su papá, con mucho esfuerzo le dio estudios en la Aviación y el Nelson se pasó pa'l otro lado, con tutti. Pero facho, facho, yo no lo hablo ahora. Y justo salgo yo y Nelson está ahí, y le digo: Nelson ven por favor, quiero hablar contigo; me desnudé, en la única parte que yo no tenía ese amarillo morado de los machucones era en las piernas, las manos y del cuello para arriba, Ahí no te pegaban los hueones, el resto, todo, todo, todo, todo el cuerpo. Yo ahora que tengo aquí unas cuestiones por aquí, miro eso y me recuerdo. Y le dije: ¡Mira hueón! ¿Tú crees que me merezco esto? Yo te llevé tantas veces, hueón, ahí adonde los campesinos; tú veías lo que yo hacía. ¿Merezco esto hueón? Nelson bajó la vista, y no dijo nada; yo estaba hecho bosta, y tratamos de llevar la vida en paz con él.

Les decía que yo salí a fines de enero, no sé si ustedes se acuerdan de la Nina; la Nina era una dirigente del Partido Comunista, que era esposa del secretario comunal, la Rosalina, estaba con arresto domiciliario; ella trató de empezar a peinar porque tenía esas

cuestiones como huevos que se ponían en la cabeza, y los milicos dijeron que era una pantalla y le hicieron pedazos toda la cuestión. No tenía para comer y tenía 3 hijos. Entonces, cuando ella sabe que yo salgo, me manda un papelito que lo tiraba por arriba de la pandereta y caía en la casa del vecino; el vecino era del Partido también y él me lo entrega; no me acuerdo cómo se llamaba ese caballero. Y la Nina me dice: Me estoy muriendo de hambre, no tengo comida, mis cabros ya no aguantan más. “¡Hugo, ayúdame por favor!” Y yo recién saliendo de allá poh’, ¿Dónde?, ¿Cuándo?, yo venía con miedo todavía, todavía no superaba el cuento, como al cuarto o quinto papelito no aguanté más; ¡A la Chucha! Me conseguí una camioneta y me fui al Cóndor; le conté a los viejos de allá; ¡Ya! No hay problema, don Hugo. Me echaron zapallos, porotos y otras cosas, y fui allá, descargamos y a los 10 minutos llega un camión con milicos. A la Nina la acusan de contacto internacional y a mí de cómplice de contacto internacional; a Talca los muñecos.

Yo, de Molina salí íntegro. La cabeza mía estaba clarita; tal cual como entró, salió. Con más fuerza todavía por todo lo que me había pasado, pero en Talca me cagaron, lo primero que cagué fue la cabeza, porque entré a una pieza, entré a la segunda, entre a la tercera, a la cuarta, la misma huevá poh’, entonces, yo ya sabía lo que me esperaba cuando estaba en esa pieza y esa cuestión me empezó a cagar, y cagué poh; yo, era un peligro quedarme acá. No, yo le dije a las personas del Partido: ¡No, hueón! Yo no puedo estar acá porque voy a vender a medio mundo; el miedo se adueñó

de mi hueón. Me hicieron cagar la cabeza y yo cagué, hueón. Y el Partido me dice: “¡Ya! ¡Ándate!” Entonces me fui a Santiago, a la casa de Pedro Antezana, mi amigo que trabajaba en el Banco del Estado. Me tiene fondeado en su casa como 5 meses, hasta que la Vicaría me sacó.

Llego a Argentina, estoy 15 años en el exilio y lo primero que hice fue formar el Partido y armar la Unidad Popular allá poh. Y el 76 hay golpe de Estado en Argentina; el 77 tengo que fondearme porque me andan buscando. Pero allá los del Partido Comunista Argentino son capos; capos, capos clandestinos. Sin clandestinidad son pencas, malos, pero en lo clandestino, nos dan cátedra. Me agarraron y me tuvieron como 15 ó 20 días; estratégicamente me fueron soltando entre un pueblo y otro pueblo, de a poquito. Un día, mediodía, dos días hasta que ya estaba en circulación, pero también lo pasé complicado porque empiezan todos los fantasmas. Porque hubo 2 veces en que nosotros le quitamos personas a los milicos chilenos que veíamos que los estaban subiendo a un auto. Caí preso en Argentina, más de una vez; claro que ellos no sabían quién era yo, viste. Y los tipos un día nos pusieron a regar un patio grande con, con la, cómo se llama, con la tapa de Coca Cola; hueones pencas.

Pero mira, yo lo pasé mal, pero a la larga, el exilio me hizo bien, porque sané de mis heridas un poco. Porque llegué muy mal a Argentina, yo todavía orinaba con sangre, todavía tenía mis riñones pa' la cagá; el miedo estaba latente. Volví del exilio a los 15 años, y me costó mucho controlarme cuando, yo sentía que

había alguien detrás de mí, me costó mucho, mucho, superar esa huevía. Yo, todavía no puedo bañarme en una piscina, porque a medida que voy entrando y el agua me va subiendo empiezo a desesperarme y lo único que quiero es pegarle al hueón que esté al lado y salir corriendo, arrancando.

En Argentina con mi hermano nos íbamos a la piscina, para ayudarme, para ayudarme a flotar, a volver a nadar, pero no; hasta el día de hoy no puedo, opté por no hacerlo. Mi hijo tiene tremenda piscina en su casa, me dice : ¡Ya poh, papi métete!, pero no, pa'que andar hueviando.

Pero, yo no tengo resentimiento, yo no tengo esa odiosidad que tal vez debiéramos tener muchos. Yo no lo tengo. Yo me acuerdo que empecé a trabajar en la Municipalidad de Río Claro y lo primero que hice fue ir a hablar con el jefe del retén. Me presenté; hola señor, ¿cómo está usted? Mire yo trabajo en la Municipalidad de Cumpeo. Vengo a conversar con usted un tema personal. Por supuesto; Dígame. Yo le planteé abiertamente: Mire, yo soy un expreso político; yo lo pasé muy mal con gente de su uniforme; usted seguramente ni ejercía, pero yo, no es contra usted, es contra su uniforme. Yo soy así, me gusta decir las cosas de frente; y seguí: Seguramente vamos a hacer trabajos juntos, voy a tener que venir acá varias veces, voy a venir las veces que sea necesario, pero yo quiero que usted sepa quién soy yo y qué pasa conmigo. ¡Puchas! me dijo, lo lamento mucho, me empezó a dar una explicación, pero quedó clarita la huevía, porque es penca esa cuestión.

Uno de ellos, un carajo, un día manejando taxi, me paró, acá en el mall, y el hueón me quería partear, por partiarme nomás, choro, me dijo: mi sargento me está mirando. Yo le dije: ¡Qué me importa a mí tu cagá de sargento, hueón! Entiende, cómo voy a aceptar que vos me pasís un parte, porque querís nomás; ¿Quién eres tú? ¿Quién te dijo que eres superior a mí, por tu cagá de uniforme? Era imposible aceptarlo; me tuvieron ahí como una hora. Yo fui el hueón más parteadado aquí en Talca; yo tengo el récord de parte de los taxistas, porque yo los enfrentaba, le vas perdiendo el respeto, y les decía: El respeto se gana, a mí no me van hacerte respetar sólo porque tenís ese uniforme.

Pero esa ha sido la vida compañero, y espero que este trabajo que ustedes están haciendo sirva, que cumpla el objetivo. El hecho de que yo haya accedido a esto, es porque quiero que las juventudes, ojalá, lo vean, lo analicen, lo piensen, lo procesan, porque hoy día Chile está en un pie, no digo que para que haya golpe de Estado, pero ¿por qué no puede ser? Tal vez la mirada de algunos tarados, creen que esa es la solución; el hecho de hoy día, de esta nueva Ley que se aprueba, la Ley Naín Retamal, es para tenerle miedo; si dejaron a tantos ciegos cuando estaba la ley común y corriente y la democracia funcionando, con un gobierno democrático, entre comillas, y no les pasó nada, hay dos o tres presos y ¿cuántos muertos hay de los nuestros? Es como que se retrocedió en el tiempo. Yo espero que este tipo de documentación llegue a los jóvenes; yo creo que el objetivo tiene que ser ese, viste, porque las personas como nosotros, ya tenemos un

ciclo vivido, pero los jóvenes no, están empezando, y son ellos los que tienen que tomar conciencia, que este tipo de cosas no pueden volver nunca, pero nunca más volver a pasar en Chile, les agradezco mucho a ustedes por esto.

– *Bueno, nosotros le agradecemos a usted por su disposición a compartir parte de su vida. Muchas Gracias.*

– ¡Listo compañero!

EXILIO: SECUELAS IMBORRABLES

JOSÉ MANUEL MORÁN

TALCA, EX GOBERNADOR DEL DEPARTAMENTO DE LONTUÉ

Yo soy José Morán. Vivo en Talca, he vivido en Talca toda mi vida. Yo soy obrero metalúrgico, más bien dedicado a lo que es máquinas y herramientas. Y no tengo mucho más que contarles.

– *En el momento que ocurrió el golpe militar, usted ejercía un cargo en Molina, ¿Cuál era su cargo?*

– Yo era gobernador del departamento de Lontué.

– *¿Y ese cargo por cuánto tiempo alcanzó a ejercerlo?*

– Un año y medio más o menos.

– *En el tiempo que usted estuvo a cargo de la Comuna, ¿cómo veía usted Molina? ¿Cómo vivía la gente? ¿Cómo era la sociedad de la época?*

– Molina era un pueblo, para mí, bastante especial; yo decía que era un pueblo de amigos; la gente se relacionaba muy bien. Era muy fácil vivir en Molina y convivir con la gente. Y pienso de que allí, desde un punto vista de los cambios que se querían

imponer, hubo muchos avances, especialmente en lo que significó el sindicato la Marcha, sindicato agrario agrícola; y pienso de que en las poblaciones también hubo avances desde el punto de vista de la organización de la gente. Y pienso que eso al final fue echado por tierra por la dictadura. Porque en ese proceso que se hacía en el gobierno de la Unidad Popular de poder, a través de las JAP, poder entregar a la gente ciertos alimentos que se necesitaban; habían también algunos curitas metidos ahí que estaban en ese proceso, y era interesante ver cómo se movía la gente, pero los dueños del capital, digamos, los dueños de las empresas, se las arreglaron para producir desabastecimiento, y empieza entonces a fallar la entrega de algunos elementos esenciales; terrible, porque incluso desaparecieron del comercio lo que era la línea blanca, refrigeradores, cocinas, estufas. Y si uno empezaba después a investigar y a conocer, habían algunos empresarios de Talca, por ejemplo, uno de ellos que tenía dos bodegas grandotas ahí en la cordillera, donde tenía guardado, fondeado, refrigeradores, cocinas a gas estufa, todo lo que era línea blanca, y en Talca no encontraba usted un refrigerador; no encontraba nada de eso. Y la otra cosa que empezó a hacer mella también en la gente, el desabastecimiento, y le echaban la culpa a Allende. Es posible que en algún momento en el gobierno de Allende, si nosotros, el gobierno de Allende, le entregó mayor poder adquisitivo a la gente y la gente en vez de comprarse un par de zapatos cada tres años se compraba uno o dos pares de zapatos en un año y si nosotros no fuimos capaces de elevar el proceso productivo de zapatos íbamos a tener a lo mejor un desabastecimiento

de zapatos; no iba a ser tan fácil que yo que me compraba un par de zapatos cada dos años, quisiera comprarme dos zapatos al año, a lo mejor se iba a producir un desabastecimiento; era un problema subsanable elevando la productividad. Sin embargo, después del golpe militar, a la semana después, ahí la derecha decía que el gobierno era el responsable de que no hubieran refrigeradores, de que no hubieran cocinas a gas licuado, de que no hubiera de toda esta línea blanca y la culpa era del gobierno; sin embargo, y ellos las tenían escondidas; y raro porque una semana después del golpe militar aparecieron en el en el comercio refrigeradores, cocinas a gas licuado, línea blanca, lo que, si uno piensa bien, en una semana imposible que la dictadura fuera capaz de producir todo esos elementos para entregarlos una semana después a todo el país; no sé si me entiende la idea. Entonces, yo pienso que nos faltó a nosotros un mejor trabajo, desde el punto de vista de la inteligencia para saber cómo estaban las cosas; incluso haber podido resolver ese problema. Si este hombre tenía dos bodegas llenas de esos elementos o quien fuera, como rescatarlos de allí y entregarlos a la gente; nos faltaron algunos elementos ese tipo. Esa es la impresión que yo tenía en mente.

— *¿Y la organización de la sociedad, por ejemplo, juntas vecinales, centros de madres?*

— Sobre eso, la verdad es que no tuve una participación muy fuerte, porque no. Si en algún momento la organización de los centros de madre me invitaba, yo iba a entregar algunas opiniones de gobierno, sobre lo que el gobierno quería para eso, pero

habían otras mujeres o compañeras militantes de los partidos que se dedicaban a fortalecer ese trabajo; yo allí, no conozco mucho más allá de eso

– *Pero estaban organizadas, se veía un trabajo comunitario...*

– Estaban organizadas, se veía un trabajo del cual yo no participaba directamente, pero se veía. Y la otra cosa que también se vio fue el trabajo y la organización de los campesinos a través de los Centros de Reforma Agraria. Había una buena cohesión, la gente estaba esperanzada en producir cambios en Chile; cambios que fueron truncados con el golpe militar.

– *Usted se fue del país un tiempo, ¿qué le ocasionó eso a usted y a su familia?*

– Me tocó ir a Alemania, a Berlín. Una sociedad donde, más o menos democrático eran como un 7%, un 5% de la población; una sociedad con mucho, todavía, dejo de fascismo. Una gente golpeada por una guerra, que todavía no era muy amigable. Había una mentalidad muy rara, y el idioma; el idioma se aprende, pero el problema más terrible es que por dedicarse a esto de la gobernación, a esto de ser gobierno, uno desatiende su familia y cuando me tocó caer preso, mis hijos sufrieron mucho. Yo con mis hijos tenía, y tengo todavía, una muy buena relación; con mis nietos, sobre todo, somos bastante buenos amigos. Entonces los que más sufrieron fueron mis hijos. Yo pienso que fueron los más tocados; los tres han tenido problemas psicológicos. Sufrieron mucho cuando yo caí preso, incluso uno de ellos me mandó un poema muy lindo que se le notaba el sufrimiento que él tenía,

y todos tuvieron algún desequilibrio psicológico. En Alemania tuvieron algún tratamiento; uno de ellos, superó completamente, y hay dos que todavía no superan completamente ese trauma, del hecho que el padre estuviera preso, pensar que las torturas que se realizaban en esa época, qué se yo, eso fue lo más terrible, porque uno al final estaba metido en querer crear una sociedad más igualitaria, diferente, más democrática y al final, uno dice, bueno, no lo logramos y estoy pagando por lo que yo pienso que es justo, pero eso no lo entienden los hijos, y los hijos sufrieron mucho. Mi mujer también sufrió mucho.

Claro porque tal vez se quedan como solos. La gente no se quería juntar mucho con ellos porque había como un..., pasaba que si uno, a veces, iba por una vereda había gente que lo veía y cruzaban de vereda; eso fue así.

– *Tal vez recibían gestos, pero muy escondidos, ¿no?*

– Sí, hubo gente así, gente más comprometida con el proceso, cuando podían, ayudaban. Yo tuve que irme, me fui solo a Alemania, después pudimos llevar a mi mujer y mis hijos. Pero durante un tiempo largo ellos estuvieron solos en Chile y en ese momento hubo gente que sí apoyaron, incluido el curita de Molina, el jefe de la Iglesia en Molina. Y hubo otras personas que incluso pudieron, hicieron posible hacer más llevadera la vida, dijéramos, de mi familia. Durante un tiempo yo no pude ayudar mucho.

– *¿Usted salió sin que se supiera que salió? ¿o ellos sabían que usted estaba allá y no estaba desaparecido?*

— Claro. Sabían. A mí me llevó Amnistía Internacional y después, bueno, antes de eso cuando yo empecé los trámites para poder irme, fue porque supe a través de un marino, capitán de fragata, que le dijo a un primo mío de Concepción, de que yo tenía que irme, que era bueno que me fuera del país porque ellos, él era de la DINA, estaban pensando seriamente en tomarme preso y seguramente hacerme desaparecer. Esa fue la razón por la cual yo apuré el tranco para salir del país. De lo contrario, no lo habría hecho.

Después del golpe, yo seguí trabajando en algunos talleres como tornero mecánico; me ganaba la vida, pero, saber por alguien de la DINA que lo van a matar ...

— *¿Qué cambios notó usted cuando volvió?*

— Yo tenía, antes de salir del país, una opinión de la clase obrera chilena, muy buena. Yo veía de que, durante el gobierno de la Unidad Popular los trabajadores leían más. Leían algunos diarios, algunos compraban algunos libros de Quimantú, la empresa esa que ayudó tanto al proceso de la cultura, y yo veía a la clase obrera que participaba en las reuniones sindicales; yo era dirigente sindical antes de ser gobernador, naturalmente. Y esa clase obrera participaba, buscaba la transformación de la sociedad y después del golpe militar eso fue borrrón y cero; y cuando volví de Alemania encontré una clase obrera bastante distinta. Yo pienso que incluso hoy hay muchos obreros, si no todos, que no leen un diario, que no leen un libro; que, perdóneme pero yo digo que viven como pajaritos. Trabajan las horas que están estipuladas en su contrato, ganar un sueldo que a veces es miserable, pero no esa clase obrera que yo conocí, ya no está. Cuesta muchísimo,

yo me di cuenta mucho del daño hecho por la dictadura en la clase obrera y en el pueblo, en general; el egoísmo, primero yo, segundo yo, tercero yo. Eso se ve muy nítidamente, lo veía yo, cuando llegué aquí en la empresa donde trabajaba. La gente, la clase obrera en ese momento, no era la que yo conocía, hubo un cambio. Yo creo que la dictadura hizo mucho, mucho daño en la gente. Mucho daño.

— *¿Con el sistema neoliberal, la dictadura, los Chicago boys?*

— Claro, con los Chicago boys. Bueno, y todos conocemos lo que pasa hoy día. Hoy día, por ejemplo, si usted analiza bien, los obligaron a muchos a ingresar a un nuevo sistema de pensiones, a las AFP, ¿cierto? Y en un principio uno podía elegir y podía quedarse en el sistema antiguo, y si usted empieza a analizar y a buscar, va a encontrar profesores que tenían el mismo rango, que tenían el mismo sueldo, que uno se cambió a la AFP y el otro se quedó en el sistema antiguo, y si hoy día conversa con ellos, el que se quedó en el sistema antiguo gana prácticamente el doble en pensión de lo que sacó un hombre que se fue a la AFP, o sea, el daño hecho a través de eso también. Y usted sabe que hay profesores que están ganando un buen sueldo y que al final jubilan con ¿cuánto? con 250, 280 mil pesos, 300 mil pesos, no sé cuánto será la pensión que reciben. Pero es hartito más baja que lo que sacaban antes, y antes uno sacaba ¿cuánto? el 85 o el 90% de los tres últimos meses de trabajo; o sea, la diferencia es abismante.

— *La calidad de vida para los pensionados ha bajado mucho, ¿verdad?*

— Claro. Ahora, si uno ve eso, y si uno ve que en Alemania, por ejemplo, cuando yo llegué allá trabajábamos solamente 40 horas en la semana; cuando ya me venía estaba yo trabajando 36 horas

y al año siguiente que yo me venía, la gente empezó a trabajar 35 horas, y aquí recién estamos pensando en trabajar 40. Yo tenía en Alemania, por el hecho de los años de edad y todo eso, 6 semanas de vacaciones. Aquí son tres; las diferencias son abismantes.

– *Eso queríamos consultarle a usted. Y no sé si quisiera entregarnos alguna reflexión para futuro, para la gente que va a leer el libro. Digamos, a partir de la experiencia vivida, por los años entregados a querer hacer de este mundo un mundo mejor, menos injusto.*

– Pienso que la clase gobernante debiera preocuparse muchísimo más para lograr una mejor sociedad, mejor calidad de vida de la gente. Yo creo que hay sueldos aquí que son realmente miserables. Y pienso que lo que hay que entregar además, a través del gobierno, es una educación diferente y la posibilidad de más cultura. Yo lo decía, antes los obreros leían, a través de Quimantú, novelas lindísimas, con contenido. Muchos trabajadores leían algún periódico y hoy día no; y el sueldo que tienen, apurado les alcanza para parar la olla. Entonces, difícilmente un obrero va a querer comprarse una linda novela, una buena novela. Un libro, un libro de buena calidad. Difícil. Antes se podía. Con todo lo que digan del gobierno de Allende, sí se pudo.

Espero que algún día logremos tener lo que tanto hemos anhelado. Y muchas gracias a ustedes por la invitación.

– *Bueno, agradecerle por sus palabras y su disposición a darnos su testimonio.*

MANUEL JESÚS CALQUÍN FUENTES

LONTUÉ

Mi nombre es Manuel Jesús Calquín Fuentes, yo soy docente, trabajo en la escuela Eduardo Frei Montalva, Escuela Básica, hace más o menos 21 años. Soy de familia de origen campesino, oriundo de Entre Ríos, una localidad cerca de acá; soy casado, tengo 3 hijas profesionales ya, dos nietas, vivo en la villa Santa Amalia.

– ¿Qué edad tenía Ud. cuando fue el golpe militar?

– Yo tenía alrededor de 14 años, estaba en la Enseñanza Media. Yo aún no tenía militancia, cuando fue el golpe, solamente tenía algunos conocimientos. De dos hermanos que tenía, uno fue dirigente sindical, de un sindicato que había en el fundo de Entre Ríos; en ese fundo había dos sindicatos: uno que se llamaban los amarillos y otro los rojos. Los amarillos eran de la Democracia Cristiana y los rojos del Partido Socialista y Comunista; entonces, mis hermanos eran del sindicato los rojos, ahí nosotros conocimos varias cosas, porque iban los funcionarios de la CORA al sindicato, a las reuniones, a hacer formación de lo que iba a pasar con el tema agrícola.

Entonces, nosotros como niños nos ganábamos ahí, a escuchar y a ver las diapositivas, porque antes proyectaban con las diapositivas no más, no había más; y leíamos los papelitos, nos instruíamos bastante en eso. Las primeras nociones, digamos, de temas laborales, negociaciones colectivas ahí las oímos, y del programa de Salvador Allende, que siempre mi hermano llegaba a la casa hablando del compañero Allende que tenía un programa bueno para los campesinos. Ahí empecé yo a tomar conciencia un poco de eso, no hablaba, pero uno escuchaba todo.

– *¿Y cuándo comenzó en las organizaciones?*

– Cuando fue el golpe militar fue una persecución bastante fuerte, porque a Entre Ríos llegaron los militares. Bueno en ese tiempo la experiencia que yo pude ver fue como a los amigos nuestros que usaban el pelo largo, les cortaban el pelo con un cuchillo que tenían los milicos, y a las mujeres les cortaban el pantalón, a mi hermana le rajaron el pantalón porque eran de esos pantalones patas de elefante.

Y con miedo mi papá ocultó a mi hermano que era dirigente, en una carreta con paja, ahí lo tuvo como 3 días, porque salía por los altoparlantes su nombre, era el presidente del Sindicato de Entre Ríos. Y ahí nosotros todos como asustados, ¿qué pasaba? Pero, como chicos también entre asustados y medio curiosos, íbamos afuera del callejón a mirar, cómo pasaban los milicos, qué sé yo; y esa experiencia a uno lo deja marcado.

Y posteriormente, nosotros siempre estábamos cerca de la Iglesia, yo soy de familia católica, hay una capilla en Entre Ríos,

entonces por ahí fuimos escuchando otras cosas, como que: era una dictadura, que los militares se tomaron el país, que Salvador Allende había muerto, que lo habían matado, etc., una serie de cosas, que lo habían echado del país, que había tomado un avión, habían muchos mitos con respecto de Salvador Allende.

Ya uno, de 13 ó 14 años, se da cuenta de todo, bueno, y pasó más o menos un mes creo yo, octubre o noviembre, no recuerdo exactamente, cuando escuchamos entre los grupos, que se estaban organizando los compañeros y escuchamos a unos caballeros que decían: que iba a llegar ayuda, que teníamos que hacer la revolución, que teníamos que recuperar lo que había hecho el compañero Allende. Era un discurso bastante motivador. Nosotros sin miedo, porque era como una aventura, entonces, yo recuerdo que la primera vez, fuimos con un grupo de jóvenes amigos (todavía nos conocemos y nos acordamos) de nuestra edad, y fuimos con un caballero que nos instruyó militarmente porque había que hacerle frente a la dictadura. Y empezamos en eso, ahí nos enrolamos y tomamos contacto con otras personas, empezamos a conocer a otra gente. Bueno, y seguía en el grupo juvenil cuando empezó a mencionarse lo que era la resistencia contra Pinochet, pero ya estamos hablando de los años 74, 75 más o menos, ya yo estaba en segundo medio del Liceo y comentábamos algunas cosas. Yo estudié en el Liceo de Lontué, lo que es el Liceo viejo ahora y ahí había una profesora que, yo la conocí en octavo año en la escuela Eduardo Frei, en la Escuela 14 en ese tiempo; y ella, la señora Ruth comentó que a su hermano lo habían tomado preso y había que hacer frente.

Bueno, y empezamos por ahí a tomar contacto con mucha gente, pero todo esto era clandestino. Claro, no tenía que saber nadie, ni la familia nadie, nadie sabía de esto; y nosotros haciendo las actividades nuestras: en la escuela, en la casa, el trabajo, porque, en ese tiempo mi papá tenía caballos, animales que había que atenderlos, ayudar en la casa y trabajábamos también, en el verano en la cosecha.

Fuimos encontrándonos con otra gente y empezamos a hacer un proceso de estudio. Íbamos a campamentos también, ahí empezamos en los grupos juveniles, ahí nos enganchamos con Ramón, yo a Ramón no lo conocía, lo vine a conocer después, a posteriori, porque yo estuve con un grupo, ahí en Entre Ríos, Pirigüín; todo ese sector, y al grupo de Ramón vine a conocerlo más o menos como el 76, 77, ahí ya se había expandido bastante lo que era la resistencia popular y ya habíamos tomado contacto con el MAPU, el MAPU Obrero Campesino. Con unos compañeros que venían de Santiago, y de otras partes comenzamos un proceso de estudio; había compañeros que, y ahí fíjate, yo doy gracias hasta ahora, porque, en lugar de llevarnos y manipularnos, por decirlo así entre comillas, nos formábamos, ¿Por qué, para qué estamos luchando? y leíamos libros, los analizábamos en los campamentos y nos fuimos enriqueciendo más.

Yo recuerdo, muchos libros que leí cuando joven, además que no había teléfono, no había nada, entonces, mi casa era una casa de campo grande, y todavía no había luz eléctrica, no llegaba la luz, era un callejón grande, entonces con vela y ahí en la noche a

última hora leyendo, y a veces, que había que ir en la noche a los mítins; y ahí ya empezamos a ponernos nombres políticos, para tratar de que no nos identificaran con los otros compañeros, igual nos pasaban tallas una vez que fuimos a Molina.

— *¿Qué edad tenía en ese tiempo?*

— Yo, ya a esas alturas tenía 17, 18 años venía saliendo de tercero o cuarto medio, ahí ya estábamos metidos en la resistencia muy fuerte; pero también paralelamente yo también estaba muy comprometido con la Iglesia, yo hacía algunos cursos de Doctrina Social de la Iglesia, Yo recuerdo que el secretario de don Raúl Silva Henríquez , don Eugenio Silva hizo un curso a través de Canal 13, sobre la doctrina Social de la Iglesia, del DUOC; y yo me mandé todo ese curso y no tenía tele, entonces iba donde unos amigos y estaba el sábado en la mañana allá y me estudié todo. Después me invitaron a Santiago, ahí conocí a Don Raúl Silva, ahí ya me motivó más todo este proceso, pero también con temor, porque en Santiago, andar en Santiago, andar en otras ciudades era complejo.

Bueno, cuando ya se empezó a ser más amplio este grupo, empezamos a poner algunas misiones. Yo tuve la misión, de ser bibliotecario de la provincia de Curicó, de la resistencia, y después tomé contacto con Talca también; entonces lo que yo hacía era intercambiar libros con Curicó, con Talca, yo estaba encargado de eso, hice hasta una bitácora de libros sin conocer qué es lo que era una bitácora, sin nada de cómo se manejaba eso, pero fue una experiencia bastante buena en ese sentido.

Después tomamos contacto con otros compañeros como: Óscar Salas, Mario Salazar; Salazar parece que era dirigente de las Vínicas y también estaba metido en los grupos juveniles; entonces, a través de la Iglesia con unos sacerdotes y monjas fuimos tomando contacto con ellos; ahí sin dejar lo que teníamos, el movimiento campesino. Porque ellos estaban más vinculados a otros movimientos, entonces había otro vínculo ahí; pero el punto que nos unía era la resistencia contra Pinochet. Después ya todos empezamos a trabajar en ese ámbito. El 78 fue fuerte, bastante fuerte, porque había mucho movimiento, nadie sabía qué hacíamos nosotros; como te decía paralelamente yo estaba comprometido con la Iglesia y yo tenía desde muy chico, una intención de vocación para el sacerdocio; entonces, lo llevaba paralelamente. Mi director espiritual comenzó siendo, cuando tenía 14 años, don Carlos González.

Nosotros hacíamos el festival *Cristo un Mensaje* y ahí tomábamos contacto con los grupos juveniles y don Carlos González escuchó que yo era comprometido, porque hacía confirmación, de hecho, el Chanta es confirmado y yo soy el padrino ahí; en el fondo había un doble trabajo, un trabajo comprometido con la Iglesia, pero también en la lucha contra la dictadura; que era un compromiso que habíamos adquirido muy fuerte nosotros. Y el 78, saliendo yo de cuarto medio, el 79 yo me iba al seminario; bueno, ahí hice todas las pruebas, tuve una entrevista del sicólogo y quedé listo para irme al seminario de Santos Custodios, a los Ángeles Custodios, a Santiago. Bueno yo, como estaba tan comprometido en el tema, yo no podía decirle a mi papá: “mire no me puedo ir, porque tengo

este compromiso”, todo eso, entonces yo le dije a don Carlos: “que no estaba preparado” entonces, Don Carlos me dijo: “esperemos más poh, “esperemos otro tiempo”.

Y seguimos en esta lucha, después que salí de cuarto medio; el problema es que teníamos hartas aspiraciones, yo siempre quería ser profesor, y de filosofía, qué sé yo; tenía sueños poh, pero veía que esos sueños eran truncados, entonces da pena (*Se emociona; se produce un silencio.*).

Seguí en el proyecto este y dije: “voy a trabajar para estudiar, y me puse a trabajar en las Vínicas Patrias, y con tantas ganas, que me acogieron bien ahí, estaba de ayudante de soldador y me prometieron quedar de planta; y llegué al 80 ahí, trabajando.

Cuando en mayo del 80, el 7 de mayo de 1980 llega Óscar Salas a las Vínicas, en bicicleta y me manda a buscar; yo estaba trabajando horas extras, que sé yo, tipo 18:30, y me dijo: “Manolo, sabís qué tomaron a Mario Salazar preso, al Teodoro Klomberg”, –un cura que trabajaba con nosotros, era un holandés, con él trabajamos muchos años–, “y probablemente vengan por nosotros porque vienen haciendo una redada”. Entonces, yo me fui a mi casa en Entre Ríos y avisé a mi mamá y a mi papá, les dije, para prepararlos poh, porque podía pasar cualquier cosa; además que sabíamos que mataban mucha gente, desaparecía mucha gente, ¿por qué sabíamos?, porque estábamos conectados con la información de la Vicaría de la Solidaridad y a la Iglesia llegaba la revista Solidaridad, que era muy leída en los grupos juveniles; sabíamos todas las noticias. Entonces les dije: “miren: papá, mamá, es posible que

me vengan a buscar para hacer una declaración, porque tomaron a Mario Salazar un dirigente de la Iglesia”; a todo esto, mis papás en todos estos años nunca supieron qué es lo que estaba pasando, “pero no se preocupen... es para una declaración no más”.

Bueno yo después me volví a Lontué a ver qué pasaba, a buscar más información y efectivamente poh, tomaron a la gente; así es que nos juntamos con la señora de Salazar, con la Ema Salazar que era esposa del Óscar Salas, el Ramón, todo el grupito, que finalmente era el más comprometido. Quedamos como los líderes de todo el grupo; porque detrás de nosotros había: movimiento campesino, unos sindicatos, había mucha gente detrás nuestra; yo tenía mucha gente en los grupos juveniles, jóvenes que estábamos trabajando.

Entonces, yo al Mario no lo conocía mucho tampoco, no tenía mucha confianza, ni al Oscar; lo que sí me daba confianza era el cura, porque con el cura trabajábamos hartos, con la hermana Teresa, ellas eran de la Congregación del Prado, muy comprometidas.

Y vine a cerciorarme de que es lo que pasaba, entonces para devolverme a la casa tuve que irme por... bueno, aquí era una viña antes, la Santa Amalia, no era población; y ahí estaba el portón, un poquito más allá estaba el portón de la llavería, de ahí me fui por lo derecho a mi casa, porque mi papá trabajaba ahí también, llegué tarde, más o menos como a las 11. Entonces dije: me voy a acostar abrigadito, y así tal cual, en una de esas pasa cualquier cosa; qué, no pasaron más de 5 minutos cuando siento que saltan desde la reja y ahí gritando mi nombre y hablando fuerte, golpeando la puerta y nombrándome a mí; entonces, para evitar que mi papá, que sé yo,

no tuvieran problemas o les causara un efecto fuerte de nervios, yo les dije: yo soy Manuel Calquín, ¿me buscan a mí?, pero yo salgo, no vengán para acá. No, se tiraron como perros ahí a la casa, empezaron a allanar la pieza donde vivía, me sacaron hasta una carpeta, eran puros documentos que no les servían a ellos, no tenían nada que ver con ellos; mi papá y mi mamá se asustaron, ya eran ancianos, menos mal que el tipo que me tomó fue afable y le dijo: “no, señora, lo vamos a llevar y le vamos a tomar unas declaraciones” qué sé yo, pero bueno, salí y al tiro, inmediatamente me pusieron una capucha, me tiraron arriba de una camioneta grande, en el pick up, y me pusieron una patada en el cuello así, y empezaron a preguntarme; (a todo esto, yo alcancé a ver como habían unas personas con arma corta, cuatro o cinco serían, estaban en el callejón) y preguntarme por nombres; bueno, ya algo estábamos entrenados nosotros de los nombres y no decía ninguno; yo dije un nombre equivocado y llegaron a una casa y no era la persona, preguntaban por el Manuel Orellana, por el Chanta, entonces yo lo llevé para otro Manuel Orellana, ah, ahí me dieron al tiro ahí arriba de la camioneta, pero no hablé. Después tomaron, por la voz sentí que llegamos donde Ramón Rivas, la Carmen Flores y también ahí tomaron a Oscar Cabrera en Casablanca. Ahí nos llevaron, la verdad es que no tenía idea pa’ dónde nos llevaban, porque daban unas vueltas por camino ripiado, por ruta pavimentada; entonces, era como una cuestión inhóspita, que no entendíamos, bueno dije yo: “a entregarse no más, era lo que pasaba nomás poh, claro con hartó temor pues, sí, ¿qué es lo que me va a pasar aquí poh?”.

Entonces cuando empezamos a conocernos, ah, “nos agarraron a todos aquí” dije, y nos llevaron a un lugar desconocido en ese tiempo, para nosotros era muy desconocido; yo no sé, la verdad es que no recuerdo, estuve, no sé si 7 u 8 días, pero nos dieron toda la noche, nos dieron hartos; cada vez que sentíamos botellas nosotros, era porque iba a haber tortura, porque se curaban para torturarnos; y preguntaban por nombres, menos mal que no salió ningún nombre porque si no, hubieran sido muchos, muchos los que habrían caído detrás de nosotros y aguantamos, pero fue duro; yo recuerdo varias torturas que... complejas.

— *¿A usted o a sus compañeros?*

— A mí, sí a mí, me desnudaron... con corriente... se reían...

— *¿Y cuál era la pregunta?*

— Preguntaban por nombres de gente conocida o que nosotros conocíamos, habían nombres que no conocíamos poh, peor poh, aguantarse y no conocer. Me llevaron a una ducha y me pusieron una manguera aquí (*señala la boca*) y me taparon la nariz hasta que me salió sangre, agua, tenía que salir, agua. Pero eso es así, esa fue una de las torturas más duras, sí, la corriente y el agua; y cuando uno pedía permiso para ir al baño un tipo se dedicaba a puro tirar agua mientras uno orinaba; hacía tanto frío en mayo.

Bueno, después nos juntaron a todos en una sala chica así, y uno se las quiso dar de amable, prendió un cigarro y nos empezó a dar una piteada a cada uno, y yo vi, porque yo estaba con venda sí, y miré por entre medio de las narices ¿qué había? Era como una biblioteca, había libros, hojas de papel. Porque primero yo veía un

portón grande que lo abrían y lo cerraban, y estábamos cerca del portón y les decía chiquillos ¿quemo? No, no hay que quemar, no alcanzamos; entonces yo tomé el cigarro, lo chupé fuerte y lo tiré para incendiar, porque yo dije: mira ¡la locura! yo creí que mientras se incendiaba nos tenían que sacar de ahí poh, pero me fue peor, porque ahí me agarraron a patadas, ahí me pusieron una capucha amarrada aquí y esposado, así es que estuve los otros 3 días con capucha y esposado.

Ahí nos tuvieron como dos días, como de descanso, porque hubieron dos días que no nos torturaron, nos interrogaban, nos preguntaban y se burlaban, hacían puras leseras; recuerdo detalles, por ejemplo, una anécdota, yo siempre me acuerdo que el Óscar Cabrera, que era chico, decía, “ cuando yo salga de aquí quiero tomarme un néctar, una botella de néctar... heladita” y había otro que dijo “no, si de aquí nos vamos a ir a la cárcel”, ¡ojalá que nos vamos a la cárcel, que salgamos de aquí, Dios quiera que nos vamos a la cárcel!; porque temíamos, que si no sabíamos dónde estábamos, ¿qué iba a pasar con nosotros?. Después nos sacaron en la madrugada, temprano, nos sacaron y nos echaron en una camioneta, vendados, atrás, como cuando nos tomaron detenidos y nos pusieron una carpa y algo ahí arriba, nos llevaron también para todos lados, una hora, no sé cuánto sería el trayecto; y llegamos a una cárcel, ahí no sabíamos dónde estábamos, nos sacaron la venda y había ahí, no sé cuántos gendarmes, ahí al lado de nosotros, al frente; nos sacaron las esposas, que sé yo, y los tipos se desaparecieron.



La Tercera, 11 de agosto, 1980. Archivo, Eduardo Molina C.

— ¿Había algún registro médico?

— Sí, sí, el médico llegó a la cárcel, llegaron a la cárcel a tomarnos exámenes médicos y todos bien poh, todo bien; yo venía con..., es que me pegó un combo un tipo con una mano, y me dislocó la mandíbula; y yo venía adolorido de aquí, muy adolorido, y todos veníamos en realidad muy golpeados, pero el médico que tenían dio todos los informes positivos, con ninguna anomalía, nada.

Después don Carlos mandó un médico en forma clandestina, prácticamente a entrevistarnos, qué sé yo, y ahí hizo un informe para la defensa; entonces pasó como una visita no más, pero era un médico, pero no, nada.

Ahí llegamos incomunicados a la cárcel, estuvimos varios días incomunicados; nos llevaban en forma individual a declarar a la Fiscalía. En la Fiscalía estaba el fiscal Carlos Hevia Tapia, duro,

milico duro y muy malo el tipo; lo único que quería era que nosotros ratificamos las declaraciones que nos obligaron en la CNI, para jodernos y nosotros aprovechamos de desmentir ahí poh, que no, que no era así y el actuario también, bueno hasta ahí, a esa altura no teníamos contacto con abogado, nada.

— *¿Sus familias a esas alturas, sabían de Uds. ya?*

— Mira, cuando llegamos a la cárcel, ellos ya sabían que nosotros habíamos llegado a la cárcel; porque tuvimos mucho apoyo de gente de iglesia: de sacerdotes, de seminaristas, de don Carlos, del Obispado, tuvimos mucho apoyo; también estaban muy asustados porque no sabían dónde estábamos. Si, don Carlos andaba preguntando por todos lados, y antes que nos trajeran a la cárcel ya don Carlos tenía la información, que estábamos detenidos en la CNI, y que nos iban a traer al otro día a la cárcel, con esa información se manejaron.

Bueno, y llegamos a la cárcel, en el caso mío yo dije: “bueno aquí estamos más tranquilos”, me dio tranquilidad; yo no sabía qué cárcel era, porque estaba incomunicado, entonces entre los barrotes yo veía un cerro, yo pensaba que era una cárcel del sur, porque también estaba muy desorientado, imagínate la cantidad de días con la vista vendada, un poco desorientado; entonces alguien empezó a tocar los barrotes con una cuchara y ahí, ¡Óscar!, ¡Manolo! Sí, ¿dónde estamos? “estamos en la cárcel de Curicó”, ¿y ese cerro? “Es el cerro Condell”.

Entonces cuando llegamos, sería en la mañana, estuvimos prácticamente toda la mañana ahí, nos estaban registrando, en

la entrada de la cárcel y nos metieron a la chica, nos pasaron una paila con comida, una comida verde; era una celda donde había un hoyo y ahí había que hacer todo: todas las necesidades, ya había estado ocupada la celda, pero nadie había hecho aseo parece, y una frazada. Todos los días que estuvimos ahí, había que hacer ahí de todo; como a los 5 ó 6 días nos sacaron a bañarnos, pero flacos como perro, adoloridos, fue muy complejo.

– *¿Cuál era el sentimiento que tenía, y que tenían ustedes como grupo, porque ya se podían comunicar Uds. ahí?*

– Sí, nos conocíamos ya; sí ahí incomunicados nos podíamos comunicar, porque buscamos algunas estrategias, de repente pasaba un gendarme, pero el gendarme sabía. El tema era que, había como un impacto en la cárcel misma donde llegamos, en la población. Porque resulta que a nosotros cuando caímos presos, el Mercurio, la Prensa de Curicó publicó, nos sacaron unas fotos y divulgaron que prácticamente éramos unos grandes terroristas, que queríamos matar a Pinochet, que éramos asaltantes de retén; de hecho el Chanta, el Manuel y el Óscar estudiaron en Escuela Industrial, tenían planos para electricidad, entonces, ellos ocuparon esos planos como que nosotros íbamos a asaltar el Retén de Casablanca, esa noticia se corrió por todos lados; por nuestro barrio, todos sabían que Manolo cayó preso, que el Chanta cayó preso y todos andaban asustados.

Había un ambiente muy tenebroso; entonces, a la cárcel también llegó esa noticia, entonces, el que llegaron presos políticos que estuvieran en contra de Pinochet para el reo común, ah, era bueno,

ellos son choros y qué se yo. Entonces, no nos recibieron mal en la cárcel, incluso gendarmería tuvieron un trato afable, y ahí nos dijo el capitán porque le dijimos, ¿aquí puede llegar la CNI? “¡No!, no, aquí no va a llegar la CNI, no va llegar nadie a sacarlos a ustedes así que quédense tranquilos en ese sentido”, claro, pero cuando nos sacaban para afuera, era complicado; nos estaban llamando permanentemente a la Fiscalía, pero también a Talca, porque nosotros fuimos acusados por dos causas: por asociación ilícita, que eso era por la Ley de Seguridad Interior del Estado y por la Ley de Control de Armas, que la juzgaba la Fiscalía Militar. Entonces teníamos que declarar en la Fiscalía Militar en Curicó que estaba en la Gobernación, y en Talca que está en la Corte de Apelaciones.

Después acá, cuando hicimos las declaraciones individuales, nos sacaron en grupo, ya estábamos en libre plática. Teníamos nuestra propia carreta como se llama en la cárcel; y cuando nos sacaban también le ponían mucha, mucha, mucha pimienta y nos esposaban, paraban el tránsito, bueno, yo no sé para qué, cuál era el fin y lo mismo en Talca, paraban el tráfico en la plaza qué sé yo, porque venían unos..., porque, además, en ese tiempo tomaron presos a una gente de Talca, que eran del MAPU y de la Izquierda Cristiana y también teníamos cierto contacto; pero no tan cercano, pero había como una cierta alianza. Ellos trataron de unir este tema, hasta que los de Talca pudieron deshacerse un poco de lo que los estaban acusando; porque a ellos no lo acusaban de la Ley de Control de Armas; lo que pasa es que en el grupo nuestro pillaron armas, pero no armas de nosotros, por ejemplo, una escopeta que

en todas las casas hay una escopeta, entonces eso y cuando nos sacaron una foto había armas ahí poh, ellos mismos tiraron armas y nos sacaron fotos, qué sé yo, entonces, fue compleja en esa parte.

Pero, cuando llegamos a la cárcel, yo me sentí como seguro, muy seguro, pero cuando estaba en la CNI el temor era desaparecer o que algo malo nos iba a pasar. La familia no sabía dónde estábamos, entonces había un alboroto muy fuerte afuera; además toda esa cultura que había adquirido yo en los libros, cierto, en la información de la Vicaría de la Solidaridad, la información de los desaparecidos, ya se hablaba de Pisagua, se hablaba de las islas, en fin, eso a uno, a mí me causaba temor, porque a mayor conocimiento, más temor pues. Yo era joven, estaba en la aventura, pero hasta ahí me llegó la aventura; yo era soltero y tenía aspiraciones al sacerdocio.

Ahí estuvimos 3 años y 3 meses más o menos, fue otra experiencia ahí, fue otra experiencia, porque en esos 3 años tratamos de asumir poh, asumir. Y nos favoreció porque mantuvimos la unidad en el grupo. Nos organizamos, seguimos como antes, los días sábados nos formábamos, leíamos un libro para tratar un tema el día sábado, porque los otros días trabajábamos y compartíamos con Ramón, con quien siempre teníamos el tema de Iglesia.

— *¿Cuántos fueron del grupo que tomaron?*

— Fuimos 9, 2 mujeres y 7 hombres.

— *¿Todos estuvieron presos el mismo tiempo?*

— Sí claro, pero después el Óscar y el Manuel Orellana se mandaron otro canazo. Sí, Manuel Orellana estuvo casi 3 años más,

por otro contacto político que no tuvo que ver con esto, y el César estuvo otros años más, casi 3 también; porque él estaba vinculado también con otros compañeros, de otro movimiento; entonces lo acusaron y lo agarraron, entonces, tuvieron dos causas fuertes, vivieron una cosa muy fuerte.

Bueno, entonces en la cárcel nosotros nos organizamos y empezamos también así como en forma clandestina, porque nosotros no teníamos la posibilidad de organizarnos, no podíamos tener reuniones, teníamos prohibido; entonces en forma clandestina empezamos a formar gente, con el capellán de la cárcel, a hacer Pastoral, una cuestión loca, pero nos resultó; así que nos metimos con los profesores que hacían clases en ese tiempo, el Chirigua González hacía clases allá, nos enseñó a tocar guitarra; el señor Labarca, varios profes, así es que empezamos a trabajar con ellos. Yo le ayudaba también a leer a unos reos, me hice bastante amigo de algunos reos, le hacía alfabetización, hacíamos trabajos de artesanía, logramos hacer primeras comuniones, confirmaciones; como venía Don Carlos a hacer misa, hacíamos confirmaciones y ahí hacíamos de padrino, los Gendarme no tenían idea de lo que hacíamos; entonces empezamos a hacer eso. Mientras la abogada trabajaba para nosotros.

Ocupando el tiempo, y esperando sentencia, yo recuerdo la primera sentencia que nos dijeron: era 5 años, 5 años no sé cuánto y después empezaron a llegar propuestas de exilio, qué se yo. Que podría conmutarse la pena por exilio; entonces, yo hice una promesa yo dije: más de 5 años yo me voy para afuera, menos de

5 años me quedo aquí, porque la pelea está en Chile, aguantando claro, bueno, y ahí aguantamos.

Después que pasaron 3 años y 3 meses, yo empecé a cortar el pelo, le hacía ese servicio a toda la gente, y en la noche ya en el colectivo éramos prácticamente líderes ahí; pues ya después de 3 años teníamos: un club de fútbol, teníamos la televisión, ordenábamos el colectivo, organizamos a los viejos y cada uno tenía un oficio; casi todas las noches yo cortaba el pelo, ocupaba como media hora, después conversábamos, jugábamos a las cartas, o trabajábamos en artesanía, porque en el invierno nos acostaban a las 5 de la tarde.

Y una noche nos llaman como cerca de las 12:00 de la noche, a la Fiscalía, ¿a esta hora?, ¿qué pasa?, ¿a la Fiscalía?, entonces le preguntamos a un gendarme amigo que tenía experiencia en esto, dijo: “miren, nosotros los vamos a llevar esposados con cadenas igual como siempre porque dicen, dicen que es libertad, pero puede ser *la negra*, la Negra se llama cuando le dan libertad, pero después lo siguen y...zas!”

Entonces, nos subieron al carro de gendarmería y nos llevaron ahí, a la Gobernación, ya ahí había otro fiscal, no recuerdo el nombre del fiscal, pero era bastante cambiado el fiscal, muy caballero, subimos y nos dijeron: “les tengo buenas noticias, ustedes quedan en libertad en este minuto”, y yo le dije: ¿y no hay condena?, ¿no hay lectura de condena?, ¿nada?, que raro esto, ¡No! dijo, “me llegó la orden”; otro del grupo no recuerdo quién, dijo ¿es posible que haga una llamada al sacerdote de Lontué? –Eugenio Sepúlveda se llamaba–, “sí, –dijo– ningún problema”.

Llamamos al Padre Eugenio y ahí dijo: “ya, no se muevan para ninguna parte, yo voy a encargarme de eso”, entonces, ¿qué hacemos? Nos sacaron ahí las esposas, nos sacaron las cadenas, todo, –ya, igual los vamos a llevar para la cárcel, de allá los retiran–. Así es que arreglamos las cosas allá, lo que podíamos, porque no nos podíamos llevar todo; teníamos nosotros ahí: un torno para la madera, teníamos banco, teníamos muchas herramientas, entonces nos llevamos la ropa no más; la verdad es que, parte de ropa porque ahí regalamos todo: sábanas, colchones, zapatos, todo se lo dimos a la gente. Entonces se hicieron cargo unos sacerdotes, unos seminaristas que nos recogieron y nos empezaron a repartir en camionetas en la noche a nuestras casas, feliz estaban mis viejos, vivos; llegué como a la una de la mañana y ya sabían que estaba en libertad.

– *Qué fuerte para sus papás, ahora, ¿qué había de las consecuencias de esta libertad?*

– Fue una experiencia compleja; bueno, la experiencia más bonita, que era un sueño, por ejemplo, para el 18 de septiembre, salir a caminar por la alameda, sentir el verdor.

Ver en la camioneta, cuando veníamos, las estrellas, qué maravilla de estrellas. Salimos el 8 de junio parece, pero fíjate que la noche estaba clarita, era una maravilla; yo tengo todavía así, como muy impregnada en mi mente la luna y las estrellas, muy bonitas, y eso me reconfortó por dentro, ¡esta es la libertad!. Llegamos a la casa y felices los viejos.

Y al otro día, bueno, descansar y sin saber qué hacer, ¿qué pasa aquí? decía yo, y llegó un amigo, un vecino que tenía una moto; yo

antes tenía una moto también y siempre andábamos en moto, salimos a andar en moto por Pichingal, no estaban ni pavimentado, pero ¡era la libertad plena!, siiii, a disfrutar, bueno, a eso me sacó en realidad, pero había un tema, que me miraban...

– *Claro, venía Ud. de estar preso, de estar acusado de algo grave que nunca pudieron comprobar, entonces los vecinos también estaban como temerosos, complicados para saludarle.*

– Fueron muy pocos los que me saludaron, muy pocos, claro notaba uno cuando se corrían las señoras; eso fue muy difícil, pero en fin, seguimos.

Yo en mi experiencia personal, debo dar gracias, a don Carlos González, que fue mi primer director espiritual, que me seguía ayudando; al cura, don Mario Molina, que ahora está muy viejito, en la Catedral de Talca. Fueron personas muy, muy buenas. Eso fue para reconfortarse por dentro y tomar un camino distinto. Bueno, y ahí don Carlos me preguntó, ¿bueno y? ¿damos el paso? –Sí, damos el paso–, entonces me fui al seminario de Rauquén, a estudiar para el sacerdocio, iba en ese camino, entusiasmado.

Estuve viviendo en Curepto los 6 meses que faltaban para entrar al sacerdocio, el 84 entré al seminario de Rauquén; ahí también era un nuevo encuentro con amigos, les gustaba mucho compartir esta experiencia en fin; ahí trabajábamos, yo estaba a cargo del campo, teníamos un tractor, cultivábamos; nos manteníamos más o menos con el 70%, nosotros aportábamos el trabajo que era para mantener nuestros estudios, los profesores y la comida, lo demás era ayuda externa que llegaba al Seminario, que se conseguía don Carlos.

Bueno, mi intención siempre fue, mi vocación digamos, yo quería ser cura obrero; porque fui marcado por curas, las hermanas del Prado que siempre trabajaban y hacían pastoral; sacerdotes que trabajaban, el mismo Teodoro Klomberg, que trabajó en la resistencia con nosotros, era un cura que iba a cortar maravillas y hacía misa; eso me impactó mucho, me gustó mucho esa parte y yo quería ir por esa línea. Bueno, don Carlos me estaba apoyando, teníamos un grupo de seminaristas que estábamos en esa línea y justo, fue en ese minuto, en ese tiempo en el 85, el 86, viene un cambio de Pastoral; y era que, a la Diócesis, a Chile, esa línea no la darían más, se terminaba. Entonces entré en un conflicto enorme y ahí empezamos a irnos separando algunos seminaristas, yo me salí definitivamente. No quiero con esta espiritualidad, yo quiero con otra espiritualidad. Ahí estuve 4 años y medio, 5 años prácticamente; en el Seminario estudié la Teología, la Filosofía, en la Teología me faltaron como dos años, pero fue también una cosa muy positiva.

Entonces, después mirando uno desde lejos, yo miro desde lejos esta experiencia y la verdad es que... yo doy gracias a Dios por dos experiencias: la cárcel y el seminario que parecen muy contradictorios, pero la cárcel me ayudó a madurar, hacer amigos, a compartir; a conocer la cárcel, a conocer la pobreza, a conocer la miseria humana que hay en la cárcel, porque ahí es miseria humana. El delincuente, cuando uno llega a conocer el corazón del delincuente se encuentra con una persona realmente que es hijo de Dios, hay una persona detrás, que por distintas realidades llegó a ese punto. Y el seminario: porque me fue sanando por dentro las heridas y también fue una

forma de tomar más conciencia en la parte social y por eso nunca he dejado de seguir trabajando en lo social como dirigente, en la capilla, en todos lados, ha sido duro, experiencia dura, pero bueno...

— *¿Ud. Dice que sanó en el seminario?*

— Sí, me ayudó bastante.

— *De todo este sufrimiento que tuvo con la tortura, la prisión, de la experiencia vivida en la cárcel, porque fueron más de 3 años, es mucho tiempo, y era tan joven además, ¿es difícil poder superar eso?*

— En la misma cárcel uno tiene un montón de pensamientos. Corren muchos, muchos pensamientos, muchos; lo que yo hice en la cárcel fue desembocar los pensamientos en escribir, tengo mucho escrito: pensamientos para mí, escribí poesía, mucha poesía; ahí don Carlos me dijo: “dedícate a escribir”, incluso escribimos juntos un libro, *La huella de Jesús en los tiempos difíciles*, yo no sé dónde quedó ese libro, pero está por ahí en la editorial; lo escribimos juntos, entonces ahí desemboqué en escribir, escribir, escribir, en escribir, pero fue bastante difícil porque la cárcel es inseguro, es insalubre, es peligrosa...

— *¿Tiene consecuencias físicas?*

— No, por la cárcel no.

— *¿Por la tortura?*

— Por la tortura, bueno aparte de haber llegado con golpes a la cárcel, después se me fue pasando, más bien psicológica; porque aún sanando uno de estas cosas son difíciles, es difícil, la misma tortura ¡qué gente!, ¡que es tan descabellada!, ¡tan mala con otras personas!, que pueden hacer cuestiones que son inhumanas poh; obligarte a

golpes, a aplicarte corriente, a pegarte en los testículos, a golpearte los oídos, a empujarte, a botarte, —esas cosas no las entiendo, no las entiendo— ¿qué pasa con ellos? Además, ellos sabían que nosotros no teníamos que ver con eso, porque nos querían vincular con el tema de armas, con la guerrilla; entonces, ellos sabían que no; en todo caso se notaba que nos traían vigilados muchos, muchos años, mucho tiempo. Había gente que nos estaban vigilando, ¿no sé por qué?, seguramente no encontraban el hilo, digamos, pero estuvimos bastante tiempo así.

— Este proyecto, de obtener relatos sobre la violación a los derechos humanos que ocurrieron en la dictadura, tiene un sentido: que se conozca la historia, ¿qué quisiera decir, como palabras finales a los jóvenes, por ejemplo, que poco o nada saben de esto que ocurrió hace casi 50 años y menos también?, ¿qué podría decir a los jóvenes, o a la gente que niega, sencillamente, la ocurrencia de esto?

— Yo les diría dos cosas: lo primero es: que los jóvenes se informen, que busquen. Que busquen informarse, sobre todo aquellos que tienen dudas, busquen informarse, profundamente, no de lo que digan. Y lo otro: la situación que vivimos ahora, que fue, que es un producto de la dictadura, porque hizo un trabajo muy bueno ideológicamente. El trabajo que hizo, por ejemplo, estigmatizó la palabra política, y en nuestra Iglesia, no se puede hablar de política, porque es malo, este es comunista; y todos los que están en contra del neoliberalismo, que es un sistema explotador, son comunistas. Entonces, yo les diría ahora a los jóvenes que se informen, ahora hay muchas fuentes de información; aprovechar esas fuentes de in-

formación, escuchar a gente, a los pensadores, a los nuevos profetas y poder descubrir los signos de los tiempos de ahora; ¿por qué?, en todo esto que está pasando, hay signos que muestran un camino, para donde vamos; entonces, descubrir los signos de los tiempos. Se necesita mucha contemplación, no necesariamente tiene que estar orando, rezando, no, pero sí pensando; razonando, para que puedan descubrir la verdad profunda, para dónde nos lleva este carro, para dónde vamos a caer.

Ahora ha cambiado tanto la situación que las guerras no son a cuerpo, no son a balas; no sé por qué tenemos regimientos si cuando estemos peleando con otro país no va a ser a balas, va a ser bacteriológica y biológicamente. El neoliberalismo nos ha cegado; y no nos deja pensar; entonces, se adueña de los medios de comunicación. Los medios de comunicación son un arma potente, feroz, que está matando a nuestra juventud; y eso le diría a la juventud, preocúpense de lo que se está transmitiendo en los medios de comunicación, porque es un arma tan fuerte como una ametralladora, que los está matando, los está anonadando, les está dejando vano su cerebro.

– *Manuel, muchas gracias por su relato para nosotros, para los que estamos, y para los que vienen. Muchas gracias.*

– Gracias a ustedes.

DOCENCIA, SALVAJISMO Y LUCHA INCLAUDICABLE

MARÍA AVENDAÑO PASSI

MOLINA

María Avendaño Fassi, nacida el 12 de abril de 1931, profesora normalista, fallecida el 19 de noviembre de 2017. Testimonio entregado por María Julia Alvear Avendaño, 65 años, tres hijos, casada; hija de la profesora.

– *María Julia, ¿qué hacía su madre cuando ocurrió el golpe militar?*

– Ella era directora de la Escuela 149, que estaba ubicada en Carrión, en la comuna, ahora, de Independencia; antes era Santiago, y era una escuela chiquita. A ella le gustaba mucho, siempre trabajó ahí, después concursó y fue directora. Además, ella trabajaba como, era dirigente del Partido Socialista, por siempre; era tesorera del comunal del segundo sector, Santiago. También era dirigente del Colegio de Profesores.

En ese contexto, yo tenía 15 años, estudiaba en el Liceo 1. Esa era nuestra vida y vivíamos en Independencia.

– *¿Dónde, cuándo y cómo la detuvieron?*

— Las dos pasamos el golpe, yo estuve mirando el bombardeo de la Moneda porque ese día no hubo clases; entonces, había que ir al centro a defender, con otros estudiantes, y nos fuimos al centro; y mi mamá se fue a su trabajo, a su escuela. Y de vuelta, en el centro, sentimos el primer, que dicen: golpe de Estado. Y llegaron militares y toda la gente empezó a correr. Terrible. Y ahí en eso nos fuimos, andaba con otro compañero; cruzamos el Mapocho, pero fue impresionante. Desaparecieron las micros, desaparecieron los autos, era solo gente corriendo y caminando. De ahí nos fuimos caminando hasta el colegio de mi mamá, que son como 8 cuadras, de Mapocho por Independencia. Llego allá, ella había despedido los niños, cerramos la escuela y nos fuimos a una casa cercana ahí que era en, la Juan Antonio Ríos, que son edificios altos. Y de ahí vimos las dos el bombardeo a la Moneda. De ahí nos fuimos caminando hacia nuestra casa. En la noche escuchamos muchos, muchos disparos, pasaban muchas metralletas, pero así, heavy. Además, siempre me acuerdo de unos colchones con gente herida, destrozada, que pasaban por fuera de la casa. En mi casa estaba mi mamá, mis dos hermanos chicos y mi abuela. Al segundo día, llega un compañero que era un militante socialista, que le dice: María, no te muevas de acá; como un poco saber cómo estaban. Al tercer día, ya salimos; tú sabes que ahí Chile floreció, aparecieron todas las cosas; como que nada hubiese pasado. ¡Era impresionante! Los supermercados llenos. ¡Ya! Volvimos a clases. Bueno, tú sabes... volver así super estructurados. Y seguimos viviendo normal, eso. Solo se sabía que de repente habían... que nos juntáramos, le avisa-

ban a mi mamá, la mantenían informada. Y el día, en septiembre, pasado el 18 de septiembre, llegan, yo no estaba, estaba en clases, porque en la calle Carrión, donde estaba el colegio de mi mamá, al lado, a unos 60 metros, estaba una comisaría de carabineros, y ellos eran apoderados del colegio, entonces, fueron ese día y le dijeron: señorita directora, discúlpenos, pero la tenemos que llevar detenida. Así, mi mamá contaba esto. Ahí se llevaron a 3 profesoras y la acusación que tenían era que mi mamá se había conseguido una casa para hacer al fondo un taller, entonces le decían que esa era una casa donde iban a preparar guerrilleros. Esa era la acusación y las llevaron a 3 profesoras. Cuando llego, a mi abuela le digo que se vaya, yo tenía unas tías que se la llevaron; y yo quedé sola. Pero yo me acostumbraba a estar sola, no era una cosa que porque tuviese 15 años era chica. Pero antes no porque yo me manejaba muy bien a estar sola. Empezamos a buscarlas y una de las hermanas de una de las otras personas detenidas, de la Sra. Regina Márquez, que era una monja, ella empezó a averiguar y descubrió que estaban en el Estadio Nacional. Íbamos al Estadio Nacional, les llevábamos frazadas, las marcamos, las bordamos para que pudiera entregarlas; por el lado de la piscina se veía, ella dice que ahí sintió muchos gritos, vio mucha gente que salía, que la llevaban a interrogación y no aparecían, después no volvían. Pero a los 9 días a ella la soltaron. Aparte de preguntarle los datos, darle unas cachetadas, no pasó nada. Eso sí que vio mucha cosa de, otras niñas que después eran como conocidas y que ella las vio ahí pero no me acuerdo de los nombres en este momento. Eso

pasó; ahí mi mamá quedó todavía bien. Ella entendía que nadie pensaba lo que podía suceder. Y seguimos funcionando; ella siguió funcionando de directora.

Eso fue septiembre hasta diciembre, que ya decidimos irnos a Viña. Y el día, fue como el 22 de diciembre, ella me dice: adelanta María Julia, para que vayas a hacer las maletas, y volvemos y nos vamos al tiro a Viña. Llego y atrás mío, cuando llego al departamento me dice María Victoria, que después se portaron muy bien conmigo, que a mi mamá la habían vuelto a buscar, que ya no eran los carabineros de la esquina ni nada, sino otros, las trataron muy mal; se llevaron a 3 profesoras, las mismas, y ella me mandó el carnet de identidad y justo le habían pagado todo su sueldo; me entregó todo. Ahí, empezar a buscar, fui a la comisaría, de ahí fui a la 5ta comisaría, y después, sacando cuentas por los horarios, ella estaba en la 5ta comisaría; las tenían ahí. “¡No, no hay nada! ¡Váyase pa’ su casa niñita! ¡Qué anda haciendo acá!” Ahí la buscamos... nunca supimos dónde estuvo. Preguntamos, fuimos a la Vicaría, con la misma monja esta, pero no. No pudimos; no hubo caso. Nunca supimos dónde estuvo; hasta que un día, estoy en la casa, tocan la puerta y llega una persona que era delgadísima, con el pelo blanco, blanco, blanco; y era mi mamá. Era otra persona, era otra persona. Ella estuvo ahí como 20 días, en Tejas Verdes. Después supimos que fue horroroso. La tenían con la señora Regina, Regina Márquez y la señora Edith Landabour; eran las tres. La señora Edith Landabour terminó trastornada; Regina Márquez todavía está viva. A ella le pusieron... le hicieron

torturas de corriente; corriente en los pezones, en la vagina y le preguntaban por las armas. “¡No, vieja! ¡Sí, tú tenís armas! ¡Tú eres del núcleo, los núcleos que estaban preparando bombas, y dónde están”. Mi mamá me decía: “No sé por quién me preguntaban ya”. Y era poner, y poner y poner la corriente; y era todos los días las sesiones de corriente, todos los días. O si no, después llegaban y defecaban en unos tarros, y cuando estaban todos los tarros ahí les mostraban como a los que estaban al frente, les metían la cabeza y se la sacaban delante de ellas. Después, habían unos módulos, y a ellas les decían las profesoras, porque las sacaban media hora al día afuera; estaba todo oscuro abajo. Y ahí lograron como 3 ó 4 nombres de personas, que después supieron que estaban allí. Después las tomaban y sacaban en el camión: “¡Arriba viejas!” A patadas y culatazos y todo. Las llevaban y hacían los simulacros de fusilamiento y disparaban al aire. Eso lo hicieron muchas veces; muchas veces. Y en uno de esos simulacros, las dejaron y, como que las iban a matar; lo mismo, pero el camión se fue, y ahí es donde aparecieron y estaban al medio de la Estación Central, en la Alameda. Eran como las 11 de la noche. No estoy segura, ya estaban en hora del toque de queda, pero no andaban todavía los..., y ahí ellas caminaron por Matucana, por la orilla, porque veían una casa con luces y ahí golpearon; les pidieron por favor que las dejaran entrar. Las mujeres adentro les decían: No señoritas, no las podemos dejar entrar. Nos matan; nos matan. Tanto les rogaron que las mujeres, mi mamá las fue a ver después. Era un prostíbulo; ellas trabajaban ahí. Las ayudaron; dice que en su

vida había sentido más rica una Coca Cola. Se tomaron una Coca Cola, ahí pasaron la noche, las protegieron; apagaron todo, porque después los militares andaban afuera como locos porque sabían que las habían dejado y la idea era tomarlas y hacerlas desaparecer.

Mi madre quedó muy mal; estuvo con tratamiento psiquiátrico muchos años, muchos años. Cuando volvió a trabajar, no ese año, a nosotros nos cambió la vida así, rotundamente. Volvimos y ella dijo: Se van a ir a Molina, donde mi tía Fresia, Fresia Avendaño. Nos trajo todo para acá, llegamos acá y nos mandó a veranear a la cordillera; fue la primera vez que de chica fuimos a acampar a la cordillera. Nos dejó en la cordillera frente a los Valdivia, donde estaban los Gibert, ahí, puso una carpa con mi tío Armando y nos dejó ahí. Nosotros lo pasamos chanco, fue maravilloso porque es muy lindo; y cuando volvimos yo dije: Me voy a Santiago, a mi casa, a mi liceo, y había hecho un trueque con Polo Espinoza. Y el Polo se fue a la casa de nosotros en Santiago, que era el alcalde de Molina en tiempos de la UP, y nosotros nos fuimos a vivir a su casa en la Villa Magisterio. Y yo estaba matriculada en el liceo de Curicó, no lo podía creer, y mis hermanos en la escuela, y ella estaba pidiendo su permuta, su traslado. Aquí estuvimos, fue muy terrible, en realidad a nosotros nos cambió la vida porque, no pudimos irnos al tiro donde Polo Espinoza porque no había podido hacer el traslado todavía, por los salvoconductos, todas esas cosas. Y estuvo viviendo con mi tía Fresia un tiempo, y ahí yo le rogué a mi mamá que yo no quería estar viajando a Curicó todos los días, y me cambió a Molina. Y mi mamá tenía que viajar porque estaba

con licencia y la empezó a ver una siquiatra, la doctora Laura, no me acuerdo el apellido, pero fue maravillosa. Ellos trabajaron muchos años con gente detenida y después se fueron, y creo que el esposo de ella es uno de los detenidos desaparecidos.

– *¿En qué año fue eso?*

– Eso fue el año 74, 75. Setenta y cuatro porque el setenta y cinco yo me casé. Sí, fue el año 74; todo ese año fue de viajar porque yo tenía que viajar a dejar la licencia, hablar con los tipos, hasta que el año 75 mi madre trabajó, la pusieron en la Escuela 1, después la mandaron otra vez a Casablanca. Setenta y cinco, porque 76 nació la Pupy, y todavía estaba trabajando. Setenta y siete, setenta y ocho trabajó y el 80 ya no daba más, porque era un bombardeo con ella, realmente fue terrible. Ella todavía estaba con problemas, con tratamiento siquiátrico, pero bien, ya bien. Pero la cambiaban, y en una creo la habían destinado a otro lado, y dijo: “¡No, ya! Yo voy a jubilar”. No estaba en edad de jubilar y pidió por salud. Y ahí, justo había una niña que tenía una pastelería y ella la estaba vendiendo, y mi mamá se compró esa pastelería. Eso es, como el ochenta.

– *Nos ha contado de los maltratos y torturas. ¿Cómo fueron las consecuencias psicológicas para ella?*

– Fuertes. Toda la vida. Con tratamiento siquiátrico hasta el final; hasta como el noventa, sí hasta como el noventa. Con la vuelta a la democracia mi mamá como que floreció; por ahí, aunque trabajó duro para eso. Yo creo que ahí ya dejó de estar... pero consecuencias quedaron de... esta es una cuestión bien íntima,

pero yo creo que hay que decirlas porque a futuro, por ejemplo, que tú le prohibieras que no pudiese ir a orinar a algún lado; o sea, era torturarla. Si tú le pedías un examen de orina, que la obligaran a... no podía, no podía, no podía; tenía que llevarlo. Cosas simples, como por años, si se paraba un auto en la puerta de la casa, y esa angustia de que algo te va a pasar.

Bueno, estábamos el 80, el día primero de noviembre. Estábamos viviendo en Molina, yo estaba separada, tenía una hija, la Pupy, y estábamos viviendo ahí. Yo estudiaba en Curicó, en la Católica, y viajé a Santiago ese fin de semana. Estaba Arturo, mi hermano, mi hija, mis dos hermanos estaban con ella; llegan los de la CNI y se la llevan detenida; otra vez, por tercera vez. Esa vez sí que hablamos en la Cooperativa, salió en la Cooperativa, en la Vicaría, en lo que podíamos hacer ruido. Preguntando, don Atilio Ferreti, él, porque no podía creer, que todavía, decía él, ayudó, empezó a averiguar, a averiguar, y ahí descubrimos que estaba en esa..., pero tú no podías hacer nada. La tenían en esa casa del callejón Echeverría; estuvieron ahí un mes. Dice que las golpeaban; las golpeaban y les preguntaban por una persona de Casablanca, que se suponía, Moraga creo que era el apellido. Alguien que había estado, se había quedado una noche en la casa de nosotros. Y como 3 ó 4 más que llevaron entre los detenidos, y al final alguien dijo: ¡Qué si la María Avendaño era la jefa de todo! De todo este grupo de gente. Ahí dice que no aplicaron corriente ni nada, pero mucho golpe, mucho golpe.

Estuvo un mes ahí. De repente, dice, las toman y se la llevan en un furgón, y van todos juntos, y cuando iban en Talca, paran y

bajan a dos mujeres que iban; entre ellas mi madre y otra persona. Y las dejan en Talca, las toma otro auto y las trae al Buen Pastor, a Curicó. Y de ahí las dejan libres, sin asunto, sin nada; nadie supo. Los otros se fueron relegados a Melinka. Todo el resto de las personas estuvieron relegados en Melinka. Esa fue la última vez.

– *¿Y le dieron un papel?*

No nada. Esos eran de la CNI. Cuando salió del Estadio Nacional entregaron un papel escrito a máquina, ta, ta, ta, ta..., la señora María Avendaño estuvo detenida de tal fecha a tal fecha, por el regimiento tanto, tanto, tanto, y queda en libertad tal fecha. No decía que tuvo apremios ilegítimos, nada; solamente certificar que ella estuvo detenida. Eso fue, las otras veces, bueno..., nada.

– *¿Y tenía alguna firma?*

– Sí, todo; era con timbre. Las otras, ellos nunca reconocieron que ella estuvo detenida.

– *Después que ella fue liberada, ¿tenía que continuar firmando en alguna comisaría?*

– Ellos nunca reconocieron que ella estuvo detenida. Nunca. No hay registro alguno de esas dos últimas detenciones; la de Tejas Verdes, nunca, no, nada.

– *En el trabajo, ¿le afectó que a ella la bajaran de ser una directora de colegio a una escuela?*

– De ser directora a profesora, y se jubiló como profesora y le dieron el más bajo grado; no hubo caso de... apeló muchas veces después, pero al final ya no quiso. Se cansó. Porque todos le decían que tenía todo el derecho a que se le actualizara su jubilación al

minuto del grado que ella tenía. Como todos; mucho se hizo eso, ¿no? Pero no sé, nunca resultó.

– *¿Cómo les afectó a ustedes? ¿A usted y a sus hermanos?*

– A nosotros nos cambió la vida. Mis hermanos estaban estudiando en Santiago. Yo estaba en el Liceo 1, tenía toda una familia formada, a llegar de allegados donde unos tíos, y, nos cambió la vida realmente. Después mi mamá me autorizó y yo me casé, porque era menor de edad. Porque todos los días empezamos a saber que se desaparecían compañeros, y ahí empezó todas las desapariciones; entonces, “¡María, ten cuidado!” Y mi papá también, que eso también es otra parte importante. Estaba separado de mi madre y él vivía en Vallenar, y en el 73 lo tomaron también porque él era comunista, y al final, se salvó de la Caravana de la Muerte porque estaba en El Tránsito, era director de un internado. Y lo relegaron acá, a Copihue. Y ahí estaba relegado en ese periodo; después le dieron la pena de extrañamiento y se fue a Canadá, donde murió.

A nosotros nos cambió la vida porque nosotros teníamos todos unos proyectos de vida allá, porque estábamos estudiando y todo. Acá tuvimos que sobrevivir a lo que hubo, y yo creo que mi mamá me autorizó a casarme porque ella juraba que en cualquier minuto la venían a buscar. Un hermano se lo dejó a una tía, otro hermano se lo dejó a mi otra tía, y a mí me puso todas las condiciones si: o sea, tenía que estudiar, sacar un título. Esas fueron las condiciones que me puso a mí. Y así, hasta ahora: tengo un título.

– *¿Cómo la recuerda usted en la vida cotidiana? ¿cómo hacía ella para estar en pie y seguir siendo mamá?*

– Bueno, mi mamá era una mujer muy fuerte, muy resiliente, también, te juro; todos le preguntaban lo mismo. Hubo un periodo que estuvo muy mal, muy mal, muy mal. No se acordaba; de repente era como que vivía en el 73. Mal, pero sabes tú, que cuando yo me fui, yo me fui el 81 a Santiago; cambié la universidad para terminar en Santiago, y sabes tú que cuando ella instaló la pastelería y todo me dijo: ¿Sabes María Julia? Hasta aquí, ahora, y empezó otra vez como a reorganizarse en la parte política aquí en Molina. Ella nunca la dejó, pero hubo un tiempo así muy dejada, pero empezó como a perder el miedo, el año 81, 82. Que fueron los años, de repente, más negros, el 83; y ahí empezó a... yo creo ahí ella como que hizo un click y dijo: “¡Ya está bueno!” Lo conversamos y empezó a viajar a Santiago, como yo estaba viviendo allá ya, volvió a retomar, volvió a retomar el Partido, llegó ser del Comité Central del Partido Socialista. Volvió... por los profesores, fue dirigente nacional del Colegio de Profesores. Empezó a retomar, a retomar, pero así ya, con el mismo trabajo político y haciendo cosas. No a encerrarse, porque aquí en Molina estaba como metida; no, aquí yo creo que como que se vino a curar. A lamer las heridas, le decíamos siempre. Pero mi mamá tenía una capacidad de tirar todo pa’trás y seguir adelante. ¡Impresionante! ¡Impresionante! Y política; siempre fue tan política, muy política, y tenía muy buenas amistades; entonces, hizo todo como un círculo y yo creo que eso ayudó mucho. Al final, mi mamá era una persona feliz; una persona feliz con todo lo que le pasó, con todo.



Archivo, Yoao Muñoz H.

- *¿Podría hablar un poco más de la experiencia en Tejas Verdes?*
- En Tejas Verdes tenían un horario; las iban a buscar en la mañana y las empezaban a poner en contra: Oye poh, no sabes

lo que me dijo la... la otra vieja que está contigo, la Edith. Esa ya cantó todo, que ustedes hacían ta, ta, ta. Volvían, vamos a ver si te sacamos la verdad. Había una parrilla que era un catre viejo, donde le aplicaban, eso era todos los días. Solamente tuvieron un día que, parece que había una celebración, porque había gente que estaba muchos meses ahí, y los soldados, dice que se portaron demasiado bien con ella, sobre todo los conscriptos jóvenes; dice que les corrían las lágrimas a algunos cuando las traían a la celda de vuelta. En la celda tenían solo una, una manta de esas plomas, porque esa es una cosa del ejército. Tenían una manta y el tarro que era para orinar. Y no salían en todo el día; solo una vez que las sacaron a dar una vuelta... y cuando las llevaban a las torturas iban amarradas, con las vendas.

El doctor Watts, el doctor Kilowatt era como... “lo vamos a pasar bien contigo”, era todo ese trato, vieja tal por cual, groserías... y eran tipos jóvenes, dice mi mamá; de repente ella sentía que se elevaba, se elevaba, se elevaba cuando le aplicaban la corriente; después como que caía, entonces la venda se soltaba; se movía un poco y ahí los lograba ver. Eran 3, 4 jóvenes... jóvenes, dijo, con unas batas blancas.

Ese lugar fue el más sanguinario, porque ahí estaba el... el Mamo Contreras; ahí empezaba, ahí estaba. Ella dice que lo vieron una vez ahí. Ahí funcionaba él. Había mucha niña joven; se sentían los gritos en la noche.



Archivo, Dian Muñoz H.

– *Usted dice que a pesar de todo lo que sufrió, su mamá era feliz.
¿Qué más nos puede decir respecto a ella?*

– Sí, yo creo que el sistema de vida de mi mamá siempre fue así; o sea, el dejar atrás. Nosotros como familia nos cambiamos

30 veces de... porque ella se adecuaba a las situaciones que tenía; separada con 3 cabros chicos, en Santiago, una niña enferma porque yo soy asmática crónica. Que tenía que ir a ver con exámenes, ella trabajando, con 2 niños chicos, ¿qué hacía? Uno pa' Viña, otro pa' Molina; nos quedamos las dos. Viajar una semana para allá, otra para acá. Entonces, ella tenía esa capacidad de no apegarse a las cosas materiales y que no importaran. Ella cuando ya ordenó su vida, nos dijo: ¡Ya! Chao. Esto es para usted y esto es para acá, y nos repartimos; yo me quedo con lo puesto y mi maleta y voy a vivir aquí, allá y acá. Entonces, mi mamá era... yo creo que por eso mi mamá por eso pudo soportar todo, porque yo lo veo con las otras profesoras. Una no habló nunca más del tema y la otra se cerró, nunca existió, esto no pasó y terminó totalmente trastornada.

– *¿Qué podría decirle usted, ahora, a los jóvenes que desconocen ese cruel pasado de nuestra historia?*

– Que sigan luchando; que sigan luchando porque esa es una de las gracias de la juventud. Porque ellos son los que tienen que llevar la bandera; ellos son los que tienen que seguir, porque esto no puede quedar así. Pero que tienen que reconocer que tienen que mirar hacia atrás, que tienen que informarse, porque la falta de información es lo que nos está matando. La falta de información, el saber por qué, qué pasó, en qué fallamos y seguir con... porque hay que seguir, no podemos quedarnos aquí. No pasó, hubo una revuelta, nos mataron; cuánta gente sin ojos, masacrada y qué pasa. ¿Para qué? Igual hay que seguir; de repente cuesta porque se nos viene todo encima. Pero hay que seguir, hay que seguir. Y ojalá

estos testimonios... que esto pasó, que se puede volver a repetir; porque puede volver a repetirse, porque hacia allá vamos si no somos capaces de hacerles entender eso.

— Muchas gracias por darnos su testimonio de lo que vivió su madre.

MILITANCIA Y CUATRO ÁLAMOS

JUAN DE LA CRUZ SALAZAR SANHUEZA

MOLINA

Yo me llamo Juan de la Cruz Salazar Sanhueva, soy pensionado, tengo 77 años, el 25 de marzo los cumplí; yo nací el 46.

— *¿En el tiempo que fue el golpe militar usted qué edad tenía?*

— A ver... tenía...tenía 27 años, estaba casado, tenía 3 cabros chicos ya; me casé a los 21 años, en el año 73 fue cuando me tomaron preso parece.

— *¿Y en ese tiempo dónde trabajaba usted?*

— Yo estaba trabajando en el Fundo el Cóndor.

— *¿Participaba Ud. en la organización sindical?, ¿en algún partido político?*

— Si, en todas esas cuestiones, andábamos metidos en todo.

— *¿De qué partido político era militante usted en ese tiempo?*

– Cuando cabro pertenecía al Partido Comunista, después me cambié el Partido Socialista, con los años.

– *Usted sufrió detención, ¿cuándo, cómo y dónde lo detuvieron?*

– A mí me detuvieron en la casa, me llevaron a la comisaría, ahí en la comisaría me tuvieron como 4 días, a ver... miento; como 2 días fueron, me tuvieron sin pan y agua; ya y después ahí, en la noche me tiraron a Casablanca como a los 3 días después, al retén de Casablanca. Ahí me tiraron arriba de unos palos; había leña, los curaditos estaban al lado, había hasta un primo ahí por parte de mi mamá y no le pude hablar a él, porque estaba curado. De ahí me llevaron escondido, por ahí dieron la vuelta a Talca, allá en los milicos en Talca, en la CNI; allá me torturaron un poco, ya me habían torturado aquí ya, sí poh; los carabineros, me habían puesto la corriente todo... la mentada parrilla.

– *¿Ahí en carabineros? ¿en la comisaría de Molina?*

– Piluchito me tenían ahí los hueones, con permiso suyo.

– *¿Y qué le preguntaban, por qué lo torturaban?*

– Acaso tenía armas poh, era lo primero que preguntaban cuando lo torturaban a uno; ya sabían que yo era de izquierda, los carabineros, todos, habían algunos que también eran carabineros de izquierda, esos eran los que me dejaban pasar más después. Y de allá de Talca, ahí nos tuvieron como 3 días, sin agua, sin pan, sin ni una cosa, obligado a tomar el pichí, y eso... ni pichi tenía siquiera ya!, y había que tomárselo nomás. De ahí de Talca nos llevaron a Cuatro Álamos directo, “a Cuatro Álamos”

mos se van estos hueones”, –así dijeron– si hablan muy refuerte estos hueones oiga; y ahí en Cuatro Álamos estuve dos meses.

– *¿Le preguntaban por personas?*

– Por personas, claro, ¿qué cuántos compañeros habían?, ¿a cuántos conocía?, y casi todos caímos, de los conocidos, cayó Don C. V., cayeron otros de Casablanca, así varios compañeros, éramos como 14 en el vehículo, uno de ahí de Itahue también; habían otros compañeros, íbamos hartos, ya no me acuerdo cómo se llamaban.

– *¿Y ustedes cómo se conocían? ¿Estaban en el sindicato?*

– Nos conocíamos por el trabajo, en las reuniones que habían por ahí; casi todos los compañeros éramos conocidos, pero yo no me acuerdo de los nombres ahora ya, del que más me acuerdo es de V. y otro cabro de ahí de Casablanca, del compañero que trabaja en la radio ahora. A mí ya hasta se me olvidan los apellidos, esa vez cuando nos llevaron habían como 15 en la camioneta blanca, cerrá, ahí nos llevaban, cabíamos todos sentados, y 1 con una 1 metralla; un soldado, grande.

– *¿Se acuerda quién era de Casablanca, qué apellido tenía?*

– No, no me acuerdo, no me puedo acordar, el que tiene buena memoria es V, él se debe acordar. De ahí de Casablanca había como 3 compañeros, no sé si eran socialistas o comunistas.

– *Cuando lo detuvieron en su casa, ¿estaba su mujer, sus hijos?*

– Sí claro, estaban todos.

– *¿Cómo lo detuvieron?*

– Llegaron los carabineros no más poh, y me echaron arriba, con fuerza, con choreo altiro; en ese tiempo no perdonaban ni una poh.

– *¿En qué fecha lo detuvieron a usted?*

– El 1° de noviembre del 73, cuando estaba Pinochet.

– *¿Y a usted lo llamaban en esas listas, cuando pasaban con el perifoneo?*

– No, solamente allá en cuatro Álamos no más, acá no.

– *¿Y por qué llegó a Cuatro Álamos?*

– Pa'lla nos llevaron poh, pa' Santiago, estaba Tres Álamos y Cuatro Álamos, son unas salas que hay, grandes, yo creo que éramos más de 200 niños ahí, tremendas salas que habían ahí.

– *¿Y ahí era un centro de tortura?*

– Sí, era un centro de tortura, estos desgraciados con permiso suyo, había un viejito que tenía más edad que yo ahora, tendría unos 80 años, lo tenían colgado estos perros oiga, estaba todo pelao aquí..., –qué iba a hacer un veterano oiga, si no se podía ni las patas el pobre viejo–, todo esto, pelao aquí, donde lo tenían colgado.

– *¿Recuerda alguna tortura en Cuatro Álamos, que le hicieron a usted?*

– Sí, poh; me aplicaron la corriente de nuevo, otra vez, en el papel que llevaba, que iban maquineados algunos; eso es lo que yo escuchaba, conversaban entre ellos. Me pusieron aquí entre Molina y Talca, siete vendas, pa puro lesear no mas poh; siete vendas, ¿qué iba a ver?, pero yo por aquí, con la del bandío, pa' poder ver adonde estábamos; y me dio un ataque de asma así es que ahí caché, vino un cabro del regimiento a ponerme una inyección, y yo caché, con las manos y me metí los dedos aquí y

hacía así, ve?, así, y mientras me ponían un inyección a la vena parece, ahí yo cacho que era un militar y estaban los hueones de la CNI ahí.

– *¿Y cuánto tiempo estuvo ahí en cuatro Álamos?*

– Dos meses, como dos días después del Año Nuevo me largaron, lo largan así no más, sin rumbo; menos mal que tenía una señora conocida, no me acordaba mucho, empecé a caminar, para la población Eduardo Frei parece que era, ahí estaba la señora; se murió esa señora ya hacen años, era viejita; no era familia mía, pero era familiar de unos tíos, así que busqué, busqué hasta que la encontré poh. Como mediodía, caminando de allá de Cuatro Álamos hasta la población, le pregunté a los mismos carabineros –adónde quedaba la población Eduardo Frei– “de aquí pa’ allá me dijo, ladrones tales por cuales”, un paco joven, me acuerdo, la repuestita que me dio poh. De ahí caminé como una cuadra y media más, hasta que encontré la calle, menos mal que la tenía anotá, en la sesera no máh. Así que llegué donde la señora, me puso una tortilla así tan grande y me la comí toda. Y ahí pasé donde un caballero y le conté poh, tenía un almacencito, pasé a comprar un pan, no tenía plata pa’ venirme, y me fui de a pie, pa’l pueblo abajo, allá en San Fernando hasta ahí me llegó la plata nomás, porque lo que andaba trayendo era poquito; y veo la Panamericana a ver si me llevaba algo, había un caballero y me puse a conversar con él poh, me pasó plata, en ese tiempo no sé serían unos 2000 pesos, y no era de izquierda, dijo. De ahí me vine en bus, y ahí me dejó en Lontué, ahí me vine de a pie pa’ acá, llegué como a las cuatro, había que caminar hartito no más poh.

– *Por todo lo que no lo habían hecho caminar allá.*

– No allá lo trataban muy bien a uno, (*se ríe*) “¿adónde tenís las metralletas escondías?” Sí, Conchas de su madre les dije, tengo puras metralletas de palo, las hago en el torno de madera hueones, son de nogal le dije, no sé qué huevá les dije, las balas son de nogal, duran más, les dije. No les tenía na’ miedo a los hueones, no, y yo les dije: ¡Mátenme chuchas de su madre, qué webean tanto! Sí, los levanté a chuchás, ahí fue cuando me aturdieron a combo los hueones; todavía me acuerdo, creían que iba a tenerles miedo yo.

Cuando nos interrogaban, hacían una redondela de 15 a 20 compañeros, todos agarrados de las manos ahí, no faltaba el que hablaba, así estaban algunos, tiritando. Me cachaban los hueones, les decía que estuvieran tranquilos, estaban tiritando creían que les iban a correr balas. Habían unos de Itahue también, no me acuerdo del apellido, que me voy a acordarme con los años, cáchese del 73, ¿cuántos años llevamos ya?

– *Van a ser 50, este año.*

– Calcule.

– *¿Y su familia sabía dónde usted estaba?*

– No, no sabían nada; ¡Qué iban a saber! Nadie de la familia sabía nada.

– *O sea, ¿en todo ese tiempo no tuvo derecho a visita?*

– No, y después había un paco negro grande aquí en Molina, me tenía mala porque yo era de izquierda, y tenía un hermano que era compañero socialista ¿cómo se llama este caballero?, que es el suegro del Carlos, el que tenía cantina en la esquina; con ese

compañero salía, y me preguntaba por los compañeros, y qué iba yo a dar nombres, nica, así que ahí quedaron con la bala metida, ahí nomás los hueones, cómo iba a estar echando al agua a los compañeros.

— *¿Y qué sentía usted cuando estaba preso?*

— Nada poh, lo tenían todo el día botado ahí a uno, en el suelo, no lo dejaban pararse, ni sentarse, nada; todos esos días sin dormir, que iba a dormir uno, cabezazos no más, listo. Si no faltaba, cualquiera que pasaba le daba una patada en el trasero a uno, decían: “y esta porquería que está haciendo aquí”, estos tales por cuales decían, eran muy re’ chuchas, oiga.

— *¿Y después cuando usted salió de ahí, de Cuatro Álamos, lo volvieron a tomar detenido?*

— No, después no, cuando me pillaban por ahí tarde en la noche, cuando salíamos después de la hora de trabajo, a pegarnos sus pencazos. A veces sano y bueno lo llevaban a uno, es que nos conocían. Lo llevaban preso a uno pa’ tenerlo allá no má poh, hasta el otro día, y había que pagarles la multa más encima, yo no tenía ni pa’ multa, me tenían de arriendo; una vez les fui a echar la choriá.

Después, cuando vino don Patricio Aylwin, yo fui guardaespaldas de don Patricio Aylwin; ahí los carabineros después ya no me querían llevar preso. Uno me quería llevar pero dijeron: no, no hay que llevarlo, que me dejara no má, porque había estado ahí, de guardaespaldas, así que me dejaron no má y ahí no me lesiaron tanto, no me llevaron preso, porque me vieron ahí poh.

– *¿Después que usted salió de la cárcel, de Cuatro Álamos, le costó encontrar trabajo?*

– No, porque yo tenía trabajo en la casa, en mueblería, o sea después, no, después puse la mueblería, después, a ver, parece que ya tenía la mueblería, un taller de mueblería allá, en la otra población, en la Antena; ahí estuvimos varios años en la Antena, hacía carrocerías, puertas, ventanas, de todo un poco. Ahí me salvaba la campana, más que yo era complicado de los bronquios, me afligía mucho.

– *¿Mientras estuvo preso, cómo sobrevivía su familia?*

– Ahí poh, quedaron algunos trabajos hechos y los vecinos le ayudaban a la vieja por ahí, compañeros que eran casi todos compañeros de la Antena. Cuando hacíamos reunión allá en el Partido, conseguíamos casas por ahí, y así empezamos a juntar gente, se llenó casi toda la población esa, después nos echaron pa' fuera.

– *¿Y cuál era el sueño ahí cuando hacían las reuniones, ¿qué es lo que quería la gente?*

– La gente lo que quería era construcción, casa; eso es lo que quería la gente no má, no había otras cosas.

– *¿Pero tenían esperanza en el Gobierno de Allende?*

– ¡Claro poh! ¡Lógico poh! Si Allende era de izquierda.

– *¿Costaba organizar a la gente en ese tiempo o no?*

– No mucho oiga, hacíamos reuniones, nos prestaban ahí en el centro, había una casa que usaban 2 partidos. Del Partido Comunista parece que nos prestaban una casa, parece que después echaron abajo esa casa, ahí los reuníamos, varias señoras, viejitas,

que llegaron unos sin ni una cosa, yo era el que tenía una mediagua, y empezaron a llegar: una señora de Tres Puentes, una compañera con la hija, la viejita vino a morir no má ahí a la población, pero le alcanzaron a llegar las casas a los poquitos días después. Nosotros teníamos los papeles arreglados ya, anduvimos en Talca, en Santiago. Y de Talca nos empezaron a llegar las casas y yo era el único que estaba ahí, tenía que recibir todas las cuestiones; así que por ahí me daba vuelta pa' los cabros chicos. Empezaron a llegar las mediaguas, tienen que haber sido unas 30. Eran forradas con lana de vidrio y buenas las tablas y a mi vieja le dio la maña, dijo: "¡Y pa' qué hacen esta cuestión tan chica!".

Yo tuve que escalarlas todas, y son pesados los tablones, porque eran dobles, forrás por dentro y por fuera, y arriba igual que esta también, de tres palos y forrado con lana de vidrio también, venían todas preparadas, había que armarlas no má, con una cuestión así, de cemento, no me acuerdo como se llamaban. Con el compañero López también, que murió ya, la niña, su hija es del Partido Socialista ahora, la Leticia.

— *¿Cómo inventaron esta cuestión de las armas, si ustedes las reuniones que hacían, eran para conseguir las casas?*

Ellos inventaron, le sacaban la cresta a uno, pa' saber si tenía armamento escondido, adónde lo tenía, todo eso.

— *¿Cuándo salió de la cárcel tenía algún cargo?*

— No, nos hicieron firmar un papel, que no nos habían torturado, que no nos habían hecho nada y se lo dejaron allá ellos. Así escribí, (*gesto de tiritar*), sin comer y con los nervios, estábamos

así, cuando nos largaron, sí poh. Yo salí solo, traté de orientarme, donde estaba, en Cuatro Álamos, ve que llegamos vendados ahí, y los hueones de arriba, en la escalera mirando, que iba a hacer uno, pensar adonde tenía que mirar no má, buscando por donde salir bien, había una población pa' arriba; Cuatro Álamos parece que se llamaba.

— *¿Usted cree que ha tenido alguna consecuencia física producto de las torturas que sufrió?*

— No, los huesos no más, porque el asma no, porque el asma la he tenido de cabro chico; estuve en tratamiento como dos meses, pero eran 3 meses lo que había que hacerse para sanar bien, ahí me jodí más de los huesos yo.

— *¿Y consecuencias psicológicas?*

— ¡Ah!, sí quedan poh.

— *¿En qué se le manifiesta eso?*

— Más en el sistema nervioso, pero como yo soy medio duro de cabeza, como que no me importan mucho las cuestiones, me metía más en el trabajo, y como después no me faltó la peguita, sí poh,... si yo trabajé en mueblería, ahora que me acuerdo.

— *¿Usted se sintió medio solo en ese tiempo? ¿lo abandonó su familia? ¿sus vecinos?*

— No, no. Mi familia estaba conmigo; y la otra familia estaba de Romeral pa' arriba.

— *¿Y sus hijos, que edad tenían en ese tiempo?*

— Estaban chicos todavía poh; la Ema era la mayor, tendría 5 años, Germán tenía como unos 3 años parece.

Me llevaron por segunda vez detenido, como 20 días, no me acuerdo sí poh. No me acuerdo de la fecha, pero no me llevaron para Cuatro Álamos, me tuvieron aquí en Molina los hueones, encerrado; me acuerdo de la primera vez que me llevaron el 73, el primero de noviembre, pero de la otra no me acuerdo la fecha, eso fue porque me tenían mala los pacos no má, porque yo era de izquierda, sin nada, sin acusación.

Si les gustaba lesear, si sabían los hueones, con permiso suyo, llegaba uno y después me cambiaban pa' otra pieza, porque habían dos cuestiones, dos piezas, así como ésta eran. Si me tuvieron acá abajo también, en la cárcel, más de 10 días, con los que estuve allá fueron 18 o 20 días; les costó sacarme a la cárcel, no sé por qué, también me tuvieron sin comida ni agua, como dos días los hueones. Y me dio el ataque de asma de nuevo, y me llevaron pa' abajo engrillado, mire poh; si habían unos pacos, con permiso suyo, muy re maricones, un paquito que mató a un cabro de ahí, de Itahue, le puso un cachazo parece, no sé cómo fue, cuando me llevaron a mí, ahí lo echaron arriba, y yo trataba de hablarlo, pensando que iba vivo, pero el cabro iba muerto.

Sí poh, me llevaron pa' Itahue, pa' alla me llevaron los hueones, en la noche, y de allá me trajeron al otro día, en la tarde parece, pa acá, pa' Molina, pa' la cárcel de acá; no, si hueviaban con uno oiga, le emborrachan la perdíz pa' que uno no supiera dónde estaba.

El que se debe acordar mejor de las torturas, es don C.V., él tiene buena memoria, él no toma muchos remedios como tomo yo; yo tomé muchos remedios, de cabro pa'l asma, pa' los huesos.

Es que de chico trabajé en el campo y si la mueblería no estaba muy buena, también salía al campo, y se ganaba poco en el campo también, habían tratos a lo lejos.

– *¿En su familia, cómo siguió la vida después?*

Bien, normal no má poh, los niños a la escuela y yo seguí bajando en la casa y a lo lejos, en Quechereguas, en las vendimias, acostumbrado de cabro chico, así es que no se me daba nada.

– *Don Juan, ¿qué le diría a la juventud actual, que está muy alejada de organizarse, de participar?*

– Que se organicen, le diría a los jóvenes; se preocupan más de la marihuana que del trabajo, de los derechos del ser humano, de los derechos del trabajador. Es que ahora trabajan un rato en una parte, son pocos los que tienen pega, y más que ha llegado tanta gente de afuera, prefieren tomarlos a ellos, porque les pagan menos y los aporrean igual, es mucha la frescura de los patrones; no hay respeto, porque ¿quién demanda ahora a los patrones? Yo demandé como a 3 viejos, a la Reforma Agraria también la demandé, en esos años me cortaron, yo estaba en Romeral y le hice la demanda, en ese tiempo me pagaron un palo, y ahí fue que me vine pa' Molina.

– *¿Por qué demandó usted a la Reforma Agraria?*

– Porque me cortaron, y no me pagaron el mes por año; en ese año aproveché bien la plata, me sirvió para comprar herramientas pa' la mueblería. Se ocupan varias porquerías de herramientas; tuve varias herramientas, pero después las vendí todas, otras se la he regalado a los nietos; pa' qué las tengo, si ya no soy capaz de trabajar. El otro día quería arreglar esa mesita que está ahí afuera,

y no tenía ni el taladro, se lo pasé al hijo; lo tengo ocupado allá, me dijo, el otro lo tenía malo, y ahí quedó; guardé los palos pa'allá pa'dentro, y ahí quedó la mesa.

– *Don Juan le agradecemos mucho su relato, y aunque usted dice que tiene la memoria mala es importante conversar con usted antes que se olvide del todo, muchas gracias.*

– Muchas gracias a ustedes; les agradezco la paciencia que han tenido.

MIS MEJORES TIEMPOS: MIS TIEMPOS DE LUCHA

CÉSAR DÍAZ ARRIAGADA

LA MARAVILLA, MOLINA

Mi nombre es César Díaz Arriagada, 64 años, labores agrícolas.

– *¿Qué edad tenía usted para el golpe militar?*

– 17 años. Estaba saliendo de cuarto.

– *¿Siempre ha vivido en este sector?*

– Nunca me he movido de por acá. De esta casa.

– *Y en el contexto del golpe militar, ¿recuerda el impacto que tuvo para su familia?*

– Claro. Yo tenía un hermano mayor que yo. Él era dirigente sindical. Entonces, la preocupación que había era sobre él y no de mí porque yo todavía, nada, no estaba organizado. Fue fuerte porque mi hermano no cayó al tiro; fue fuerte porque pasaba escondido.

– *¿A él lo tomaron detenido también?*

– Claro. Pero con los años, después; no al tiro. Pasaba todo el tiempo escondido por ahí, de un lugar a otro. Bueno, después cayó. Estuvo 11 días en el regimiento de Curicó. No le siguieron un proceso a él porque más bien lo buscaban porque era dirigente del sindicato la Marcha, en Molina.

– *Y en el caso suyo, ¿cómo se dio la detención? ¿Participaba en alguna organización campesina o en alguna organización política?*

– No. Se forma un grupo de resistencia en la zona, y en el cual yo fui miembro.

– *¿En qué año ocurría eso, más o menos?*

– No recuerdo bien, pero debe haber sido como el 78, y era que en realidad tenía como proyecto, en la zona, de hacer resistencia a la dictadura en ese tiempo. Pero en realidad seguíamos siendo niños; demasiado cabros. Y eso...

– *¿Y usted participó activamente en ese grupo?*

– Claro. Participábamos, en realidad era bien activo; yo participaba menos que los demás en todo caso, porque ellos eran, estaban más ligados a la Iglesia católica y yo nunca participé tanto en la Iglesia católica, entonces era como un poco distante. Yo participaba algunas veces, pero sí estaba organizado.

– *¿Era un grupo mayor? ¿Jóvenes mayores que usted?*

– No. Había uno mayor, parece; los demás eran menores que yo. Eran como de los grupos juveniles cristianos, cosas así, como que no me gustaba tanto el tema ese...

– *¿Y cuándo ocurrió la detención suya?*

– Mis compañeros, con los que participábamos, me avisan que el día primero de mayo de 1980, que están cayendo, que los aparatos represivos de esa época los habían detenido. Yo... eh, me avisaron el día primero de mayo del 80 y yo caí el día 4 de mayo del 80.

– *¿Lo detuvieron acá?*

– No. En Casablanca, sector Casablanca, Favorita. Ahí fui detenido, claro, un día domingo recuerdo, tipo 10 de la noche. Lloviendo fuerte.

– *¿Y de ahí, dónde lo llevaron?*

– En realidad, después que pasa todo eso de la tortura y todo ese cuento, te sacan la venda y ya conversai en la cárcel, habían rumores entre nosotros... No sé poh, Talca, Parral. Entonces, en realidad yo nunca supe, yo por lo menos, dónde estuve, porque todo el tiempo vendado. En realidad, nunca supe, pero por lo que se demoró el vehículo de mi casa, puede ser Talca.

– *¿Qué tipo de apremios sufrió en esa detención? ¿tortura, vejaciones? ¿qué le hicieron en esa detención?*

– Por lo primero que me pegaron, me preguntaron qué equipo me gustaba. La U, el chuncho. Y por esa huevá me pegaron. Me acuerdo que me pegaron no má; ahí no hubo corriente, no hubo ninguna huevá. De ahí fui trasladado a un calabozo, y ahí recién me entero que mis compañeros estaban ahí. Tampoco me trasladaron así en forma muy amistosa, ni suave, sino que te empujan, te tiran pa'dentro no má y como iba vendado, oí compañeros sin saber quiénes eran. Y al rato después, cuando

uno como que cree que está solo, empezamos todos a hablar, y ahí empezamos a comunicarnos, pero en voz baja.

– *¿La detención fue por Carabineros?*

– PDI. Central Nacional, Aparato represivo.

– *Esa fue la primera detención. ¿Y cuánto tiempo estuvo ahí?*

– Bueno, ahí después fuimos trasladados a la cárcel de Curicó.

De la cárcel de Curicó a Talca, pero ahí ya no con vendas, porque veíamos; pero antes que llegáramos a la cárcel pasamos por varios periodos de interrogatorios, hasta que yo fui declarado reo y...

– *¿Y cómo eran los interrogatorios? ¿Qué tipo de interrogatorio hacían?*

– Hay dos o tres tipos de interrogatorios; está el psicológico, el del bueno, y el físico; por ejemplo, electricidad en los testículos, en la dentadura, te mostré el otro día, en la rodilla. Me acuerdo que me dijeron: “Aquí a los hueones que tocan guitarra les cortamos los dedos”. Ya lo habían hecho con Víctor Jara. “Y a los que son buenos pa’ jugar les cortamos las piernas”. Tengo marcas aquí (*muestra la rodilla*); no supe qué me aplicaron ahí. Después, cuando estaba en la cárcel me vi, y sentía un escozor, pero nunca supe si era algún líquido, nunca supe en realidad, pero algo me hicieron. Lo mismo que tengo acá lo tengo acá (*muestra ambas rodillas*). Fuerte, fuerte, aunque en comparación a gente que estuvieron en otros lados, nosotros tuvimos suerte que nos respaldó la Iglesia de Talca, por intermedio del obispo; por eso que a lo mejor no fue tan fuerte. Tuvimos la suerte de la Iglesia de Talca, nos acoge con un recurso de amparo y fuimos un poco protegidos, pero igual

la huevía fuerte, fuerte. Hay muchos compadres que aquí no se atreven a decir nada, no cuentan nada.

– *Y después de ese periodo, ¿salió libre?*

– Claro. Me acuerdo que fuimos condenados a 11 años, a 11 años por el fiscal militar Carlos Hevia, de Curicó.



La Tercera, 11 de agosto, 1980. Archivo, César Díaz Arriagada.

– *¿Y cuál fue la razón, la causa?*

– Bueno, se nos acusaba, según ellos, por tres delitos: Seguridad Interior del Estado, asociación ilícita y por participar en grupos paramilitares. Pero no había nada comprobado. Fuimos condenados todos a 11 años, todos a la misma pena; dos niñas que había también. Con fecha 12 de agosto del 83, 1983, tipo 9 ó 10 de la noche nos dan la libertad; según... por falta de mérito.

– *¿Y estaban en Talca o Curicó?*

– En Curicó. En Talca estuvimos 21 días. Fue corto el periodo el Talca.

– *¿Y después de ese periodo usted estuvo 1 año, 2 años?*

– Claro, ahí, bueno, después viene un proceso de que nacen otras organizaciones de resistencia; nacen otras organizaciones y en la cual también fui invitado; era mucho, una necesidad de seguir luchando. No recuerdo bien la fecha sí, pero estuve hartos años; ya no con los mismos compañeros en todo caso. También estaban... igual ellos siguieron luchando hasta que ya como que estábamos en retirada, en 1989 me parece. Me acuerdo que en Chile había habido plebiscito y había ganado el NO. Ya como que estaba calmándose la cosa. Y volvimos ya 89, 90, pero años después de haber salido de la primera condena; pero siempre por las mismas causas, o sea, siempre luchando, no, sin desviar el norte. Ahí estuve 3 años más, 3 años más y fui procesado por el fiscal Martín Guerra, comandante del regimiento de Talca. Martín Guerra, famoso, está en el libro *Los zarpazos del puma*, y anduvo en la caravana de la muerte. Brazo derecho de Arellano Stark; por él fui procesado, y llevaba como 2 años en proceso y se volvió incompetente. Nombran un fiscal militar de la Corte Militar de Concepción, porque allá está la Tercera División de Ejército, y nombran a Julián Urrejola, secretario de Torres Silva. Llegó ese compadre, me investigó un poco y me dio la libertad. Igual estuve 3 años, 3 años.

– *¿En esos 3 años, con torturas, apremios, castigos?*

– Menos que...

– *¿Pero antes de la cárcel?*

– En realidad, en la cárcel nada. Gendarmería no tiene problemas con nosotros. Cuando caigo por segunda vez, estaba como aparato represivo del Estado el GOPE. Fui detenido por el GOPE. En realidad, menos física la tortura, pero harta psicología. Por ejemplo, detuvieron a mi señora y le colocaron vigilancia permanente a mi hija; mi hija estaba en cuarto año básico, entonces, igual es tortura la huevía. Igual es tortura. Entonces, estaban un poco más caballeros; no te hueviaban tanto. Podías conversar más con ellos. No era como tan fuerte. Igual estábamos en dictadura la segunda vez. Pero estaban más...

– *Mientras estuvo detenido, ¿qué sentimientos tenía con respecto a lo que estaba viviendo?, ¿cómo se sentía?*

– Me acuerdo, pero no me acuerdo si fue la primera vez que estuve, me acuerdo que tenía un compañero de celda, un compañero de lucha, y se rumoreaba que en Chile iba a haber Golpe de Estado de nuevo, y sabís que yo estaba contento. O sea, te lo puedo explicar, por qué estaba contento; fue la segunda vez, parece. Porque yo consideraba, como que el pueblo se había conformado con muy poco, algo así; no haber sacado a Pinochet... la huevía estaba... entonces, mi compañero llega a la celda, así como medio triste y le pregunté. No, dijo. Se está rumoreando... creo que desocuparon el hospital de Valparaíso, por algo lo están desocupando, hueón. Y qué te preocupai poh hueón, le dije yo. La idea sería esa como para que la gente...

Yo pensaba eso, no sé por qué. Ahora, sí poh, hay hartos sentimientos encontrados en todo caso. De repente, te enterai de que tuviste

un compañero, por ejemplo, no sé poh, que tus compañeros están atornillando al revés. Más eso. Pero lo demás, de arrepentido, no.

– *¿Y respecto a la familia?*

– Fuerte. Nunca me preocupé. Tenía una familia un siete. Mi papá y mi mamá, gente de campo, solidaria más que la cresta. Entonces nunca me preocupé de ese tema, que a mi hija, o a mi señora le faltara algo porque yo sabía, cuando eso es lo más que le preocupa a uno. Ahora, hay otros que se preocupan de su familia, pero otras cosas, de algo más íntimo; también es fuerte ese tema. No, yo no mucho detalle.

– *Y después de salir, al vivir en forma más normal, ¿recuerda algún daño psicológico que le provocó todo eso?*

– No, nunca. No sé por qué nunca tuve ese problema. Yo tuve miedo, pero a otra cosa. Yo me acuerdo que yo tenía unos compañeros que estuvieron en Puchuncaví, en Ritoque, eran de ahí de Molina. Una vez me vi con ellos; con uno de ellos. Había salido recién él. Yo todavía no pasaba por prisión y cuando él recién salió estuvimos conversando y me dijo que lo único malo de caer en prisión por la causa nuestra, era que uno salía bueno pa' tomar. Yo le tuve miedo a eso.

Me acuerdo que el otro día conversábamos el tema del huaso Bravo. Un siete también el compadre. También me dijo lo mismo: “Uno sale bueno pa' tomar”, pero yo creo que es más cosa de uno, porque yo no salí bueno pa' tomar. Yo seguí siendo normal no más. Pero temor sí, yo conocí a mi hermano; mi hermano sentía un vehículo y salía arrancando, y eso que él no pasó por lo que pasé

yo. Estuvo en el regimiento de Curicó, 11 días torturado, cuando llegó a la casa, en la casa sí que pasaron cosas. Mi hermano veía un vehículo raro y se escondía altiro. Yo afortunadamente no tuve ese problema. A mí me vieron los sicólogos, la Cruz Roja, en prisión poco antes de salir, no, y me encontraron bien; a lo mejor no me quisieron decir. A lo mejor estoy loco, pero nunca me enfermé. Perdí sí la pega. Cuando salgo todavía están los mismos dueños.

— *¿Le provocaron algún daño?*

— Estábamos con mi compañero. Nos sentaron a los dos en una silla. Nos estaban preguntando por un viaje a Los Ángeles. Empezaron a preguntarle a él primero. Empezó a negar y como yo, éramos como de la edad, más o menos, así algo... Nosotros estábamos en la silla y nos mandan unos golpes, así por detrás. Después que nos ponen corriente a los dos, le ponen corriente a la silla. Sacan a mi compañero y ahí es donde viene lo del guitarrista que le cortan los dedos, porque yo toco guitarra. Ellos no sabían eso. Bueno, a Víctor Jara le cortaron los dedos, pero a Víctor Jara; yo no voy a compararme. Y a los que son buenos para la pelota le cortamos los dedos de las patas. Me dio miedo. En realidad, enseguida me dio miedo. Yo sentí algo raro, pero no supe qué era. Ya después me pude ver cuando llego a la casa. Tenía cicatrices en las rodillas. No supe qué era, pero tenía marcas de corriente; porque la corriente yo la sentí, pero no sentí golpes.

— *Y en el tema laboral, ¿cómo le afectó?*

— No mucho. Yo trabajaba con Carlos Peralta, un empresario de Santiago. Administraba mi papá; trabajábamos casi puros de la familia. Si bien no recuerdo, al momento de ser detenido, él estaba

con vacaciones, parece, no me acuerdo. Era un fundo chiquitito, 20 hectáreas, no más.

Después de la primera detención no me costó. Todavía estaban los mismos dueños. Yo seguí viviendo en la misma parte; nunca me pidieron. Pero, sí afecta un poco porque estái en prisión; para tener tus cosas. Cuando yo salgo, la segunda vez, me costó un poco. En ese tiempo no daban pega.

— *¿Y la actitud de los vecinos, cómo fue?*

— No, nada, al contrario. Cuando llega el momento que piden testigos en el regimiento, unos vecinos fueron altiro. Gente que yo pensaba que eran enemigos, gente que me conocían de cabro chico. Las fiscalías estaban dentro de los regimientos y el fiscal, no es como fiscal civil de ahora, era comandante. Cuando salí tampoco, nada.

Nadie me marginó. Fueron bien pocos los que llegaron, en todo caso. Pero a mí no me preocupaba eso. Era complicado el tema, porque se decía que en el libro de registro de gendarmería te anotaban todo; que la persona que te iba a ver, y eso era peligroso. Entonces yo a raíz de eso, yo mismo le había mandado a decir a mis amigos que trataran de no acercarse porque los podían asociar con cualquier cosa. Pero no, nada; que alguien dijera: Aquí hay un..., nada. Pienso que eso se da más en los otros casos, cuando tu caís por otras cosas.

— *¿Qué efecto tuvo en su familia toda esta experiencia suya? ¿Cómo lo vivieron ellos?*

— ¿Cómo? ¿En qué sentido?

– *Por ejemplo, ¿usted tenía su mamá viva?*

– Sí. Los dos.

– *¿Supo de algo que les hubiese pasado a ellos producto de lo mismo?*

– No. Me pasó que cuando yo estaba en prisión, se muere mi papá; se muere mi papi. Me pareció raro porque nunca dejó de ir a verme. Me pareció raro porque de repente dejó de ir a verme. Estoy en Curicó y de repente deja de ir a verme; y pregunto por él y me empiezan a mentir. Yo me di cuenta que me estaban mintiendo; que andaba en Santiago, decían. Es cierto que él iba a Santiago, pero no mucho tiempo. Entonces, yo empecé a darme cuenta de esto; que me dijeran que estaba enfermo. Mi papá sufría de cáncer. Cuando él se agrava, ahí me dicen; cuando ya ven que no lo voy a volver a ver. Me informan. Yo presento una solicitud de permiso para que me lleven a verlo. Nunca supe de la solicitud. Claro, me autorizaron, pero nunca supe. Me autorizan, pero no me comunican. Gendarmería no me comunica. Cuando se muere mi papi, y el abogado, Juan Carlos Robles, de Talca, asesorado por Hernán Villagra y Hugo Gutiérrez, va a comunicarme la muerte de mi papá, gendarmería me llama y ahí me entero que me habían autorizado para ir a ver a mi papi. El jefe de gendarmería, el capitán Castro, me dijo: “El fiscal militar, Martín Guerra, autorizó tu salida para que te llevaran a ver a tu papá. Ese día el GOPE estaba de aniversario, y estaban todos curados, y si te llevamos, el GOPE es la escolta. Te lleva gendarmería, pero la patrulla es el GOPE. Por eso es que no te llevamos, ni te comunicamos tampoco. –Hacía poco que había pasado el caso de Antonioletti en Santiago—. Por eso, –dijo

él—, que no te llevamos ni te comunicamos tampoco”. Bueno, fue fuerte, muy fuerte.

No fui al funeral; también fue fuerte. Fuerte, porque yo no he sido adicto a los remedios. Gendarmería me quiere dar remedios y yo no quise. Bien, preocupados los chicos en todo caso, porque cada 10 minutos iban a verme cómo estaba. Fue fuerte porque yo a mi papi lo quería como todo hijo quiere al papá.

— *¿Hay algún otro aspecto que quiera agregar a esta conversación?, alguna cosa que quiera comentar sobre el momento histórico que le tocó vivir.*

— Un día estábamos aquí mismo toda la familia; una junta de puros sobrinos. Yo tengo más de 60. Y empezaron a conversar, que cuáles habían sido los mejores tiempos; la época bonita, como decía. Yo les dije que para mí, los mejores tiempos, tiempos míos, habían sido mis tiempos de lucha. Y mis sobrinos que se dieron cuenta, porque yo no sé cuánto sufrieron, no sabía esa parte, a lo mejor nunca me contaron, me quedaron mirando, ¿verdad poh, tío? Sí, poh. Pero como que reaccionaron mal, pero mi otro sobrino dijo: Está diciendo que fue más entretenida en parte que ahora. Y lo demás bien. Con mis compañeros, sigo en contacto con ellos. Nunca he tenido problemas con ellos; espero no tenerlos tampoco. Y lo otro. Yo siempre había estado preocupado de ti, Diego. Mira, cuando me inicio, yo era mucho menor que ti. Yo tuve tres o cuatro tipos de referencia de acá. Yo pensaba que tú habías estudiado periodismo, ¿te acuerdas que te dije? Porque yo me acuerdo cuando leías el diario ese, *El Progreso*. Yo te tenía a ti como referente porque

eras el que andaba ahí. Me acuerdo del Pipa, y con el Pipa nunca he sido amigo; hemos estado en la cola ahí, compadre, hemos estado en la cola, en la fila para pagarnos porque tenemos la misma pensión, pero no nos saludamos; no sé por qué, pero es de aquí. El Pepe Reyes, el Mate Amargo, me gustaba la barba que tenía. Entonces, yo cuando di mis primeros inicios era eso. Yo quiero ser como esos. Yo, cabrito.

– *Gracias por entregarnos su testimonio.*

MARIO SALAZAR SEPÚLVEDA

LONTUÉ

Mi nombre es Mario Salazar Sepúlveda, tengo 68 años, trabajo en la Municipalidad de Molina y soy Ingeniero en Ejecución en Administración, soy casado, con 5 hijos.

— *¿Cuándo fue el golpe de Estado en el año 73 que edad tenía usted?*

— Tenía 19 años, yo estaba estudiando en el Juan Terrier, que hoy es el Instituto Politécnico de Curicó, cursaba el cuarto medio y mis aspiraciones eran continuar en la universidad; el Golpe me pilló, me desmoralizó y se me quitaron todas las ganas de seguir estudiando, tenía posibilidades de quedar en la universidad, tenía el compromiso de mucha gente de apoyarme. La educación era distinta a la de hoy y por lo tanto el Golpe a mí, como que me frustró los sueños. La universidad de esos años era gratuita.

— *¿Pertenece a algún partido político o a alguna organización social en el año 73?*

– Yo me inicié en la vida política, creo que, a los 14 años, tuve amigos que eran del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionario), pero nunca participé en el MIR, solamente eran amigos. Eran gente de la universidad, que hicieron contacto a través de mi hermana y mi mamá, yo los conocí ahí. De ahí comencé a interesarme de la política, frente a la injusticia también que yo había sufrido. Recibí una invitación para ingresar a las Juventudes del Partido Socialista, yo decidí participar, pero formar mi propio seccional del Partido Socialista en Lontué, ahí hice un trabajo en mi juventud como organizador de esa seccional, que no podía ser seccional porque la comuna era una sola, pero era un núcleo del Partido Socialista, y trabajé con jóvenes de Sagrada Familia y jóvenes de Lontué, eso fue en el tiempo de la Unidad Popular.

– *¿Lo detuvieron a usted en el golpe de Estado?*

– En el golpe militar no, no me detuvieron, porque yo no era un político de renombre, ni figura comunal o provincial, no, era un joven de la Juventud Socialista.

– *¿Cuándo lo detuvieron?*

– Me detuvieron después del Golpe, en el año 75, a raíz de rayados que aparecieron, donde llamábamos a parar con los asesinatos del dictador, y en los cuales yo participé en muchos de esos rayados; lo único que nosotros teníamos en ese tiempo para expresar nuestro descontento, con lo que estaba viviendo Chile era: una brocha, era la pintura, y de eso sí participé. A raíz de eso caí, fui detenido, pero no se comprobó mi participación, por lo tanto, estuve alrededor de una semana en el Regimiento de Talca,

bajo torturas, bastantes torturas, junto a otras personas que sí pertenecían al Partido Socialista, como Luis Aros, y una persona de apellido Montecino, no recuerdo el nombre en este momento, que era del Partido Comunista de Lontué, ahí sufrí torturas de electricidad, golpes.

Pero como no se me comprobó nada, quedé libre, pero firmando una vez a la semana, después una vez al mes y así pasó ese periodo.

— *¿Cuándo y por qué le aplicaban tortura?*

— Básicamente las torturas eran porque, si yo conocía personas, tenía que mencionar gente que estaba metida en organizaciones políticas, en clandestinidad, me daban nombres que yo no conocía; ellos buscaban eso; yo no estaba organizado ni militarmente, ni nada, pues solamente un rayado que hice y las torturas eran por eso, para que confesara algo, que si yo conocía a gente, pero en mi vida, nunca he delatado a nadie y menos a gente que se la jugaba, aunque yo hubiera sabido de alguien no lo hubiera dicho. Porque había un sentido de maldad, porque después del Golpe, nos dio un remezón yo creo que a muchos chilenos; ahí pasó a tomar importancia la lealtad, creo que el valor más importante en ese tiempo era la lealtad, con quién conversaba las cosas que a uno le preocupaban.

Quiero recordar que en ese tiempo, con el Gobierno de la Unidad Popular se crearon los Centros de Reforma Agraria, dónde se les dijo a los campesinos: “ustedes deben administrar el predio, el asentamiento”, y con el golpe militar eso se terminó, y pasaron a ser las parcelas, donde a los campesinos les dijeron: “aquí tienen

la tierra, trabájenla”, pero no les dieron, ni los insumos, ni los créditos, ni nada, es como si uno le dice a una guagua, “camina” y nunca la toma de la mano.

Eso provocó que los campesinos fueran vendiendo sus parcelas y sus sitios que les asignaron para la vivienda, y los antiguos patrones empezaron a comprar esos terrenos por un televisor, una garrafa de vino, y volvió una cesantía enorme. Como veía la cesantía, veía el problema, ahí me integré a trabajar con la juventud en la Iglesia católica; conversaciones que tuve con el obispo don Carlos González, iniciamos un Movimiento Juvenil acá en Lontué, que abarcaba: Molina, Lontué y Sagrada Familia; donde yo fui asesor, junto a unos sacerdotes italianos, holandeses y monjas también de Francia, de la congregación Sagrada Familia. Empezamos a organizar a los jóvenes, entonces como cristianos nos preguntábamos: la injusticia, ¿cómo la enfrentamos?, el obispo nos decía: “a través del amor”, pero uno como joven decía: ¿pero, cómo con amor?, –la gente tiene que reaccionar– y empezamos a involucrarnos como jóvenes en un trabajo ya de conciencia; nosotros tenemos que parar esto, no podemos continuar en dictadura. Donde la gente se delataba en la micro, si alguien te escuchaba dando una opinión contraria, al bajar lo estaban esperando, porque un soplón lo había denunciado; entonces eso era horrible, no tener confianza en las personas. Por eso me fui metiendo y entramos a esta organización religiosa, logramos movilizar a más de 200 jóvenes en la comuna.

Cuando el obispo Carlos González fue a un viaje que hizo al Paraguay, lo cuestionaron porque la Iglesia católica comenzó a

asumir una defensa por los derechos humanos; ahí en Paraguay le hicieron problemas, hizo una declaración, y cuando llegó a Santiago le hicieron una protesta al obispo, por lo que había dicho. Nosotros hicimos una marcha acá, en Santa Rosa y venía el obispo Carlos González, marchamos más de 200 jóvenes, apoyándolo. Con un ideal de cristiano, con un Cristo que uno lo veía en los pobres, en los perseguidos, en los torturados, ahí estaba Cristo. Con mucha fuerza y convicción nosotros hicimos un trabajo muy fuerte, logramos, a través de los grupos juveniles, realizar el primer festival que se llamaba *Cristo un Mensaje*, y participaron en ese festival, Tatiana Graviola, recuerdo que vino Jorge Yáñez a cantar, y nos llamaba la atención porque tenía los zapatos rotos, estuvo un hermano del Gitano Rodríguez el cantautor, y así muchas personas que participaron de este festival *Cristo un mensaje*, y donde nosotros también hacíamos una exposición del trabajo que hacían los presos políticos. Estábamos comprometidos, estábamos convencidos de lo que estábamos haciendo era bueno para Chile y para las personas. A raíz de eso, de ese trabajo, ya me empecé a hacer más conocido. Una vez don Carlos González me dijo: “mi preocupación es que, si te van a detener, cómo te defendemos”, entonces le dije: mire, Cristo dice que uno tiene que seguir avanzando y si tiene que venir represión, estamos dispuestos a enfrentarla; y bueno, así ocurrió.

– ¿Cuándo lo detuvieron?

– El 2 de mayo de 1980, en mi casa, yo estaba con un sacerdote holandés, Teodoro Klomberg, que escribió un libro sobre nosotros, y lo que hacíamos nosotros era entregar información de lo que es-

taba pasando en Chile, mensajes de apoyo pidiendo el término de la dictadura; hacíamos también conciencia en la gente, que había que despertar, que había un trabajo de hormiga que hacer, porque no había televisión, no habían redes sociales, entonces era un de boca a boca de que había que parar con esta dictadura.

Eso significó la detención, por la CNI, de alrededor de 11 compañeros que trabajábamos aquí, que hacíamos el trabajo desde Lontué a Molina. Sí, entre ellos jóvenes campesinos. Yo ya en esa oportunidad había empezado a trabajar como obrero en la industria Aceite y Alcoholes Patria. Trabajaba ahí, y desde ahí organizaba estos grupos de resistencia, que no era un grupo militar, sino que de resistencia a la dictadura.

Eso significó, primero la tortura, que yo recuerdo muy bien y lo relato en un libro que escribieron de la tortura. Recuerdo muy bien a un torturador, que yo estoy convencido que tiene que haber sido Álvaro Corvalán, porque en un momento él me dijo: “sácate la venda de los ojos”, y que lo mirara, entonces dije: bueno, aquí me van a matar, porque con nadie se dejan ver; porque los que nos detuvieron a nosotros todos estaban disfrazados, eran carabineros principalmente los que estaban en ese grupo, de la CNI, del Ejército, y me dijo: “sácate la venda”, me la saqué y me dijo que por qué yo hacía eso contra un gobierno que quería la libertad de Chile, por qué hacía tanto, por qué me metía en esas cosas; y me preguntó qué opinaba de ellos; yo le dije: que me metía por las razones que estaba convencido, que había que hacerlo, para terminar con la dictadura—, y me

dijo: “¿qué te parece? Aquí nosotros te podemos matar, somos dueños de dejarte libre, de matarte... nosotros somos... y las personas que tú ves aquí te torturan, ¿qué piensas de eso? y ¿qué harías tú si me ves en la calle algún día?” Le dije: ¿sabe?, no haría nada, no haría nada porque, porque ustedes son víctimas de un sistema que está torturando, a lo mejor tiene hijos y no nació para torturar, pero el sistema a usted lo convirtió en un torturador, un sistema que se instauró en Chile y hace que esto sea posible; él dijo; “sí... para torturar nosotros acá, debemos tener la botella de pisco, no lo hacemos por gusto, no queremos que el comunismo llegue”. Y después de eso me dijo: “ponte la venda”, y de ahí me ofreció que me podía dejar libre, con el compromiso de que en dos o tres meses ellos me iban a contactar y yo le empezara a dar nombres de las personas que trabajaban en la resistencia; a mí no me interesas tú, sino el que está más arriba, yo le dije que no era un soplón, que nunca iba a hacer eso y que no me lo pidiera.

Bueno al final me mandaron a la cárcel 10 días incomunicado, estuvimos 3 años y medio en la cárcel y nos hicieron un proceso, que al final de los 3 años y medio nos llamaron, nos dijeron: “saben, hemos investigado y al final les vamos a dar la condena cumplida por el tiempo que llevan”, y pa’ la casa. Pero recuerdo una oportunidad, el fiscal que nos procesaba, nos dijo: “miren, yo tengo instrucciones de poner el máximo de la cantidad de años, seguramente se los van a bajar, pero yo tengo esa instrucción”, había todo un sistema programado para...

Sacerdote implicado desaparición de Molina

Continúa prófugo cabecilla de la célula extremista del MAPU

CURICO (Carlos Pozo).— Infructuosos han sido por el momento los intentos de los organismos policiales, por ubicar a Patricio Cataldo Rodríguez, señalado como líder de la célula extremista perteneciente al ex MAPU, detenida en la zona de Molina.

En círculos locales se confirmó que no ha sido detenido el sacerdote holandés Teodoro Klomberg, de quien se dice habría volado a Holanda luego de haberse perdido de la zona de Molina. Se informó también que Klomberg no está vinculado con el párroco del Rosario, de Curicó, como erróneamente algunas personas interpretaron por el alcance de nombre y nacionalidad.

Trascendió eso sí que los integrantes de la citada célula que están confesos, habrían inculcado al sacerdote Klomberg, señalándolo como formador político de la célula y distribuidor del material calificado como subversivo. Su posible implicancia con la célula no ha sido comentada por representantes de la Iglesia en la región.

La detención de los extremistas y de sus planes, oportunamente desbaratados por las autoridades, naturalmente que han provocado la atención y el lógico comentario en todos

los círculos de esta provincia que habitualmente ha gozado de tranquilidad y paz absolutas, ajenas a desbordes terroristas.

EN MOLINA

LA TERCERA se comunicó telefónicamente desde Santiago con el párroco de Molina, Mario Molina Guaita, luego de la misa matinal de ayer quien indicó que el sacerdote Klomberg había sido ya interrogado por efectivos de seguridad en su habitual lugar de residencia denominado "Buena Unión" y que era probable que se hubiera trasladado a Santiago.

"Ellos conversaron con él tranquilamente y no lo detuvieron. Después de eso él estuvo conmigo, pero ahora no sé dónde se encuentre".

El párroco añadió que efectivamente "el padre Teo", como se le conoce en la zona, ha trabajado en labor pastoral en lugares rurales, desde hace unos cuatro años, y que vive en Chile por más de diez.

Consultado sobre la naturaleza del trabajo del sacerdote, indicó que era la catequesis en general, pero que no podía definir exactamente el quehacer. En todo caso, ante una pregunta, indicó que el padre Klomberg debe obediencia sobre su trabajo a su congregación, Sagrada Familia, y también al obispo

de Talca, monseñor Carlos González.

La condición del sacerdote Klomberg en Chile fue definida por el párroco de Molina como la de "cualquier sacerdote que llega a trabajar a un lugar". "A él le gustó quedarse aquí en el campo, visitando la gente y eso es lo que hace".

Respecto de la categoría de ideólogo que se le ha dado últimamente en relación a la acción subversiva del MAPU, el párroco indicó que no tenía conocimiento, "pues él no me ha dicho nada de eso".

Enfermeras celebran su día

Con una sesión solemne, que se realizará a las 11 horas en la Casa Central de la Universidad de Chile, se celebrará hoy el Día de la Enfermera.

En el acto harán uso de la palabra el subsecretario de Salud, ingeniero Alvaro Donoso, y la presidenta del Colegio de Enfermeras, Carmen Ové González.

Los actos celebratorios de estas profesionales de la salud culminarán el miércoles 14 con un foro que se efectuará en el Museo de Arte Contemporáneo que versará sobre el tema: "Tabaco y Salud".

La Tercera, 12 de mayo, 1980. Archivo familiar, Manuel Orellana C.

El delito que yo cometí fue hacer campaña solidaria, pa' entregarle a la gente que estaba sufriendo, porque, sí era complicado, no había trabajo, no existían los subsidios que existen hoy día.

El PEM (Programa Empleo Mínimo), se creó después de la dictadura, los obreros ganaban una miseria, entonces uno hacía, juntaba, y esa plata que les contaba del festival *Cristo un Mensaje*, la destinábamos a comprar alimentos, y en realidad que la gente los necesitaba. Entonces uno se preguntaba ¿tres años y medio preso por eso? Hoy día a nadie lo meten preso por eso, y la gente habla contra el presidente, el actual, el pasado, hace lo que quiere a través de las redes sociales, y no pasa nada.

– *Cuando usted estaba preso ¿cuál era su máximo temor? Usted tenía una familia.*

– Cuando uno está comprometido y sabiendo lo que está haciendo, solamente la fuerza. Yo en ese tiempo estaba metido en la Iglesia católica, leer el Nuevo Testamento, leer la Biblia, da una fuerza tremenda, y tener familia, el apoyo de la familia. Cuando yo caí detenido llegaron a verme gente de mi pueblo, más de 100 personas, y eso significaba que la gente me conocía cómo era, no era una persona delincuente, no era violenta, entonces la gente me ubicaba como una persona tranquila, que ayudaba a la gente. Causó un impacto mi detención, entonces mucha gente se atrevió a ir a la cárcel, porque ir a visitar a un preso político era también meterse en problemas, entonces, a mí eso me dio mucha fuerza, la fuerza también que me daban a través de la Iglesia, los sacerdotes. Para navidad me llegaban, tal vez unas 300 ó 400 tarjetas, donde escribían niños de otros países, dando fuerza y esa energía que entregaban ellos yo la absorbía.

Dentro de la cárcel, afortunadamente en ese tiempo, los presos políticos eran respetados, en la cárcel siempre han existido organizaciones, como el sindicato del crimen, hoy día está la droga, pero en ese tiempo, los más fuertes eran los del sindicato del crimen, y daban protección, entre comillas, a los presos políticos, sabían que no éramos delincuentes, que estábamos por una razón política.

Entonces, el primer día que nosotros llegamos allá, a la cárcel de Curicó, nosotros como grupo, que éramos 9 hombres y dos mujeres, ellas estaban en otra parte, en el Buen Pastor; nos agrupamos, porque nos tiraron a una celda donde había más de 45 reos comunes, y nosotros dijimos: —si nos atacan, nos vamos a tener que defender—, porque también pensábamos en la posibilidad de que hubiera un infiltrado de la CNI, y nos atacara. Y se dio un momento donde los delincuentes comunes estaban a un lado y nosotros estábamos al otro, y de entre medio de los delincuentes comunes, de los reos, alguien le dice a un compañero que estaba con nosotros, que no estaba metido en política, pero cayó por ser primo de uno, y le gritó por el nombre y le dijo ¡hola!, soy tú...? y se generó esta integración, y empezaron a aparecer otros, que yo los conocía y ahí se rompió ese hielo.

Nosotros adentro nos dedicamos a enseñar a los que no sabían leer, a dar clases de religión. Yo me transformé en un zapatero, del cual le daba trabajo a mucha gente que no los van a ver, y de ahí aprendí que en la cárcel hay gente que comete delitos, a veces, porque viven en la calle o por diferentes razones, y a ellos nadie los va a ver y a esa gente nosotros ayudábamos. Nos ganamos

un prestigio dentro de la cárcel, no fue duro dentro de la cárcel, tuvimos bastante apoyo y protección de las personas que en ese tiempo estaban ahí. Va cambiando el vocabulario de los reos, en ese tiempo eran los chorizos, yo no sé cómo se llamarán ahora, pero esos eran los más temidos adentro.

También nos trasladaron en ese periodo a Talca, en Talca nos mandaron a un pabellón, una galería, cuando entramos, ver y recorrer la galería, ahí estaban los condenados por homicidio, por asaltos, condenados por 30 años, entonces, oh....

Pienso en que, lo más terrible es pasar la navidad sin sus hijos, y uno sabe que a las 8:00 de la mañana debe estar listo para que lo saquen al patio y a las 5 de la tarde, encerrado, no es cosa que uno diga: –mire, sabe, me aburrí, mañana me voy–, todos los días son iguales; entonces uno se dedica a trabajar, o se dedica, como dicen en la cárcel: “a tomar caldo de cabeza”, y termina volviéndose loco.

El apoyo de mi madre fue fundamental, todos los domingos ella me llevaba un almuerzo, una olla de cazuela, y era para todos los presos que estábamos ahí, mi madre falleció hace unos años atrás y todos los que fuimos presos políticos en ese tiempo se recuerdan de ella. Sagradamente, todos los domingos, llegaba con su olla de cazuela para que nosotros comiéramos.

– ¿Sus hijos lo visitaron?

– Sí, ellos estaban chicos. Uno se quiebra el primer año y ve por los hijos principalmente, después esto, se hace... no, pero se hace uno duro. La primera navidad era un llanterío, en la noche, cuando nos enviaban a estos colectivos, lloraban muchos de ellos,

es doloroso, pero hay que enfrentarlo, el hombre puede soportar todo, cuando está convencido que las cosas las está haciendo bien. Nunca robé, nunca maté, nunca odié a nadie, solamente estaba convencido que mi país necesitaba libertad, necesitaba que se expresara como hoy día lo está haciendo, entonces a los jóvenes les digo: “esto no es gratis, esto se debe a mucha gente que trabajó, unos murieron, otros fueron desaparecidos, torturados, estuvieron presos, para luchar que volviera la democracia a este país”.

– *Cuando usted salió de la cárcel en libertad, ¿cómo era el entorno?, ¿cómo reaccionaron los vecinos?, porque era como marcarse también.*

– Yo me siento feliz de haber nacido en Lontué, vivir en Lontué y espero morir en Lontué, porque la gente de aquí es muy solidaria. Como yo había aprendido el oficio de zapatero, instalé un taller de calzado, en mi casa, y llegaba mucha gente a mandar a arreglar sus zapatos y me hice conocido como zapatero. Llegaban de diferentes partes, yo estoy muy agradecido de la gente de Lontué, porque nunca me dio la espalda, nunca dejaron de saludarme, mucha gente se alegró, la gente lloraba cuando yo salí en libertad, eso fue muy grato para mí. En lo personal, yo tomé una decisión en ese tiempo, de no aceptar ninguna ayuda de ningún partido, ningún movimiento, y dije *yo solo salgo adelante*, y salí solo.

El apoyo de muchos compañeros, en ese proceso de clandestinidad, antes de caer detenido, conocí personas excelentes, hasta el día de hoy, conocí a Esteban Valenzuela que hoy día es ministro de Agricultura, él me iba a ver a la cárcel, era presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica, Ricardo Brodsky, que

era secretario de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, ellos como jóvenes, me iban a ver a la cárcel, porque de ese tiempo yo tuve mucha vinculación con el MAPU, donde estaba Carlos Montes, que lo conocí también en esos tiempos difíciles. Sé que esa era gente buena y sigue siendo buena, nosotros no éramos los malos como decían los medios de comunicación. Porque yo si me retraigo un poco atrás, cuando nosotros llegamos a la cárcel nosotros no teníamos idea de lo que se había publicado, habíamos aparecido en la televisión, en el diario La Tercera, en la Prensa de Curicó, “cae banda terrorista, estaban a punto de asaltar un banco”, ¿Qué banco?, entonces cuando nosotros llegamos a la cárcel los reos decían: —estos son peligrosos, son terroristas— todos éramos personas buenas, claro, todos tenemos defectos pero nuestro fin, era ayudar a la gente en ese tiempo, y ayudar a la gente y en ese tiempo, era un delito.

— *¿Cómo le resultó buscar trabajo después de que salió de la cárcel?*

— Después de que yo fui detenido en Aceite y Alcoholes Patria, lo primero que hizo la empresa fue mandarme una carta, donde estaba despedido por razones políticas y que no tenía ninguna posibilidad de volver a trabajar ahí. Porque en ese tiempo sí que era complicado contratar a una persona que fuera contrario a la dictadura, entonces lo que yo tenía en la mano para trabajar era lo que sabía, mi oficio. Yo tenía que alimentar a mi familia y no tenía trabajo, tampoco esperé la ayuda, me ofrecieron mucha ayuda, pero no quise.

Llegué a ser concejal de la comuna siendo zapatero, mi primer periodo como concejal lo hice como zapatero y fue un grupo de

amigos que me dijo: “Mario, tú no puedes seguir siendo zapatero, la comuna es grande y tú no puedes andar en bicicleta, tienes que movilizarte por toda la comuna”. En el segundo periodo, sí empecé a trabajar, a despegarme un poco del oficio de zapatero y empecé a trabajar en otras cosas. Trabajé con un amigo mío que es abogado, Eduardo Jara del Río, él, instaló una oficina en Molina para darme trabajo, porque en algo tenía que trabajar y después ingresé a trabajar en Bienes Nacionales, con una amiga que me dio trabajo, fue difícil y eso me significó en la vida perder muchos años de imposiciones, de los cuales yo tengo una laguna tremenda.

Quizás recordar algo, que pueda servir, un mensaje a los jóvenes: yo salí de cuarto medio y cuando salí, me truncaron todos los sueños, pero hubo una ley que reconoció a los presos políticos y a los torturados, la Ley Valech, yo entré en esa ley, y esa ley le daba la posibilidad a uno de continuar con los estudios, y cuando recién se publicó la ley, no estaba la posibilidad de transferir esa beca de estudios a los hijos; tenía que ocuparla uno. Entonces, mis hijos me dijeron: “Papá, ya que no la puedes transferir, úsala tú, plantéatelo como un desafío”, entre perderla, dije: —ya, la aprovecho— y después de 30 años, volví a estudiar a la universidad, y ahí saqué el título de Ingeniero en Ejecución, en Administración, fue un esfuerzo enorme, trabajando y estudiando, pero se puede, cuando uno se pone metas, las logra y sale adelante. Así que, a los jóvenes, cuando a veces les va mal en una prueba, les digo: estudien chiquillos, cuando uno quiere, se puede y que el esfuerzo salga de uno mismo.

– *Cuándo estaba en la cárcel, ¿cómo era la vida de su familia, como se sustentaba?*

– Bueno, lo primero que se hizo, se fueron a vivir con un familiar, con una tía. La casa se arrendó, para tener un ingreso. Cuando yo entré a trabajar como zapatero dentro de la cárcel, tenía mucho trabajo, desde ahí, desde la cárcel pude sostener yo.

Yo era casado, me divorcié, tengo otra señora. De mi primer matrimonio, son 3 hijos, y los 3 son profesionales: una es matrona, el segundo es ingeniero en Administración y la tercera del primer matrimonio es profesora y es una excelente profesora. Del segundo matrimonio, mi hijo mayor ya está en séptimo de Medicina, con mucho esfuerzo ha salido, y la menor está en séptimo básico con un promedio de notas muy bueno, espero que también sea una buena profesional.

– *¿Puede relatar sentimientos que tuvo dentro de la cárcel?*

– No fue fácil, esto que pasó; vivirlo no es fácil. Yo relato, como cuando uno ve una película y ve horror. Bueno, de pronto llenan de delincuentes trasladados de otras comunas, yo vi muerte adentro, personas acuchilladas, gente que se escapó, entonces , uno no sabe qué día puede llegarle su muerte, pero si uno piensa que un día lo pueden matar, pasa el día arrinconado, asustado; uno tiene que enfrentar las cosas como son, como vienen, en el momento que vienen, pero yo creo que lo importante, que los jóvenes tienen que entender, es: que más allá del sufrimiento que nosotros vivimos, o no vivimos, es que entienda que en Chile nunca más puede haber una dictadura, yo lo digo con todas sus letras, no es porque hoy

día que me esté arrepintiéndome de mis principios; ni de izquierda ni de derecha, porque las dictaduras son brutales en ambos casos.

– Usted ha hecho su vida política en el pueblo de Lontué, y conoce lo que se vivió durante el gobierno de la Unidad Popular. Me gustaría que contara lo que le tocó vivir en ese periodo.

– Antes de responder esa pregunta, quiero decir que mi vida política la inicié en Lontué, después, en el periodo que fui elegido concejal, la empecé a desarrollar hacia la comuna, yo conocía de Molina: el Cementerio, la Iglesia, la Plaza, nada más. En mi primera campaña como candidato a concejal, conocí muchos sectores: Buena Unión, Buena Fe, Itahue, etc. y ahí empecé a conocer personas que son igual que en Lontué, personas humildes, solidarias; y llegué a ser cuatro periodos concejal, fueron 16 años y nunca perdí una elección. Me retiré de concejal, no quise ir en un periodo, y cuando decidí volver, volví a salir. No quise ir más candidato, sacaba muchos votos en Lontué, pero después era transversal, mucha gente decía “qué va a salir éste de concejal, si no hace nada”, pero yo me dediqué a ser: un instrumento de las personas; a cómo sacar un título de dominio, a cómo conseguir un subsidio rural, cómo tramitar algo que la gente no sabía, entonces, entregarle información a la gente. Aquellos que se acostumbran a regalar el pescado y andarle solucionando el problema a la gente, pasan ligerito al olvido.

Respecto al gobierno de la Unidad Popular, yo era muy joven, toda la expectativa, la educación era gratis, uno estudiaba lo que quería, tenía buen promedio, tenía mucha esperanza, trabajé también como joven de la Juventud Socialista, visitaba asentamientos,

los que eran los Centros de Reforma Agraria, los vi cuando eran trabajadores dependientes, después ellos pasaron a ser dueños, a administrar; entonces, como en ese tiempo ellos se juntaban y se reunían, compraban un living y eran felices. Y si uno ve las estadísticas del tiempo de la Unidad Popular, Allende fue subiendo en las votaciones, nunca fue bajando, siempre fue subiendo, porque realmente los pobres, los pobres se sintieron representados, recordarles a los jóvenes que Salvador Allende creó el medio litro de leche para todos los niños, él entendía como médico la importancia de la alimentación.

Entonces, naturalmente que había mucha gente que estaba en contra de eso, estaba perdiendo sus privilegios, hoy día la cosa ha cambiado, yo creo que nunca va a volver a ser un país donde los pobres gobiernan y los ricos sometidos. No, yo creo que la gente hoy día aspira a vivir bien, sin que eso limite a alguna persona. Si nosotros cumplimos con todas las necesidades básicas de toda la gente, no va a haber problema. Y los que ganan mucha plata, tienen que entender, y van a entender, que no pueden tener a la gente con bajo salario, sin vivienda, sin salud, sin educación, porque hoy en día, la explosión de la delincuencia que estamos viviendo y que estamos todos preocupados, tiene una causa, las cosas no se producen así por arte de magia, todas tienen una causa y la causa es la falta de oportunidades; qué le pide usted a un joven de una población vulnerable donde la marihuana y el alcohol está presente, donde no hay una vida familiar, entonces no hay familia. Hay que empezar a reconstruir las familias, y esas son políticas de

Estado, donde se asegure eso, que no sea un Estado subsidiario, que le entregue subsidio por cada cosa. El Estado debe asegurar la educación, la salud y la pensión a las personas.

En el tiempo de la Unidad Popular había problemas y muchos problemas, pero había una esperanza para los pobres de este país, y esa esperanza era el gobierno de Salvador Allende, y como en todo gobierno hay coaliciones, unos quieren ir más rápido y otros más lento y se generaba un problema, y no hay que olvidar que el golpe de Estado en Chile nació desde Estados Unidos, porque Allende les expropió su gran negocio, el cobre, las telefónicas, eso les expropió. Entonces les dolió, y se generó todo este caos, producto del financiamiento que vino de afuera. Alguien me va a decir eso no, eso es mentira, pero yo creo que lo importante, y es un mensaje a los jóvenes principalmente: que la vida es corta y uno tiene que aprovecharla, vivirla con felicidad.

A mí me gusta mucho ver y leer a Pepe Mujica y yo creo que a los jóvenes también les llega Pepe Mujica, y a muchos jóvenes también les llega Salvador Allende; vean a esos grandes líderes, vean sus videos, lean lo que han escrito, y ahí van a ir entendiendo que este país, que nosotros no somos dueños de la tierra, nosotros pertenecemos a la tierra.

– *Mario, Muchas gracias por su tiempo y el compartir su experiencia.*

– Gracias a ustedes.

JOSÉ ROSIEL SEGOVIA ARO

CASABLANCA, MOLINA

Testimonio entregado por Elizabeth Segovia Infante, hija de José Rosiel Segovia Aro, fallecido el año 2004.

Yo soy Elizabeth Segovia Infante, en este momento tengo 63 años y no tengo actividad porque soy discapacitada.

– ¿Qué recuerda usted de su papá?

Mi papá fue preso político. Nosotros sufrimos hartito con él porque fue mucho lo que le hicieron, fue muy castigado, fue muy torturado, y nosotros no pudimos estar con él porque siempre estuvimos lejos de él, porque él desaparecía de acá de la casa. Se lo llevaban y él volvía todo machucado, sin uñas, le quebraron los dientes.

– ¿Qué hacía él en esa época?

– Trabajaba en Vialidad; era chofer de maquinaria pesada.

– ¿Usted recuerda si él era activo en alguna organización social o política?

– Lo que yo sé es que participaba en el Partido Socialista, pero de ahí que haya sido activo en alguna, no; como cualquiera que le gusta un Partido. Que yo recuerde que andaba en tomas, que andaba en paros, no. No me acuerdo; yo tenía 18 años en ese tiempo; nunca me acuerdo de haberlo visto así. Fue siempre más de casa y de trabajo.

– *¿Era él miembro de algún sindicato de la empresa, recuerda?*

– Sindicato, no; que yo haya sabido, no. Fue más perseguido por calumnias. Acá en Casablanca habían personas que fueron identificadas y se justificó que fueron ellos los que empezaron con el problema, que acusaron a mi papá de terrorista, que quería botar el liceo cuando estuvieran los niños en clases, que se iban a tomar la carretera, un montón de cosas. Entonces, eso llegó a oídos de militares y militares lo vinieron a buscar. Y de ahí empezó el problema con mi papá. Porque de ahí mi papá nunca más pasó una fiesta con nosotros: ni Dieciocho, ni Pascua ni Año Nuevo. Todas las fiestas lo tomaban antes.

– *¿Usted recuerda cómo ocurrió la primera detención? ¿dónde estaba? ¿En qué situación?*

– Estábamos todos acá en la casa. Eran como las 3 de la mañana, más o menos. Mi mamá tenía un restorán. Mi papá se levantó y preguntó quién era. Y le dicen: “¡Militares! ¡Abre o te echamos la puerta abajo!” Y ahí mi mami se levantó, me despertó a mí y a mi otra hermana, que ahora está fallecida, y salió a abrir la puerta; y entraron los militares. Se fueron directo a la cama donde estaba mi hermano, que estaba durmiendo, y mi papá. Él se levantó como

para vestirse para ir donde estaba mi mamá y ellos le dijeron que así nomás. Mi papá se alcanzó a poner pantalones, una chomba y un zapato. Y así se lo llevaron; a mi hermano no. Mi hermano tenía en ese tiempo como 19 años, era un año mayor que yo. Y así se lo llevaron y de ahí no supimos nada más de él hasta como 5 días después. Nosotros, al otro día con mi mamá, porque yo andaba en todas porque era la mayor de las mujeres, fuimos a la cárcel, fuimos a Investigaciones, y fuimos al regimiento de Curicó. No aparecía en ninguna lista; se dio por desaparecido, nadie sabía de él hasta que un día en la noche, no recuerdo más o menos la hora, después de las 2 ó 3 de la mañana, llegó él golpeando la ventana del dormitorio de atrás. Abrimos un poquito la cortina y miramos, y era él que venía. Venía con las manos..., le habían sacado con alicates las uñas de las manos y los dientes todos quebrados. Estuvo hartito tiempo para mejorarse de sus heridas. Después cuando logró recuperarse, empezaron de nuevo; venían las fiestas y de nuevo preso, por cualquier cosa.

— *¿En qué fecha ocurrió la primera detención?*

— No recuerdo en que mes, pero debe haber sido como en esta fecha (mayo) porque hacía frío; estaba helado; como al año después del golpe. Y ahí empezó, todos los años y todas las fiestas. Incluso mi papá estuvo acá en la casa un tiempo; la primera vez que lo detuvieron, porque le sacaron las uñas y le quebraron los dientes, ya después tenía miedo. Cuando venían las fiestas ya sabía lo que le esperaba; entonces, un día el vecino de ahí del lado, escondió a mi papá adentro de un tambor, en las moras (*zarzamoras*); pa' abajo

era un cerco de moras aquí pa'allá. Y lo metió entre medio de las moras, en un tambor, y ahí mi papi estuvo días en ese tambor; le abrían para pasarle comida, para pasarle agua, pasarle ropa; pero escondido, nadie sabía que estaba ahí, solamente nosotros y el vecino. Después se metió el padre Eugenio (*Sepúlveda*) y le ofreció sacarlo del país; pero tenía que irse él. Nosotros no podíamos salir, y él dijo que no, él hasta las últimas con su familia, si algo le iba a pasar que nos pasara a todos juntos y no arrancar él; y ahí se quedó acá y no hizo nada. Ya después en la última detención fue cuando lo llevaron cerca de una línea del tren, porque él sintió el tren. Dice que era una parte de dos pisos porque de la escalera lo tiraron abajo, rodando; ahí lo tuvieron como una semana, más o menos, vendado. Después, lo trajeron, y siempre lo venían a dejar a esta parte de Entre Ríos, y tantos días vendado, le sacaban la venda y se desorientaba. Le sacaban la venda y le decían: "¡Querís salvarte, corre por tu vida!" Dice que corría, caía, se paraba, caía en las moras; salía de las moras, seguía corriendo, gateaba, hasta que se lograba orientar y llegaba aquí a la casa. Y esa vez llegó acá así con todas las manos rojas, como con sangre, la cara. Mi mamá le preguntó qué había pasado, ella pensaba que mi papi había hecho algo, entonces, ahí le contó lo que le habían hecho, que lo tiraban de arriba de la escalera abajo y abajo, tiene que haber estado pintado, dice él, porque se acuerda que se afirmaba en la muralla y por eso tenía las manos rojas. En la noche durmió un rato; después se levantó y al otro día, así como estaba, partió con él a Talca; se lo llevó a la Vicaría. Ahí lo tomó la Vicaría a mi papá, y ya no lo tomaron más detenido.

Pero era continuo; nosotros estábamos acostados y llegaban. Balazos pa' acá, balazos pa' allá; mi mamá prendía una vela para levantarnos a hacer pichí, para que no hubiera luz desde afuera. Si ellos veían luz de afuera, disparaban altiro. Era así, estaban toda la noche dando vueltas a la casa, porque hasta esa puerta que está ahí, daba para acá pa'l patio. Un día mi mamá salió porque los perros ladraban mucho, salió a mirar y habían dos milicos parados en la puerta, con metralletas y toda la cuestión; pero no habían hecho nada, no habían disparado nada, pero al menor movimiento disparaban altiro. No podíamos conversar, aquí en la casa ya no se conversaba, era solamente señas, porque teníamos terror de que en cualquier momento llegaran y le hicieran algo a mi papá delante de nosotros. Teníamos temor que hicieran algo en contra de nosotros, porque como una manera de presionar, averiguaron sobre mi hermana, donde estudiaba, a qué hora salía, a qué hora llegaba, y le dijeron que ella iba a pagar por lo que él había hecho. Entonces, nosotros mandamos a mi hermana para afuera, donde unos familiares, y así pudimos estar un poco más tranquilos, pero fue un tiempito nomás, porque después lo volvieron a tomar, y ahí fue la última vez, que fue cuando le estaba empezando a él la diabetes.

Él pedía que por favor le dieran un poquito de agua por la sed terrible por la cuestión de la diabetes; que le dieran un poquito de agua y lo hicieron tomar agua de la taza del baño. Cosas que nosotros nos enteramos ahora último porque estábamos haciendo los trámites para la pensión de él y ahí tenía que tener relato, y él

se acordó de eso, y mi hija se lo escribió. Nosotros le preguntamos por qué no lo había dicho antes y dijo que no porque le daba cosa que sus hijos, su familia, su mujer le tuvieran asco. Hicieron muchas cosas con él. Le quebraron los dedos, le quebraron los dedos de los pies, le aplicaron corriente. Cuando lo llevaron detenido, lo tomaron, se lo llevaron y lo tiraron a una pieza, él cayó arriba de una mujer porque supo que era una mujer por los pechos; topando donde estaba, él estaba vendado, le tocó los pechos y se dio cuenta que era una mujer. Después, como estaba vendado, logró mirar, por debajo de la venda, y dice que toda la gente que había, habían varios, estaban todos vendados. Ahí, sentían que a la señora que estaba ahí le ponían corriente, por todos lados; la señora gritaba, pedía ayuda. Qué íbamos a hacer nosotros, decían, si a ellos después les tocaba. Después de ella, venían otros, y otros, y otros. Abusaban de las mujeres delante de ellos; les aplicaban corriente y tantas cosas.

– *¿Recuerda en qué lugar ocurría eso?*

– Él nunca supo donde pasaban esas cosas. Siempre lo sacaban de aquí, lo subían al camión, lo vendaban y cuando lo devolvían, recién le sacaban la venda. Él nunca supo dónde estaba en realidad. Trataba de orientarse por los ruidos, por los sonidos. Tenía suposiciones de... estoy cerca de una línea de un tren, cerca de un río, pero no sabía él específicamente el lugar donde era.

No recuerdo si fue la primera o segunda vez, que se lo llevaron, cuando se cortó, se lo llevaron los milicos pa'l Río Claro, y allá les pegaron, los torturaron. Y después, mi papá como que se desmayó

y ellos pensaron que mi papá había muerto; lo tomaron, uno de los pies y otro de las manos, y lo tiraron a las moras. Y ahí quedó en las moras y después, como él empezó a reaccionar, se empezó a mover y rodó y rodó por las moras y cayó en la arena; y cayó boca abajo y la sangre y la arena lo estaba ahogando. Entonces, ahí se dieron cuenta los milicos, que ya se venían, y dicen: “¡ah! ¡este tal por cual está vivo!” Volvieron, lo recogieron y lo echaron arriba del camión. Y de ahí, de Río Claro a acá, a la cárcel de Molina se vino un milico parado arriba de la cabeza de él, todo el camino. Eso es verídico, porque mi mamá estaba en la cárcel, esperando porque le llevaba unas cosas y vio cuando llegó el carro y llegó el milico parado arriba de la cabeza de mi papá. Y cuando bajaron a mi papá, dice que las orejas le colgaban, eran como unas orejas de chanco y todo moreteado por todos lados, y a ella le costó reconocerlo. Había un vecino de aquí que era gendarme, y ese lo sacó por el segundo piso, por la ventana, y se lo mostró a mi mami para abajo; y ahí mi mami se dio cuenta que era él.

En ese tiempo que estuvo en la cárcel, fue cuando él intentó suicidarse. Esas cosas que mi mamá le llevaba, era un bolso que le llevaba frazadas y ropa de cama. Nosotros habíamos ido el año anterior a Puerto Montt, y mi papá se afeitaba con esas máquinas de rastrillo y metió las hojas de afeitar debajo del forro del bolso, y mi mami, sin saber, no tenía idea que ahí estaban, le llevó el bolso con todo: las frazadas, las sábanas, todas las cosas. Y él en su pensamiento, se empezó a acordar y se acordó que ahí estaban las hojas. Las sacó y mirándose en el espejo se cortó aquí (en el cuello) y en

las manos, de aquí hasta acá; la mano se le volvió. Supuestamente, hasta ahí nomás llegaba, porque se hizo unos cortes muy graves, pero logró salvarse; gracias a Dios logró salvarse, pero fue para seguir sufriendo nomás. De la cárcel al hospital y del hospital se lo entregan a mi mamá, porque mi mamá después se metió con los de la Vicaría, y ahí le ayudaron a que se lo entregaran, porque un mayor, o un general, un milico que había acá en Curicó, mi mami fue a hablar con él. Era un tipo muy temido, pero a la vez no era tan agresivo como los otros. Porque mi mami fue a hablar con él y le dio la oportunidad que mi mamá hablara, que dijera todo lo que quería decir, todo lo que había visto. Le preguntó si mi papá era político y mi mamá le dijo: No. Que yo sepa, no. “Y usted –le dijo–: ¿de qué partido es?” Mire, le dijo: si usted me está hablando con sinceridad, yo le voy a decir la verdad. Yo soy socialista, igual que mi marido. Pero es porque a mí me gusta. “¡Ah! –le dijo–: su marido le dijo que votara por el viejo tal por cual. ¿A quién le dio el voto usted?” A Allende. “Su marido le dijo”. No. Mi marido no me ha dicho nada, ni me ha insinuado nada. Porque yo tengo, yo sé pensar, le dijo. Me gusta, pero no le podría decir me gusta porque es aquí, porque es allá, porque es bonito, porque es viejo, por esto, por lo otro, no. Usted va a una zapatería, le gusta un par de zapatos, así me gusta. Pero yo no, entendida, entendida en política, yo no soy. Y ahí le dijo que por su honestidad, su sinceridad, porque ellos pensaban llevarse a mi papá a la Isla Quiriquina. Por su sinceridad, le dijo, “le voy a autorizar que cuando su marido salga del hospital, lo pueda llevar a su casa”. Pero ahí mi papi salió

con el cuello cortado, el brazo enyesado y toda la cuestión. Esa fue la vez más cuática, porque nosotros lo dábamos por muerto porque no sabíamos, nos dijeron en las condiciones en que estaba y todo. Mi mamá lo había visto hacía poco.

– *¿Qué daños físicos tuvo su papá?*

– A la vista, porque después yo lo llevé al oftalmólogo y me dijo que eso había sido por golpes en la cabeza; muchos golpes en la cabeza. Él tuvo un derrame y ese derrame se le coaguló y se le impregnó en el nervio óptico. Le pregunté si se podía operar y me dijo: Sí, podemos operar, pero corremos el riesgo que se nos vaya en la mesa de operaciones, o que se nos vaya en pabellón, y si no lo operamos, puede que dure un par de años más. Así que optamos por dejarlo así. No se operó. Pero fueron consecuencias de los golpes.

Igual con la sordera, también, porque a él le ponían la pistola acá (*cerca del oído*) y le disparaban. Entonces, le reventaron los tímpanos. Quedó sordo y ciego. Y así estuvo como 10 años, más de 10 años; murió sordo y ciego. Cuando mi hijo nació (*nieto de don Rosiel*), me lo pidió. Me dijo, “tráeme la guagua para conocerlo”; yo se lo llevé y él con la mano le pasaba así por la carita, y esa era la forma de conocer una persona. Él ya no veía; nunca le conoció la cara.

– *Aparte del daño físico, ¿cuál fue el daño psicológico que pudieron detectar?*

– Él estuvo mucho tiempo con crisis de pánico. Veía un camión de militares y desaparecía; su vida nunca siguió un rumbo

habitual como el que tenía antes. Pasaban por la calle, ni siquiera pasaban a la casa, nada; él veía pasar el carro, mi papá desaparecía. Fuera la hora que fuera, usted lo iba a ver y estaba acostado. Nunca más volvió a ser el mismo desde que pasó todo, porque cuando terminó esto él ya estaba sordo, estaba ciego, ya no podía hacer la misma vida que tenía antes; no podía trabajar, empezó a depender cien por ciento de otra persona.

– *Este periodo de detenciones y maltratos, ¿cuántos años cree usted que duró?*

– Duró como 10 años; sí, como 10 años, las detenciones frecuentes. Estos gallos que lo acusaron, era como que gozaban de ver que ya venían las fiestas; ah, ya y aparecía una denuncia nueva. Mi mami cuando fue a preguntarle al milico, Meza, le dijo: “¿Y ahora yo podría saber de qué acusan a mi marido?” Y así un alto de hojas, y le dijo: Mire, estas son puras denuncias en contra de su marido. Ahí le leyó algunas, estaba la que quería demoler el liceo, que quería tomarse la carretera, que quería incendiar las Vínicas, parece que era Industrias Vínicas Patria, en esa época, en Lontué. Pero cómo iba a hacer eso, si en el Liceo yo tenía a mis hijos estudiando, qué ganaba con tomarse la carretera.

– *Después que salió, ¿él nunca volvió a trabajar?*

– No, no pudo. Por la vista, que empezó a quedar ciego, perdió la visión de a poco hasta que la perdió total.

Mi papá, no pudo participar en ninguna votación después, porque cuando fue a una elección, no me acuerdo para qué era, estaba él en la fila, lo sacaron de la fila y le quitaron el carné.

Después tuvo que ir a retirar el carné a Investigaciones, pero lo recuperó.

– *¿Qué sentía usted cuando estaba viviendo toda esta experiencia de su papá?*

– Yo sentía mucha pena y rabia porque no podíamos hacer nada por él. Lo veíamos sufrir, sufríamos todos, pero nadie podía hacer nada. Y él siempre nos tenía dicho: “si alguna vez llegan aquí, hacen algo en contra mía, por último, si me matan me van a matar a mí, pero no a ustedes. Lo que yo quiero es favorecer a mi familia; no quiero que les pase nada”. Nosotros le decíamos: “pero cómo vamos a dejarte”; y él: “no se metan. Si ven que me están pegando, dejen que me peguen; si ustedes ven que me van a disparar, dejen que me disparen, pero sálvense ustedes”.

– *¿Cómo le afectó esta situación de su papá a la familia, en la parte económica?*

– Después mi papá se jubiló y con eso tuvimos que aprender a sobrevivir, y mi mamá que trabajaba. Después yo crecí un poco más, me empecé a hacer cargo de la casa, yo cuidaba a mi papá. Yo daba pensión aquí en la casa, mi mamá trabajaba en los packing, y la pensión de mi papá. Todo este cambio fue drástico porque la familia antes tenía restorán, tenía negocio, tenía buena situación; después de eso, llegó no a no tener nada, pero a no tener ni la mitad de lo que teníamos antes. Fue complicado, o sea, fue difícil acostumbrarse. Aparte yo empecé a hacerme cargo de mi papá, de mi hermana más chica, de mi hermano más chico; ya después llegaron ellos (*sus propios hijos*), hacerme cargo de ellos, yo me encargaba de la casa y mi mamá trabajaba.



Archivo, Dian Muñoz H.

– *¿Les afectó a ustedes en el estudio, en la educación?*

– Bueno, aquí la única que sacó una carrera fue mi hermana; ahí tuve que dejar de estudiar yo para que estudiara ella; sacó una carrera de técnico en construcción. Mi hermano estudió en la Escuela Agrícola, pero no alcanzó a terminar, por falta de plata también. Al final, era un círculo vicioso; entraba uno a estudiar, el otro tenía que

salir para que pudiera entrar el otro porque no estaba la situación para que estudiaran 3 ó 4 hijos. El sueño de estudiar lo tenían; mi hermano quería ser agrónomo, nunca pudo por el tema de la plata.

– *Cuando el papá llegó de vuelta, ¿recuerda cómo reaccionaron los vecinos?*

– Bien. El vecino del lado ayudó a mi papi. Se le agradece. Los vecinos no hacían muchos comentarios, sino que era más, como que todos lo miraban así como ¡qué pobrecito! ¿cómo llegó? ¿cómo está?, todo el día.

– *¿Hay algo que quisiera agregar usted a esta conversación?*

– Tantas cosas que pasó mi papá que no sé cómo explicarlas, como referirme a eso, pero de que mi papá fue torturado, fue muy torturado.

– *¿Algún mensaje para la juventud actual?, ¿qué le diría usted a la juventud?*

– Lo que siempre le he escuchado a mis hijos: Todos tenemos derecho a tener ideas políticas, pero tampoco seamos de esos fanáticos que digan: ah, yo soy socialista, yo soy comunista. Eso lo aprendí ahora de eso que le pasó a mi papá. Ahora yo, como que tengo recelo porque me imagino que puede pasar lo mismo, que puede haber algún problema. Todos tenemos derecho a tener un ideal político y eso no se lo va a quitar nadie. No sé, hay que ser más piola nomás, más tranquilo. A mis hijos les digo eso, también.

– *Comentarios adicionales de dos nietos de don Rosiel Segovia Aro:*

– ...No poder disfrutar de mi abuelo normal. Ver como quedó mi abuelo los últimos días de vida, verlo ciego, sordo; se murió

con la incertidumbre de cómo éramos, y con el dolor de no haber podido conocernos a nosotros.

Nosotros como nietos de un preso político, decirle a los más jóvenes, a los que no comparten nuestros ideales políticos, que investiguen, que no se queden con las mentiras de la derecha, que no se burlen de lo que le pasó a la gente, porque muchos se burlan, se ríen. El respeto hacia las familias de los que son víctimas; que respeten a la gente que vivió eso, porque si bien nosotros no estuvimos vivos, sí tenemos el dolor de ver a mi abuelo en las condiciones en que quedó. No era una grata vida para él.

— Muchas gracias por habernos entregado su testimonio de lo que vivió su padre, su abuelo.

DERRUMBE DE SUEÑOS Y HUMANIDAD INESPERADA

MANUEL BERNARDINO ORELLANA CASTRO

LA MARAVILLA, MOLINA

Mi nombre es Manuel Bernardino Orellana Castro; soy de la comuna de Molina, siempre he sido de acá. Nací en el año 1960, el 30 de diciembre de 1960.

– *Manuel, ¿nos podría decir cuál es su actividad actual? ¿su trabajo?*

– Yo me desempeño actualmente, porque he tenido múltiples actividades producto de que, después que yo fui detenido yo perdí mi profesión. No pude terminar mi profesión, y por lo tanto, yo me he dedicado a diferentes actividades. Por ejemplo, primero, me dediqué, en un taller de mueblería que lo ideamos cuando estuvimos presos con otros compañeros, y lo prolongamos hacia afuera en donde nos instalamos, y al final quedé yo y otro, Ramón Rivas, que también fue preso político, trabajando en el taller. Posteriormente, me dediqué a enfierraduras y trabajé primero en una restauración de casas, pero luego en enfierraduras y anduve

en diferente empresas; estuve trabajando en el norte, en Tocopilla. Estuve trabajando en San Antonio, en la Parva, trabajando aquí en la zona en diferentes empresas en lo que es ámbito enfierradura.

Hasta la pandemia yo estaba trabajando en la empresa Galilea, como maestro mayor de enfierradura, a cargo de 4 ó 5 personas, y pasaron alrededor de 380 casas por mis manos, todo lo que era enfierradura. Casas que son carísimas, 65, 95 millones de peso cada una. Al momento que empezó la pandemia, como a los 3 meses, me despidieron porque yo le trabajaba a un contratista que le trabajaba a Galilea, y me despidieron sin ninguno. Entonces, tuve que reinventarme nuevamente; primero estuve restaurando un carruaje. Estoy restaurando un carruaje Milord que su dueño era don Patricio Contesse, que fue socio de Ponce Leroux en Soquimich. Él me dio la restauración de un carruaje porque tiene una propiedad acá arriba en Mallinco, en la zona de Upeo; y con esos recursos pude reinventarme en un cultivo de alfalfa, después que me despidieron de la Galilea. Estamos actualmente, todavía, ya voy para el tercer año, en el cultivo de alfalfa; pero nos ha ido bastante malito y tuvimos que recultivar la mitad porque el terreno no era apto para ese cultivo de alfalfa y, además, había una escasez tremendamente grande de agua en esa propiedad; entonces, por lo tanto, tuvimos que reinventarnos y con mi socio, digo reinventarnos porque hicimos una sociedad con mi hijo. Él trabaja en otras cosas porque es ingeniero mecánico y él trabaja en otra cosa en el norte.

– *Un poquito la historia, ¿qué edad tenía usted cuando ocurrió el golpe militar? ¿trabajaba o estudiaba en ese momento?*

– Bueno, yo fui prácticamente un simple observador de lo que fue el gobierno de la Unidad Popular. Cuando sale Salvador Allende yo tenía 10 años, por lo tanto, solamente me dediqué en ese tiempo, con 10 años, yo observaba lo que los campesinos vivían y la efervescencia que se vivía en el campo, y la alegría que se vivía en el campo, por haber tenido un gobierno que interpretaba bastante sus aspiraciones. Mi madre, ella vendía vino en forma clandestina y mucha gente llegaba a tomarse su *medio pato*, que llamaban, que era medio litro, o una caña; llegaban y conversaban y uno es introvertido como niño, entonces, yo me ponía a escuchar y la verdad que me llamaba la atención de las conversas porque hablaban del gobierno de Salvador Allende, del asentamiento aquí en La Maravilla. Porque estaba trabajando aquí en Entre Ríos porque no se había expropiado el fundo de Entre Ríos teniendo más de 80 hectáreas de riego básico. Y al final no se expropió porque los trabajadores se dividieron en un sindicato de los rojos y uno amarillo, y al final fue tomando más fuerza el sindicato de los amarillos. Entonces, para ese entonces, en mi infancia, yo fui un mero espectador. Llega el momento del golpe militar y esa alegría tan grande que vive el mundo campesino, que yo la observaba nomás, pero me tocó, me tocó. Y resulta que después, una tristeza muy grande en la gente, el susto, el miedo, las noticias decían de esto y lo otro, los comentarios. Se hablaba de represión, de tortura, de secuestro, qué sé yo; de personas que desaparecían y otros muchos que tenían que arrancar, irse de sus lugares porque la represión, bueno, el terror que infundió la dictadura fue muy grande.

Entonces, realmente se descabezó todo el movimiento campesino, todas las organizaciones, todo. Yo la verdad hasta ese momento era un simple observador, pero llega un momento en que mi hermano me comenta que él estaba participando en un grupo de resistencia contra Pinochet. Yo tenía..., mi hermano José Orellana que es mi hermano mayor. Yo le dije: puchas, yo también quiero participar. Yo no tenía..., no era ni de un partido político, no era de un sindicato, ni de una cooperativa, ni una organización, sino que el entusiasmo nomás me llamó la atención y me integré al grupo de compañeros que estaban luchando contra la dictadura.

— *¿En qué año era eso?*

— Fue exactamente en febrero del año 74. En febrero; yo tenía, bueno tenía 13 años cumplidos, iba caminando para los 14, y a esa edad yo me integré a este grupo de resistencia contra Pinochet, contra la dictadura. Y nos pusimos a conversar, organizarnos, compartir ideas, comentar noticias que llegaban a veces en forma clandestina sobre la tortura, los secuestros, qué sé yo, del campo de prisioneros Tres Álamos, del estadio nacional; se comentaban esas cosas en forma clandestina. Entonces, lo que me motivó a mí fue, yo creo que, el ver al mundo campesino de una alegría tan grande y el contraste de pasar después con la dictadura a una pena tan grande; entonces, eso me motivó. Y lo otro que me llamó la atención de que había personas que estaban tratando de oponerse a esta tiranía; esta tiranía, porque un gobierno que fue elegido democráticamente fue barrido por una tiranía que nadie la eligió. El tirano se instaló en el poder para defender unas granjerías de

una minoría de este país, de los más afortunados, más poderosos y barriendo toda demanda y aspiración del mundo obrero, del mundo campesino, de los pobladores. Y eso me conllevó a cada vez ir tomando más responsabilidad en la lucha social.

Yo me integré a la lucha social cuando todos iban arrancando o saliendo; entonces yo iba contra la corriente. Después del Golpe, me integré a la lucha contra la dictadura cuando ya todos se iban exiliando, se iban arrancando; yo iba todo lo contrario. Muchos dirigentes yo no los conocí. Posteriormente me vinculé y conocí a dirigentes en el mundo campesino y, entre ellos también, a varios dirigentes del mundo sindical, del mundo cooperativo, porque me fui vinculando al mundo agrario; por una razón muy simple, yo siempre he vivido acá en el campo. Nosotros sufrimos la represión, no teníamos nada más que hacer en la clandestinidad o en la lucha ocultos porque estábamos descubiertos por todos lados; nos habían fichado por todos lados, entonces de alguna forma había que hacer un aporte a la lucha social y lo decidimos hacer en la parte legal a través de las organizaciones campesinas.

— *¿En qué momento se produce la detención suya?*

— La fecha exacta, yo no sé si fue... para mí fue el día 6 de mayo del 83. No, del año 80, del año 80; y resulta que esa fecha en las conversas, en las declaraciones que hemos dado, no estamos, no estoy muy claro si fue el 6, el 8, o el 10 de mayo; pero fue en ese mes donde, bueno... nosotros comenzamos, fuera de hacer un trabajo clandestino de resistencia a la dictadura, hacíamos un trabajo legal que era con un grupo de la Iglesia católica; formamos un festival

que se llamaba *Cristo un Mensaje*. Y cosa que nunca se podía hacer porque resulta que trabajábamos una parte clandestinos, y otra parte legal. Hasta que nos cayó la CNI y nos detuvo el día... en mayo del año 80. Y bueno, a mí me detuvieron en la casa de otra compañera que también fue presa política, de Federinda González, y fuimos llevados a, o sea, fuimos secuestrados y llevados a cuarteles clandestinos de la CNI en Talca. Posteriormente, supimos que era Talca, porque en ese momento no lo sabíamos; solamente intuíamos que era lejos de aquí de la zona porque apenas nos apartaron de nuestra familia nos vendaron los ojos, nos pegaron los ojos con escotch, nos tiraron al piso de una camioneta C10, con station y el funcionario de la CNI nos tapó con una frazada y no llevó a un lugar, un centro clandestino de detención.

El periodo que yo estuve en la cárcel ha sido fraccionado en dos periodos: el primero, estuve en el año 80 al 83 en la cárcel de Curicó, estuvimos 3 años, 3 meses y 3 semanas, siendo procesados por el fiscal Carlos Hevia Tapia. Y posteriormente, ya en plena pseudodemocracia, fui detenido nuevamente, donde estuve 2 años 8 meses, y al momento de detenerme ocurrió una anécdota, porque viene a la casa el GOPE a detenerme. Primero me detienen, no encontraron armas, nada. Andaban en busca de armas acaso habían armas en mi casa, no había ninguna arma y me llevan a la comisaría de Molina a constatar lesiones, después me llevan a la comisaría de Curicó, luego me llevan a la comisaría de Licantén, me devuelven a Curicó; allá me vio un juez del crimen de Licantén y da una orden amplia de investigar, donde me regresan a Curicó, me llevan al aeródromo

de Curicó, me suben arriba de una avioneta y me llevan al sur a la comisaría central de Concepción, y ahí pasé la noche más perra de mi vida. En esa comisaría, los funcionarios del GOPE, o los que estaban a cargo de la policía, de Carabineros, me esposan en una banqueta, con los brazos por detrás y me tuvieron toda la noche, hasta el otro día, cuando vinieron a sacarme para llevarme a una comisaría de Tomé, donde me llevan a una casa y comienzan a sacar una infinidad de armas que yo ni siquiera sabía que existían, por las cuales fuimos procesados y estuvimos 2 años, 8 meses. Es bueno decir que nunca en mi casa han encontrado un arma; sin embargo, dos veces he sido procesado por Ley de Control de Armas y condenado por Ley de Control de Armas, aun no teniendo dichas armas. Las últimas armas que encontraron, las encontraron a más de 400 km de mi casa. No estaban en mi casa, no estaban en mi propiedad, ni sabía yo que existían esas armas. Sin embargo, la fiscalía militar me condenó, que en ese tiempo era juez y parte, porque no era un poder independiente, sino que en el fondo ellos eran juez y parte. Estuve 2 años, 8 meses también en ese lapso, en Curicó. Fui simplemente un chivo expiatorio para una delación compensada que hizo otro miembro de izquierda que delató y, en compensación, alguien tenía que caer, pasar por la cárcel y estar preso.

— *¿Y sufrieron apremios, maltratos?*

— Sí. Todo tipo de apremios. A algunos más que a otros. El trato fue bien duro porque nos torturaron con golpes de pie y puño, nos pusieron electricidad en los testículos, en el ano, en la boca, en diferentes partes del cuerpo nos ponían electricidad.

– *¿Puede describir un poco eso? ¿Cómo se hacían esas torturas?*

– Bueno, habíamos varias personas que estábamos detenidos, y a todos nos ponían en una pieza, con los ojos pegados con escotch, y vendados, con una capucha más encima. Iban sacando de uno en uno hacia una pieza donde estaban los que infringían los tormentos, que eran funcionarios de la CNI. Porque los mismos que nos detuvieron, ellos no nos torturaron. Nos detuvieron nomás; entre ellos estaba un carabinero que hoy día ya es una persona fallecida, que era del retén Entre Ríos de acá de Casablanca, y él conocía muy bien toda la zona; entonces, los agentes de la CNI a él lo reclutaron como conocedor de la zona, los atajos porque a uno, en primer lugar, cuando lo detenían, lo llevaba por diferentes caminos, lugares para desorientarlo. Luego, la camioneta, después de varias horas, emprendió rumbo por la carretera. No sabíamos si era hacia el sur o hacia el norte; lo único que sabíamos era que cada cierto tramo el ruido de la carretera era diferente cuando pasaba por un puente el vehículo. Se sentía diferente y sentimos varias veces ese lapso y no sabíamos si estábamos hacia San Fernando o hacia Talca. Posteriormente, supimos que estábamos en Talca, o sea, después de mucho tiempo vinimos a saber, porque también hubieron presos políticos en Talca, y ellos nos comentaron dónde estaba el cuartel y dónde estaba..., incluso conocían a algunos funcionarios del mundo de la CNI, entonces... Y al final, estuvimos en un cuartel secreto que estaba en la 6 Oriente, al llegar a la Alameda en Talca. Posteriormente funcionó la fiscalía militar en ese lugar y después

la cambiaron, a la fiscalía militar la cambiaron al regimiento de Talca, en dependencias del regimiento.

– *¿Recuerda algún detalle específico de lo que le hicieron?*

– Sí. Hay una cosa muy compleja, porque yo creo que incluso la corriente se soporta, los golpes; lo más terrible que me hicieron fue que me taponaron la boca con un trapo mojado y me metían agua con una manguera por las narices, que es un tormento escalofriante y terrible. O sea, la corriente se soporta, los golpes se soportan, pero muy complicado fue soportar eso en un momento en que te ponen una manguera metiéndote agua por las narices. Eso fue estremecedor y complicado. Y posteriormente, después de 5 días que nos tuvieron en dependencias del cuartel secreto de la CNI en Talca, aparecimos en la cárcel de Curicó, en calidad de incomunicados y apareció el fiscal Carlos Hevia Tapia como el que iba a estar a cargo de la investigación en el procesamiento de nosotros.

– *En el periodo que estuvo detenido, ¿qué sentimientos tenía respecto de sí mismo, su compañera, su familia?*

– Bueno, el sentimiento más grande que tenía era que a mí me habían sacado, yo estaba estudiando electromecánica; saber que hasta ahí nomás llegaba mi carrera como profesional o como para tener una profesión digna para ganarme la vida; entonces, fue un sentimiento muy grande. Y con respecto a mi familia también, porque a mi padre también lo tuvieron un par de horas detenido; lo golpearon y todo porque mi padre tiene alcance de nombre conmigo, entonces pensaban que él era la persona que andaban

buscando. Y se complicaron mucho porque a mí vinieron a buscarme a la casa y no me encontraron. Y yo tenía una polola; estaba allá en San Gerardo, y fueron a buscarme allá, a San Gerardo. Me quedaba en la casa de mi hermano, y tampoco me encontraron allá. Me regresé para acá, porque íbamos en bicicleta, entonces llegan acá y tenían a mi padre detenido, y yo había salido a la casa de la compañera Federinda González para saber qué es lo que estaba pasando, y ahí llego. Yo les había dicho a mis padres que yo iba a estar ahí en esa casa y ahí llegaron a buscarme, la CNI, y me tomaron; y después de un rato soltaron a mi padre y me llevaron a mí con los ojos vendados y tapado con una frazada en la camioneta, hacia el cuartel de la CNI.

— *¿Tiene algún daño físico o psicológico producto de lo que vivió?*

— Bueno, la verdad que yo no sé si tengo. Psicológico más que nada, pero de físico no sé, porque tantos golpes. Hoy día estoy como enfermo crónico por los golpes que sufríamos en el estómago, en el páncreas, entonces tengo problemas en ese sentido; pero el daño mayor, yo creo que fue lo psicológico. O sea, uno tiene que replantearse toda la vida y nunca olvidas esos momentos; o sea, nunca olvidas, y a veces en la noche uno se despierta sobresaltado o pasas por un lugar y te recuerdas de los agentes de la CNI, o andas mirando hacia atrás, andas siempre como esquivo a ciertas situaciones. Entonces, yo creo que es un problema que me dejó la detención y todo lo que pasamos.

— *¿Usted estaba soltero?*

— Yo estaba soltero; estaba estudiando el cuarto medio de electromecánica en el Politécnico de Curicó.



Archivo, Dian Muñoz H.

– *¿Recuerda algunas reacciones de vecinos respecto a su detención? ¿respecto a su postura antidictadura?*

– No, yo creo que lamentaban que me hubiesen detenido porque siempre me habían visto como un estudiante que no fallaba nunca

al colegio, un estudiante ejemplar; no era mal estudiante, tenía un promedio de sobre 5 en todos los ramos. Entonces los vecinos, yo creo que nunca he conversado esos temas con ellos, pero al parecer el temor que infringía este tipo de acciones de la dictadura se esparcía más de lo común. Yo, posteriormente, después que estuve en la cárcel, seguí luchando igual en una organización campesina, hasta hace pocos años atrás. Fui dirigente de diferentes comités campesinos, formamos asociaciones gremiales y llegué a ser presidente nacional de Solidaridad Campesina, que es una asociación gremial nacional que se formó. Mira, nosotros partimos haciendo la asociación gremial en el año 83, a fines del 83, y duró hasta el año 98. Después se fue transformando en diferente, fue tomando otros nombres porque nosotros... fue gente muy progresista que organizó con profesionales la asociación gremial. Pero, paralelamente, se formaron asociaciones gremiales de tendencia demócratacristiana, y comenzaron también ellos a disputar el espacio de Solidaridad Campesina. Al final, nosotros propusimos formar una Coordinadora Nacional, lo que ellos aceptaron, los demócratacristianos, y después se desdijeron y ellos siguieron con La Voz del Campo y nosotros seguimos con la CONAPROCH (Confederación Nacional de Asociaciones Gremiales y Organizaciones de Pequeños Productores Campesinos de Chile). Nunca quisieron unir fuerzas en ese sentido; entonces, nosotros estuvimos organizando comités campesinos, y en diferentes lugares, aquí en... como es que se llama, en Lontué, Entre Ríos, Pirigüín, Santa Rosa, La Higuera. Formamos diferentes comités campesinos que ayudaron mucho al

proceso de recuperación de la democracia, a tal punto que fuimos capaces, en la comuna de Sagrada Familia, de sacar al alcalde de la organización Lautaro; llegó a ser alcalde Francisco Meléndez, que era el secretario de la organización Lautaro, de Sagrada Familia. Llegó a ser alcalde de la comuna. Eso fue lo que seguimos haciendo; o sea, mi vida ha estado siempre vinculada a la cosa social, porque cuando yo fui detenido, yo formaba parte de un grupo juvenil cristiano también, y organizábamos el famoso festival *Cristo un Mensaje*. También, después que yo reinicié, qué sé yo, mi vida en libertad, me fui metiendo más en el mundo campesino, porque era donde yo nací, siempre; soy nacido y criado acá en el sector, en el campo.

– *¿Toda esta experiencia que vivió ha tenido alguna influencia en su propia familia, en su esposa, sus hijos?*

– Bueno, mis hijos están muy conscientes y gracias a Dios, gracias a mi experiencia, mi consecuencia, ellos han sido también, en su pensamiento, muy progresistas. De hecho, mi hija es dirigente sindical; ella es profesora, mi hija mayor. Ella hace clase en el Padre Hurtado en Chillán; es profesora de Enseñanza Media y es dirigente. Es la presidenta del sindicato del Padre Hurtado en Chillán. Tuvieron una muy buena negociación; hicieron la mejor negociación de los profesores en la octava región, o sea, tuvieron muchos beneficios. Incluyeron incluso a los auxiliares del colegio, y estaban, pero fascinados, muy contentos, porque un auxiliar debe ganar un sueldo mínimo, les subió el sueldo mínimo, en ese tiempo estaba como en 200 y tantos mil pesos, les subió a más de 500 mil

el sueldo base. Entonces fue, pero una cosa maravillosa. Mi otro hijo también es muy consecuente con el pensamiento progresista.

– *Si tuviera que señalar un hecho puntual que lo llevó a comprometerse en este tipo de lucha social, podría decirnos, más que nada, ¿qué fue, qué lo marcó?*

– Yo creo que, siempre lo he dicho, el contraste que se produjo en esa dicotomía del gobierno popular, donde estaba con tanta alegría el mundo campesino, y con tanta esperanza, y después esa tristeza tan grande después del golpe militar, donde vinieron hambrunas terribles en el campo. O sea, después de tener una abundancia, hubo escasez de todo. Claro, se decía: ¡Putá! En tiempo de Allende habían colas; pero después, no había plata con qué comprar las cosas. Tú las veías en la vitrina y no las podías comprar; por último, antes hacías una cola y comprabas las cosas, pero después tenías que mirarlas y seguir de largo porque no podías comprarlas porque no tenías plata. Entonces, eso era lo que yo creo me marcó mucho esa situación.

– *¿Hay algo que quisiera agregar a esta conversación?*

– Bueno, hay una cosa muy puntual que yo creo que es una demanda, una reivindicación. Las víctimas que fuimos torturados, que fuimos secuestrados por agentes del Estado, que tenemos pensiones miserables, que en el caso mío son \$227 mil pesos. Los torturadores, los que nos secuestraron, los que violaron nuestros derechos humanos tienen pensiones de 500, 800, un millón y medio, dos millones de pesos. Entonces, hay una tremenda injusticia en ese sentido. O sea, nadie está pidiendo que haya una pensión

que la tripliquen, pero por lo menos que la hagan un poco más digna, porque nosotros, bueno, estamos dentro de las víctimas de la represión de una oligarquía en este país. Entonces, estamos dentro de las víctimas, no de los que fueron victimarios; entonces, en ese sentido yo creo que es una demanda muy sentida, que yo creo que no es mía, sino que, de todo el mundo, ya sea Valech o de la Comisión Rettig, de mejorar las reparaciones políticas porque son absolutamente insuficientes. Mira, cuando partió todo esto, era levemente superior al sueldo mínimo; hoy día está a menos de la mitad del sueldo mínimo, entonces hay una pérdida de poder adquisitivo en la reparación que no tiene ningún sentido.

Algo más. Esa noche cuando me vieron esposado, se produjo un acto de solidaridad. Bueno, yo ahí en realidad pude entender lo que es la verdadera solidaridad. Mientras yo me encontraba esposado en la banqueta esta, con los brazos por detrás con las esposas, se acercó una persona a carteriarne, y comienza a revisarme las carteras a ver si yo andaba con dinero, y yo no atiné a nada más que decirle: oiga compadre, no se da cuenta que voy preso. “¡Chuchas, hermanito! ¡Cómo lo tienen estos bandidos, verdugos de mierda!”, dijo. Y llega, dijo: “oiga, aquí hay un compadre que tiene una frazada. Yo lo voy a abrigar”. Y fue, trajo una frazada, me abrigó ahí esa noche, en ese momento. Y posteriormente, la misma persona que yo nunca supe cómo se llamaba, fue y dijo: “aquí hay uno que tiene algo pa’ comer. ¿Le han dado algo de comer?” No nada. “Aquí hay alguien que tiene algo para comer”. Y fue a buscar; parece que son tunas, me dijo. “¡Ya, po!” Y comienza a darme en la boca, y eran kiwis. Entonces, me

comenzó a dar kiwis en la boca, porque no había comido en todo el día, a todo esto. Entonces, desde las 6 de la mañana, o las 5 que me habían detenido, hasta como la 1 ó 2 de la mañana del día siguiente, a esa hora fue cuando yo estaba esposado en la comisaría central de Concepción. Esa es como una anécdota. La verdad es que los actos de solidaridad más grande los he vivido en cárceles. Un día, en la cárcel de Talca, un preso común, que ahí no permitían entrar ningún tipo de fruta; a veces, los que trabajaban en la cocinería, en el casino de gendarmería, en la cárcel de Talca, los mozos que trabajaban ahí o los internos que iban a trabajar, a hacer conducta, llegaban con un racimo de uva, melón; y ahí en un preso común vi un acto de solidaridad muy grande: llegó con un racimo de uva escondido y comenzó, en la carreta, a repartir de 2 ó 3 granitos a cada uno, 2 ó 3 granitos a cada uno. Fue el acto de solidaridad más grande que he visto en mi vida; porque muchos entienden la solidaridad como algo que te sobra tú se lo regalas a otro; y la verdadera solidaridad no es eso, sino que es desprenderse de algo que le duela realmente a uno. Perfectamente esta persona se lo podría haber comido solo, escondido en el baño, en algún lugar en la cárcel, el racimo de uva; era su racimo, en todo caso él decidió compartirlo con todos los que estábamos en la carreta. Un delincuente común hizo ese acto generoso de solidaridad.

Bueno, el total que yo he hecho en las cárceles han sido más de 6 años de mi vida. El primer periodo de cárcel fueron 3 años, 3 meses y 3 semanas, donde el fiscal Carlos Hevia Tapia quiso seguirme un nuevo proceso en la Corte de Apelaciones de Talca

y nos mandó a Talca; allá se declaró incompetente la Corte de Apelaciones y nos remitió de nuevo al fiscal acá en Curicó. Y el segundo periodo fueron 2 años 8 meses en la cárcel de Talca. Ahí pasé también por la cárcel... conocí varias, la cárcel de Molina, la cárcel de Curepto, y al final vine a rematar en la cárcel de Talca. Ahí estaría todo, en síntesis. Pero conocí otras cárceles, más que nada la de Curicó y la de Molina. Ahí estaría todo, la historia de mi vida relatada.

– Muchas gracias por entregar su testimonio de lo que vivió en esos momentos.

CONTRIBUCIÓN A LA CONCIENCIA HISTÓRICA

DIEGO MUÑOZ CAMPOS

CASABLANCA, MOLINA

Mi nombre es Diego Muñoz Campos, tengo 73 años. Soy profesor jubilado.

– *¿Qué edad tenía usted para el golpe militar?*

– Tenía 23 años; estaba estudiando en la universidad, mi último año de la carrera, y simultáneamente tenía unas horas de clases en el Liceo de Hombres de Curicó, también en una escuela de Santa Cruz. Estaba terminando la carrera, como dije, en la antigua Universidad de Chile, Sede Talca.

– *En esa época, ¿participaba en alguna organización, en algún partido político?*

– Sí, participaba en el MAPU, que se unió a los partidos que apoyaban al gobierno de Salvador Allende. Comencé actuando socialmente en el Centro de Alumnos de la escuela de Casablan-

ca, el año 69, junto a otros amigos del vecindario; recuerdo que publicamos un semanario, *El Progreso*, patrocinado por los comerciantes del sector, donde hablábamos de temas que afectaban a la comunidad. Yo tenía 19 años. Después, mientras estaba en la universidad, conocí a gente que era activa en ese movimiento y comencé a actuar políticamente con ellos. Pero mi participación política en ese caso, yo creo que se originó durante mis primeros años, de infancia y adolescencia, en Casablanca; mi familia era y sigue siendo de Casablanca, la antigua Viña Casablanca, que era parte del departamento de Lontué. Y como niño, como cualquier otro niño en ese barrio, conocíamos las condiciones de vida de mucha gente campesina. Casablanca es un sector rural de la comuna de Molina, rodeada de muchos fundos de aquella época, fundo San Ignacio, fundo Favorita, fundo Entre Ríos, La Maravilla. Entonces, nos correspondía activamente estar involucrados en la vida social del lugar. Yo recuerdo, por ejemplo, pensando un poco en cómo uno comienza a desarrollar su conciencia social y política, recuerdo desde la infancia nuestra, o mía personal, hacíamos trabajos agrícolas a personas que tenían pequeñas viñas ahí, durante las épocas de trabajo correspondientes al cuidado y al funcionamiento de estas viñas pequeñas; como era, por ejemplo, desbrotar las parras, sacar los sarmientos, y poco a poco tú te comienzas a dar cuenta del valor que tiene el trabajo agrícola, que tenía en ese momento para los campesinos del lugar. De tal manera, que tú vas creciendo; y en el liceo yo no tuve la oportunidad de contactarme políticamente con nadie. Yo salí de la Enseñanza Media el año 67

(de 6to Humanidades, en esos años), el año 68 era hacia el fin del gobierno de Eduardo Frei Montalva; me tocó los primeros años de universidad de mucha efervescencia política. Eran los años de la gran reforma universitaria y eso significó muchísima agitación política juvenil, en la cual me vi envuelto, y significó desarrollar mi conciencia política a otro nivel. Y en el momento del golpe militar yo era presidente de la junta de vecinos de Casablanca; tenía 23 años.

– *Y cuando fue el golpe militar, ¿fue detenido?*

– Sí.

– *¿En qué circunstancias lo detuvieron?*

– En ese momento, en septiembre de 73, yo era... actuaba socialmente a través de la junta de vecinos de Casablanca. De hecho, yo participé, entiendo que fue la primera junta de vecinos que hubo en el lugar. Se constituyó la junta de vecinos inicialmente en los años... debe haber sido 71, 72. De tal manera que yo era activo en esa comunidad, a través de la junta de vecinos. Vino el golpe militar, muchos no sabíamos qué iba a pasar. Nadie tenía idea lo que significaba un golpe militar. Y escuchábamos lo que pasaba a través de la radio y, posteriormente, nos escabullimos; estuvimos, digo yo, porque también eran otros compañeros del mismo sector, con misma participación en la comunidad. Estuvimos 3 ó 4 días escondidos, realmente en unas viñas del sector, y a través de amistades supimos que el día 15 de septiembre, o sea, 4 días posterior al Golpe, pasó un vehículo nombrando un montón de personas que tenían que presentarse en la comisaría de Molina,

dando certeza, seguridad, que nada les iba a pasar. Y entre la lista que mencionaban estaba yo y varias otras personas, compañeros del lugar. Mencionaban a gente que tenía una larga tradición sindical; recuerdo a Manuel Barrera, René Valderrama, que eran hombres mayores que yo, pero tenían una tradición organizativa mucho más prolongada. Y el día 15 de septiembre del 73, varios de nosotros nos presentamos en la comisaría de Molina, confiados en que era un trámite simplemente, pero nos dimos cuenta inmediatamente que la cosa venía mal porque fuimos recibidos muy... a golpes en la comisaría. A golpes, insultos..., recuerdo que nos pusieron... la comisaría tenía una caballeriza atrás. Nos llevaron para atrás, nos pusieron en fila, había ahí carabineros, después notamos que había milicos; y empezó el interrogatorio; no recuerdo haber visto civiles ahí, en la gente que participaba en los interrogatorios. Lo primero que nos hicieron fue cortarnos el pelo; a mí me cortaron el pelo con esos tijerones que tusan los caballos. En el fondo era denigrarte; empezar a quebrarte, digamos. Muchos golpes, patadas en el estómago, golpes en la cabeza, empujones; recuerdo que había unos arbustos espinosos ahí, nos sacaron la mugre y siempre la pregunta era: dónde estaban las armas. Recuerdo que habían publicado en los diarios de la época, en la portada, había armas, que se supone con esas armas nosotros los íbamos a asesinar a ellos. Para ellos: o eran ellos o éramos nosotros. Entonces, nos decían: “¿dónde están las armas, conche’ tu madre?” Insultos de todo tipo ahí, y golpes y todo. Y después, ese mismo día al atardecer, nos llevaron a Talca. Y la situación al salir de la comisaría, me acuerdo,

muchos golpes de nuevo, *callejón oscuro* prácticamente; recuerdo que la comisaría tenía unos escalones, entonces al bajar y subirse a una micro que había ahí esperando, muchos golpes, insultos, empujones, culatazos. Y ahí nos llevaron a Talca, directamente.

El trayecto a Talca fue para mí personalmente fue muy, cómo diría, muy inexplicable; trataba de seguir un poco qué estaba pasando, y era como que tu cerebro no funcionaba a la par. Tú hacías lo que te decían, y en el caso del trayecto a Talca nos llevaron todo el camino agachados, con las manos en la nuca, inclinados hacia las rodillas y con un guardia, un milico era en este caso, en el pasillo de la micro. Cuando íbamos para allá, yo iba tan cansado de estar en esa posición y al lado había un milico y me pega un culatazo por las costillas: “¡qué te moví conche’ tu madre!” Y ahí, de nuevo, despacito, bajando a la posición que ellos querían que uno fuera.

Nos llevaron a Talca, pero antes me acuerdo que paró el vehículo, no sabíamos dónde, pero después supimos que era por ahí en el puente de Río Claro, y sin saber qué iba a pasar con uno; o sea, no sabías donde te llevaban. Suponíamos que podía ocurrir ahí cualquier cosa, una masacre, un fusilamiento. Era un... atemorizarte; y llegamos, me acuerdo, a Talca, al regimiento, directo al regimiento. Y de nuevo, bajarse del vehículo, *callejón oscuro*, mucho golpe y nos pasaron a una sala, una pieza. Había otros compañeros ahí; todos los que íbamos bajando nos iban metiendo en la misma pieza, el mismo lugar. Y de nuevo, el mismo trato vejatorio, denigrante: garabatos, golpes, patadas, lo que fuera. Sin saber qué iba a pasar con nosotros. Empieza ya el temor a apoderarse de ti,

digamos. El miedo, no sabías que... a mí me pasó eso, que recuerdo nítidamente, como que mi cerebro iba atrás, iba atrás tratando de entender las situaciones. Uno actuaba, hacías lo que te decían que hicieras; no entendías por qué tanta violencia; también por qué te habían detenido. Durante esa época, existía mucho la educación política; por ejemplo, nosotros en Casablanca teníamos un grupo de estudio y leíamos, leíamos de política, escritos de marxismo, de la doctrina social de la Iglesia, un montón de documentos que tenían que ver con el desarrollo político-cultural de uno. Y no era algo ilegal, prohibido, sobre lo cual podías esperar algún castigo; o sea, era normal.

Quizá un poco contar brevemente por qué nosotros pasamos a ser personajes, digamos, sujetos de ser perseguidos. Previo al golpe de septiembre, hubo en el sector de Molina... había problemas de transporte; había paro de camioneros, había paro de micreros, entonces las personas no se podían trasladar al hospital, a hacer sus compras, y la CUT, me acuerdo, la CUT de Molina organizó una marcha en apoyo al gobierno y también en protesta porque esta gente no tenía la locomoción, las micros circulando. Y se armó una caravana desde Casablanca a Molina, con mucha gente del sector, de Entre Ríos, La Maravilla, Favorita, los obreros industriales y campesinos del lugar.

Me acuerdo que el grupo nuestro venía con las típicas banderas del MAPU, usábamos esos cascos de trabajadores de la construcción, esos cascos verdes identificados con el movimiento del MAPU, en apoyo al gobierno. Para resumir esa situación, en el trayecto

de Casablanca a Molina, la columna era imposible de controlar, entonces algunos campesinos y otra gente empezó a rescatar micros, al menos dos, recuerdo yo, que tenían guardadas los choferes. Recuerdo haber sacado... un grupo de personas sacó una... cómo les llamábamos, una *liebre*. Había una liebre escondida, guardada, mejor dicho, en el fundo Santa María. Y ahí se descolgó un grupo de personas de la columna, abrió el portón donde estaba guardada la liebre, la sacaron, la echaron a andar y vamos, la agregaron a la columna. Lo mismo pasó en la Escuela Agrícola Gonzalo Correa. Detrás del edificio de esta escuela había otra micro guardada; se hizo lo mismo: alguna gente se descolgó de la columna, sacó la micro y la integró a la columna. Llegamos a Molina, mucha gente, conversación con el gobernador, en ese momento el gobernador era Mario Morán.

No hubo solución a los problemas, de tal manera que, al final, la gente que había venido en la columna desde Casablanca, Lontué, Entre Ríos, volvimos al sector de Casablanca, y no hallábamos qué hacer con las micros. Entonces, las fuimos a guardar al fundo San José. Yo, como era dirigente vecinal, andaba haciendo cabeza. Finalmente, se guardaron las micros, la gente que estaba a la entrada del fundo empezó las fogatas porque se oscureció; y los campesinos y otras personas alrededor del fuego. Al rato después, llega un bus de carabineros a rescatar las micros y empiezan a preguntar por los cabecillas. Claro, uno no quiere hacerse ver de cabecilla ahí, porque se suponía que la cosa estaba mala; no había ocurrido el golpe todavía, pero había un ambiente muy tenso. Y recuerdo muy

bien una situación que a mí se me ocurrió. Claro, yo escabulléndome entre la gente, recuerdo que me subí a una pirca a la entrada del fundo San José; una pirca, un cerco con piedras. Entonces, a medida que iban saliendo los carabineros con las micros, las recuperaron, digamos, me subo arriba de la pica y digo a viva voz: *¡El pueblo uniformado también es explotado!* Me bajo, me escabullí de nuevo. Al sacar las micros, la gente empezó a apedrear el bus de carabineros y las micros que habían rescatado. Por qué cuento esto, porque fue una instancia en que yo ocupé un lugar, o sea, me hizo visible para los carabineros del sector, y para los milicos, posteriormente; nos identificaron con eso, de todas maneras. Fue un acto que reveló quienes éramos nosotros en ese lugar.

— *¿Cuándo tiempo duró esa detención en Talca?*

— Como un mes y medio. En Talca, bueno, del regimiento nos llevaron a la cárcel de Talca, en la noche. Fue una experiencia, bueno, la verdad que entrar a la cárcel fue un alivio, un descanso, porque ahí no nos castigaron a nosotros. Lo que sí ocurrió, todo el periodo que estuvimos, que yo estuve ahí, que debe haber sido como un mes y medio, más o menos, tortura psicológica; nos hacían salir al patio que tenía la cárcel a un lado del edificio, nos ponían en fila, boinas negra, gendarmes por todos lados, milicos en la parte de arriba apuntando hacia abajo. Frente donde nos ponían a nosotros, pasaba un milico identificando gente: “¡Voh, ven pa’ cá!” Se lo llevaban a un baño que estaba al frente, un baño que ocupaban los presos comunes, ahí le aplicaban torturas, dentro del baño, pero estaba a 3 ó 4 metros hacia allá, entonces, escuchábamos todos los gritos,

todas las quejas, todo eso. A mí nunca me tocó que me hubiesen sacado de la fila, pero me tocó escuchar, ver todo lo que le hacían a la gente. Los boinas negra, imponentes, con sus metralletas y cosas; una tortura psicológica única, muy fuerte.

– *Cuando se entregaron en forma voluntaria y se los llevaron, ¿su familia sabía dónde estaba?*

– Yo creo que no sabían en el momento, porque claro, a nadie le avisaban dónde le llevaban al pariente. Pero después, teníamos visitas regulares, digamos. Eso fue mi experiencia en Talca, pero yo tuve otra experiencia de represión en Molina. En diciembre de ese mismo año 73, hicieron una redada; en ese momento nosotros nos habíamos ido de Casablanca a Lontué; estábamos viviendo en la casa de un cuñado. En diciembre, entre Pascua y Año Nuevo del 73, llega un vehículo particular, del rucio Presley, con el jefe de retén de Casablanca a buscarme y me traen a la cárcel de Molina. Ahí estuve como 8 días. Ahí fue, básicamente, tortura psicológica, porque me correspondió saber del caso del compañero Rosiel Segovia, de Casablanca, a quien habían torturado mucho, mucho. Él era socialista y trabajaba en Vialidad. Me tocó conocer esa situación del compañero Segovia cuando intentó matarse; lo tenían arriba, en el segundo piso de la cárcel y un día en la noche sentimos un ruido de pasos para allá, carreras para acá, y empezamos a mirar por las rendijas de la celda. No sabíamos qué pasaba. Después, uno de los gendarmes se acercó donde estaba el grupo de nosotros y nos dijo lo que estaba pasando; que habían encontrado sangre y que era que este

compañero se había intentado matar. Ahí lo bajan y le llevan al hospital. Esa fue la segunda experiencia de cárcel mía.

– *¿Y cuál fue la razón de esta detención?*

– No daban razones; ninguna razón. Yo creo que era una justificación para evitar que hubiera algún grado de efervescencia en esas fiestas de fin de año. Que se volviera a juntar la gente, que reaccionara, qué sé yo. Era prevención en el fondo y uno ya estaba fichado.

El tema de la represión lo viví también en otra ciudad, para completar un poco la descripción. Después de Lontué, a comienzos del 74 nos fuimos a Santa Cruz. Yo trabajé en el liceo de Santa Cruz y el ambiente era muy, muy denso en esa época, 74, 75. El año 75 a mí me toman detenido de nuevo. Me llevan a la comisaría primero y después, al otro día, al regimiento de San Fernando. La razón, la verdad es que fue una cosa muy ingenua de mi parte y de otro colega, Luis Vásquez, profesor de matemáticas, porque durante el día de celebración del día de la bandera, nosotros hicimos una cosa que, posteriormente me di cuenta, había sido una imprudencia: salimos nosotros a cantar en el mismo acto de la bandera una canción que no tenía nada que ver con el motivo del acto. Después, pensando, creo que fue un acto de rebeldía muy ingenua, y no medimos las consecuencias. Creo que, en el fondo, yo no calibraba lo que era realmente el facismo; con una mirada retrospectiva, pienso que era una falencia de la educación política de la izquierda, en general.

Para resumir, me llevan a mí y a mi colega al regimiento de San Fernando. Yo creo que, entre las experiencias dramáticas, de torturas, de apremios, esa para mí fue la peor, San Fernando.

Yo estuve aproximadamente una semana en ese regimiento. Nos tuvieron... aplicando... una de las cosas que recuerdo... varias situaciones que cuando las recuerdo me emocionan. Por ejemplo, los típicos interrogatorios por las armas, pero en ese caso fueron muy distintos a los interrogatorios que yo había pasado acá en Molina, por ejemplo; acá era sin vendaje. En San Fernando, en el regimiento, me aplicaron un sistema que, me pusieron una bolsa en la cabeza, hacia abajo, los brazos atrás en la espalda, con los dos dedos pulgares amarrados con una cuerda, y la misma cuerda alrededor del cuello. La bolsa aquí y la cuerda por fuera; entonces, con los brazos bien arriba en la espalda, por supuesto que en forma natural tratas de bajar los brazos y eso te va ahogando. Entonces, llega un momento en que no puedes respirar; y simultáneamente vienen los golpes, las preguntas: “¿Y dónde están las armas? ¡tal por cuál!” etc., etc. Después supe que esa técnica de tortura se conoce como el *submarino seco*. Me acuerdo que me empujan mientras me llevan a otro cuarto y, claro, no ves nada, y me doy un golpe fuertísimo en la cabeza contra un palo, contra un pilar de la casa.

En otro momento, me aplicaron corriente. Era invierno esto, en julio. En el regimiento había un área de piscina. Me sacan de la casa, a pie pelado, lloviendo. Dentro del regimiento había una casa de tortura, de detención, que la habían tapiado con zinc, que no se podía ver nada hacia afuera. Lloviendo, me sacan, con un milico al lado, caminando a pata pelá por la lluvia, y me llevan al lugar de la piscina. Me sientan en un camarín, a caballo en una banquilla, y me empiezan a aplicar corriente. Me aplicaban

corriente aquí, acá, en el cuerpo; no me aplicaron corriente en la boca, por ejemplo. Y lo mismo, las mismas preguntas, el mismo tipo de interrogatorio: “¿Dónde están las armas? ¿Cuáles son los nombres de los demás miembros de tu grupo subversivo?” Y claro, resulta que la corriente te impacta más cuando tú estás mojado, a pie pelado, pisando el suelo; entonces, el golpe que te da es mucho más intenso, o uno lo siente más fuerte.

El otro momento que también fue una experiencia muy trágica para mí, y denigrante. Un par de cosas, un poco para ilustrar la... resulta que la comida que te daban era una comida al día y muy seca. Por ejemplo, porotos, como tronco; ponías la cuchara y quedaba parada. Entonces, da mucha sed. No te daban agua y me acuerdo que llovía fuerte; yo pedía: ¡Denme agua! ¡Quiero agua! “¡Aquí no hay agua, conche’ tu madre!” No recuerdo las palabras exactas, pero les imploraba que me dieran agua. Después de varios días comiendo puras cosas secas, de repente, me abren la puerta y me dejan salir. “¡Ahí tenís agua!” La casa tenía un par de escalones, me hacen bajar y me hacen ir a tomar agua de lluvia a una poza llena de barro; yo en mi desesperación, no hago ninguna otra cosa y me tiro de cabeza a tomar agua de la poza, como los bueyes, así..., con ambas manos, chupando desesperado, tomando agua con barro. Y luego, vuelta al cuarto frío y oscuro, todo mojado.

La otra cosa, muy denigrante, además; un día necesitaba ir al baño, y no nos dejaban ir al baño. Necesitaba hacer, de todo. Me hacen salir, me ponen un poco saliendo alrededor de la casa, hacia atrás; me acuerdo claramente que estaba lloviendo. Bajo el alero

de la casa, lloviendo, un milico aquí, otro milico allá a unos 4 ó 5 metros, una reja de alambre, unas matas de cicuta al lado de la alambrada. Ahí tuve que defecar, con dos milicos apuntándome. Y después, limpiarme el trasero con cicuta mojada...

Ahí estuve 6 días, con mi otro colega. Recuerdo que a este colega le afectó mucho la detención y no quería comer. ¡Come, hueón! le decía yo. Después él se acordaba y me agradecía.

Y recuerdo de algo que yo hice, algo así como un acto que nace de pura humanidad; había otro compañero en esa misma casa que lo tenían en otra celda, otra pieza. Yo no lo conocía, no tenía idea, y estaba tan mal el hombre, y en un momento le pasé un par de pantalones. Me lo agradeció y todo. Por qué cuento esto porque, no sé, porque en medio de toda esta locura, hubo actos de humanidad que uno vio o realizó. Al año o 2 años después, yo iba en un tren de San Fernando a Santiago, no recuerdo por qué, y diviso a este compadre en el tren; todavía tenía un temor tan grande que no pude acercarme a él. Era la época en que desconfiabas de todos. Entonces, nos miramos así, como con una mirada de reconocimiento y cada uno siguió y se escabulló entre el resto de los pasajeros.

Debo dejar constancia de esto: no existe registro en el regimiento de San Fernando de mi detención. A raíz de todos esos trámites para evidenciar esas experiencias en relación a la Ley Valech, yo fui a buscar evidencias, a buscar algún dato que... no existe registro de lo que yo pasé en ese regimiento. Con seguridad, era una práctica común no dejar registro de lo que hacían ahí.

SEMANARIO

No. 4. - $\text{E}^{\circ}\text{O}, 40$

LA MEJOR HERENCIA: LA EDUCACION.—La gente de clase media, el campesino, el obrero y todos los que constituyen el pueblo en un país, no poseen ningún otro medio de escalar posiciones sociales, si no es por la educación, ya que su condición no le permite lograrlo de otro modo; luego ésta es más importante de lo que parece.

es una importante de 15 que parece ser el promedio de nacimientos de 13-15-16 años: "no voy más a la escuela", pero está joven no es de cuenta del inmenso mal que se está causando. Algunas veces es porque está consciente de los problemas de su hogar y desea ayudar a solucionarlos trabajando, no quiere ir a la escuela, pero a veces es porque sus padres nunca le han dicho del grave mal que se hace y por el contrario piensan que su hijo está condenado a ser igual que ellos, si "nació para chicharra" tendrá que morir con ella. Hay casos de dificultades, pero nunca debe dejarse a un hijo sin educación porque esto es un daño irreparable. En cambio, los sacrificios de unos pocos años dan sus frutos cuando el hijo ha llegado a un nivel en el que puede usar la única arma de lucha, en la vida, es la educación que recibió.

Hay un refrán popular que dice: "La única herencia del pobre es la Educación; quien lo dijo, no pudo ser más acertado.... Piénselo y verá que es la pura verdad.... Herencia material puede dejarse mucha, pero ésta se acaba.... el contrario la educación no se termina, sino cuando la persona muere...."

A los padres que mediten....A los hijos que piensen que ellos, también, van a ser padres algún día y tendrán que enseñar a sus hijos lo que a ellos se les privó por motivos que nunca faltan.-

SINDICATO SAN JOSE

En la sede de este sindicato, nos dieron a conocer una serie de problemas que afectan a sus miembros, los cuales damos a conocer a continuación:

- 1.-Mal estado de las casas, sin cocina, activo por el cual deben hacer fuego al aire libre.
- 2.-La comida no cumple con los acuerdos del Acta de Advenimiento.
- 3.-Atraso de Libretas de Seguro.
- 4.-Desconformidad por el no cumplimiento a tiempo de las solicitudes que cada uno debe cancelar los 7 primeros días de cada mes.

Nos permitimos informar oficialmente que han sido nombrados dos nuevos Profesores en nuestra Escuela. Ellos son los Sros. MARIO VALENZUELA SALAZAR y JOSE RODRIGUEZ GONZALEZ, que desempeñarán sus funciones en I Año B y III Año B, respectivamente. Les deseamos felicidades y éxito en sus nuevas funciones.-

DEPORTES
El Club Dpto.O.Comenzaz enfrenta hoy
domingo 10 al Club.Dptvo."Los Robles
en Los Robles.- 0

Club Dpto. San Patricio de Favorita
enfrenta al Club Dpto. La Esmeralda
Directiva de San Patricio:-

VICE-SECRETARIO Guillermo Rojas.-

Tenemos el agrado de anunciar que el Sábado 23 de Agosto será bendecido en la Iglesia Adventista de Molina el matrimonio del Sr. Alvaro Aguilera con la Srta. Graciola Bertucci.

CAMPANA 3: -1.-Cuidemos el alumbrado público.No destruyamos las ampollitas
2.-Respetemos las normas del tránsito.Caminemos por las veredas

VI. PROGRESO, un Semanario al servicio de la Comunidad.-

270

En esa cárcel, logramos cierto reconocimiento de parte del Alcaide; logramos que nos autorizaran a hacerles clases a 3 presos políticos que estaban tramitando salir de Chile a Canadá. Mi colega les hacía clases de matemáticas y yo, clases de inglés; también fue un tiempo de autodescubrimiento: aprendí a remendar zapatos y le hice un jeep de madera con ruedas de caucho a mi hijo de 3 años. Alegría en medio de la adversidad.

– *Y cuando lo liberan, ¿qué hizo?*

– Cuando me liberan me dejaron volver al liceo; yo trabajaba en Santa Cruz, como dije; pasé este periodo en el regimiento y en la cárcel de San Fernando, salgo de la cárcel y me integran al Liceo de Niñas de San Fernando. Estoy hablando de octubre, noviembre y diciembre; estuve como 3 meses, para finalizar el año, trabajando como si nada hubiese pasado. La procesión por dentro, como dicen. Nadie de esos colegas supo nada. Yo no conocía a nadie, a ningún profe; yo entraba, hacía mis clases y me iba.

– *¿Qué consecuencias le dejó esa detención?*

– Consecuencias físicas, yo creo, fue que al poco tiempo que me tocó vivir esa experiencia me dio pleuresía; pleuresía es la inflamación de la membrana que recubre el pulmón. Estuve harto tiempo con sobrealimentación, inyecciones de penicilina tres veces al día; debo reconocer ahí que mi esposa, Wanda, me brindó diligentemente los cuidados que yo necesitaba para recuperarme. Mucha inyección, sobrealimentación, para impedir que se convirtiera en tuberculosis. Creo que fue producto de los golpes y del frío que pasé. Esa fue la consecuencia física, directa. Y la consecuencia psicológica, mucho

temor por muchos años; mucha sensibilidad. Pasó mucho tiempo en que yo no podía hablar de este tema; veía una película en que hubiese mucha violencia y no la podía ver. Esas películas de guerra, mucha violencia, bombas y disparos, no era agradable verlas. Y yo creo que hasta ahora me provoca una inquietud interior el ver el ejercicio de la violencia contra otra persona o contra un animal. No hace mucho, bueno, un par de años, yo creo, atropellé un perro... tuve que pararme. Tuve que detenerme..., no podía manejar. Esa fue la consecuencia psicológica, mucho temor, mucha sensibilidad a la violencia. Atropellé a ese perro y lo maté... no pude seguir manejando y tuve que pararme y esperar recuperarme para poder llegar donde iba. Los primeros años después de vivir esas experiencias traumáticas, llegué a sentir odio hacia los uniformados y los civiles que colaboraron con el ejercicio de la crueldad; el paso del tiempo morigeró tus sentimientos y te das cuenta que detrás de esos uniformes hay seres humanos, hay familias, hay hijos e hijas y comienzas a procesar los hechos desde otra mirada. Pero son procesos largos y no exentos de dificultad que también requieren ajustes desde la otra vereda, en lo que se refiere a formación profesional en derechos humanos.

— Finalmente, ¿qué lo llevó a hacer esta recopilación de testimonios sobre violación a los derechos humanos en Molina?

— Efectivamente, tiene que ver con un compromiso personal de visibilizar las atrocidades que se cometieron durante la dictadura en esta comuna. No existen evidencias físicas, materiales, de todo lo que pasó, y ha sido para mí una experiencia enriquecedora poder conocer lo que otras personas vivieron, de tal manera que siento la

necesidad, la importancia, de que esta crueldad, estas atrocidades, este daño que le causaron a tanta gente, se conozca. Lo conozcan las nuevas generaciones, por muy doloroso que sea, por muy trágica que haya sido la experiencia, creo que es necesario que la población, en general, se dé cuenta lo que significa un Estado fascista. Y es necesario que se le dé la relevancia, que se le tome el peso, realmente, a lo que significa vivir bajo una dictadura que no respetó jamás los derechos humanos de mucha gente; que dañó física y psicológicamente a tantas personas, que hizo desaparecer a tanta gente. Eso, creo yo, tiene que salir a la luz pública, quedar escrito, de alguna manera quedar evidenciado, todo lo que significó la dictadura para tantas personas, víctimas directas y sus familias, en todo el país, y en particular en esta comuna. Esta comuna sobresalió a nivel nacional por el tema de la Reforma Agraria. Aquí se constituyeron muchísimos asentamientos campesinos, que adquirieron una conciencia y se empoderaron de su condición de trabajo. Ese proceso marcó un hito en la organización campesina y en la cantidad de hectáreas que se expropiaron acá, y que se distribuyeron entre los campesinos. Se estableció un modelo de gestión agrícola que fue único y que, posteriormente, se revirtió después con la dictadura. A nivel nacional significó el fin del inquilinaje y el latifundio, y tal vez fue el cambio social, político y económico más importante del siglo XX en el país. Sin duda, esto tuvo mucho que ver con lo ocurrido, en relación a las gravísimas violaciones de los derechos humanos en esta comuna. Creo que es necesario que las nuevas generaciones conozcan este momento histórico, de lo que pasó

en esta parte de la séptima región, Molina. Es importante que la juventud, especialmente la juventud, lea, se informe; que busque maneras de informarse de lo pasado y lo presente, porque el presente está iluminado por el pasado, y el futuro también considera lo que pasó. Nosotros somos parte de lo que ha pasado en esta comuna. Traemos el pasado al presente como testigos y a la vez víctimas de un Estado facista en un momento de nuestra historia. Es importante que la gente más joven conozca lo sucedido, y luche para que nunca más ocurra lo mismo.

— *Gracias por compartir su testimonio.*

HISTORIA DE *CHINITO*

Chinito era un personaje de la fauna molinense que recorría el pueblo completo, comprando huesos, vidrios, botellas y todo el cachureo que él podía transformar en dinero. Se movilizaba en un carretón desvencijado tirado por un burro; era conocido por todos los niños y niñas del pueblo por su grito característico y poco claro, donde señalaba los productos o deshechos que él compraba.

Se podría decir que *Chinito* era uno de los primeros recicladores y protectores del medio ambiente que se daba en nuestro pueblo; no era tal en su casa donde guardaba todos los productos que reunía y debe haber sido un caos, acompañado de olores un tanto desagradables para el resto de los vecinos.

No solo lo reconocían los niños y niñas, sino que principalmente las dueñas de casa, quienes eran las que le aportaban la materia prima de su negocio, que por su situación no debe haber sido muy próspero. Las señoras le guardaban los huesos que quedaban de las cazuelas y que estaban normalmente blancos por la acción de los perros y el sol, de la misma manera que los vidrios provenientes de las botellas quebradas o enteras que abundaban en las casas. Las botellas enteras tenían un precio especial, diferente a los vidrios quebrados.

Las dueñas de casa probablemente obtenían una entrada especial para la casa con la venta de estos productos que *Chinito* compraba, pero también debe haber sido una situación de intercambio de piropos y seducciones que se producían entre ellos, con todas las consecuencias que se pueden deducir de un personaje recorrido, con mucha experiencia y muy pícaro.

Los piropos y seducciones de *Chinito* llevaban a veces a coquetear con sus “caseras”.

Esta forma de ser de *Chinito* es la que le iba a pasar una mala jugada más adelante, cuando se produjo el golpe militar. A la fecha del golpe, nuestro personaje debe haber tenido unos 50 años; bien tenidos, por su diario caminar al lado de su burro, tirándole de su rienda.

El golpe militar pilló a *Chinito* recorriendo el pueblo. Ese día había sido como todos los días, iniciando su recorrido a partir de su casa. No supo nada del golpe; tampoco se percató de que no había mucha gente circulando por las calles del pueblo. Repentinamente,

se detiene una camioneta de Carabineros y fue obligado a subirse a ella; alcanzó a dejar encargado con un vecino su carruaje y su burro.

A *Chinito* lo volvemos a ver cuando subíamos a la micro todos los detenidos que estábamos en la Comisaría, dispuesta para llevarnos a Talca. En ese momento podemos ver que es llevado, en calidad de bulto, a sentarse en los últimos asientos de dicho medio de transporte; se veía muy golpeado, con muestras de sangre en la cara y quejándose de fuertes dolores, lo cual suponía que le habían dado una sarta de golpes en la Comisaría.

El traslado de Molina a Talca tuvo una corta detención en el puente de Río Claro, entre Itahue y Camarico; muchos de los detenidos pensamos que se iban a realizar ejecuciones. Sin embargo, la supuesta ejecución solo existió en nuestra mente; fue solo una forma de amedrentamiento. Mi compañero de asiento, me comenta con un murmullo... “hasta aquí nomás llegamos”. Después de un tenso y prolongado momento, continuamos camino hacia el sur.

Nuestra travesía terminó en el regimiento de Talca; fuimos bajados a golpes de culatas, patadas, golpes de puño y todos los insultos posibles de expresar en circunstancias de esta naturaleza. *Chinito*, en esta situación, fue nuevamente golpeado en forma brutal porque en el traslado a Talca se quedó dormido. Cuando ya habíamos bajado todos los detenidos, un milico advierte que había un detenido durmiendo al final del bus. Fue bajado a golpes, agravando aún más el duro trato recibido durante el día en la Comisaría.

Después de una pasada por la piscina del regimiento, donde todos fuimos golpeados profusamente, nos condujeron hacia la cárcel de Talca; varios compañeros nos preocupamos de que los médicos, también detenidos, atendieran en forma especial a *Chinito*. Se le detectó un TEC, por lo cual se le preparó una cama para mantenerlo sin movimiento el mayor tiempo posible. Naturalmente, esto fue interrumpido al día siguiente pues había que dejar la celda donde nos encontrábamos y salir patio. Los compañeros doctores se preocuparon de brindarle el cuidado necesario.

Como resultado de los golpes recibidos, *Chinito* no coordinaba mucho sus ideas ni sus movimientos, lo cual se tradujo en que él contaba su historia a cualquiera que lo quisiera escuchar. Su versión era más o menos la siguiente: “Yo era el huesero del pueblo, por lo que recorría todas las calles de Molina, habían unas viejas que me “tiraban los calzones” cada vez que pasaba por su barrio. Una de ellas era más insistente, hasta que un día nos portamos mal y pasó lo que pasó; así fue durante mucho tiempo. Por ahí supe que era la mujer de un paco, por lo cual tomaba precauciones extra. Ese día fue el “paco cornudo” el que me detuvo; estoy preso por ser “patas negras”, no por problemas políticos.”

Esta fue su versión durante todo el periodo que permaneció detenido, que suponemos fue bastante tiempo. Después de unas dos semanas de detención, ya todo el grupo de presos políticos conocíamos la historia del “paco cornudo”. Uno de los compañeros presos, que se destacaba por sus bromas y chistes, durante una de las veces que *Chinito* contaba sus historia por milésima vez, le dice:

Chinito, ¿por qué no denuncia al paco por abuso de poder? *Chinito* se quedó pensando y le contesta: ¿A quién puedo denunciarlo?, no conozco a nadie aquí. El bromista le responde: Los pacos dependen del Ministerio del Interior, es decir, del Gobernador de Molina. ¿Y dónde lo puedo ir a ver?, le responde *Chinito*. Aquí, le responde el bromista, se llama Mario Morán. Claro, efectivamente, todas las autoridades regionales del gobierno de la UP, se encontraban presos en la cárcel de Talca, incluyendo el Gobernador de Molina.

Chinito fue presentado al Gobernador destituido, Mario Morán, y le explica una vez más su situación: que él no entiende por qué está preso, si él sólo era “patas negras” y que había sido golpeado y maltrato en forma exagerada. El Gobernador destituido, un preso más en la cárcel, tomó la situación como una humorada necesaria para sobrellevar la incierta situación que vivíamos, encerrados en esa cárcel. Interroga a *Chinito* sobre la situación del paco afectado, y le explica, además, que él no lo conoce (*a Chinito*) y necesita una recomendación de alguna persona de confianza para poder realizar algunas acciones en contra del paco. *Chinito* no le entiende. ¿Qué persona de confianza necesita Ud.?, le pregunta. A lo cual Mario le responde: Por ejemplo, una recomendación del Alcalde de Molina. Ante lo cual *Chinito* replica: Ningún problema. He visto por ahí a Polito Espinoza; yo era muy amigo de él.

A todo esto, en el patio de la cárcel se había corrido la voz de la humorada que se estaba gestando, por lo cual se fueron reuniendo muchos compañeros para participar de dicha reunión y acompañar a *Chinito* a hablar con el Alcalde, donde él iba a explicar o pedir

explicaciones, una vez más, por qué él estaba preso. El Alcalde dio explicaciones y naturalmente la situación generó una prolongada hilaridad entre los detenidos.

Esta historia que narra lo que vivió *Chinito*, personaje molinense de la época, se da en el contexto represivo de la cárcel donde los presos necesitábamos momentos de esparcimiento, para no estar pensando todo el día en nuestras propias circunstancias e incertidumbres, inherentes al hecho de estar en la cárcel como presos políticos.

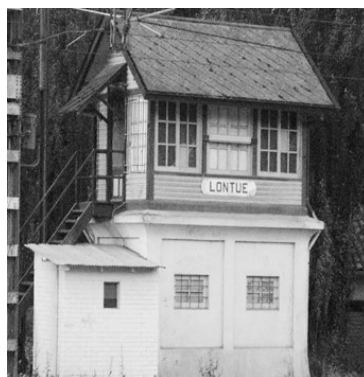
Después fuimos liberados y nunca supimos qué pasó con *Chinito*. Tal vez siguió recorriendo las calles del pueblo recolectando huesos, fierros y vidrios, pero no sabemos si sus “patas” cambiaron de color.

Historia narrada por Martín Contreras Cruz, preso político.

GALERÍA FOTOGRÁFICA



Salvador Allende y Prof. Juan Morales en Lontué. Archivo Eduardo Molina C.



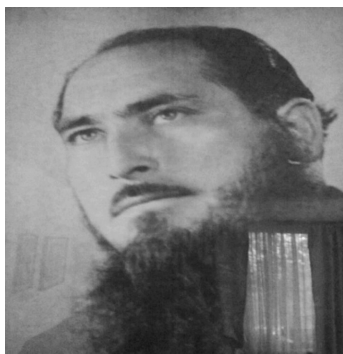
Estación de Lontué. Archivo Eduardo Molina C.



Campesinos de Lontué, épocas pasadas. Archivo Eduardo Molina C.



Campesinos de Lontué, épocas pasadas. Archivo Eduardo Molina C.



Rosiel Segovia Aro. Archivo familia
Segovia Infante



Casa familiar. Archivo Manuel
Orellana C.



Actual escuela de Casablanca.
Archivo Diego Muñoz C.



Actual cárcel de Molina. Archivo
Diego Muñoz C.

AGRADECIMIENTOS

A nuestros colaboradores, por su sostenido y valioso apoyo para llevar a cabo este proyecto. A nuestros auspiciadores, por propiciar entusiastamente el desarrollo de este trabajo testimonial.

A la Corporación Municipal de Cultura y Artes de Molina, por su generosa contribución a esta necesaria tarea.

COLOFÓN

E D I C I O N E S

AGUAS DEL TORMENTO. TESTIMONIOS DE LA REPRESIÓN Y TORTURA EN MOLINA © DIEGO MUÑOZ CAMPOS, MARTÍN CONTRERAS CRUZ. RPI 2021-A-7998, ISBN 978-956-9301-92-6. PRODUCIDO EN EL TALLER INUBICALISTA DE BARRIO PUERTO, VALPARAÍSO EN EL INVIERNO DEL 2023. EDICIÓN, DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO DE PORTADA A CARGO DE RODRIGO ARROYO. LA IMAGEN DE PORTADA CORRESPONDE A UN DIBUJO DE DIAN MUÑOZ HERRERA. PARA SU COMPOSICIÓN SE UTILIZÓ LA TIPOGRAFÍA ADOBE GARAMOND PRO. PARA LA IMPRESIÓN DE INTERIOR SE UTILIZÓ PAPEL BOND AHUESADO DE 80 G, Y COUCHÉ DE 300 GRAMOS PARA LA PORTADA. SE REALIZARON 300 EJEMPLARES.

INUBICALISTAS

WWW.EDICIONESINUBICALISTAS.CL

“¿Qué hace que agentes del Estado logren semejante nivel de enajenación y causen tanto daño? ¿Qué hace que los seres humanos se conviertan en bestias?

Evidentemente, los intentos de romper con estructuras sociales y económicas injustas pueden provocar una reacción irracional en quienes detentan el poder; tratan de evitar los cambios haciendo uso de instituciones y mecanismos instalados en la sociedad por ellos mismos a lo largo de la historia.

En medio del salvajismo, el agua, siempre un elemento de vida, es convertida en elemento de muerte, de tormento, contrapuesto al acto pleno de humanidad de un preso común que pone granos de uva en la boca de presos políticos.

Conocer nuestra historia es sumergirse en la tierra de esta zona agrícola maltratada, reprimida y torturada. Debemos renacer, como la cigarra, para beber aguas de justicia y colmarnos de humanidad”.

Diego Muñoz Campos

